

JORGE

AMADO

CAPITANES
DE LA ARENA



Lectulandia

En 1937 vio la luz la primera edición de *Capitanes de la Arena* —vívido relato de los niños callejeros en Salvador de Bahía—, que fue confiscada y quemada en la plaza pública de esa ciudad. Su difusión se aplazaría hasta 1944 en una segunda edición que trascendió las fronteras de Brasil. Las razones de la censura radican en la esencia misma de la novela: una rotunda denuncia de los gravísimos problemas sociales que las élites culturales del país solían obviar. Unidos por la miseria y empujados por una sociedad egoísta hacia los arenales del puerto de Bahía, los niños organizan su propia sociedad, marcada por la delincuencia pero también por la solidaridad y la inocencia. Esta cruda historia de los más desventurados de los desventurados, cargada de lirismo y emoción, granjeó a Jorge Amado la simpatía y la admiración de millones de lectores en todo el mundo.

Lectulandia

Jorge Amado

Capitanes de la arena

ePub r1.0

diegoan 02.09.2019

Título original: *Capitães da Areia*
Jorge Amado, 1937
Traducción: Estela Dos Santos

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Capitanes de la arena

Cartas a la redacción

Niños ladrones

Bajo la luna en un viejo trapiche abandonado

El trapiche

Noche de los Capitanes de la Arena

Ponto das pitangueiras

Las luces del carrusel

Dársenas

Aventura de Ogum

Dios sonrío como un negrito

Familia

Una mañana como un cuadro

Varicela

Destino

La noche de la gran paz, de la gran paz de tus ojos

Hija de la viruela

Dora, madre

Dora, hermana y novia

Reformatorio

Orfanato

Noche de gran paz

Dora, esposa

Como una estrella de rubia cabellera

Canción de Bahía, canción de la libertad

Vocaciones

Canción de amor de una solterona

Detrás de un tren

Como un trapecista de circo

Noticias en el diario

Compañeros

Los atabaques resuenan como clarines de guerra

... Una patria y una familia

Glosario

Sobre el autor

Notas

MATILDE:

Jugábamos juegos con prendas
Andábamos en carros de bueyes
Vivíamos en casas mal armadas

Conversábamos con mucamas y brujos.
Bahía te parecía inmensa y misteriosa.

La poesía de este libro proviene de ti.

Para Aydano do Couto Ferraz, José Olympio, José Américo de Almeida, Joao Nascimento Filho y Para Anísio Teixeira, amigo de los niños.

CARTAS A LA REDACCIÓN

NIÑOS LADRONES

LAS SINIESTRAS AVENTURAS DE LOS «CAPITANES DE LA ARENA» — LA CIUDAD INVADIDA POR NIÑOS QUE VIVEN DEL HURTO — ES URGENTE LA INTERVENCIÓN DEL JUEZ DE MENORES Y DEL JEFE DE POLICÍA — AYER SE PRODUJO OTRO ASALTO

En varias oportunidades nuestro periódico, que es sin dudas un órgano de las más legítimas aspiraciones de la población bahiana, ha difundido noticias acerca de la actividad criminal de los «Capitanes de la Arena», nombre con el cual se conoce al grupo de niños asaltantes y ladrones que asolan nuestra urbe. Estas criaturas que desde tan temprano se encaminan por la tenebrosa carrera del crimen no tienen un domicilio fijo o al menos no se lo ha localizado aún. Como tampoco se ha ubicado todavía el local en el que esconden el producto de sus asaltos que se producen a diario y que requieren el inmediato accionar del Juez de Menores y del excelentísimo Jefe de Policía.

Esa banda que vive de la rapiña se compone, por lo que se sabe, de un número superior a los cien niños de las más diversas edades, que abarcan desde los ocho a los dieciséis años. Niños que, naturalmente, dado que su educación ha sido descuidada por padres de sentimientos poco cristianos, se entregan en la flor de sus años a una vida criminal. Se los llama los «Capitanes de la Arena» porque su cuartel general se encuentra en los muelles. Y tienen como comandante a un muchachote de catorce años, quien es el más terrible de todos, no sólo ladrón, sino autor ya de un crimen con heridas graves, ocurrido en la tarde de ayer. Desgraciadamente se desconoce la identidad de este jefe.

Lo que hace necesario una urgente acción por parte de la policía y del juzgado de menores destinada a terminar con esta banda y para que se capture a estos precoces criminales, que ya no dejan dormir en paz a la ciudad su tan merecido sueño, y los envíen a los reformatorios para niños o a la cárcel. Pasemos ahora a relatar un asalto ocurrido ayer del cual resultó víctima un honrado comerciante de nuestra plaza, que vio su residencia saqueada en más de un millar de reis y herido a uno de sus empleados por el desalmado jefe de esa banda de jóvenes delincuentes.

EN LA RESIDENCIA DEL COMENDADOR JOSÉ FERREIRA

En el corredor de Vitória, corazón del barrio más chic de la ciudad, se alza la hermosa vivienda del Comendador José Ferreira, uno de los más acomodados y reconocidos comerciantes de esta plaza, con negocio de telas en la calle Portugal. Es un placer contemplar el palacete del comendador, rodeado de jardines, con su arquitectura colonial. Pero ayer ese remanso de paz y trabajo honrado sufrió una indescriptible agitación y un tremendo susto con la invasión de los «Capitanes de la Arena».

Los relojes anunciaban las tres de la tarde y la ciudad resoplaba por el calor cuando el jardinero notó que algunos niños vestidos con harapos rondaban el jardín de la residencia del comendador. El jardinero intentó alejar del frente de la casa a aquellos molestos visitantes. Y como continuaron su camino bajando por la calle Ramiro, el jardinero regresó a su trabajo en los jardines del fondo del palacete. Sin embargo, minutos después, ocurría el

ASALTO

No habían transcurrido aún cinco minutos cuando el jardinero Ramiro oyó gritos asustados que provenían del interior de la residencia. Eran gritos de personas terriblemente asustadas. Armado con una hoz, el jardinero entró en la casa y apenas tuvo tiempo de ver a varios moleques^[1] que, como una pandilla de demonios (en la curiosa expresión elegida por Ramiro), huían del salón comedor saltando por las ventanas y cargados de objetos de valor. La empleada que había gritado se hallaba ocupada en el cuidado de la esposa del comendador, quien había sufrido un ligero desmayo en virtud del susto pasado. El jardinero se dirigió con el mayor de los apuros hacia el jardín donde tuvo lugar la

LUCHA

Sucedió que en el jardín esa hermosa criatura que es Raúl Ferreira, de once años y nieto del comendador, quien se hallaba de visita en la casa de sus abuelos, conversaba con el jefe de los «Capitanes de la Arena», que es muy identificable a causa de un tajo que le cruza el rostro. En su inocencia,

Raúl se reía del malvado, quien sin dudas pensaba en secuestrarlo. En ese momento el jardinero se lanzó encima del ladrón. Sin embargo, no se esperaba la reacción del moleque, quien se mostró como un maestro en estas peleas.

Y el resultado es que, cuando creía haber apresado al jefe de la banda, el jardinero recibió una puñalada en el hombro y enseguida otra en el brazo, viéndose obligado a soltar al delincuente, quien aprovechó para escapar.

La policía tomó conocimiento de los hechos, pero hasta el momento en que escribimos esta nota no se encontró rastro alguno de los «Capitanes de la Arena». El Comendador José Ferreira, consultado para nuestro informe, evalúa el perjuicio en más de un conto de reis, pues sólo el pequeño reloj de su esposa está valuado en 900 \$ y fue hurtado.

SE PRECISAN MEDIDAS

Los habitantes del aristocrático barrio están alarmados y temerosos de que los asaltos se sucedan, pues no es éste el primero llevado a cabo por los «Capitanes de la Arena». Se precisan con urgencia medidas que signifiquen un justo castigo para estos malandrines y que traigan tranquilidad a nuestras familias más distinguidas. Esperamos que el ilustre Jefe de Policía y el no menos ilustre Juez de Menores tomen las acciones adecuadas contra estos criminales tan jóvenes como audaces.

LA OPINIÓN DE LA INOCENCIA

Nuestro reportero consultó también al pequeño Raúl, que, tal como hemos dicho, tiene once años y es ya uno de los estudiantes más aplicados del Colegio Antonio Vieira. Raúl mostraba un enorme enojo y es esto lo que nos dijo acerca de su conversación con el terrible jefe de los «Capitanes de la Arena»:

—Dijo que yo era un tonto y que no sabía lo que era jugar. Le contesté que poseía una bicicleta y una gran cantidad de juguetes. Se rió y dijo que él tenía la calle y el muelle. Me terminó por caer simpático, parece uno de esos niños del cine que huyen de su casa para lanzarse a la aventura.

Esto nos deja pensando en el otro delicado problema que es el cine para la infancia y que les inculca a los niños tantas ideas equivocadas acerca de lo

que es la vida. Es otro de los problemas que ha requerido la atención del señor Juez de Menores. A él nos remitiremos.

(Artículo publicado en el Jornal da Tarde, en la página de Sucesos Policiales, con una ilustración de la casa del comendador y otra de éste cuando era condecorado).

CARTA DEL SECRETARIO DEL JEFE DE POLICÍA A LA REDACCIÓN DEL JORNAL DA TARDE

Sr. Director del Jornal da Tarde.

Con mi mayor consideración:

Habiendo llegado al conocimiento del señor Jefe de Policía la nota publicada ayer en la segunda edición de vuestro periódico acerca de las actividades de los «Capitanes de la Arena», banda de niños delincuentes, y del asalto llevado a cabo por esta misma banda en la residencia del comendador José Ferreira, el señor Jefe de Policía se apura a comunicar a la dirección de ese diario que la solución del problema compete antes al juez de menores que a la policía. En este caso, la policía debe actuar obedeciendo a un pedido del señor Juez de Menores. Pero, mientras tanto, habrá de tomar serios recaudos para que semejantes atentados no se repitan y para que los autores del de anteayer sean encarcelados y reciban el castigo que merecen.

Por lo expuesto queda claramente demostrado que la policía no merece ninguna crítica por su actitud frente a este problema. No ha reaccionado con una mayor eficiencia porque no le fue solicitado por el juez de menores.

Lo saludamos cordialmente.

Secretario del Jefe de Policía.

(Publicado en la primera página del Jornal da Tarde, con una imagen del jefe de policía junto a un amplio y elogioso comentario sobre su persona).

CARTA DEL SEÑOR JUEZ DE MENORES A LA REDACCIÓN DEL JORNAL DA TARDE

Exmo. Sr. Director del Jornal da Tarde.

Ciudad del Salvador

Estado del mismo nombre.

*Mi querido Patricio
De mi mayor consideración*

Al hojear, en uno de los raros momentos de ocio que me permiten las múltiples y variadas preocupaciones de mi delicado cargo, vuestro brillante vespertino, tomé conocimiento de una epístola del infatigable señor Jefe de Policía del Estado, en la cual informaba los motivos por los cuales no habría podido hasta hoy intensificar su meritoria campaña contra los menores delincuentes que infestan nuestra urbe. Se justifica el señor Jefe de Policía declarando que no poseía órdenes del juzgado de menores en el sentido de actuar contra la delincuencia infantil. Sin pretender en absoluto culpar a la brillante e infatigable Jefatura de Policía, me siento obligado, en homenaje a la verdad (esa misma verdad que he instalado como un farol que ilumina el sendero de mi vida con su purísima luz), a declarar que la explicación no es válida. No es válida, Sr. Director, porque no le compete al juzgado de menores perseguir y arrestar a los menores delincuentes y sí determinar el local en donde deberán cumplir su pena, nombrar un tutor para acompañar cualquier proceso entablado en su contra, etc. No le corresponde al juzgado de menores arrestar a los pequeños delincuentes. Su deber es velar por su destino posterior. Y el señor Jefe de Policía habrá de encontrarme siempre donde el deber me convoca, porque jamás, en cincuenta años de vida impoluta, dejé de cumplir con él.

Sin embargo, en estos últimos meses he enviado al Reformatorio de Menores a varios menores delincuentes o abandonados. Pese a esto, no es mi culpa que huyan, que no les cause mella el ejemplo de trabajo que encontraron en aquel establecimiento educativo y que, valiéndose del artilugio de la fuga, abandonen un ambiente en el que se respira paz y trabajo y donde se los trata con el mayor de los cariños. Se escapan y se vuelven aún más perversos, como si el ejemplo que hubiesen recibido fuera maligno y dañino. ¿Por qué? Éste es un problema que le cabe resolver a los psicólogos y no a mí, simple aprendiz de filósofo.

Lo que quiero dejar claro y cristalino, Sr. Director, es que el señor Jefe de Policía puede contar con la mejor de las ayudas de este juzgado de menores para intensificar la campaña contra los menores delincuentes.

De Vuestra Excelencia, admirador y patricio grato, Juez de Menores.

(Publicada en el Jornal da Tarde junto al retrato del juez de menores en una columna acompañado de un breve comentario elogioso).

CARTA DE UNA MADRE, COSTURERA, A LA REDACCIÓN DEL JORNAL DA TARDE

Señor Redactor:

Disculpe los errores y la letra pues no suelo ocuparme de estas cosas del escribir y si hoy me presento ante usted es para poner los puntos sobre las íes. Leí en el diario una noticia sobre los hurtos de los «Capitanes de la Arena» y enseguida vino la policía y dijo que los iría a perseguir y entonces el doctor de los menores vino con sus palabras diciendo que era una pena que no se enmendaran en el reformatorio a donde mandaba él a los pobres. Y es para hablar de ese reformatorio que le escribo estas mal trazadas líneas. Querría que su diario mandase a una persona a que visite ese reformatorio y vea cómo son tratados los hijos de los pobres que tienen la desgracia de caer en las manos de esos guardianes sin alma. Mi hijo Alonso pasó allí seis meses y si no hubiera logrado sacarlo con vida de aquel infierno no sé si el desdichado hubiera sobrevivido otros seis meses. Lo menos que les ocurre a nuestros hijos es recibir palizas dos o tres veces al día. El director de ese lugar vive tropezando a causa de sus borracheras y le encanta ver cómo canta el rebenque en las espaldas de los hijos de los pobres. Lo vi muchas veces porque hablan con nosotros y nos decían que los castigaban así para dar el ejemplo. Fue por eso que saqué a mi hijo de allí. Si su diario manda a alguien allí en secreto, va a ver cuál es la clase de comida que comen, el trabajo de esclavo que no puede aguantar ni un hombre fuerte y las palizas que se dan. Pero será necesario que vaya en secreto porque si ellos están al tanto lo que verá será un paraíso. Aparezca de repente y vea quién tiene razón. Y es por esta y otras razones que existen los «Capitanes de la Arena». Prefiero que mi hijo esté metido con ellos y no en el reformatorio. Si quiere conocer algo que le parta el corazón vaya y vea. También si quiere puede hablar con el padre José Pedro, que fue capellán allí y vio todo lo que le cuento. Él también puede informarle y con palabras mejores que a mí me faltan.

Maria Ricardinha, costurera.

(Publicada en la quinta página del Jornal da Tarde, entre varios anuncios, sin ilustración ni comentarios).

CARTA DEL PADRE JOSÉ PEDRO A LA REDACCIÓN DEL JORNAL DA TARDE

Señor Redactor del Jornal da Tarde

Mis saludos en Cristo

Habiendo leído en su conceptuoso periódico la carta de Maria Ricardinha que apelaba a mi persona como alguien que pudiera aclarar lo que es la vida de los niños remitidos al reformatorio de menores, me siento obligado a salir de la oscuridad en que vivo para decirle que desgraciadamente Maria Ricardinha tiene razón. Los niños del mencionado reformatorio son tratados como fieras, ésa es la verdad. Olvidando la lección del dulce maestro, Sr. Redactor, y en lugar de conquistar a los niños con buenos tratos los vuelven aún más rebeldes con sus permanentes palizas y castigos físicos verdaderamente inhumanos. Y habiéndome acercado al lugar a llevar a los niños el consuelo de la religión, encuentro que están poco dispuestos a aceptarlo debido naturalmente al odio que han acumulado en sus jóvenes corazones tan dignos de piedad. Sr. Redactor, lo que he visto daría para un libro entero.

Muy agradecido por su atención.

Siervo en Cristo,

Padre José Pedro

(Carta publicada en la tercera página del Jornal da Tarde, bajo el título ¿SERÁ VERDAD? y sin comentario alguno).

CARTA DEL DIRECTOR DEL REFORMATARIO A LA REDACCIÓN DEL JORNAL DA TARDE

Excelentísimo Sr. Director del Jornal da Tarde

Saludos.

He seguido con gran interés la campaña que el brillante órgano de la prensa bahiana que con tanta inteligencia dirige usted ha emprendido contra los espantosos crímenes de los «Capitanes de la Arena», pandilla de delincuentes que amedrenta a la ciudad e impide que viva en sosiego.

Fue así como pude leer dos cartas acusatorias contra el establecimiento que dirijo y que la modestia (solamente la modestia, Sr. Director) me impide calificar como una institución modelo.

En cuanto a la carta de una mujerzuela del pueblo, no me causó gran preocupación pues no merece mi respuesta. Sin dudas se trata de una de las tantas que se acercan hasta aquí y pretenden impedir que el Reformatorio cumpla con la santa misión de educar a sus hijos. Ellas los crían en la calle, en medio del desorden y las parrandas, y como aquí se los somete a una vida ejemplar, ellas son las primeras a la hora de reclamar, cuando en realidad deberían besar las manos de aquellos que están transformando a sus hijos en hombres de bien. Primero vienen a pedir lugar para sus hijos. Luego los extrañan, les falta el producto de sus hurtos, que ellos llevan a casa, y entonces comienzan los reclamos contra el Reformatorio. Pero como expresé ya, Sr. Director, esa carta no me preocupó. No es una mujerzuela del pueblo la que ha de comprender la obra que estoy realizando al frente de este establecimiento.

Lo que me causó espanto, Sr. Director, fue una carta del padre José Pedro. Este sacerdote, olvidando las funciones de su cargo, lanzó graves acusaciones contra el establecimiento que dirijo. Ese padre (al que llamaría padre del demonio, si me permite usted, Sr. Director, una pequeña ironía) abusó de sus funciones para penetrar en nuestro establecimiento educativo a horarios prohibidos por el reglamento y es contra él que debo formular una seria denuncia: ha incentivado a los menores que el Estado puso a mi cargo a la revuelta, a la desobediencia. Desde que atravesó los umbrales de esta casa aumentaron los casos de rebeldía y de contravenciones a los reglamentos. Ese padre es apenas un instigador del mal carácter general de los menores bajo mi guarda. Es por eso que he de cerrarle la puerta de esta casa de educación.

Sin embargo, señor Director, haciendo más las palabras de la costurera que escribió al diario, soy yo quien he pedirle que envíe un redactor al Reformatorio. Insisto en esto. Así podrán ustedes, y también el público, tener una imagen exacta y constancia cierta sobre la manera en que son tratados los menores que se regeneran en el Reformatorio Bahiano de Menores Delincuentes y Abandonados. Espero el lunes a su redactor. Y si no le digo que venga el día que quiera es porque estas visitas deben realizarse en los días permitidos por el reglamento y mi costumbre es no apartarme jamás del reglamento. Éste es el único motivo por el cual invito a su redactor para el

lunes. Por lo que le quedo inmensamente agradecido, así como por la publicación de la presente. Así quedará desmentido el falso vicario de Cristo.

*Servidor agradecido y admirador atento,
Director del Reformatorio Bahiano de Menores Delincuentes y Abandonados.*

(Publicado en la tercera página del Jornal da Tarde con una imagen del reformatorio y un aviso adelantando que el lunes siguiente un redactor del Jornal da Tarde visitará el reformatorio).

UN ESTABLECIMIENTO MODELO EN EL QUE REINAN LA PAZ Y EL TRABAJO – UN DIRECTOR QUE ES UN AMIGO – ÓPTIMA ALIMENTACIÓN – NIÑOS QUE TRABAJAN Y SE DIVIERTEN – NIÑOS LADRONES EN EL CAMINO DE LA RECUPERACIÓN – ACUSACIONES IMPROCEDENTES – SÓLO SE QUEJAN LOS INCORREGIBLES – EL REFORMATARIO BAHIANO ES UNA GRAN FAMILIA – DONDE DEBÍAN ESTAR LOS CAPITANES DE LA ARENA.

(Títulos de artículos publicados en la segunda edición del martes del Jornal da Tarde, que ocuparon toda la portada, sobre el Reformatorio Bahiano, con diversas imágenes del sitio y de su director).

BAJO LA LUNA EN UN VIEJO TRAPICHE ABANDONADO

El trapiche

Bajo la luna en un viejo trapiche abandonado, los niños duermen.

Antiguamente, allí estaba el mar. Contra las piedras negras y enormes de los cimientos del trapiche las olas se estrellaban fragorosas a veces, y otras veces se rendían mansamente. El agua pasaba por debajo del puente sobre el cual muchos de los niños descansan ahora, iluminados por un haz amarillo que llega de la luna. De ese puente salían innumerables veleros cargados, algunos eran enormes y estaban pintados de extraños colores, hacia la aventura de las travesías marítimas. Allí iban a llenar las bodegas y atracaban en ese puente de tablas, hoy carcomidas por el tiempo. En otros tiempos, se extendía delante del trapiche el misterio del marrocéano, las noches eran de un verde oscuro, casi negras, de ese misterioso color que es el color del mar por las noches.

Actualmente, frente al trapiche, la noche es blanca. Es que delante de éste se extiende ahora el arenal del muelle del puerto. Ya no se oye el rumor de las olas bajo el puente. La arena lo invadió todo, haciendo recular muchos metros al mar. De a poco, muy lentamente, la arena fue conquistando el frente del trapiche. Ya no atracaban en su puente los veleros que habrían de partir cargados de allí. Ya no trabajaban más allí los negros musculosos que venían de la esclavitud. Y tampoco cantaba un marinero nostálgico su canción en el viejo puente. La arena se extiende muy blanca delante del trapiche. Y nunca más llenaron con fardos, sacos, cajones el inmenso caserón. Quedó abandonado en medio del arenal, una mancha negra en medio de la blancura del muelle.

Durante años, su única población fueron las ratas que lo atravesaban en sus corridas divertidas, que roían la madera de las monumentales puertas, que lo habitaban como sus señoras exclusivas. En alguna época algún perro vagabundo lo usó como refugio contra el viento y la lluvia. Durante la primera noche no durmió, ocupado en despedazar a las ratas que pasaban frente de él. Durmió después algunas noches, ladrándole a la luna por las madrugadas, pues gran parte del techo ya estaba carcomido y sus rayos penetraban libremente, iluminando el pavimento de gruesas tablas. Pero aquel era un perro de hogar incierto y muy pronto partió en busca de otra morada, la oscuridad de una puerta, el pie de algún puente, el cuerpo cálido de una

cachorra. Y las ratas volvieron a establecer allí sus dominios hasta que los Capitanes de la Arena le pusieron el ojo al caserón abandonado.

En aquel tiempo una de las puertas se caía a un lado y por ella entró en el trapiche uno del grupo cierto día en que se paseaba por la extensión de sus dominios (porque toda la zona del arenal del muelle, como además toda la ciudad de Bahía, pertenece a los Capitanes de la Arena).

Sería muchas más veces lugar de dormir que la arena pura, que los puentes de los demás trapiches donde a veces subía tanto el agua que amenazaba con llevarse a todos. Y desde aquella noche una gran parte de los Capitanes de la Arena dormía en el trapiche abandonado, en compañía de las ratas y bajo la luna amarillenta. Por delante, la vastedad de la arena, una blancura sin fin. A lo lejos el mar que reventaba en el muelle. Por la puerta llegaban las luces de los navíos que entraban y salían. A través del techo veían el cielo de estrellas, la luna que los iluminaba.

Poco después transportaron hacia el trapiche el depósito de los objetos que les proporcionaba el trabajo del día. Extrañas cosas entraron entonces en el trapiche. No más extrañas, sin embargo, que aquellos niños, *moleques* de todos los colores y de las edades más variadas, de los nueve a los dieciséis años, que a la noche se extendían por los cimientos y por debajo del puente y dormían, indiferentes al viento que circundaba con sus silbidos el caserón, indiferentes a la lluvia que muchas veces los lavaba, pero con los ojos atrapados por las luces de los barcos, con los oídos presos de las canciones que llegaban desde las embarcaciones...

Es aquí también donde vive el jefe de los Capitanes de la Arena: Pedro Bala. Se lo llamó así desde pequeño, cuando tenía cinco años. Hoy ya tiene quince. Hace diez que vagabundea por las calles de Bahía. Nunca conoció a su madre, su padre murió de un balazo. Se quedó solo y ocupó sus años en conocer la ciudad. Hoy está al tanto de todas las calles y de todos sus callejones. No existe feria, tienda o boliche que no conozca. Cuando se incorporó a los Capitanes de la Arena (el muelle recién construido atrajo a sus arenas a todos los niños abandonados de la ciudad) el jefe era Raimundo, el Caboclo, mulato fuerte de cabello rojizo.

No duró mucho el poder del *caboclo* Raimundo. Pedro Bala era mucho más activo, sabía planificar los robos, conocía cómo manejarse con los demás, traía en los ojos y la voz la autoridad del jefe. Un día se pelearon. El error de Raimundo fue sacar una navaja y cortar el rostro de Pedro, un tajo que le quedó allí hasta el final de su vida. Los demás se metieron y como Pedro estaba desarmado le dieron la razón y se quedaron esperando la

revancha que no tardó en llegar. Una noche, cuando Raimundo quiso castigar a Barandão, Pedro tomó como propios los dolores del negrito y se trenzaron en la pelea más sensacional que hayan presenciado jamás las arenas del muelle. Raimundo era mayor y más alto. Sin embargo, Pedro Bala, con el cabello rubio al viento, la roja cicatriz a lo largo del rostro, era de una sorprendente agilidad y desde aquel día Raimundo no sólo dejó la jefatura de los Capitanes de la Arena sino también el arenal. Tiempo después se embarcó en un navío.

Todos reconocieron que Pedro tenía derecho a ser el jefe y fue desde esa época que la ciudad comenzó a oír hablar de los Capitanes de la Arena, niños abandonados que vivían del hurto. Nunca nadie supo el número exacto de niños que vivían de este modo. Eran más de cien y de éstos más de cuarenta dormían entre las ruinas del viejo trapiche.

Vestidos con harapos, sucios, casi famélicos, agresivos, siempre con una palabrota en los labios y fumando colillas de cigarrillos, eran, en verdad, los dueños de la ciudad, los que la conocían en su totalidad, los que la amaban en toda su extensión, sus poetas.

Noche de los Capitanes de la Arena

La gran noche de paz de Bahía llegó desde el muelle, envolvió los *saveiros*, el fuerte, la costanera, se extendió sobre las laderas y las torres de las iglesias. Las campanas ya no tocan las avemarías que hace mucho que pasaron, a la seis. Y el cielo está repleto de estrellas, aunque no haya aparecido la luna en esta noche clara. El trapiche se destaca en la blancura del arenal, que conserva las marcas de los pasos de los Capitanes de la Arena, quienes ya se acostaron. A lo largo, la débil luz del faro del Porta do Mar, bar de marineros, parece agonizar. Sopla un viento frío que levanta la arena y hace difíciles los pasos del negro João Grande, quien se agacha. Va curvado por el viento como la vela de un barco. Es alto, el más alto del grupo, y también el más fuerte, negro de cabellos crespos, frente estrecha y músculos tensos, aunque tenga apenas trece años, de los cuales pasó cuatro en la más total de las libertades, corriendo por las calles de Bahía con los Capitanes de la Arena. Desde aquella tarde en que su padre, un gigantesco carretero, fue atropellado por un camión cuando intentaba correr al caballo hacia un costado de la calle, João Grande no regresó a la pequeña calle del morro. Frente a él se hallaba la ciudad misteriosa y partió para conquistarla. La ciudad de Bahía, negra y religiosa, es casi tan misteriosa como el verde mar. Es por eso que João Grande no regresó nunca más. A los nueve años se unió a los Capitanes de la Arena, cuando el jefe era Caboclo y el grupo era poco conocido, pues al Caboclo no le gustaba correr riesgos. Muy pronto João Grande se transformó en uno de los jefes y nunca dejaron de invitarlo a las reuniones que hacían los mayores para planear los robos. No era que fuese un buen organizador de asaltos, una inteligencia brillante. Por el contrario, le dolía la cabeza cuando tenía que pensar. Le quedaban los ojos ardiendo, lo mismo que le ocurría si veía a alguien haciéndole una maldad a un menor. Entonces sus músculos se tensaban y se mostraba dispuesto a pelearse con quien fuera. Pues su enorme fuerza lo hacía temible. Sem-Pernas hablaba así de él:

—Este negro es burro pero es de buena madera...

Y los menores, aquellos pequeñitos que se unían al grupo llenos de temores, encontraban en él al más decidido de los protectores. También a Pedro, el jefe, le gustaba escucharlo. Y João Grande sabía bien que no era por su fuerza que se había ganado la amistad de Bala. A Pedro el negro le parecía alguien bueno y no se cansaba de decirle:

—Eres bueno, Grande. Eres mejor que nosotros. Me caes bien —y le daba golpecitos a la pierna del negro, que se quedaba ensimismado.

João Grande viene llegando al trapiche. El viento pretende impedir sus pasos y el se curva por completo, resistiendo al viento que levanta la arena. Fue hasta Porta do Mar a tomarse un trago de *cachaça* con Querido-de-Deus quien llegó hoy de los mares del sur, a donde fue de pesca. Querido-de-Deus es el más célebre *capoeirista* de la ciudad. ¿Quién no lo respeta en Bahía? En el juego de *capoeira* de Angola nadie puede igualarse a Querido-de-Deus, ni siquiera Zé Moleque, cuya fama se recuerda hasta en Río de Janeiro. Querido-de-Deus contó las novedades y avisó que al día siguiente aparecería por el trapiche para seguir con las lecciones de *capoeira* que toman Pedro Bala, João Grande y el Gato. João Grande se fuma un cigarrillo y parte hacia el trapiche. Las marcas de sus enormes pies quedan en la arena, pero el viento pronto las borra. El negro piensa que en noches de tanto viento los caminos del mar son peligrosos.

João Grande pasa por debajo del puente —los pies se le hunden en la arena— evitando tropezar con el cuerpo de los compañeros que ya se han dormido. Entra en el trapiche. João Grande piensa que esa luz es más leve y vacilante que la del faro de Porta do Mar y que el Profesor se está comiendo los ojos de tanto leer aquellos libros de letra tan menuda. João Grande se dirige hacia donde está el Profesor, aunque duerma siempre en la puerta del trapiche, como un perro de presa, con el puñal próximo a la mano por cualquier sorpresa.

Camina por entre los grupos que conversan, entre los niños que duermen y llega cerca del Profesor. Se acurruca a su lado y se queda espiando su atenta lectura.

João José, el Profesor, desde aquel día que se robara un libro de cuentos de un estante de una casa en Barra, se volvió experto en esa clase de hurtos. Sin embargo, nunca vendía los libros que se iban amontonando en un rincón del trapiche, bajo unos ladrillos para que las ratas no se los comieran. Los leía a todos con una ansiedad que se parecía a la fiebre. Le gustaba aprender cosas y muchas noches las pasaba contando a los demás historias de aventureros, de hombres de mar, de personajes heroicos y legendarios, historias que hacían que aquellos ojos se dirigieran hacia el mar o hacia las laderas de la ciudad, en una ansiedad de aventuras y de heroísmo. João José era el único de ellos que leía correctamente a pesar de haber pasado en la escuela sólo un año y medio. Pero el entrenamiento diario de la lectura despertaba plenamente su imaginación y tal vez fuese el único que tuviese cierta conciencia de lo

heroico de sus vidas. Ese saber, esa vocación por contar historias, le ganaron el respeto de los Capitanes de la Arena, pese a ser enclenque, flaco e insignificante, con sus cabellos cayéndole sobre los ojos apretados de miope. Lo apodaron Profesor porque aprendió de un libro robado a hacer trucos de magia con pañuelos y monedas, y también porque al contar aquellas historias que leía y muchas que había inventado, llevaba a cabo la misteriosa magia de transportarlos a mundos diferentes y lograba así que los ojos vivaces de los Capitanes de la Arenas brillasen como sólo brillan las estrellas de la noche de Bahía. Pedro Bala no tomaba ninguna decisión sin consultarlo y fue varias veces su imaginación la que creó los mejores planes de robo. Sin embargo, nadie adivinaba que un día, transcurridos los años, sería él quien habría de contar en pinturas que asombrarían al país, la historia de aquellas vidas y muchas otras historias de hombres que luchaban y sufrían. Tal vez sólo lo supiese Don'Aninha, la *mae* del *terreiro* de la Cruz de Opo Afonjá, ya que sabe acerca de todo pues *Yá* se lo dice por intermedio de un buzio en las noches de temporal.

João Grande permaneció mucho tiempo atento a la lectura. Para el negro esas letras no decían nada. Su mirada iba del libro a la luz oscilante de la vela y de ésta al cabello despeinado del Profesor. Terminó por cansarse y preguntó con su voz espesa y cálida:

—¿Linda, Profesor?

Profesor desvió los ojos del libro, golpeó con la mano descarnada el hombro del negro, su más ardiente admirador.

—Una historia genial, Grande —sus ojos brillaban.

—¿De marineros?

—Es sobre un negro que es así como tú. Un negro macho de verdad.

—¿Me la cuentas?

—Cuando termine de leerla te lo cuento. Vas a ver qué negro...

Y volvió los ojos a las páginas del libro. João Grande encendió un cigarrillo barato, ofreció otro en silencio al Profesor y se quedó fumando de cuclillas, como protegiendo la lectura del otro. Recorría el trapiche un rumor de risas, charlas, gritos. João Grande distinguía sin problemas la voz de Sem-Pernas, estridente y gangosa. Sem-Pernas hablaba alto y se reía mucho. Era el espía del grupo, el que sabía cómo meterse en la casa de una familia durante una semana, fingiendo ser un buen chico perdido por sus padres en la agresiva inmensidad de la ciudad. Su cojera le valió ese apodo, pero le ganaba también la simpatía de cuanta madre de familia lo veía, humilde y tristón, ante su puerta pidiendo un poco de comida y refugio por una noche. Ahora, en medio

del trapiche, Sem-Pernas se burlaba del Gato, quien había perdido todo un día en robarse un gran anillo color vino, sin ningún valor real, una piedra falsa de belleza igualmente falsa.

Hacía ya una semana que el Gato le había avisado a medio mundo:

—Vi un anillo, hermano, que no se ve ni en la mano de un obispo. Un anillo perfecto para mi dedo. Espectacular, en serio. Ya van a ver cuando lo traiga...

—¿En qué vidriera?

—En el dedo de un tipo. Un gordo que todos los días toma el ómnibus de Brotas en la bajada de los zapateros.

Y el Gato no descansó hasta hacerse con él, en la multitud apretada del ómnibus a las seis de la tarde, quitándolo del dedo del hombre y escabulléndose en la confusión, pues su dueño no tardó en darse cuenta de lo que pasaba. Exhibía vanidosamente el anillo en el dedo medio. Sem-Pernas se reía:

—¡Arriesgarse a la cárcel por esa porquería! Algo tan feo...

—¿Qué te pasa con eso? Me gusta, no se habla más.

—La verdad es que eres un burro. No te van a dar nada en el montepío.

—Pero le da categoría a mi dedo. Estoy detrás de una chiquita.

Hablaban con toda naturalidad de mujeres a pesar de que el mayor tenía apenas dieciséis años. Conocían desde muy temprano todos los misterios del sexo.

Pedro Bala, quien estaba entrando, desbarató el comienzo de la pelea. João Grande dejó al Profesor leyendo y se unió al jefe. Sem-Pernas se reía solo, murmurando cosas sobre el anillo. Pedro lo llamó y se reunió con él y João Grande en el rincón en que se hallaba el Profesor.

—Ven acá, Profesor.

Los cuatro se sentaron. Sem-Pernas encendió una colilla de cigarro de buena calidad, y se quedó saboreándola. João Grande espiaba el pedazo de mar que se veía a través de la puerta, más allá del arenal. Pedro habló.

—Gonzales del 14 me habló hoy...

—¿Quiere más cadenas de oro? La otra vez... —interrumpió Sem-Pernas.

—No, ahora quiere sombreros. Pero sólo de fieltro. De paja no le sirven, dice que no tienen salida. Y también...

—¿Qué otra cosa? —volvió a interrumpir Sem-Pernas.

—Que no sirve si está muy usado.

—Quiere demasiado. Si por lo menos pagara algo que valiera la pena.

—Sem-Pernas, sabes que es como una tumba. Puede no pagar bien pero jamás va a decir nada. Ni aunque lo maten.

—También, paga una miseria. Si no dice nada es por defender sus intereses. Si llega a abrir la boca no hay en el mundo espaldas anchas que lo salven de caer en galera.

—Está bien, Sem-Pernas, si no te interesa el negocio vete, pero déjanos armar las cosas sin problemas.

—No estoy diciendo que no me interesa. Sólo digo que trabajar para un gringo ladrón no es negocio. Pero si lo quieres así...

—Dice que esta vez va a pagar mejor. Algo que valga la pena. Pero sólo por un sombrero de fieltro bueno y que sea nuevo. Tú, Sem-Pernas, podrías ocuparte con algunos de este asunto. Mañana por la noche Gonzales mandará un empleado del 14 para traer las monedas y llevarse los sombreros.

—Los cines son un buen lugar —dijo el Profesor dirigiéndose a Sem-Pernas.

—Y un buen lugar es Vitória... —dijo Sem-Pernas haciendo un gesto de desprecio. Alcanza con entrar en los corredores para tener sombrero garantizado... Toda gente de calidad.

—También hay unos cuantos guardias.

—¿Te preocupan los guardias? Si se tratara de policías... Los guardias sólo sirven para correr carreras. ¿Vienes conmigo, Profesor?

—Sí. La verdad que estoy necesitando un sombrero. Pedro Bala tomó la palabra:

—Llévate a quien quieras, Sem-Pernas. Este negocio queda a tu cargo. Menos a Grande y a Gato, que tengo mañana un trabajo con ellos. —Y dirigiéndose a João Grande—: un trabajo de Querido-de-Deus.

—Ya me adelantó algo. Y dice que a la noche viene para la *capoeira*.

Pedro se acercó a Sem-Pernas, quien ya se retiraba para combinar con Pirulito la formación del grupo que iría al día siguiente a la caza de sombreros.

—Mira, Sem-Pernas, avisa que si pescan a alguien trate de escapar por otro lado. Que nadie se venga para aquí.

Pidió un cigarrillo y João Grande se lo alcanzó. Sem-Pernas, ya alejado del grupo, llamaba a Pirulito. Pedro fue en busca de Gato, había un asunto que quería conversar con él. Luego regresó y se acostó cerca del lugar donde se hallaba Profesor, quien volvió sobre el libro, sobre el cual se abalanzó hasta que la vela se consumió y la oscuridad del trapiche lo cubrió todo. João

Grande caminó despacio hacia la puerta, donde se acostó a lo largo, con el puñal en la cintura.

Pirulito era flaco y muy alto, la cara seca, algo amarillenta, los ojos hundidos y profundos, la boca torcida y poco dispuesta a la sonrisa. Sem-Pernas primero se burló preguntándole si *ya estaba rezando*, luego entró en el asunto del pillaje de sombreros, concordaron en que llevarían un cierto número de niños a los que elegirían cuidadosamente, se pusieron de acuerdo sobre las zonas en las que operarían y se separaron. Pirulito se dirigió entonces a su rincón acostumbrado. Dormía invariablemente allí, donde las paredes del trapiche hacían un ángulo. Había dispuesto sus cosas con mucho cuidado: una vieja frazada, una almohada que se había traído cierta vez de un hotel al que había entrado cargando las valijas de un viajante, un par de pantalones que se ponía los domingos junto con una camisa de color indefinido, aunque más o menos limpia. Y contra las paredes, clavados con pequeños clavos, dos cuadros de santos: un San Antonio cargando al Niño Dios (Pirulito se llamaba Antonio y había oído decir que San Antonio era brasileño) y una Nuestra Señora de los Siete Dolores que llevaba el pecho clavado de flechas: sobre su cuadro una flor marchita. Pirulito recogió la flor, la olió y vio que ya no tenía perfume. Entonces la ató junto al santito que llevaba en el pecho y retiró del bolsillo de la vieja chaqueta que vestía un clavel rojo que había recogido en algún jardín, incluso a la vista del guarda, en la hora indecisa del crepúsculo. Y colocó el clavel debajo del cuadro, mientras dirigía a la santa una mirada conmovida. Luego se arrodilló. Al principio el resto se burlaba abiertamente al verlo rezar de rodillas. Sin embargo, ahora ya se habían acostumbrado y nadie le prestaba atención. Comenzó a rezar, lo que pronunció su aspecto de asceta, su rostro infantil se tornó aún más pálido y más grave y sus manos largas y delgadas se alzaron ante el cuadro. Todo su rostro mostraba una especie de aureola y su voz reflejaba tonalidades y vibraciones que sus compañeros ignoraban. Era como si estuviera fuera del mundo y no en el viejo trapiche en ruinas sino en otra tierra, junto a Nuestra Señora de los Siete Dolores. Sin embargo, su rezo era simple y no había sido siquiera aprendido en ningún catecismo. Le pedía a la Señora que lo ayudase a poder entrar algún día al colegio que estaba en el Sodr e y donde los hombres salían convertidos en sacerdotes.

Sem-Pernas, que había llegado para convenir algún detalle de la cuestión de los sombreros y que, al verlo rezando, traía una broma preparada, una

broma que lo hacía reír con sólo pensar en ella y que habría de confundir por completo a Pirulito, al acercarse y verlo rezando, con las manos levantadas, los ojos fijos quién sabe dónde, el rostro arrebatado por el éxtasis (estaba como vestido de felicidad), se detuvo, la risa burlona se le marchitó en los labios y se quedó espiándolo con un poco de miedo, poseído por un sentimiento en el que se combinaban la envidia y la desesperación.

Sem-Pernas se quedó parado, mirando. Pirulito no se movía. Apenas sus labios mostraban un leve movimiento. Sem-Pernas acostumbraba burlarse de él, como de todo el resto del grupo, incluyendo al Profesor, quien le caía bien, y también de Pedro Bala, al que respetaba. Cuando entraba un novato a los Capitanes de la Arena se formaba una idea equivocada de Sem-Pernas. Porque enseguida le ponía un apodo, riéndose de algún gesto o dicho del recién llegado. Ridiculizaba todo y era de los que más se peleaban. Llegó a tener incluso fama de malvado. Una vez trató de manera cruel a un gato que había entrado en el trapiche. Y un día había cortado con su navaja a un mozo de restaurante para robarse únicamente un pollo asado. Un día en que le salió un absceso en la pierna lo cortó fríamente con un cuchillo a la vista de todos y lo apretó riéndose. A muchos del grupo no les gustaba, pero aquellos que ignoraban esos aspectos desagradables y se convertían en sus amigos decían que era un buen tipo. En lo más profundo de su corazón sentía lástima por la desgracia de todos. Y ocultaba su propia desgracia riéndose y burlándose de los demás. Era como una medicina. Se quedó parado mirando a Pirulito, quien rezaba concentrado. En el rostro con que rezaba había una exaltación, una expresión que a Sem-Pernas le pareció algo así como alegría o felicidad. Pero fijó la vista en aquel rostro y descubrió que se trataba de una expresión que no podía definir. Y pensó, contrayendo la pequeña cara, que tal vez por eso nunca se había decidido a rezar, a dirigirse al cielo del que tanto les hablaba el padre José Pedro cuando iba a visitarlos. Lo que pretendía era felicidad, alegría, huir de toda esa miseria, de toda esa libertad de las calles. Pero estaba también la ausencia de todo cariño, la falta de palabras amables. Pirulito buscaba todo eso en el cielo, en los cuadros de santos, en las flores marchitas que llevaba para Nuestra Señora de los Siete Dolores, como un romántico enamorado de los barrios chic de la ciudad le lleva a aquella a la que ama con la intención de casarse con ella. Pero Sem-Pernas no comprendía que aquello pudiese alcanzar. Quería que fuera algo inmediato, algo que hiciera que su rostro se volviera sonriente y alegre, que lo librara de la necesidad de reírse

de todos y de todo. Que lo librase también de aquella angustia, de aquel deseo de llorar que se apoderaba de él en las noches de invierno. No aspiraba a lo que tenía Pirulito, a ese rostro pleno de exaltación. Quería alegría, una mano que lo acariciara, alguien con mucho amor y que le hiciese olvidar el defecto físico y los muchos años (tal vez hayan sido apenas meses o semanas, pero para él serían siempre largos años) que había vivido solo en las calles de la ciudad, hostigado por los hombres que pasaban, empujado por los vigilantes, golpeado por los *moleques* mayores. Nunca había tenido una familia. Vivía en la casa de un panadero a quien llamaba *mi padrino* y que lo zurraba. Se escapó en cuanto entendió que la fuga lo liberaría. Pasó hambre, un día lo llevaron preso. Anhela una caricia, una mano que se pose sobre sus ojos y consiga que pueda olvidarse de aquella noche en prisión, cuando los soldados ebrios lo hicieron correr con su pierna enferma alrededor de una sala. En cada rincón había un borracho. Se borraron las marcas que tenía en la espalda, pero dentro de él jamás desapareció el dolor de aquella noche. Corría por la sala como un animal perseguido por otros más fuertes. La pierna coja se rehusaba a ayudarlo. Y la goma zumbaba en sus espaldas cada vez que el cansancio lo hacía detenerse. Al principio lloraba mucho, pero después y sin que se supiera cómo, las lágrimas se secaron. En un determinado momento no resistió más y se tiró al piso. Sangraba. Aún hoy oye la risa de los soldados y cómo se rió aquel hombre de chaleco gris que fumaba un cigarro. Luego encontró a los Capitanes de la Arena (fue el Profesor quien lo trajo, se habían conocido en un banco de plaza) y se quedó con ellos. No tardó en destacarse porque sabía fingir como ninguno grandes dolores y así lograba engañar a las señoras, cuyas casas eran después visitadas por el grupo que ya conocía todos los sitios donde había objetos de valor y todos los hábitos de la casa. Y Sem-Pernas sentía una real satisfacción al pensar en cuánto lo maldecirían aquellas señoras que lo habían tomado por un pobre huérfano. Era su modo de vengarse, pues tenía el corazón repleto de odio. Su confuso anhelo era tener una bomba (como aquellas de cierta historia que había contado el Profesor) que arrasara toda la ciudad, que la hiciera estallar por los aires. Eso lo pondría alegre. Tal vez también se alegraría si viera a alguien, seguramente una mujer de cabellos grisáceos y manos suaves, que lo apretase contra el pecho, que acariciase su rostro y lo hiciese dormir un buen sueño, un sueño que no estuviese asediado por los sueños de la noche en la cárcel. Así encontraría la alegría y el odio abandonaría su corazón. Y ya no sentiría desprecio, envidia, odio hacia Pirulito quien, con las manos levantadas y los ojos inmóviles, huye

de su mundo de sufrimientos hacia el mundo que conoció en sus charlas con el padre José Pedro.

Se aproxima un rumor de conversaciones. Viene un grupo de cuatro que entra en el silencio que reina ya en el trapiche. Sem-Pernas se estremece, ríe a espaldas de Pirulito, quien sigue rezando. Se encoge de hombros, decide dejar para la mañana siguiente el arreglo de los detalles para el robo de los sombreros. Y como tiene miedo de dormirse, va al encuentro del grupo que llega, pide un cigarrillo, dice groserías acerca de las aventuras con mujeres que cuentan los cuatro del grupo:

—Unos debiluchos como ustedes, ¿quién va a creerse que sean capaces de voltearse a una mujer? Eso debe de ser un maricón vestido de chica.

Los demás se irritan:

—Tú también si te dejas. Si quieres, sólo tienes que venir con nosotros mañana. Así puedes conocer a Zinha, que es una mujerona. Sem-Pernas ríe sardónico.

—No me gustan los maricones.

Y sale caminando por el trapiche.

El Gato aún no se ha dormido. Sale siempre después de las once. Es el elegante del grupo. Cuando llegó, blanco y rosado, Boa-Vida intentó seducirlo. Pero ya en aquel tiempo el Gato era de una agilidad increíble y no provenía, como pensaba Boa-Vida, de una casa de familia. Había llegado proveniente de los Indios Maloqueiros, niños que viven bajo los puentes de Aracaju. Había hecho el viaje en la parte trasera de un tren. Conocía bien cómo es la vida de un grupo de niños abandonados. Y ya tenía más de trece años. Por eso se dio rápida cuenta de los motivos por los cuales Boa-Vida, mulato morrudo y feo, lo había tratado con tanta consideración, ofreciéndole cigarrillos y parte de su cena antes de recorrer la ciudad con él. Luego se hicieron de un par de zapatos nuevos que estaba expuesto en la puerta de una casa en la *Baixa dos Sapateiros*. Boa-Vida había dicho:

—No te preocupes, sé dónde venderlos. El Gato ojeó sus zapatos gastados.

—Estaba pensando en quedármelos. Ya estoy necesitando...

—Tú con zapatos tan buenos... —se sorprendió Boa-Vida, que rara vez usaba zapatos y que en aquel momento iba descalzo.

—Pago tu parte, ¿cuánto crees que es?

Boa-Vida lo miró. El Gato llevaba corbata, un saco remendado y, ¡cosa espantosa!, usaba medias.

—Te importa la elegancia, ¿eh? —se sonrió.

—No nací para esta vida. Nací para el gran mundo —dijo el Gato, repitiendo una frase que había oído alguna vez en boca de un viajante en un cabaré de Aracaju.

A Boa-Vida le parecía decididamente lindo. El Gato tenía una actitud petulante y aunque su belleza no fuera afeminada le agradaba a Boa-Vida quien, además de todo, no tenía demasiada suerte con las mujeres, pues aparentaba menos de trece años y era bajo y achaparrado. El Gato era alto y sobre sus labios de catorce años empezaba a crecer una pelusa de bigote que cultivaba con cuidado. En aquel momento sin dudas Boa-Vida lo amaba, pues dijo:

—Puedes quedarte con ellos... Te doy mi parte.

—Muy bien. Te debo una.

Boa-Vida quiso aprovechar esa gratitud para iniciar su conquista, y bajó la mano por la espalda del Gato que se escabulló con un movimiento de cuerpo. El Gato se rió para sus adentros y no dijo nada. Boa-Vida pensó que no debía insistir o terminaría por espantar al niño. Nada sabía del Gato y ni imaginaba que su juego había sido descubierto. Anduvieron juntos parte de la noche, contemplando las luces de la ciudad (el Gato estaba asombrado) y alrededor de las once se dirigieron hacia el trapiche. Boa-Vida le presentó el Gato a Pedro y luego lo llevó al lugar donde dormía.

—Tengo aquí una sábana. Alcanzará para los dos.

El Gato se acostó. Boa-Vida se tendió a su lado. Cuando pensó que el otro se había dormido lo abrazó con una mano y con la otra comenzó a bajarle despacio los pantalones. En un instante el Gato estaba de pie.

—Te equivocaste, mulato. Soy hombre.

Pero ya Boa-Vida no veía nada, sólo el deseo, el anhelo que tenía del cuerpo blanco del Gato, de enredar su rostro en aquellos cabellos morenos y palpar las carnes duras de las caderas del Gato. Y se le tiró encima con la intención de derribarlo y forzarlo. Pero el Gato desvió el cuerpo y le hizo una zancadilla. Boa-Vida cayó de narices. Ya se había formado un grupo alrededor. El Gato dijo:

—Éste creía que yo era maricón. No te hagas el tonto. Arrancó la sábana de Boa-Vida y se la llevó a otro rincón donde durmió. Estuvieron enemistados por un tiempo, pero luego volvieron a estar bien y cuando el Gato se cansa de alguna muchacha, se entrega a Boa-Vida.

Una noche el Gato andaba por la calle de las mujeres, con el cabello lustroso de brillantina, una corbata enrollada al cuello, silbando como si fuera uno de los tantos malandros de la ciudad. Las mujeres lo miraban y se reían.

—Mira aquel tipito, ¿qué buscará por aquí?

El Gato respondía a las sonrisas y seguía. Esperaba que alguna lo llamara para hacer el amor con él. Pero no quería que fuera por dinero, no sólo porque no disponía de más de mil quinientos níqueles, sino porque a los Capitanes de la Arena no les gustaba pagarle a una mujer. Tenían a las negritas de dieciséis para derrumbar en el arenal.

Las mujeres contemplaban su aspecto infantil. Sin dudas les parecía que se hallaba en lo más bello de su corrompida infancia y les gustaría hacer el amor con él. Pero no lo llamaban porque era la hora en que esperaban a los hombres que pagaban y tenían que pensar en la casa y en el almuerzo del día siguiente. Se conformaban, por lo tanto, con reírse y hacer bromas. Sabían que de allí saldría uno de esos proxenetas que llenan la vida de una mujer, que le sacan el dinero, que le dan golpes pero también mucho amor. A muchas de ellas les gustaría ser la primera mujer de ese malandrín tan joven. Pero eran las diez, la hora de los hombres que pagaban. Y el Gato andaba de un lado a otro sin resultados. Fue entonces que vio a Dalva, que venía por la calle embozada en una capa gruesa a pesar de que era una noche de verano. Pasó a su lado casi sin verlo. Era una mujer de unos treinta y cinco años, de cuerpo macizo y un rostro radiante de sensualidad. El Gato la deseó de inmediato y fue tras ella. Vio cuando entró en la casa sin darse vuelta. Permaneció en la esquina, esperando. Minutos después la mujer apareció en la ventana. El Gato subió y bajó por la calle, pero ella no lo miraba. Luego pasó un viejo, escuchó el llamado de ella y entró. Sin embargo, el Gato siguió esperando, incluso después de que el viejo se hubiera ido muy apurado, tratando de no ser visto y ella no volvió a aparecer por la ventana.

El Gato volvió noche tras noche a la misma esquina sólo para poder verla. Ahora todo el dinero que conseguía era para comprarse trajes usados y verse elegante. Tenía ese don de la elegancia del malandrín, que se encuentra más en la manera de caminar, de llevar el sombrero y hacer un nudo descuidado a la corbata que en la calidad de la propia ropa. El Gato deseaba a Dalva de la misma manera que ansiaba comida cuando sentía hambre, como deseaba dormir cuando tenía sueño. Ya no le prestaba atención al llamado de las demás mujeres cuando, pasada la medianoche, habían juntado para los gastos del día siguiente y por lo tanto aspiraban al amor juvenil del pequeño delincuente. Una vez fue con una sólo para enterarse de la vida de Dalva. Fue

así como supo que ella tenía un amante, un flautista que trabajaba en un café, que se quedaba con el dinero que ella ganaba e incluso desplegaba borracheras colosales en su casa, complicando la vida de todas las rameritas del edificio.

El Gato regresaba todas las noches. Dalva no le dirigía siquiera una mirada. Por eso incluso la amaba más. Permanecía en una espera dolorosa hasta una media hora después de la medianoche, cuando llegaba el flautista y, luego de besarla en la ventana, entraba por la puerta mal iluminada. Entonces el Gato se iba al trapiche, con la cabeza repleta de pensamientos: si un día el flautista no llegaba... Si el flautista se muriera... Era flaco, tal vez no aguantase ni siquiera el peso de los catorce años del Gato. Y apretaba la navaja que llevaba en la camisa.

Y una noche el flautista no vino. Esa noche Dalva recorrió las calles como una loca, volvió tarde a la casa, no recibió a ningún hombre y ahora estaba allí, apostada en la ventana, a pesar de que las doce habían dado hacía mucho tiempo. De a poco la calle fue quedándose desierta. Sólo quedaron el Gato en la esquina y Dalva, que seguía esperando en la ventana. El Gato sabía que aquella era su noche y se sentía alegre. Dalva se desesperaba. Entonces el Gato comenzó a pasearse de un lado al otro de la calle hasta que la mujer lo notó y le hizo una seña. Él se acercó enseguida, sonriendo.

—¿No eres tú el muchachito que se pasa toda la noche en la esquina?

—El que se queda en la esquina soy yo. Ahora, eso de muchachito...

Ella sonrió con tristeza:

—¿Quieres hacerme un favor? Te doy algo —pero luego pensó e hizo un gesto—. No. Seguro que esperas tu comida y no has de perder el tiempo.

—Sí, puedo. Y lo que espero no tiene que ser ahora.

—Entonces, hijito, ve a la calle Rui Barbosa, al número 35. Busca a Gastão. Es en el primer piso. Dile que lo estoy esperando.

El Gato salió humillado. Primero pensó en no ir y no volver nunca a ver a Dalva. Pero luego decidió hacerlo para poder ver de cerca al flautista que tenía el coraje de abandonar a una mujer tan hermosa. Llegó hasta el edificio (un inquilinato negro de varios pisos), subió las escaleras y en el primer piso le preguntó a un niño que dormía en el pasillo cuál era el cuarto del señor Gastão. El niño le mostró el último y el Gato golpeó a la puerta. El flautista vino a abrir. Estaba en calzoncillos y el Gato vio una mujer flaca en la cama. Los dos estaban borrachos. El Gato dijo:

—Vengo de parte de Dalva.

—Dile a esa cacatúa que no me moleste. Estoy harto de ella, la tengo hasta aquí —y apoyaba la mano abierta sobre la garganta.

Desde dentro del cuarto llegó la voz de la mujer:

—¿Quién es ese pendejito?

—No te metas —dijo al flautista antes de tranquilizarse—. Es un recado del pajarraco de Dalva. Está loca para que vuelva.

La mujer dio una risotada canalla de borracha.

—Pero ahora sólo quieres a tu Bebezinha, ¿no? Ven a darme un beso, ángel sin alas.

El flautista también se rió.

—¿Lo ves, proyecto de persona? Dile eso a Dalva.

—Veo allí un cuero estirado, sí, señor. Qué buitre se consiguió, ¿no, camarada?

El flautista lo miró muy serio.

—No hables de mi novia —y agregó—: ¿Quieres tomar un trago? Es caña de la buena.

El Gato entró. La mujer se cubrió. El flautista se rió:

—Es sólo un chico. No tengas miedo.

—Y ese cuero no me tienta —dijo el Gato—. Ni para que me toque la pija.

Bebió la *cachaça*. El flautista ya había regresado a la cama y besaba a la mujer. Ni siquiera se dieron cuenta de que el Gato se llevaba la cartera de la prostituta que colgaba olvidada en la silla, sobre la ropa. En la calle el Gato contó sesenta y ocho mil *reis*. Tiró la cartera al pie de la escalera y se guardó el dinero en el bolsillo. Y se encaminó silbando hacia la casa de Dalva.

La mujer lo esperaba en la ventana. El Gato la miró fijamente.

—Voy a tomarme algo —y fue entrando sin esperar respuesta.

Desde el corredor, Dalva preguntó:

—¿Qué te dijo?

—En el cuarto te lo digo. Muéstrame dónde es. Entraron en la habitación. Lo primero que vio el Gato fue un retrato de Gastão tocando la flauta, vestido de esmoquin. Se sentó en la cama frente al retrato. Dalva miraba asustada y no pudo evitar volver a preguntar:

—¿Qué te dijo?

El Gato respondió:

—Siéntate aquí —e indicó la cama.

—Este chiquito... —murmuró ella.

—Mira, muñeca, está metido con otra, ¿sabes? Le dije unas cuantas cosas a los dos. Y después pelé a la cacatúa —metió la mano en el bolsillo y tiró el dinero—. Vamos a dividirnos esto.

—Está con otra, ¿no es así? Pero mi señor de Bomfim hará que uno de los dos se quede paralítico. El señor de Bomfim es mi santo.

Fue hasta donde se hallaba el cuadro del santo. Hizo su promesa y regresó.

—Toma el dinero. Te lo has ganado en buena ley. El Gato repitió:

—Siéntate aquí.

Esta vez ella se sentó, él la agarró y la tumbó en la cama. Luego de que gimiera con el amor y las caricias que él le brindó, murmuró:

—El muchachito parece un hombre...

Él se levantó, se arregló los pantalones, fue hasta donde estaba el cuadro del flautista Gastón y lo rompió.

—Me voy a hacer una foto para que la pongas ahí. La mujer se rió y dijo:

—Ven, corazón. ¡Qué buen malandro haré de ti! Voy a enseñarte tantas cosas, bebé.

Cerró la puerta del cuarto. El Gato se sacó la ropa.

Es por eso que el Gato sale todas las medianoches y no duerme en el trapiche. Sólo regresa por la mañana para unirse a los demás en las aventuras del día.

Sem-Pernas se acercó al grupo:

—Ahora nos vas a mostrar el anillo, ¿no?

—A ti eso no te importa. —El Gato fumaba un cigarrillo—. Quieres venir para ver si te encuentras una mujer que te quiera así rengo como eres.

—No voy a casa de cueros viejos. Sólo donde haya algo que valga la pena.

Pero el Gato no estaba de ánimo para conversar y Sem-Pernas continuó con su peregrinación por el trapiche.

Sem-Pernas se apoyó sobre la pared y dejó que el tiempo pasara. Vio que el Gato salía alrededor de las once y media. Se sonrió al darse cuenta de que se había lavado la cara, se había peinado con brillantina y se iba caminando con ese paso bamboleante que caracteriza a los malandros y a los marinos. Luego Sem-Pernas se quedó mucho tiempo mirando a los niños que dormían. Había allí por lo menos cincuenta criaturas sin padre, sin madre, sin maestros. Su única posesión era la libertad de correr por las calles. Llevaban una vida

no siempre fácil, buscando qué comer y con qué vestirse, cargando valijas, robando billeteras y sombreros, amenazando a los hombres o pidiendo limosna. Y el grupo estaba compuesto por más de cien niños, pues eran muchos los que no dormían en el trapiche. Se acomodaban en los portones de los rascacielos, en los puentes, en los barcos varados en la arena del Porto da Lenha. Ninguno se quejaba. A veces moría alguno de una enfermedad que nadie sabía tratar. Cuando lograban que viniera el padre José Pedro, la *mae-de-santo* Don'Aninha o incluso Querido-de-Deus, el convaleciente podía llegar a tener cura. Sin embargo, nunca era como un niño que vive en un hogar. Sem-Pernas se quedaba pensando y descubría que la alegría por aquella libertad era muy poco en comparación con el desastre de aquella vida.

Se dio vuelta porque oyó un movimiento. Alguien se había levantado en medio del caserón. Sem-Pernas reconoció al negrito Barandão, quien se dirigía sigiloso al arenal de fuera del trapiche. Sem-Pernas pensó que iría a esconder alguna cosa que se había robado y que no quería que vieran sus compañeros. Y aquello era un crimen contra las leyes de la pandilla. Sem-Pernas siguió a Barandão, pasando por entre los cuerpos dormidos. El negrito ya había transpuesto la puerta del trapiche y daba la vuelta hacia la izquierda. El cielo estaba estrellado.

Ahora Barandão caminaba apresuradamente. Sem-Pernas percibió que se dirigía a otro extremo del trapiche, donde la arena era aún más fina. Fue entonces por el otro lado y llegó a tiempo de ver a Barandão que se encontraba con un tipo. Lo reconoció enseguida: era Almiro, uno del grupo, de doce años, gordo y perezoso. Se acostaron juntos y el negro acariciaba a Almiro. Sem-Pernas alcanzó a escuchar algunas palabras. Uno decía: hijito mío, hijito mío. Sem-Pernas retrocedió, con una angustia creciente. Todos buscaban algo de cariño, lo que fuera en aquella vida: el Profesor en esos libros que leía toda la noche, el Gato en la cama de una mujer de la vida que le daba dinero, Pirulito en los rezos que lo transfiguraban, Barandão y Almiro en el amor en la arena del muelle. Sem-Pernas sentía que la angustia se apoderaba de él y que le era imposible dormirse. Si lo hacía volverían las pesadillas de la cárcel. Quería que apareciera alguien a quien torturar con sus burlas. Quería una pelea. Pensó en tirarle un fósforo entre las piernas a alguno de los que dormían. Pero cuando miró hacia la puerta del trapiche, lo único que sintió fue pena y un incontrolable anhelo de huir de allí.

Y salió corriendo por el arenal, avanzando sin rumbo, huyendo de su propia angustia.

Pedro Bala se despertó con un ruido que se oyó cerca de él. Dormía de bruces y miró por debajo de los brazos. Vio que un niño se levantaba y se aproximaba con cautela al rincón de Pirulito. En medio del sueño en que se hallaba, Pedro Bala pensó al principio que se trataba de un caso de homosexualidad, y prestó atención para expulsar al pasivo, pues una de las leyes del grupo era no admitir homosexuales pasivos. Al despertarse por completo recordó enseguida que era imposible, pues Pirulito no era de hacer esas cosas. Debía de tratarse de un robo. En efecto, el niño estaba ya abriendo el baúl de Pirulito.

Pedro Bala le saltó encima. La lucha fue rápida. Pirulito se despertó, aunque los demás siguieron durmiendo.

—¿Le estás robando a un compañero?

El otro se quedó callado, rascándose el mentón herido. Pedro Bala continuó:

—Mañana te vas... No quiero verte con nosotros. Júntate con la gente de Ezequiel, que se roban unos a otros.

—Yo sólo quería ver...

—¿Qué ibas a ver con las manos?

—Te juro que era sólo para mirar esa medalla que él tiene.

—Habla sin mentir, si no te espera una buena paliza. Pirulito se metió:

—Déjalo, Pedro. Es casi seguro que quisiera ver la medalla. Es una medalla que me dio el padre José Pedro.

—Es eso —dijo el niño—, sólo quería verla, lo juro. Y temblaba de miedo. Sabía lo difícil que era la vida de alguien expulsado por los Capitanes de la Arena. La opción era entrar en el grupo de Ezequiel, cuyos integrantes se pasaban todo el tiempo en la cárcel o si no terminaban en el reformatorio.

Pirulito volvió a interceder y Pedro Bala se acercó al lugar del Profesor. Entonces el niño dijo con la voz aún temblorosa:

—Quiero contarte para que lo sepas. Fue una chica que vi hoy. Estaba en *Cidade da Palha*. Había entrado en una casa con la idea de hacerme de un traje, cuando ella se acercó y me preguntó qué buscaba. Ahí empezamos a conversar. Le dije que mañana le iba a llevar un regalo, pues fue buena, muy buena conmigo —y ahora estaba gritando y parecía poseído por la rabia.

Pirulito tomó la medalla que le había dado el padre y se quedó mirándola. De repente se la extendió al niño.

—Toma, dásela. Pero no se lo cuentes a Pedro Bala.

Volta Seca entró en el trapiche cuando la madrugada ya estaba avanzada. El cabello del mulato *sertanejo* estaba revuelto. Llevaba alparbatas como cuando había llegado de la *caatinga*. Su rostro sombrío se proyectó dentro del caserón. Pasó por encima del cuerpo del negro João Grande. Escupió hacia delante y pisó el escupitajo. Traía un diario apretado bajo el brazo. Escudriñó por todo el lugar como buscando a alguien. Apretó el diario con las manos grandes y callosas cuando logró distinguir al Profesor. Y sin importarle lo tarde de la hora se encaminó hacia él y comenzó a llamarlo.

—Profesor, Profesor...

—¿Qué pasa? —El Profesor estaba casi dormido.

—Quiero algo.

El Profesor se sentó. El rostro sombrío de Volta Seca era casi invisible en la oscuridad.

—¿Eres tú, Volta Seca? ¿Qué quieres?

—Quiero que me leas esta noticia sobre *Lampião* que trae el diario. Viene con una foto.

—Déjalo que mañana lo leo.

—Léelo hoy, que yo mañana te enseño cómo imitar bien un canario.

El Profesor buscó una vela, la encendió, comenzó a leer la noticia. *Lampião* había entrado en una casa de Bahía, había matado a ocho soldados, desflorado muchachas y había saqueado las arcas de la policía. El rostro sombrío de Volta Seca se iluminó. Su boca apretada se abrió en una sonrisa. Y con esa felicidad abandonó al Profesor, quien apagaba la vela, y se retiró a su rincón. Llevaba el diario para recortar el retrato del grupo de *Lampião*. Había en su interior una alegría como de primavera.

Ponto das pitangueiras

Habían esperado que el guardia avanzara. El hombre se había demorado mirando al cielo y a la calle desierta. El tranvía desapareció en la curva. Era uno de los últimos de la línea de Brotas aquella noche. El guardia encendió un cigarrillo. A causa del viento, usó tres fósforos. Luego se subió la capucha del abrigo, pues hacía un frío húmedo que traía el viento desde las chacras donde se balanceaban *mangueiras* y *sapoteizeiros*. Los tres niños esperaban que el guarda se moviera para poder cruzar de un lado al otro de la calle y entrar en el camino sin pavimentar. Querido-de-Deus no había podido venir. Se había pasado toda la tarde en el Porta do Mar esperando a un hombre que no había llegado. De haber asistido, hubiera sido más fácil pues él no habría de discutir con Querido-de-Deus dado que realmente le debía mucho al *capoeirista*. Pero no estaba allí, la información era equivocada y el hombre había arreglado ya un viaje para aquella noche. Iba a Itaparica. En un pequeño terreno que había en el fondo del Porta do Mar, se pasaron entrenándose con juegos de *capoeira* durante toda la tarde. En algún tiempo, el Gato prometía ser un luchador capaz de enfrentarse al propio Querido-de-Deus. Pedro Bala era también muy hábil. De los tres el menos ágil era el negro João Grande, muy bueno en el tipo de lucha en la que podía emplear su enorme fuerza física. Aun así se ocupaba de aprender lo suficiente como para librarse de alguien más fuerte que él. Cuando se cansaron pasaron al cuarto. Pidieron cuatro *cachaças* y el Gato sacó un mazo de cartas de un bolsillo del pantalón. Un viejo mazo grasiento, de cartas gruesas. Querido-de-Deus sostenía que el hombre vendría, el camarada que le había pasado la información era un tipo confiable. Era un negocio que rendiría mucho y Querido-de-Deus había preferido llamar a los Capitanes de la Arena, sus amigos, antes que a alguno de los pillos del muelle. Sabía que los Capitanes de la Arena valían más que muchos hombres y sabían mantener la boca callada. El Porta do Mar estaba casi desierto a esa hora. Sólo dos marineros de un *baiano* bebían cerveza al fondo. El Gato apoyó las cartas sobre la mesa y propuso:

- ¿Quién juega una vuelta? Querido-de-Deus tomó el mazo.
- Está más que marcado, Gato. Unas barajas bien viejitas.
- Si tienes otras, no me molesta.
- No. Vayamos nomás con éste.

Empezó el juego. El Gato colocaba las cartas sobre la mesa, los demás apostaban por una y la banca se quedaba con otra. Al principio los que ganaban eran Pedro Bala y Querido-de-Deus. João Grande no participaba (conocía demasiado el mazo del Gato), lo único que hacía era mirar, riendo con sus dientes blanquísimos, a Querido-de-Deus diciendo que ese era su día de suerte porque era el día de *Xangô*, su santo. Sabía que esa suerte sólo ocurriría al principio y que cuando el Gato comenzase a ganar no se detendría. En determinado momento el Gato empezó a ganar. La primera vez lo anunció con voz triste:

—Ya era hora. Estaba con un peso impresionante.

La sonrisa de João Grande se abrió aún más. El Gato volvió a ganar. Pedro Bala se levantó, recogió los centavos que había ganado. El Gato miró desconfiado:

—¿No vas a apostar nada ahora?

—No, ahora me voy a mear... y se retiró al fondo del bar. Querido-de-Deus se quedó perdiendo. João Grande se reía y el *capoeirista* se hundía. Pedro Bala había vuelto, pero no jugaba. Se reía junto a João Grande. Querido-de-Deus perdió todo cuanto había ganado. João Grande dijo entre dientes:

—Empiezas a juntar capital...

—Todavía estoy perdiendo —dijo el Gato. Se dio cuenta de que Pedro había vuelto.

—¿No arriesgarás nada más? ¿No le pones nada a la dama?

—Estoy cansado de jugar... —Y Pedro Bala le hizo una señal al Gato como diciéndole que se conformara con Querido-de-Deus.

Éste superó los cinco mil *reis* de capital. Sólo había ganado dos veces en las últimas jugadas y estaba un tanto desconfiado. El Gato abrió el mazo sobre la mesa. Puso un rey y un siete.

—¿Quién juega? —preguntó.

Nadie se movió. Ni siquiera Querido-de-Deus, que miraba el mazo con la mayor desconfianza. El Gato preguntó:

—¿Piensas que hay trampa? Puedes revisar lo que quieras. Yo juego limpio...

João Grande lanzó una de sus escandalosas carcajadas. Pedro Bala y Querido-de-Deus también se rieron. El Gato miró a João Grande con rabia.

—Este negro es tan burro como una puerta. ¿No ves que...? —Pero no llegó a completar la frase cuando se acercaron los dos marineros del *baiano*,

que ya llevaban bastante tiempo mirando el juego. El más bajo de ellos, que estaba borracho, se dirigió a Querido-de-Deus:

—¿Podemos entrar en este juego?

Querido-de-Deus apuntó al Gato:

—La banca es de este muchacho.

Los marineros lo miraron con desconfianza. Pero el otro le dio un codazo y le murmuró algo al oído. El Gato se rió para adentro porque sabía que le decía que sería fácil quitarle el dinero a aquel niño. Los dos se sentaron y a Querido-de-Deus le pareció extraño que Pedro Bala hiciera lo mismo. Por su parte, a João Grande no sólo no le pareció raro sino que se sumó a las sillas. Sabía que era preciso engañar a los marineros y por lo tanto los integrantes del grupo también debían perder. Del mismo modo que había ocurrido con Querido-de-Deus, los marineros también empezaron ganando. Pero su golpe de suerte no duró mucho y en poco tiempo el único que ganaba era el Gato. Pedro Bala no paraba de exclamar:

—Este Gato es algo serio cuando tiene suerte.

—Pero cuando le toca perder, pierde toda la noche —replicaba João Grande y estas palabras le dieron una enorme confianza a los marineros respecto de la limpieza del juego y de la posibilidad de que la suerte cambiara. Y siguieron jugando y perdiendo. El más bajo no paraba de decir:

—La suerte tiene que cambiar...

El otro, que lucía bigotito, jugaba callado y cada vez apostaba más alto. También Pedro Bala subía el valor de sus apuestas. En un determinado momento, el de bigotito se dirigió al Gato:

—¿La banca acepta cinco mil?

El Gato se rascó el cabello cubierto de brillantina barata, fingiendo una indecisión que sus compañeros percibieron como falsa.

—Que sea. Acepto. Pero sólo para que tenga la posibilidad de recuperar su pérdida.

El de bigotito apostó cinco mil. El más bajo fue con tres mil *reis*. Ambos apostaron por un as contra el valet de la banca. Pedro Bala y João Grande eligieron también el as. El Gato comenzó a dar vuelta las cartas. La primera fue un nueve. El más bajo tamborilleaba con los dedos mientras el otro se tiraba del bigote. Luego apareció un dos y el más bajo dijo:

—Ahora viene el as. Dos, después un... —Y golpeaba con los dedos.

Pero lo que apareció fue un siete, luego un diez y finalmente una jota. El Gato arrasó con el dinero en la mesa, mientras Pedro Bala ponía cara de gran enojo y le decía:

—Mañana, cuando te agarre, vas a ver que te paso por encima.

El bajo confesó que estaba limpio. El de bigotitos metió la mano en los bolsillos.

—Me quedan sólo monedas para pagar la cerveza. El niño es de temer.

Se levantaron, felicitaron al grupo y pagaron las cervezas que habían tomado en la otra mesa. El Gato los invitó a que regresaran al día siguiente. El más bajo respondió que su barco partía aquella noche rumbo a Caravelas. Había que esperar a que volvieran. Y se fueron tomados del brazo, hablando de su falta de suerte.

El Gato contó lo ganado. Sin contar el dinero que habían perdido Pedro Bala y João Grande, había una ganancia de treinta y ocho mil *reis*. El Gato le devolvió su dinero a Pedro Bala, luego hizo lo mismo con el de João Grande y se quedó pensando. Metió la mano en el bolsillo, extrajo los cinco mil *reis* que había perdido antes Querido-de-Deus:

—Toma, compañero. Hubo trampa y no quiero quedarme con tu plata.

Querido-de-Deus besó el billete con satisfacción y le dio una palmada en la espalda a Gato.

—Te arriesgas mucho, muchacho. Te puedes hacer rico con estas tretas...

Pero el sol ya se ponía y el hombre no llegaba. Pidieron otra botella de *cachaça*. Con la caída de la tarde, el viento que llegaba del mar era más fuerte. Querido-de-Deus comenzó a ponerse impaciente. Fumaba cigarrillo tras cigarrillo. Pedro Bala miraba hacia la puerta. El Gato dividió los treinta y ocho mil *reis* entre los tres. João Grande preguntó:

—¿Cómo le habrá ido a Sem-Pernas con el robo de sombreros?

Nadie respondió. Esperaban al hombre y ahora tenían la sensación de que no vendría. La información había sido equivocada. No se oía siquiera una canción que viniera del mar. El Porta do Mar estaba desierto y Felipe casi se dormía en el mostrador. Sin embargo, el lugar no tardaría en estar lleno y entonces sería imposible cualquier arreglo con el hombre. No quería que hablaran en el salón lleno de gente. Podrían reconocerlo y era eso precisamente lo que no quería. Tampoco lo querían los Capitanes de la Arena. En verdad, el Gato no sabía de qué se trataba. Y poco más era lo que sabían Pedro Bala y João Grande. Sabían lo mismo que Querido-de-Deus, a quien le habían propuesto el negocio y que lo había aceptado pensando en Pedro Bala y los Capitanes de la Arena. Sin embargo, sólo tenía vagas noticias del asunto y todo lo que debían saber lo informaría el hombre que lo había citado aquella tarde en el Porta do Mar. Pero eran las seis y no había llegado. En su lugar llegó el tipo que había hablado con Querido-de-Deus. Apareció justo cuando

el grupo estaba por irse y explicó que el hombre no había podido llegar, pero que esperaba esa noche a Querido-de-Deus en la calle en que vivía. Estaría allí alrededor de la una de la madrugada. Querido-de-Deus dijo que no podía ir, pero que confiaba el asunto a los Capitanes de la Arena. El intermediario miró a los muchachos con desconfianza. Querido-de-Deus preguntó:

—¿Nunca oíste hablar de los Capitanes de la Arena?

—Sí, pero...

—De todas maneras quienes iban a ocuparse del asunto eran ellos. Por eso...

El intermediario pareció estar de acuerdo. Combinaron para la una de la madrugada y se separaron. Querido-de-Deus enfiló hacia su barco, los Capitanes de la Arena hacia el trapiche y el intermediario desapareció en el muelle.

Sem-Pernas aún no había vuelto. No había nadie en el trapiche. Debían estar todos desparramados por las calles de la ciudad, agenciándose la cena. Los tres volvieron a salir y se fueron a comer a un restaurante barato del mercado. En la puerta del trapiche, el Gato, que estaba muy contento con el resultado del juego, quiso hacerle una zancadilla a Pedro Bala. Pero éste esquivó el cuerpo y derribó al Gato.

—Tengo entrenamiento en esto, idiota.

Entraron en el restaurante haciendo escándalo. Un viejo, que era mozo, se acercó desconfiado. Sabía que a los Capitanes de la Arena no les gustaba pagar y que aquel con el tajo en la cara era el más peligroso de todos. A pesar de que había bastante gente en el restaurante, el viejo dijo:

—Se terminó. No hay nada más qué comer. Pedro Bala replicó:

—Deja de hablar estupideces, hombre. Queremos comer. João Grande dio un golpe en la mesa.

—Si no ponemos esta pocilga inmunda patas para arriba. El viejo estaba indeciso. Entonces el Gato tiró el dinero sobre la mesa.

—Hoy vamos a pagar.

Fue un argumento suficiente. El mozo comenzó a traer los platos: *sarapatel* y después *feijoada*. El Gato se ocupó de pagar. Luego Pedro Bala propuso que arrancaran hacia Brotas, pues ya que iban a pie el camino sería largo.

—Mejor no hacer sobremesa —dijo Pedro Bala—. Que nadie sepa que fuimos para allí.

El Gato dijo que llegaría después y los encontraría allí. Tenía antes algo que hacer, avisarle a Dalva que no lo esperara aquella noche.

Y ahora estaban allí en el Ponto das Pitangueiras, esperando que el guarda se retirase. Escondidos en el umbral de un portón, no hablaban. Oían el vuelo de los murciélagos que atacaban la parte baja de los troncos de los *sapotis* maduros. Finalmente el guarda se retiró y ellos siguieron espiando hasta que su figura desapareció en la curva que daba la calle.

Entonces cruzaron y entraron en la alameda de las chacras y volvieron a esconderse en un portal. El hombre no tardó mucho. Saltó de un auto en la esquina, pagó apurado y llegó subiendo a la alameda. Todo lo que se oía eran sus pasos y el rumor de las hojas que el viento sacudía en los árboles. Cuando el hombre se hallaba cerca, Pedro Bala salió del portal. Los demás llegaron enseguida y por el modo en que lo vigilaban parecían dos guardaespaldas. El hombre se apretó más contra la pared por la que venía caminando. Pedro se dirigía hacia él y cuando lo tuvo enfrente se detuvo.

—¿Me daría fuego, señor? —Llevaba en la mano un cigarrillo apagado.

El hombre no dijo nada. Sacó la caja de fósforos y se la extendió al muchacho. Pedro prendió uno y mientras encendía el cigarrillo, miró al hombre. Al devolverle la caja, le preguntó:

—¿Se llama usted Joel?

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber el hombre.

—Nos mandó Querido-de-Deus.

João Grande y el Gato se acercaron. El hombre miró a los tres con espanto.

—Pero son unas criaturas. Éste no es un asunto para niños.

—Díganos de qué se trata, porque nosotros sabemos cómo se hacen las cosas —replicó Pedro Bala, una vez que se le reunieron los otros dos.

—Pero se trata de un asunto que quizá no sea ni para hombres... —Y el hombre se tapó la boca, como si hubiera dicho más de lo conveniente.

—Sabemos guardar un secreto como si estuviera bajo siete llaves. Y el servicio que ofrecen los Capitanes de la Arena está siempre bien hecho.

—¿Los Capitanes de la Arena? ¿Ese grupo de niños abandonados del que hablan los diarios? ¿Son ustedes?

—Sí, somos nosotros. Y somos de los que mandamos.

El hombre parecía estar pensando. Finalmente se decidió:

—Yo prefería que este asunto estuviera en manos de hombres. Pero como tiene que ser esta misma noche... Lo que pasa...

—Va a ver que sabemos trabajar bien. No tema.

—Vengan conmigo. Pero dejen que yo vaya adelante. Síganme a unos pocos pasos.

Los muchachos obedecieron. El hombre se paró ante un portón, lo abrió y se quedó esperando. De adentro apareció un perro enorme que le lamió las manos. El hombre hizo entrar a los tres y atravesaron un sendero de árboles antes de que les abriera la puerta de la casa. Entraron en una sala donde el hombre puso el capote y el sombrero sobre una silla y se sentó. Los tres estaban de pie. El hombre les hizo una seña para que se sentaran en unos amplios y cómodos sillones, ante lo cual se mostraron al principio desconfiados. En realidad ésa fue la reacción de Pedro Bala y João Grande, pues el Gato ya se mostraba muy a gusto sentado en actitud displicente. Ante otra señal del hombre, Pedro y João se sentaron, aunque Grande apenas se apoyó en la punta de la silla como si temiera ensuciarla. El hombre parecía vacilar. De pronto se levantó y comenzó a hablar mientras miraba a Pedro, al que había reconocido como el jefe:

—Lo que tendrán que hacer es a la vez muy difícil y bastante fácil. Pero lo que se precisa es que nadie se entere.

—De aquí no sale —dice Pedro Bala. El hombre sacó el reloj del bolsillo.

—Es la una y cuarto. Él llega recién a las dos y media... —Miraba a los Capitanes de la Arena todavía con aire indeciso.

—Entonces no queda mucho tiempo —dijo Pedro—. Si quiere que vayamos hable enseguida...

El hombre se decidió.

—Dos calles después de ésta. Es la penúltima chacra a la derecha. Hay que evitar a un perro que ya debe andar suelto. Es peligroso. João Grande interrumpió.

—Señor, ¿tiene por ahí un pedazo de carne?

—¿Para qué?

—Para el perro. Con un pedazo alcanza.

—Me voy a fijar —miraba a los muchachos. Parecía estarse preguntando si debía confiar en ellos—. Ustedes entran por los fondos. Junto a la cocina del lado de afuera de la casa, hay un cuarto que está encima del garaje. Es del empleado que ahora debe de estar adentro de la casa esperando a su patrón. Es en ese cuarto que deben entrar. Deben buscar un paquete igual a este, igualito...

Fue hasta el capote, buscó en el bolsillo y trajo un paquete atado con un hilo color rosa.

—Es igualito. No sé si estará todavía en el cuarto. También puede ser que el empleado lo haya guardado en el bolsillo. Si es así, no hay nada que hacer. —Y una desesperación repentina pareció apoderarse de él—. Si hubiera

podido ir esta tarde... Es seguro que en ese momento hubiera estado en el cuarto. Pero ahora, ¿quién sabe? —Y se cubrió el rostro con las manos.

—Aunque lo tenga el empleado se puede traer —dijo Pedro.

—No, es fundamental que nadie sepa que alguien se robó este paquete. Lo que deben hacer es cambiar los paquetes sólo si el otro estuviera en el cuarto.

—¿Y si lo tuviera el empleado?

—Entonces... —Y la fisonomía del hombre volvió a alterarse. João Grande creyó oír un nombre que sonaba algo así como Elisa. Pero tal vez fuese una ilusión, pues João a veces escuchaba y veía cosas que nadie percibía. El negro era muy mentiroso.

—Entonces vamos a cambiar los paquetes sea como sea. Quédese tranquilo. Usted no conoce a los Capitanes de la Arena.

A pesar de su desesperación, el hombre sonrió ante la bravata de Pedro Bala.

—Bueno, pueden irse entonces. Y luego vuelvan y tiene que ser antes de las dos. Pero sólo cuando la calle esté desierta. Yo los estaré esperando. En ese momento arreglaremos cuentas. Pero quiero que sepan otra cosa y no les voy a mentir en esto. Si los descubren y apresan no me metan en el asunto. Nada haré por ustedes, porque mi nombre no puede quedar envuelto en esto. Traten de arreglárselas solos y no me busquen para nada. Es ganar o perder.

—En ese caso —respondió Pedro Bala— hay que acordar el precio antes. ¿Cuánto nos piensa pagar?

—Les doy cien. Treinta para cada uno y diez más para ti —dijo señalando a Pedro.

El Gato se movió en su silla. Pedro le hizo una seña para que se callara.

—Denos cincuenta a cada uno y creo que todavía es negocio para usted. Que sean ciento cincuenta para los tres. Si no, no hay paquete.

El hombre no dudó mucho. Miró el reloj y los minutos corrían.

—Está bien.

Allí habló el Gato.

—No es que desconfiemos de usted. Pero las cosas pueden llegar a salir mal y usted mismo dijo que no se ocuparía si nos pasaba algo.

—¿Y entonces?

—Sería justo que nos adelantara algo.

João Grande apoyaba al Gato con un movimiento de cabeza. Pedro Bala repitió sus últimas palabras.

—Me parece justo. Si después no podemos recurrir a usted...

—Es justo —dijo también el hombre. Sacó la billetera del bolsillo y sacó un billete de cien mil *reis*. Se lo entregó a Pedro.

—Ahora salgan. Se hace tarde. Se fueron y antes Pedro Bala dijo:

—Puede quedarse tranquilo. En una hora regresamos con el paquete.

Frente a la casa (la calle estaba totalmente desierta, en la ventana se veía luz y distinguieron la sombra de una mujer que caminaba de un lado a otro), Grande se golpeó la frente.

—Me olvidé la carne para el perro.

Pedro Bala miraba a la ventana iluminada y se dio vuelta.

—No hay problema. Esto me huele a cosa de faldas. El tipo de allí tuvo su historia con la mujer de aquí y ahora el empleado tiene las cartas que se escribían los dos y quiere denunciarlos. Este paquete tiene perfume. Es que el otro debe oler a lo mismo.

Hizo una señal para que lo esperaran del otro lado de la calle y se acercó al portón de la casa. Cuando quiso entrar apareció ladrando un perro enorme. Pedro Bala ató un hilo al cerrojo de la puerta mientras el perro iba de un lado para otro, ladrando bajo. Luego llamó a los otros dos.

—Tú —y apuntó al Gato— te quedas en la calle para avisar si viene alguien. Grande, entra conmigo.

Treparon por el muro. Pedro Bala tiró del hilo y el portón se abrió. El Gato había ido hasta la esquina. Al ver el portón abierto, el perro se precipitó hacia la calle donde se quedó revolviendo un tacho de basura. Pedro Bala y João Grande saltaron el muro, cerraron el portón para que el perro no volviera a entrar y se adelantaron entre los árboles. En la ventana iluminada la sombra de la mujer seguía caminando. João Grande dijo en voz baja:

—Me da lástima.

—Quién le manda acostarse con otros...

El negro se quedó cerca de la casa para ver si el Gato avisaba que llegaba alguien. Tenían silbidos especiales reservados para esos casos. Pedro Bala rodeó la casa y llegó hasta la cocina. La puerta estaba abierta, al igual que la del cuarto sobre el garaje. Sin embargo, antes de subir las escaleras que daban al cuarto, espió por la puerta de la cocina. Se veía luz en la despensa y un hombre jugaba al solitario. *Debe de ser el famoso empleado*, pensó Pedro y se apuró hacia la escalera del garaje. Subió de cuatro en cuatro escalones y entró en el cuarto del hombre. No había luz. Pedro cerró la puerta y encendió un fósforo. Había apenas una cama, un baúl y una percha en la pared. El fósforo

se apagó pero Pedro ya estaba encima de la cama a la que empujó. Luego miró debajo del colchón. Tampoco había nada. Entonces se bajó de la cama sin hacer ruido y se acercó al baúl. Subió la tapa y prendió un fósforo que sostuvo con los dientes. Revolvió la ropa con cuidado pero no encontró nada. Escupió el fósforo (después recordó que tal vez el hombre no fumara y lo recogió para guardarlo en el bolsillo) y fue hasta la percha. Nada había en los bolsillos de la ropa allí colgada. Pedro Bala encendió otro fósforo y revisó todo el cuarto.

—Es seguro que lo tiene el hombre. Ahora es el momento. Abrió la puerta del cuarto y bajó por las escaleras. Llegó a la puerta de la cocina donde el hombre seguía sentado. Entonces Pedro Bala se dio cuenta de que estaba sentado sobre el paquete. Bajo la pierna del hombre se veía una punta. Pedro pensó que todo estaba perdido. ¿Cómo podría quitar el paquete de allí? Salió de la puerta de la cocina y fue hasta donde se hallaba Grande. La única posibilidad era que João atacara al hombre. Pero habría gritos, todo el mundo se enteraría del robo, algo que no le gustaría a quien los había contratado. De repente tuvo una idea. Se puso cerca de donde se hallaba João y silbó bajito.

João Grande apareció enseguida. Pedro le habló en voz muy baja:

—Mira, Grande, el empleado está sentado encima del paquete. Tienes que ir hasta la puerta de calle, tocar el timbre y luego desaparecer. Es para que el hombre se levante y yo me pueda hacer con el paquete. Pero escápate pronto para que el hombre no te vea y crea que fue un sueño. Dame el tiempo necesario para que llegue a la cocina.

Regresó rápido a la puerta de la cocina. En un minuto sonó el timbre. El empleado se levantó apurado, se abotonó el saco y se dirigió por el corredor al frente de la casa donde prendió una luz. Pedro Bala entró, cambió los paquetes y enfiló hacia el lado de las chacras. Saltó el muro y les silbó a Grande y al Gato. El Gato se acercó enseguida, pero Grande no aparecía. Caminaron de un lado a otro y el negro no llegaba. Pedro comenzó a impacientarse pensando que el empleado podría haberlo sorprendido y estar atacándolo. Pero cuando había pasado por allí no se oía el menor ruido. Entonces dijo:

—Si se demora, vamos a entrar.

Volvieron a silbar pero no hubo respuesta. Pedro Bala resolvió que regresaran. Pero entonces oyeron los silbidos de João Grande quien no tardó en estar a su lado. Pedro preguntó:

—¿Dónde te metiste?

El Gato había atrapado al perro por el cuello y lo ponía del lado de adentro del portón. Quitaron el hilo del cerrojo y desaparecieron por el otro lado de la calle. Allí Grande explicó todo:

—En el momento en que metía mis dedotes en el timbre, la dama de arriba se asustó mucho. Abrió la ventana y parecía que iba a tirarse. Miraba de una manera que daba miedo. Incluso lloraba. Entonces me dio pena y trepé por la canaleta para decirle que no llorase más, que ya no había motivo para que lo hiciera. Que nos habíamos hecho de sus papeles. Y como tuve que explicarle todo, me demoré...

Muy intrigado, el Gato preguntó:

—¿Era buena?

—Sí, muy buena. Me acarició la cabeza, después me agradeció mucho y me dijo que Dios me iba a ayudar.

—No seas idiota, negro. Pregunté si era buena, pero para la cama. Si le viste el relojito...

El negro no respondió. Entraba un automóvil por la calle. Pedro Bala golpeó el hombro del negro y João Grande se dio cuenta de que su jefe aprobaba lo que había hecho. Entonces su rostro se hinchó de satisfacción y murmuró:

—Sólo me gustaría ver la cara del portugués cuando el patrón abra el paquete y no encuentre lo que esperaba.

Y ya en otra calle los tres soltaron la carcajada larga, libre y sonora de los Capitanes de la Arena, que era como un himno del pueblo de Bahía.

Las luces del carrusel

El Gran Carrusel Japonés no era sino un pequeño carrusel nacional, que llegaba de una triste peregrinación por las inmóviles ciudades del interior en aquellos meses de invierno, cuando las lluvias son constantes y falta todavía mucho para la Navidad. De tan gastada que estaba la pintura, un color que antes era azul y rojo ahora había pasado del azul a un blanco sucio y del rojo a algo que era casi rosa. Eran tantos los pedazos que faltaban en algunos caballos y en algunos bancos, que Nozinho França decidió no armarlo en ninguna de las plazas principales de la ciudad y sí en Itapagipe. Allí las familias no son tan ricas, son muchas las casas obreras y los niños pobres sabrían disfrutar del viejo carrusel despintado. La tela tenía también muchos agujeros, además de un rasgón enorme que hacía depender el funcionamiento de que lloviera o no. Había sido bello y llegó a ser el orgullo de los chiquillos de Maceió en otros tiempos. Se hallaba entonces al lado de una rueda gigante y de una pista de baile, siempre en la misma plaza, y los domingos y feriados los niños ricos, vestidos de marineros o de pequeños lores ingleses, las niñas de holandesas o con finos vestidos de seda, iban a saltar en sus caballos preferidos, mientras los más chicos permanecían en los bancos junto a las ayas. Los padres iban a la rueda gigante, otros preferían la pista donde podían empujar a las mujeres, golpeándoles las caderas y las nalgas. En aquel tiempo, el parque de Nhozinho França era la alegría de la ciudad. Y lo más rentable era el carrusel, que giraba incansablemente con sus luces de todos los colores. Para Nhozinho la vida era buena, las mujeres bellas, los hombres amables con él, pero también creía que la bebida era buena, que hacía a las mujeres más bellas y a los hombres más amables. Y primero se bebió la pista, luego la rueda gigante. Después, como no quería separarse del carrusel, por el cual sentía un apego especial, lo desarmó una noche con la ayuda de algunos amigos y comenzó a peregrinar por las ciudades de Alagoas y Sergipe. Luego de esto, los acreedores lo maldecían con los peores insultos de que disponían. Fue mucho lo que recorrió Nhozinho con su carrusel. Después de recorrer todas las pequeñas ciudades de los dos estados, de embriagarse en todos sus bares, entró en el estado de Bahía y llegó a dar una función para la banda de *Lampião*. Estaba en una pobre aldea del sertón y el dinero le alcanzaba apenas para transportar su carrusel. Faltaba para pagar el hotel miserable donde se hospedaba y que era el único del poblado, y también para el trago de *cachaça*,

para la cerveza que allí no estaba nunca tan helada como le gustaba. El carrusel armado en el césped de la plaza de la Matriz estaba parado hacía una semana. Nhozinho França esperaba la noche del sábado y la tarde del domingo a ver si se hacía de unas monedas para irse a un lugar mejor. Pero el viernes *Lampião* había entrado en la aldea con veintidós hombres y entonces el carrusel tuvo mucho trabajo. Al igual que niños, los grandes *cangaçeiros*, hombres que cargaban veinte y treinta muertes, descubrieron que mirar el girar de sus luces, oír la música antiquísima de su pianola y montar en aquellos estropeados caballos de madera era la mayor de las felicidades. Y el carrusel de Nhozinho França salvó al pequeño poblado de ser saqueado, a las muchachas de ser desfloradas y a los hombres de ser asesinados. De todos modos, los dos soldados de la policía bahiana que se lustraban las botas frente a la comisaría fueron fusilados por los *cangaçeiros* pero antes de que vieran el carrusel armado en la plaza de la Matriz. Porque *Lampião* tal vez hubiese perdonado incluso a los soldados de la policía bahiana en esa noche de suprema felicidad para la banda de los *cangaçeiros*. En aquel momento eran como niños, gozaban de aquella felicidad de la que nunca habían disfrutado en su infancia de hijos de campesinos: montar y cabalgar en un caballo de madera de un carrusel, donde se oía la música de una pianola y las luces eran de todos los colores: azules, verdes, amarillas, violetas y rojas como la sangre que sale del cuerpo de los asesinados.

Fue eso lo que le contó Nhozinho a Volta Seca (quien se quedó excitadísimo) y a Sem-Pernas en aquella tarde en que los encontró en el Porto do Mar y los invitó a que lo ayudaran con el carrusel durante los días en que estuviera armado en Bahía, en Itapagipe. No podía fijarles un salario, pero tal vez diese para que cada uno sacara unos cinco mil *reis* por noche. Y cuando Volta Seca mostró sus habilidades para imitar los animales más variados, Nhozinho se terminó de entusiasmar, hizo que trajeran una botella más de cerveza y declaró que Volta Seca se pararía en la puerta a llamar al público, mientras que Sem-Pernas lo ayudaría con las máquinas y se ocuparía de la pianola. Él mismo vendería las entradas cuando el carrusel se detuviera. Cuando girara, el encargado sería Volta Seca. *Y cada tanto*, dijo guiñando el ojo, *uno sale para tomarse una cachaça mientras el otro hace el trabajo de los dos*.

Volta Seca y Sem-Pernas nunca habían recibido una idea con tanto entusiasmo. Habían visto muchas veces un carrusel, pero casi siempre de lejos, rodeado de misterio, con sus rápidas cabalgaduras montadas por niños ricos y llorones. Sem-Pernas incluso había llegado alguna vez a comprarse

una entrada (un cierto día en el que entró en el Parque de Diversiones armado en el Paseo Público), pero el guarda lo echó del lugar porque estaba vestido con harapos. Después el vendedor no le quiso devolver el boleto de entrada, lo que hizo que Sem-Pernas metiera las manos en el cajón de la caja registradora, que estaba abierto, se hiciese de un vuelto y tuviese que desaparecer del Paseo Público de manera muy rápida, pues pronto se oyeron en todo el parque los gritos de *¡Ladrón, ladrón!* Se produjo un enorme revuelo mientras que Sem-Pernas bajaba con suma calma por la Gamboa da Cima llevando en los bolsillos por lo menos cinco veces lo que había pagado por la entrada. Pero sin dudas Sem-Pernas hubiera preferido subirse al carrusel, haber montado aquel fantástico caballo con cabeza de dragón que era por cierto lo más extraño y tentador que había para sus ojos en esa maravilla que era el carrusel. Eso lo hizo odiar aún más a los guardias y amar más aún a los carruseles lejanos. Y ahora, de repente, llegaba un hombre que le pagaba la cerveza y hacía el milagro de llamarlo para que pasara unos días junto a un verdadero carrusel, moviéndose con él, montando sus caballos, viendo de cerca cómo giraban las luces de todos los colores. Y para Sem-Pernas, Nhozinho França no era el borracho que se hallaba ante él en la pobre mesa del Porta do Mar. Ante sus ojos era un ser extraordinario, algo así como el Dios al que le rezaba Pirulito, algo así como *Xangô*, que era el santo de João Grande y de Querido-de-Deus. Porque ni el padre José Pedro y ni siquiera la *mae-de-santo* Don'Aninha serían capaces de semejante milagro. En las noches de Bahía, en una plaza de Itapagipe, las luces del carrusel girarían enloquecidas, impulsadas por Sem-Pernas. Era como en un sueño, un sueño muy diferente de los que acostumbraba tener Sem-Pernas en sus noches de angustia. Y por primera vez sintió que sus ojos se humedecían por lágrimas que no eran causadas por el dolor o la rabia. Y sus ojos húmedos miraban a Nhozinho França como a un ídolo. Por él sería capaz hasta de abrirle la garganta a un hombre con la navaja que llevaba entre el pantalón y el viejo chaleco negro que le servía como saco.

—Es una belleza —dijo Pedro Bala mirando el viejo carrusel ya instalado. Y João Grande abrió los ojos para ver mejor. Estaban colgadas las lámparas azules, verdes, amarillas, violetas y rojas.

El carrusel de Nhozinho França está viejo y descascarado. Pero tiene su belleza. Tal vez se la encuentre en las lámparas, o en la música de la pianola (viejos valeses de tiempos perdidos), o tal vez en los caballos de madera. Entre

ellos hay un pato que es para que se sienten los niños más pequeños. Tiene por cierto su belleza, porque la opinión unánime de los Capitanes de la Arena es que es maravilloso. ¿Qué importa que esté viejo, roto y con los colores desteñidos si le gusta a los niños?

Fue una sorpresa casi increíble cuando esa noche Sem-Pernas llegó al trapiche diciendo que él y Volta Seca trabajarían por unos días en el carrusel. Muchos no le creyeron porque pensaban que se trataba de una broma más de Sem-Pernas. Entonces fueron a preguntarle a Volta Seca quien, como siempre, estaba en un rincón sin pronunciar palabra y revisando un revólver que se había robado en una casa de armas. Volta Seca hacía que sí con la cabeza y de a ratos decía:

—*Lampião* anduvo en él. *Lampião* es mi padrino... Sem-Pernas invitó a todos a que fueran a ver el carrusel a la noche siguiente, cuando lo terminaran de armar, y salió para encontrarse con Nhozinho França. En ese momento todos los pequeños corazones que latían en el trapiche envidiaban la enorme felicidad de Sem-Pernas. Hasta Pirulito, que tenía cuadros de santos en su pared, hasta João Grande quien aquella noche iría con Querido-de-Deus al *candomblé* de Procopio, en Matatu, incluso el Profesor, que leía libros, y quién sabe si no sentía lo mismo Pedro Bala, que nunca envidió a nadie porque era el jefe de todos. Sí, todos lo envidiaban. Cómo envidiaban a Volta Seca quien en su rincón, con el cabello mestizo y ralo despeinado, los ojos apretados y la boca rasgada en ese rictus de rabia, apuntaba el revólver a veces hacia los niños y otras a una rata que pasaba, luego a las estrellas que cubrían todo el cielo.

Al la noche siguiente fueron a ver a Sem-Pernas, a Volta Seca y al carrusel armado. Los dos habían pasado todo el día afuera ayudando a Nhozinho con la instalación. Y se habían parado a su lado, extasiados por la belleza y con la boca abierta por la admiración. Sem-Pernas mostraba todo. Volta Seca llevaba a uno por uno para que viera el caballo en que había cabalgado su padrino Virgulino Ferreira *Lampião*. Eran casi cien niños observando el viejo carrusel de Nhozinho França, quien a esa misma hora se hallaba atrapado en una borrachera tremenda en el Porta do Mar.

Sem-Pernas exhibía la maquinaria (un pequeño motor que fallaba mucho) con orgullo de propietario. Volta Seca no se separaba del caballo en el que había girado *Lampião*. Sem-Pernas estaba muy preocupado por el carrusel y no dejaba que lo tocaran, que se metieran en nada.

Fue entonces que el Profesor preguntó:

—¿Sabes manejar ya las máquinas?

—Mañana me voy a enterar —dijo Sem-Pernas con cierto disgusto. Mañana Nhozinho me va a enseñar.

—Entonces mañana, cuando termine la función, puedes hacerlo funcionar sólo para nosotros. Tú lo manejas y nosotros nos subimos.

Pedro Bala apoyó la idea con entusiasmo. Los demás esperaban ansiosos la respuesta de Sem-Pernas, quien aceptó, por lo que se produjo una explosión de aplausos, mezclados con algunos gritos. En ese momento Volta Seca abandonó el caballo que había montado *Lampião* y se acercó a ellos.

—¿Quieren ver algo lindo?

Todos dijeron que sí. El *sertanejo* se trepó al carrusel, dio cuerda a la pianola y se empezó a escuchar un antiguo vals. El rostro sombrío de Volta Seca se iluminó con una sonrisa. Contemplaba la pianola, miraba a los niños invadidos por la alegría que escuchaban religiosamente aquella música que provenía del barril del carrusel, en medio de la magia de la noche de Bahía únicamente para los oídos aventureros y pobres de los Capitanes de la Arena. Todos estaban en silencio. Un obrero que venía por la calle, viendo la aglomeración de niños en la plaza, se acercó. Y permaneció allí de pie, escuchando la vieja melodía. Entonces la luz de la luna los cubrió a todos, las estrellas del cielo brillaron aún más, el mar se aplacó por completo (tal vez Yemanjá se hubiese acercado también a oír la música) y la ciudad era como un gran carrusel en el que giraban los Capitanes de la Arena en invisibles caballos. En ese momento musical se sintieron dueños de la ciudad. Y se amaron unos a otros, se sintieron hermanos porque ninguno de ellos recibía cariño y consuelo y ahora sentían el cariño y el consuelo de la música. Seguramente Volta Seca no pensaba en *Lampião* en aquel momento. Pedro Bala no pensaba en convertirse algún día en el jefe de todos los pillos de la ciudad. Y tampoco Sem-Pernas pensaba en arrojarse al mar, donde los sueños son todos bellos. Porque la música provenía del centro del carrusel sólo para ellos y para el obrero que los acompañaba. Y era una melodía antigua y triste, ya olvidada por todos los hombres de la ciudad...

Llega gente por todas las calles. Es sábado por la noche, mañana los hombres no van a trabajar. Pueden quedarse hasta tarde esa noche. Hay muchos que prefirieron estar en algún bar, el Porta do Mar está repleto, pero los que tienen hijos los llevaron hasta la plaza mal iluminada. En compensación están allí las luces del carrusel que no paran de girar. Los niños las miran y aplauden. Frente a la boletería Volta Seca imita sonidos de animales y llama al público.

Lleva una cartuchera como si estuviera en el sertón. Nhozinho França pensó que esto llamaría la atención de la gente y Volta Seca se parece realmente a un *cangaçeiro* con el sombrero de cuero y la cartuchera atravesada en el pecho, e imita animales hasta que se juntan ante él hombres, mujeres y niños y luego ofrece entradas que compran los chicos. Hay alegría en toda la plaza. Las luces del carrusel alegran a todos. Agachado en el centro, Sem-Pernas ayuda a Nhozinho França a hacer funcionar el motor. Y el carrusel gira, cargado de niños, y la pianola toca sus viejos valsos. Volta Seca vende entradas.

Parejas de enamorados pasean por la plaza. Las madres compran chupetines y helados y un poeta sentado a la vera del mar escribe un poema sobre las luces del carrusel y la alegría de los niños. El carrusel ilumina toda la plaza y todos los corazones. A cada momento llega gente por las calles y los callejones. Volta Seca imita animales, vestido de *cangaçeiro*. Cuando el carrusel se detiene, los niños invaden el sitio exhibiendo su boleto de ingreso y es difícil contenerlos. Cuando alguno se queda sin lugar, el rostro se le entristece por la desilusión y espera impaciente a que le llegue su turno. Y cuando el carrusel vuelve a detenerse, los que van en él no quieren bajarse y es preciso que Sem-Pernas se acerque y diga:

—¡Vamos, salta! ¡Vete o sino cómprate otra entrada! Sólo así se bajan de los viejos caballos, que nunca se cansan de dar sus eternas vueltas. Otros cabalgan las monturas y la ronda recomienza con las luces girando y todos los colores transformados en un color único y extraño mientras la pianola trae sus viejas melodías. También se suben a los bancos parejas de enamorados y se murmuran palabras de amor tan pronto empieza a girar el carrusel. No falta quien se robe un beso a las apuradas cuando el motor falla y las luces se apagan. Entonces Nhozinho França y Sem-Pernas se abalanzan sobre el motor y revisan el problema hasta que la vuelta se reanuda, acallando así las protestas de los niños. Sem-Pernas ya aprendió todos los secretos del motor.

En cierto momento, Nhozinho França ordena que Sem-Pernas reemplace a Volta Seca en la venta de boletos y que éste se ocupe del carrusel. Y el muchacho se sube al caballo que montó *Lampião*. Mientras dura la vuelta, salta como si estuviera cabalgando en un caballo verdadero. Y hace gestos con los dedos, como si disparase a los que están frente a él y en su imaginación los ve caer, bañados en sangre, bajo los tiros de su carabina. Y el caballo corre y corre cada vez más y él los mata a todos, pues todos son soldados o ricos hacendados. Luego posee sobre los bancos a todas las

mujeres y saquea aldeas, ciudades, ferrocarriles, siempre montado en su caballo y armado de su rifle.

Luego va Sem-Pernas. Camina callado pues se apodera de él una extraña conmoción. Va como un creyente rumbo a misa, como un amante hacia el seno de la mujer amada, un suicida camino a la muerte. Está pálido y cojea. Se monta sobre un caballo azul con estrellas pintadas en el lomo de madera. Aprieta los labios y no puede escuchar la música de la pianola. Sólo ve las luces que giran con él y recupera la idea de estar en un carrusel, girando sobre un caballo como todos aquellos niños que tienen padre y madre, una casa y quien los bese y los ame. Piensa que es uno de ellos y cierra los ojos para atesorar mejor esa certeza. Ya no ve a los soldados que lo golpearon ni al hombre de chaleco que se reía. Sem-Pernas anda tieso sobre su caballo, como si corriese sobre el mar rumbo a las estrellas en el viaje más maravilloso del mundo. Un viaje que el Profesor nunca leyó ni inventó. Su corazón late tanto que debe sostenerlo con la mano.

Esa noche los Capitanes de la Arena no regresaron. No fue sólo que la función en la plaza terminó muy tarde (a las dos de la madrugada los hombres todavía daban vueltas) sino que muchos de ellos, incluidos Pedro Bala, Boa-Vida, Barandão y el Profesor, estaban ocupados en distintos asuntos. Quedaron para el día siguiente, de las tres a las cuatro de la mañana. Pedro Bala le preguntó a Sem-Pernas si ya sabía maniobrar bien el motor.

—Sería malo que le causaras un perjuicio a tu patrón —explicó.

—Ya aprendí lo que tiene que ver con el color y la decoración. Son cosas más que fáciles.

El Profesor, quien jugaba a las damas con João Grande, preguntó:

—¿No sería bueno que nos diéramos una vuelta a la tarde por la plaza?

—Yo voy —dijo Pedro Bala. Pero creo que no podemos ir muchos. La gente puede desconfiar de ver a tantos juntos.

El Gato dijo que por la tarde no iría. Tenía cosas que hacer, ya que a la noche iba a estar ocupado en el carrusel. Sem-Pernas lo azuzó:

—No puedes pasar un día sin revolcarte con ese bicho, ¿no? Vas a terminar tonto...

El Gato no respondió. João Grande tampoco iría por la tarde. Tenía que encontrarse con Querido-de-Deus para ir a comer *feijoada* en la casa de Don'Aninha, la *mae-de-santo*. Finalmente se resolvió que fuera un pequeño

grupo a operar en la plaza. Los demás irían a donde quisieran. A la noche ya se reunirían todos para ir a dar vueltas en el carrusel.

—Hay que llevar gasolina para el motor.

El Profesor (que había vencido a João Grande en tres partidas) hizo una colecta para que se compraran dos litros de gasolina.

—Yo me ocupo.

Pero durante la tarde del domingo apareció el padre José Pedro, que eran una de las poquísimas personas que sabía donde quedaba el refugio más permanente de los Capitanes de la Arena. El padre José Pedro se había hecho amigo de ellos hacía tiempo, una relación que se armó por medio de Boa-Vida. Un día, éste había entrado luego de una misa a la sacristía de una iglesia donde oficiaba el padre José Pedro. Había entrado más por curiosidad que por ningún otro interés. Boa-Vida no era de los que más se preocupaban por ganarse la vida. Dejaba que el tiempo corriera sin hacerse mucha mala sangre. Un día cualquiera, cuando le daba la gana, entraba en alguna casa de donde robaba algún objeto de valor o le arrebatava el reloj a algún hombre. Casi nunca lo ponía en persona en manos de los intermediarios. Lo llevaba y se lo entregaba a Pedro Bala, como una especie de contribución suya al grupo. Tenía muchos amigos entre los estibadores del puerto, en varias casas pobres de la *Cidade de Palha*, en varios puntos de Bahía. Comía en casa de unos o de otros. En general, nadie le caía mal. Se conformaba con las mujeres que descartaba el Gato y conocía más que nadie la ciudad, sus calles, sus sitios curiosos, alguna fiesta a la que podían ir a beber y bailar. Cuando había pasado ya algún tiempo desde su última contribución a la economía del grupo con algún objeto de valor, hacía un esfuerzo, conseguía algo que significase dinero y se lo entregaba a Pedro Bala. Pero realmente le disgustaba cualquier clase de trabajo, fuese honesto o deshonesto. Lo que le gustaba era acostarse horas y horas sobre la arena del muelle contemplando los barcos, quedarse de cuclillas tardes enteras en los portones de los almacenes del puerto oyendo historias de hazañas dudosas. Se vestía con harapos, pues sólo se ocupaba de conseguirse ropa cuando el traje ya se le caía a pedazos. Le gustaba caminar sin rumbo por las calles de la ciudad, entrando en los jardines a fumarse un cigarrillo sentado en un banco, entrando en las iglesias para contemplar la belleza del oro viejo, paseándose por sus veredas tapizadas de grandes piedras negras.

Aquella mañana, al ver a la gente salir de misa, entró con modo displicente a la iglesia y fue abriéndose paso hasta la sacristía. Lo miraba todo, los altares, los santos y se rió de un san Benito demasiado negro. En la

sacristía no había nadie y vio un objeto de oro que podría dar mucho dinero. Vigiló una vez pero no vio a nadie. Adelantó la mano pero alguien lo golpeó en el hombro. El padre José Pedro había entrado:

—¿Por qué haces eso, hijo mío? —le preguntó con una sonrisa, mientras retiraba de la mano de Boa-Vida el relicario de oro.

—Sólo le estaba dando una mirada, reverendo. Es muy lindo —respondió Boa-Vida con algo de recelo—. Es realmente hermoso. Pero no crea que iba a llevármelo. Lo iba a dejar enseguida. Soy de buena familia.

El padre José Pedro contempló las ropas de Boa-Vida y se rió. El muchacho miró también sus harapos.

—Es que mi padre murió, ¿sabe? Pero llegué hasta ir a un colegio... Le digo la verdad. ¿Para qué iba a robarme esa cosa? —señalaba el relicario—. Además en una iglesia. No soy un pagano.

El padre José Pedro volvió a sonreírse. Sabía perfectamente que Boa-Vida estaba mintiendo. Hacía mucho que esperaba una oportunidad para establecer relaciones con los niños abandonados de la ciudad. Creía que ésa era la misión que le estaba reservada. Ya había hecho algunas visitas al reformatorio de menores, pero allí le ponían todos los obstáculos posibles porque no comulgaba con las ideas del director de que era necesario golpear a un niño para enmendarlo de sus errores. Hacía bastante tiempo que el padre José Pedro oía hablar de los Capitanes de la Arena y soñaba con entrar en contacto con ellos y acercar a Dios a todos aquellos corazones. Tenía un enorme anhelo de trabajar con aquellos niños, de ayudarlos a ser buenos. Por eso trató a Boa-Vida lo mejor que pudo. Si no, ¿por intermedio de quién lograría llegar a los Capitanes de la Arena? Y así fue.

El padre José Pedro no era considerado una gran lumbrera dentro del clero. Era incluso uno de los más humildes en aquella legión de curas de Bahía. En realidad había trabajado como obrero durante cinco años en una fábrica textil antes de entrar en el seminario. Un día en que recibió la visita del obispo, el director de la fábrica decidió dar una muestra de generosidad y dijo que *ya que el señor obispo se quejaba de la falta de vocación sacerdotal estaba dispuesto a costear los estudios de algún seminarista o de alguien que quiera estudiar para cura*. José Pedro, que estaba oyendo desde su telar, se acercó y dijo que quería ser sacerdote. Tanto el patrón como el obispo se llevaron una buena sorpresa. José Pedro ya no era un muchacho y no tenía estudio alguno. Pero el patrón no quiso dar marcha atrás delante del obispo. Y José Pedro fue al seminario. Los demás seminaristas se reían de él. Nunca llegó a ser un buen alumno. Eso sí, era muy educado. Y también estaba entre

los más devotos, entre los que más asistían a la iglesia. No estaba de acuerdo con muchas de las cosas que sucedían en el seminario y por eso los muchachos lo perseguían. No lograba entender los misterios de la filosofía, de la teología y del latín. Pero era piadoso y pretendía catequizar a los niños o a los indios. Sufrió mucho, especialmente después de que pasados dos años el dueño de la fábrica dejó de pagar sus gastos y para poder seguir sus estudios tuvo que trabajar como bedel en el seminario. Pero finalmente pudo ordenarse y fue adjudicado a una iglesia de la capital en espera de una parroquia. Sin embargo, su mayor deseo era catequizar a los niños abandonados de la ciudad, esos niños que sin padre ni madre vivían del robo en medio de todos los vicios. El padre José Pedro pretendía llevar todos esos corazones a Dios. Fue así como comenzó a frecuentar el reformatorio de menores, donde al principio el director lo recibía muy cortésmente. Pero cuando se mostró contrario a los castigos corporales, a obligar a pasar hambre a los niños durante varios días seguidos, las cosas cambiaron. Un día tuvo que escribir una carta sobre el asunto a la redacción de un diario. Entonces se le prohibió la entrada al reformatorio y hasta se dirigió una queja en su contra al arzobispado. Eso le costó tener que esperar para llegar a tener sus feligreses. Por lo tanto, su mayor deseo era conocer a los Capitanes de la Arena. El problema de los menores abandonados y delincuentes, que casi no interesaba a nadie en toda la ciudad era la mayor preocupación del padre José Pedro. Quería acercarse a esas criaturas pero no sólo para llevarlas a Dios sino sobre todo para encontrar un modo de mejorar su situación. Era muy escasa la influencia del padre José Pedro. En realidad esa influencia era poco menos que nula, y tampoco sabía cuál era la mejor actitud para ganarse la confianza de aquellos pequeños ladrones. Pero sabía que su vida carecía de todas las comodidades y de todo afecto, que era una vida de hambre y de abandono. Y si el padre José Pedro no tenía un lecho, comida y ropa para llevarles, disponía al menos de palabras de afecto y sin dudas de mucho amor en su corazón. Al principio se equivocó en algo. Cuando les ofreció la posibilidad de una vida más confortable a cambio de que abandonaran la libertad de la que gozaban, sueltos por la calle. Sabía bien que no podría convencer a esos niños con el reformatorio. Conocía además las leyes del reformatorio, las escritas y las otras y que no había allí posibilidades de que alguien se volviera bueno y trabajador. Pero el padre José Pedro confiaba en unas amigas que tenía, beatas viejas y piadosas. Ellas podrían encargarse de varios de los Capitanes de la Arena, de educarlos y alimentarlos. Pero eso implicaría abandonar todo lo grande que tenía su vida: la aventura en las calles de la

ciudad más bella y misteriosa del mundo, en las calles de Bahía de Todos los Santos. Y después de que el padre José Pedro trabó relaciones por intermedio de Boa-Vida con los Capitanes de la Arena, se dio cuenta de que si les hacía esa propuesta perdería toda la confianza que habían depositado en él y que saldrían del trapiche sin que pudiera volver a verlos nunca más. Aparte de eso no tenía una confianza absoluta en aquellas viejas solteras que vivían metidas en la iglesia y que aprovechaban los intervalos entre misas para comentar la vida ajena. Recordaba que al principio estaban enojadas con él pues al terminar de celebrar por primera vez en esa iglesia se le acercó un grupo de beatas con el evidente propósito de ayudarlo a cambiarse las vestimentas con que oficiaba la misa. E hicieron resonar en torno de él conmovidas exclamaciones:

—Reverendito... Ángel Gabriel...

Una vieja flacuchenta juntó las manos en gesto de adoración:

—Mi Jesusito.

Parecían estar adorándolo y el padre José Pedro se enojó. En verdad, ya sabía que la gran mayoría de los curas no se enojaba y obtenía como regalos gallinas, pavos, manteles bordados y hasta antiguos relojes de oro que habían pasado a través de generaciones dentro de alguna familia. Pero el padre José Pedro tenía una idea distinta de su misión, pensaba que los demás estaban equivocados y dijo con un furor sagrado:

—Señoras, ¿no tienen otras cosas que hacer? ¿No tienen una casa de la que ocuparse? No soy Jesusito ni el Ángel Gabriel... Váyanse a su casa y trabajen, preparen su almuerzo, cosan algo.

Las beatas lo miraron asombradas, como si estuvieran ante el mismísimo Anticristo. El cura prosiguió:

—Cuando trabajan en sus casas sirven mejor a Dios que aquí lamiendo las sandalias de los curas... Vayan, vayan...

Y mientras se retiraban espantadas, él repetía más con tristeza que con rabia:

—Jesusito... El nombre de Dios en vano.

Las beatas se presentaron directamente ante el padre Clovis, que era gordo, calvo y que estaba siempre de buen humor, siendo el confesor preferido de todas ellas. Le contaron entre exclamaciones de asombro lo que acababa de pasar. El padre contempló a las beatas con mirada tierna y las consoló:

—Ya se le pasará... es el inicio. Después se dará cuenta de que ustedes son unas santas, unas verdaderas hijas del Señor. Ya se le va a pasar. No se

apenas. Vayan a rezar un padrenuestro y no se olviden de que hoy hay bendición.

Cuando se fueron, se rió. Y murmuraba para sí:

—Estos curas recién ordenados nos arruinan la vida...

De a poco, las beatas se volvieron a acercarse al padre José Pedro. La verdad es que nunca se sintieron totalmente a gusto con él. Su aire serio, su bondad que se reservaba para cuando fuera necesario, y su rechazo a las pequeñas intrigas de sacristía lograban que ellas lo respetaran más de lo que lo amaban. Sin embargo, algunas de ellas, por lo general viudas o con malos matrimonios, se hicieron más o menos sus amigas. Había algo más que lo distanciaba de las beatas: era la negación misma del oficio del predicador. Nunca había logrado describir el infierno con la fuerza de convicción del padre Clovis, por ejemplo. Su retórica era pobre y defectuosa. Sin embargo, su fe era fuerte, era muy creyente. Y difícilmente podría decirse que el padre Clovis creyera en el infierno.

Al comienzo el padre José Pedro pensaba en llevar a los Capitanes de la Arena junto a las beatas. Creía que de este modo salvaría no sólo a los niños sino también a las mujeres de una perniciosa inutilidad. Podría lograr que se dedicaran a los niños con la misma fervorosa devoción con que se entregaban a la iglesia y a los curas obesos. El padre José Pedro intuía (más de lo que sabía) que si se pasaban los días en conversaciones inútiles en las iglesias o bordando sábanas para el padre Clovis era porque no habían tenido, en sus malogradas existencias de vírgenes, un hijo o un esposo a quien dedicar su tiempo y su cariño. Ahora les llevaría hijos. El padre José Pedro acarició durante mucho tiempo ese proyecto. Incluso llegó a llevar a la casa de una de ellas a uno de los niños del reformatorio. Eso mucho antes de conocer a los Capitanes de la Arena, cuando apenas si había escuchado hablar de ellos. La experiencia tuvo malos resultados: el niño partió de la casa de la solterona llevándose unos objetos de plata y prefiriendo la libertad de las calles, aunque se vistiera de harapos y el almuerzo fuera siempre incierto, a la buena ropa y a la comida garantizada con la obligación de rezar el tercio en voz alta, asistir a varias misas y bendiciones todos los días. Más adelante, el padre José Pedro comprendió que la experiencia había fracasado más por culpa de la solterona que del niño. Porque evidentemente —pensaba el sacerdote— es imposible convertir a una criatura abandonada y acostumbrada a robar en un sacristán. Pero es muy posible transformarlo en un hombre trabajador... Y esperaba, cuando conociese a los Capitanes de la Arena, llegar a un acuerdo con alguno de ellos y con las beatas para intentar una nueva experiencia, esta vez bien

encaminada. Pero luego de que Boa-Vida lo presentara al grupo, que en poco tiempo se ganara la confianza de la mayoría, vio que era totalmente imposible seguir pensando en semejante proyecto. Se dio cuenta de que se trataba de algo absurdo, porque la libertad era el sentimiento más arraigado en los corazones de los Capitanes de la Arena y que había que intentar otras estrategias.

En los primeros tiempos los niños lo miraban con desconfianza. Oyeron muchas veces en la calle que los curas vivían engordando y que se dedicaban a las mujeres. Pero el padre José Pedro había sido obrero y sabía cómo manejarse con esos niños. Los trataba como hombres, como amigos. Y de esa manera se conquistó su confianza y se hizo amigo de todos, hasta de aquellos a los que no les gustaba rezar, como Pedro Bala y el Profesor. Mientras que el Profesor, Pedro Bala y el Gato eran indiferentes a las palabras del cura (aunque el Profesor lo quería porque le traía libros) y Pirulito, Volta Seca y João Grande escuchaban con suma atención todo lo que decía, Sem-Pernas le ponía una oposición que al principio había sido muy tenaz. Sin embargo, el padre José Pedro había terminado por conquistar la confianza de todos y al menos en Pirulito había descubierto una vocación sacerdotal.

Pero aquella tarde no fue con mucha alegría que lo vieron llegar. Pirulito se acercó y le besó la mano. Lo mismo hizo Volta Seca. Los demás se limitaron a saludarlo. El padre José Pedro explicó:

—Vengo hoy a hacerles una invitación a todos.

Todos se dispusieron a escuchar con atención. Sem-Pernas murmuró:

—Nos va a llamar para ir a la bendición. Me gustaría ver quién va...

Pero se calló al ver que Pedro Bala lo miraba con enojo. El padre sonrió bondadosamente. Se sentó en un cajón, y João Grande descubrió que su sotana estaba vieja y sucia. Estaba remendada con hilo negro y era un poco grande para el cuerpo flaco del cura. Lo codeó a Pedro Bala quien también se dio cuenta. Entonces Bala dijo:

—Gente, el padre José Pedro, que es amigo de todos nosotros y tiene algo para darnos. ¡Viva el padre José Pedro!

João Grande sabía que todo se debía a la sotana rota y muy grande para la delgadez del cura. Los demás respondieron *viva*, el padre sonrió afirmando con la mano y João Grande no quitaba los ojos de la sotana. Pensó que Pedro Bala era realmente un jefe, que lo sabía todo, cómo hacerlo todo. Por Pedro, João Grande se dejaría cortar con el facón como aquel negro de Ilheus por Barbosa, el gran señor del *cangaço*. El padre José Pedro metió la mano en el

bolsillo de la sotana, sacó el breviario negro, lo abrió y extrajo de adentro algunos billetes de diez mil *reis*.

—Esto es para que vayamos hoy al carrusel... Los invito a todos a que vayamos hoy a la plaza de Itapagipe.

Esperaba encontrar una mayor animación en los rostros. Que reinase una inmensa alegría en todo el lugar. Porque de este modo se convencería aún más de que estaba sirviendo a Dios al retirar, para llevar al carrusel a los Capitanes de la Arena, cincuenta mil *reis* de los quinientos mil que había donado doña Guillerminha Silva para comprar velas. Esperaba que una súbita alegría inundara las caras de todos. Eso lo desconcertó y se quedó con los billetes en la mano, mirando a la multitud de niños. Pedro Bala se rascó el cabello (que le caía sobre las orejas), quiso hablar pero no lo logró. Miró entonces al Profesor, y fue él quien comenzó a explicar:

—Padre, usted es un hombre bueno. —Tuvo ganas de decir que era bueno como João Grande, pero creyó que el cura tal vez se ofendiese si lo comparaba con el negro—. Pero lo que ocurre es que Sem-Pernas y Volta Seca están trabajando en el carrusel. Y estamos invitados —en ese momento hizo una breve pausa— por el propietario, que es amigo de ellos, para pasar la noche gratis. No nos olvidamos de su invitación... —El Profesor hablaba con lentitud, eligiendo las palabras, pensando que se trataba de un momento delicado, intuyendo muchas cosas y Pedro Bala lo apoyaba con la cabeza.

—Queda para otra vez. Pero no tiene que enojarse con nosotros porque no aceptemos. No iré a hacer eso, ¿no? —Y miraba hacia el cura, cuyo rostro había recuperado la alegría.

—No, queda para otra vez. —Miró a los niños sonriendo—. Hasta es mejor así. Porque el dinero que tenía... —Y se calló de pronto ante el hecho que iba a contar. Y pensó que tal vez se hubiese tratado de una lección de Dios, un aviso, y que hubiese hecho algo que estaba mal. Su mirada resultó tan extraña que los niños se adelantaron un paso.

Contemplaban al cura sin comprender. Pedro Bala fruncía el entrecejo como cuando debía enfrentar un problema, el Profesor intentó hablar. Pero João Grande comprendió todo, a pesar de ser el más ignorante de todos.

—¿Era de la iglesia, padre? —Y se golpeó, enojado consigo mismo.

Los demás comprendieron. Pirulito pensó que se trataba de un tremendo pecado pero sintió que la bondad del padre estaba por encima de cualquier pecado. Entonces llegó Sem-Pernas cojeando más de lo habitual, como si estuviese envuelto en una pelea interior, se acercó al sacerdote y al principio era casi un grito pero luego bajó mucho la voz:

—Podemos ponerlo donde estaba... No es nada difícil. No se apene... —
Y sonreía.

Y la sonrisa de Sem-Pernas, sumada al sentimiento de amistad que leía en los ojos de todos (¿habría lágrimas en los ojos de João Grande?), le restituyó la calma, la serenidad y la confianza en Dios y en lo que había hecho. Dijo con la voz recompuesta:

—Una vieja viuda entregó quinientos mil *reis* para comprar velas. Y retiré de allí cincuenta para llevarlos al carrusel. Dios juzgará si hice bien. Ahora voy a comprar lo mismo de velas.

Pedro Bala sintió que debía saldar una deuda con el cura. Quería que supiese que todos lo comprendían. Y como no encontró otra cosa a mano, se dispuso a perder el trabajo que debían hacer aquella tarde e invitó al padre:

—Vamos al carrusel a ver a Volta Seca y a Sem-Pernas apenas comience la tarde. ¿Quiere venir con nosotros, padre?

El padre José Pedro dijo que sí, porque se daba cuenta de que aquello era un paso más en su intimidad con los Capitanes de la Arena. Y un grupo fue con el cura a la plaza. Fueron varios los que no fueron, entre ellos el Gato, quien se dirigió a lo de Dalva. Pero quienes fueron parecían un grupo de buenos chicos que venían de catecismo. Si estuvieran limpios y bien vestidos, parecerían ser de un colegio por el orden en que caminaban.

Dieron vueltas por toda la plaza con el cura. Le mostraban con orgullo a Volta Seca vestido de *cangaçeiro* e imitando animales, a Sem-Pernas que hacía funcionar solo el carrusel, pues Nhozinho França se había ido a tomar una cerveza a un bar. Fue una pena que a la tarde las luces del carrusel no hubieran estado prendidas. No era tan hermoso como a la noche, con las luces girando con todos sus colores. Pero estaban orgullosos de Volta Seca y su imitación de animales, de Sem-Pernas a cargo del carrusel, haciendo subir y luego bajar a los niños. Valiéndose de un lápiz y la tapa de una caja, el Profesor dibujó a Volta Seca vestido de *cangaçeiro*. Tenía una habilidad especial para el dibujo y a veces se ganaba algún dinero retratando en las veredas a los hombres que pasaban y a las muchachas que paseaban con sus novios. Éstos se paraban un minuto, se reían del dibujo aún sin terminar y las novias decían:

—Está muy parecido...

Recogía las monedas y se quedaba retocando el dibujo hecho con tiza, ampliándolo, incorporando hombres del muelle y mujeres de la vida, hasta que un vigilante lo echaba de la vereda. A veces se reunía un grupo grande que lo espiaba y no faltaba quien dijera:

—El chico promete. Es una pena que el gobierno no se ocupe de estas vocaciones... —Y recordaban casos de chicos de la calle que, ayudados por algunas familias, se convirtieron en grandes poetas, cantantes y pintores.

El Profesor concluyó el dibujo (en el que ubicó el carrusel y a Nhozinho França cayéndose de borracho) y se lo entregó al cura. Todos formaron un grupo mirando el dibujo al que el sacerdote elogiaba cuando oyeron:

—Pero es el padre José Pedro...

Y el bastón de la delgada anciana cayó sobre el grupo como si fuera un arma de guerra. El padre José Pedro se quedó sin saber qué hacer, los niños miraban con curiosidad los huesos del cuello y del pecho de la vieja donde brillaba a la luz del sol un colgante costosísimo. Por un momento todos se quedaron en silencio hasta que el padre José Pedro recuperó el ánimo y dijo:

—Buenas tardes, doña Margarita.

Pero la viuda Margarita Santos volvió a sacudir sus quevedos de oro.

—¿No le da vergüenza estar por aquí, padre? Un sacerdote del Señor... Un hombre con responsabilidades en medio de esta gentuza...

—Son niños, señora.

La vieja los miró con aires de superioridad e hizo un gesto de desprecio con la boca. El cura siguió:

—Cristo dijo: Dejad que los niñitos vengan a mí...

—Niñitos... niñitos —escupió la vieja.

—Ay de quien haga mal a un niño, dijo el Señor —y el padre José Pedro levantó la voz por encima del desprecio de la vieja.

—Éstos no son niños, son ladrones. Bribones, ladrones. No son niños. No me sorprendería que fueran los Capitanes de la Arena... Ladrones —repitió enfadada.

Los niños la relojeaban con curiosidad. Sólo Sem-Pernas, que había llegado del carrusel luego del regreso de Nhozinho França, la miraba con odio. Pedro Bala se adelantó e intentó una explicación:

—El padre sólo quiere ayu...

Pero la vieja le dio un empujón y retrocedió.

—No te me acerques, no te me acerques, basura. Si no fuera por el padre llamaba a la policía.

Entonces Pedro Bala se rió estentóreamente pensando que de no ser por el cura la vieja ya no tendría el colgante y tampoco los quevedos. La mujer se alejó con grandes aires de superioridad, no sin decirle antes al padre José Pedro:

—Así no va a llegar lejos, padre. Tenga más cuidado con sus relaciones.

Pedro Bala se reía cada vez más y el padre no tardó en imitarlo, aunque le diera pena la vieja y toda su incomprensión. Pero el carrusel giraba con los niños bien vestidos y muy pronto los ojos de los Capitanes de la Arena se volvieron hacia allí llenos de deseos de andar en los caballos y girar junto a las luces. Eran finalmente niños, pensó el cura.

Al comienzo de la noche cayó un chaparrón. Pero muy pronto desaparecieron las nubes negras y brillaron las estrellas en cielo, donde también brillaba la luna llena. Hacia la madrugada llegaron los Capitanes de la Arena y Sem-Pernas puso a funcionar el motor. Y olvidaron que no eran iguales al resto de los niños, olvidaron que no tenían hogar, ni padre ni madre, que vivían del robo como hombres, que eran temidos en la ciudad como ladrones. Olvidaron las palabras de la vieja de los quevedos. Lo olvidaron todo y fueron iguales a todos los niños, cabalgando en los caballos del carrusel, girando junto a las luces. Las estrellas brillaban y brillaba la luna llena. Pero lo que más brillaba en la noche de Bahía eran las luces azules, verdes, amarillas, violetas, rojas del Gran Carrusel Japonés.

Dársenas

Pedro Bala arrojó la moneda de cuatrocientos *reis* contra la pared de la Aduana; cayó delante de la de Boa-Vida. Luego Pirulito arrojó la suya, que quedó entre la de Boa-Vida y la de Pedro Bala. Boa-Vida estaba agachado, mirando. Se sacó el cigarrillo de la boca.

—Me gusta incluso así. Con un feo comienzo...

Y siguieron con el juego, pero Boa-Vida y Pirulito habían perdido las monedas de cuatrocientos *reis* que Pedro Bala se embolsó.

—Soy realmente un genio.

Delante de ellos se hallaban anclados los *saveiros*. Hombres y mujeres salían del Mercado. Esperaban para esa tarde el *saveiro* de Querido-de-Deus. El *capoeirista* había salido de pesca, pues ésa era su verdadera profesión. Continuaron con el juego del cruzado hasta que Pedro Bala limpió a los otros dos. La cicatriz del rostro le brillaba. Le gustaba ganar así, sin trampas, especialmente cuando los adversarios eran del valor de Pirulito (que fue durante mucho tiempo el campeón del grupo) y de Boa-Vida. Cuando terminaron, Boa-Vida puso el bolsillo hacia fuera.

—Tienes que prestarme aunque sea unos centavos. Estoy en quiebra.

Luego miró hacia el mar, a los *saveiros* anclados:

—Querido-de-Deus va a llegar tarde. ¿Vamos a las dársenas?

Pirulito dijo que se quedaba esperando a Querido-de-Deus, pero Pedro Bala fue con Boa-Vida a las dársenas. Atravesaron las calles del muelle y hundieron los pies en la arena. Un navío partía desde el galpón 5 y había un constante entrar y salir de personas. Pedro Bala le preguntó a Boa-Vida:

—¿No te gustaría ser marinero?

—Lo estoy pensando... Me gusta aquí. No querría partir, para nada.

—Pero yo quiero. Es lindo treparse a un mástil. Y un temporal, ¿eh? ¿Te acuerdas de aquella historia que nos leyó el Profesor? Esa que hablaba de una tormenta. Genial...

—Era grandiosa, sí...

Pedro empezó a recordar la historia. A Boa-Vida le parecía una estupidez abandonar Bahía donde, cuando creciese, le resultaría tan fácil vivir una buena experiencia en el delito, con navaja en el pantalón, guitarra bajo el brazo y una morena con quien revolcarse en el arenal. Era la existencia que deseaba tener cuando se convirtiera definitivamente en hombre.

Llegaron hasta el portón del galpón 7. João de Adão, un estibador negro y muy fuerte, antiguo huelguista, temido y amado en toda la zona de las estibas, estaba sentado sobre un cajón. Fumaba una pipa y los músculos se le saltaban de la camisa. Cuando vio a los muchachos los saludó:

—Mira al amigo Boa-Vida. Y al Capitán Pedro.

La única manera en que se dirigía a él era como Capitán Pedro y le gustaba hablar con ellos. En un rincón, una negra vieja vendía naranjas y *cocadas*, vestida con una falda de tafetán y una enagua que dejaba ver sus senos aún duros a pesar de la edad. Boa-Vida permaneció mirando los pechos de la negra mientras pelaba una naranja que había agarrado del tablero.

—Todavía tienes tus buenos pechos, ¿eh?

La negra se sonrió.

—Estos chicos de hoy en día no respetan a los mayores, compadre João de Adão. ¿Dónde se vio a un pequeño demonio de estos hablándole de pechos a una vieja arrugada como yo?

—Déjese de hablar. Va a encontrarse con algo... La negra se rió con ganas.

—Ya cerré el portón, Boa-Vida. Ya se me pasó la edad. Pregúntale a éste —dijo, y señaló a João de Adão—. Yo lo conocí cuando era un niño como tú e hizo la primera huelga aquí en las dársenas. En aquel tiempo nadie sabía qué diablos era una huelga. ¿Te acuerdas, compadre?

João de Adão sacudió la cabeza afirmativamente, cerró los ojos recordando los viejos tiempos de la primera huelga que dirigió en las dársenas. Era uno de los estibadores más antiguos, aunque nadie le diese la edad que tenía.

Pedro Bala habló:

—El Negro cuando muestra, no hay cómo ganarle.

La negra mostró la cabellera toda pintada de blanco. Se había quitado el pañuelo que llevaba en la cabeza y Boa-Vida se burló de ella:

—Por eso anda con ese pañuelo, negra llena de viejas historias...

João de Adão preguntó:

—¿Te acuerdas de Raimundo, comadre Luisa?

—¿El Rubio, el que murió en la huelga? ¿Cómo no me voy a acordar? Era uno que venía todas las tardes a darme charla, le gustaba hablar con doble sentido.

—Lo mataron justo aquí, ese día en que nos atropelló la caballería. — Miró hacia Pedro Bala.

—¿Nunca oíste hablar de él, Capitán?

—No.

—Tendrías unos cuatro años. Luego de eso pasaste un año entero de una casa a otra hasta que te escapaste. Y recién supimos de ti cuando ya eras el jefe de los Capitanes de la Arena. Pero sabíamos que te las arreglarías. ¿Cuántos años tienes ahora?

Pedro se quedó haciendo cuentas hasta que lo interrumpió el propio João de Adão.

—Debes de andar por los quince, ¿no, comadre? La negra asintió. João de Adão prosiguió.

—El día que quieras tienes un lugar aquí en las dársenas. Hay guardado un sitio para ti.

—¿Por qué? —preguntó Boa-Vida, ya que Pedro no se animaba a mirar por el miedo.

—Por que su padre era Raimundo y murió aquí mismo luchando por todos, por nuestros derechos. Era más que un hombre. Valía diez de esos que uno encuentra por allí.

—¿Mi padre? —dijo Pedro Bala, que sólo había escuchado vagos rumores sobre esa historia.

—Era tu padre. La gente lo llamaba Rubio. Cuando daba sus discursos durante la huelga no parecía un estibador. Lo alcanzó una bala. Pero hay un lugar para ti en las dársenas.

Pedro Bala raspaba el asfalto con un palito. Miró a João de Adão.

—¿Por qué nunca me lo contaste?

—Eras muy pequeño para entenderlo. Ahora ya te estás haciendo hombre. —Y se rió con satisfacción.

Pedro Bala también se rió. Se sentía alegre al conocer la historia de su padre porque había sido un hombre valiente. Pero preguntó despaciosamente:

—¿No conociste a mi madre?

João de Adão pensó un momento.

—No sé, no. Cuando conocí a Rubio no tenía mujer. Pero tú vivías con él.

—Yo la conocí. —Ahora era la negra quien hablaba—. Un pedazo de mujer. Se corría el rumor de que tu padre la había raptado de su casa, que era de una familia rica de allí arriba —y señalaba hacia la ciudad alta. Murió cuando tenías seis meses. En esa época Raimundo trabajaba en la fábrica de cigarrillos de Itapagipe. Fue después que llegó a las dársenas.

João de Adão repitió:

—Cuando quieras...

Pedro Bala asintió con la cabeza y luego preguntó:

—Fue algo genial la huelga, ¿no es cierto?

Y se quedaron escuchando a João de Adão hablar de la huelga. Cuando terminó, Pedro Bala dijo:

—Me gustaría hacer una huelga. Debe de ser genial. —Estaba entrando un barco. João de Adão se levantó.

—Ahora vamos a cargar ese holandés.

El navío hacía sonar el silbato durante las maniobras de atracamiento. De todos los rincones aparecían estibadores que se iban dirigiendo hacia el gran galpón. Pedro Bala los miró con afecto. Su padre había sido uno de ellos, había muerto para defenderlos. Allí pasaban hombres blancos, mulatos, negros, muchos negros. Iban a llenar las bodegas de un barco con bolsas de cacao, fardos de tabaco, azúcar, todos los productos del estado destinados a patrias muy lejanas, donde otros hombres como aquellos, tal vez altos y rubios, descargarían el navío, dejando vacías sus bodegas. Su padre había sido uno de ellos. Sólo ahora lo sabía. Y por ellos había pronunciado discursos parado sobre un cajón, había peleado por ellos y había recibido un balazo el día que la caballería había atacado a los huelguistas. Tal vez allí mismo, donde estaba sentado, se hubiese derramado la sangre de su padre. Pedro Bala contempló el piso ahora asfaltado. Por debajo del asfalto debía estar la sangre que había manado del cuerpo de su padre. Por eso, el día que lo decidiera, tenía un lugar en las dársenas, entre aquellos hombres, el lugar que había sido de su padre. Y también tendría que cargar fardos... Vida dura aquella, con fardos de sesenta kilos sobre las espaldas. Pero también podría armar una huelga como su padre y João de Adão, enfrentarse a los policías, morir por sus derechos. Así vengaría a su padre, ayudaría a aquellos hombres a luchar por sus derechos (Pedro Bala sabía vagamente lo que era eso). Se imaginaba en medio de una huelga, luchando. Y sus ojos sonreían del mismo modo que sonreían sus labios.

Boa-Vida, quien chupaba su tercera naranja, interrumpió sus ensoñaciones.

—¿Hermano, estás pensando en alguna nube del cielo? La vieja negra miró a Pedro Bala con cariño.

—Es la cara del padre. Sólo que tiene el cabello ondeado de la madre. Si no fuera por ese tajo en la cara, no había que sacarle nada para ver a Raimundo. Un hombre hermoso... —Boa-Vida se rió entre dientes. Preguntó cuánto debía y pagó los doscientos *reis*. Después dio otra ojeada a los pechos de la negra y le preguntó:

—¿No tienes una hija, viejita?

—¿Para qué quieres saberlo, desgraciado? Boa-Vida se rió.

—Podría hacerme su amigo.

La negra le arrojó la sandalia. Boa-Vida apartó el cuerpo.

—Si tuviera una hija ni la olerías de lejos.

Después recordó:

—¿No vas hoy al Gantois? Hay una fiesta de aquellas. Un baile de primera. Es la celebración de *Omolu*.

—¿Mucha comida? ¿Y *aluá*?

—Hay de todo. —Y miró a Pedro Bala—. ¿Por qué no vas tú también blanquito? *Omolu* no es sólo un santo de negros. Es de todos los pobres.

Boa-Vida extendió la mano como santificación cuando la mujer habló de *Omolu*, el dios de la viruela. Caía la tarde. Un hombre compró *cocada*. De pronto se encendieron las luces. La negra se puso de pie y Boa-Vida la ayudó a colocarse el *tabuleiro* en la cabeza. A lo lejos, Pirulito se reunía con Querido-de-Deus. Pedro Bala contempló una vez más a los hombres que en las dársenas cargaban fardos en el navío holandés. En las anchas espaldas negras y mestizas brillaban gotas de sudor. Los cuellos musculosos se curvaban por el peso de los fardos, y las grúas rodaban con estrépito. Un día habría de hacer una huelga como su padre. Luchar por los derechos... Así un día un hombre parecido a João de Adão podría contarle a otros niños de la puerta de las dársenas su historia, igual que contaban la de su padre. Sus ojos adquirieron un intenso brillo en la noche recién llegada.

Ayudaron a Querido-de-Deus a desembarcar el producto de la pesca, que había sido abundante. *Yemanjá* había ayudado. Un hombre que tenía un local en el mercado compró todo lo pescado. Luego se fueron a comer a un restaurante próximo. Pirulito se fue a ver al padre José Pedro, quien le enseñaba a leer y escribir. Antes pasó por el trapiche a buscar una caja de lapiceras que había conseguido en una papelería aquella mañana. Pedro Bala, Boa-Vida y Querido-de-Deus se fueron al *candomblé* de Gantois (Querido era *oga*) donde apareció *Omolu* con sus vestimentas rojas y le avisó a sus hijitos pobres, en el cantar más lindo que pudiera haber, que en breve la miseria se terminaría, que él llevaría la viruela a casa de los ricos y que los pobres comerían y serían felices. En la noche de *Omolu* sonaban los atabaques, y así se anunciaba que llegaría para los pobres el día de la venganza. Las negras bailaban y los hombres estaban alegres. El día de la venganza llegaría.

Pedro Bala venía solo por las calles de la ciudad, pues Boa-Vida se había ido con Querido-de-Deus a bailar a un *bleforé*. Bajó por la ladera que lo llevaba a la ciudad baja. Iba despacio, como si cargara un peso dentro suyo, iba como curvado por dentro. Pensaba en la charla que había tenido por la tarde con João de Adão, una conversación que lo había alegrado porque se había enterado de que su padre fue uno de los hombres valientes del muelle, un hombre que había dejado una historia detrás de sí. Pero João de Adão también le había hablado de los derechos de los estibadores. Pedro Bala nunca había oído hablar de eso y, sin embargo, era por esos derechos que había muerto su padre. Y luego, en la *macumba* de Gantois, *Omolu*, disfrazado de rojo, había anunciado que la venganza de los pobres no tardaría en llegar. Y todo eso oprimió el corazón de Pedro Bala, como aquellos fardos que aplastan el cuello de los estibadores.

Cuando terminó de bajar por la ladera, se dirigió al arenal, con la decisión de llegar al trapiche a ver si lograba dormirse. Un perro le ladró mientras pasaba, pensando que le iba a disputar el hueso que estaba royendo. Al final de la calle Pedro Bala divisó un bulto. Parecía una mujer que estaba apurada. Se sacudió el cuerpo de niño como se estremece un animal joven al ver una hembra y con paso rápido se acercó a la mujer que entraba en el arenal. La arena quemaba bajo los pies y la mujer se dio cuenta de que la seguían. Pedro Bala pudo verla bien cuando pasó bajo los postes: era una negrita que, como él, no pasaría de los quince años. Pero sus senos puntiagudos saltaban y las nalgas se movían dentro del vestido, pues los negros parece que están bailando aun cuando caminan. Y dentro de Pedro Bala creció el deseo, un deseo que nacía de la voluntad de ahogar la angustia que lo oprimía. Pensaba en las nalgas movedizas de la negrita y no en la muerte de su padre defendiendo el derecho de los huelguistas ni en *Omolu* pidiendo venganza en la noche de la *macumba*. Pensaba en derribar a la negrita sobre la blanda arena, en acariciarle los tersos senos (tal vez senos de virgen y siempre senos de niña), en poseer su cuerpo caliente de negra.

Apuró sus pasos porque la negrita se había desviado de la calle que cortaba el arenal y se internara por el arenal alejándose de los postes de luz. Pero cuando se dio cuenta de que Pedro Bala estaba cada vez más cerca, se lanzó hacia delante, casi corriendo. Pedro comprendió que se dirigía a una de aquellas calles que quedan más allá de los trapiches, perdidas entre el morro y el mar y que si atravesaba el arenal era para acortar camino y huir más fácilmente de él. El silencio reinaba en todo el muelle, apenas el chirriar los pasos de los dos sobre la arena hacía estremecer de miedo el corazón de la

negrita y de impaciencia al corazón de Pedro Bala. Pero cada vez estaba más cerca. Caminaba mucho más rápido que la negra y la alcanzaría en unos diez pasos. Y a ella le faltaba mucho camino por hacer en el arenal antes de llegar a los trapiches y a las calles que quedaban más allá de ellos. Pedro sonreía, una sonrisa de dientes apretados, era como un animal feroz cazando en el desierto una presa para su almuerzo.

Cuando ya había extendido la mano para tocarle el hombro y hacer que volviese el rostro, la negrita se echó a correr. Pedro Bala comenzó a perseguirla y la alcanzó muy pronto. Pero iba a tal velocidad que tropezó con ella y ambos rodaron por la arena. Pedro se levantó de un salto riendo, se acercó a ella, que trataba de ponerse de pie.

—No hace falta, bonita. Así está bien.

El rostro de la negrita era de terror. Pero cuando vio que su perseguidor era un chico de entre quince y dieciséis años recuperó un poco el ánimo y preguntó enojada:

—¿Qué quieres?

—No seas orgullosa, morena. Charlemos un ratito.

Y la tomó del brazo antes de hacerla caer en la arena. El miedo volvió a poseerla, un terror enloquecido. Venía de la casa de su abuela e iba a la suya, donde la esperaban su madre y sus hermanas. ¿Para qué había salido de noche, para qué se había arriesgado cruzando la arena del muelle? ¿Ignoraba acaso que la arena de las dársenas era la cama matrimonial de todos los delincuentes, de todos los ladrones, de todos los marinos, de todos los Capitanes de la Arena, de todos los que no pueden pagarse una mujer y tienen deseo de un cuerpo en la ciudad santa de Bahía? Ella lo desconocía. Aunque tuviera quince años, hacía muy poco que se había convertido en mujer. Pedro tenía también sólo quince años pero desde largo tiempo conocía no sólo el arenal y sus secretos sino también los secretos del amor de las mujeres. Porque si los hombres conocen esos secretos generalmente mucho antes que las mujeres, los Capitanes de la Arena los conocían mucho antes que cualquier hombre. Pedro Bala la deseaba porque hacía mucho sentía los deseos de un hombre y conocía las caricias de amor. Ella no lo quería porque hacía poco que se había transformado en mujer y pretendía reservar su cuerpo para un mulato que la supiese apasionar. No se quería entregar al primero que se encontrase en el arenal. Y estaba con los ojos llenos de miedo.

Pedro pasó la mano por la cabellera de la negra.

—Eres una mujerona, morena. Vamos a hacer un lindo hijo.

Y luchó para desprenderse de él.

—Déjame. ¡Suéltame, maldito!

Y miraba a su alrededor buscando divisar a alguien a quien gritar, a quien pedir ayuda, alguien que la ayudase a conservar su virginidad, que según le habían dicho era algo muy valioso. Pero en la noche del arenal no se ven más que sombras y no se oyen más que gemidos de amor, golpeteos de cuerpos que ruedan confundidos con la arena.

Pedro Bala le acariciaba los senos y ella, en el fondo de su terror, comenzaba a sentir como un hilo de deseo, como un hilo de agua que corre entre montañas y que de a poco se ensancha hasta transformarse en un río caudaloso. Y eso hizo que su terror aumentara. Si ella no se resistía al deseo y dejaba que él la poseyera, estaría perdida, dejaría una mancha de sangre en el arenal, de la cual se reirían los estibadores a la mañana siguiente. Al comprobar su debilidad adquirió nuevo aliento y nuevas fuerzas. Bajó la cabeza, mordió la mano de Pedro que le apretaba el seno. Pedro dio un grito y retiró la mano, ella se levantó y salió corriendo. Pero él la atrapó y su deseo se mezcló con la rabia.

—Vamos a terminar con estas tonterías. —Y trataba de acostarla.

—Déjame ir, desgraciado. ¿Quieres causarme daño, hijo de puta? Déjame ir que no me interesas en lo más mínimo.

Pedro no respondía. Conocía a otras que hacían escombros. En general era porque tenían un amante que las estaba esperando. Ni por un momento se le cruzó la idea de que la negrita fuera virgen. Pero ella se resistía y se quejaba, lo mordía y golpeaba con sus frágiles manos en el pecho de Pedro Bala.

—Pero ¿qué quieres, *cabocla*? ¿Piensas que voy a dejarte ir antes de que te entregues? Basta de orgullo. Tu macho no se va a enterar, nadie se va a enterar. Y vas a ver lo que es un hombre de verdad.

Y ahora se ocupaba de acariciarla, quería dominar su enojo, hacer que ella sintiese deseo. Sus manos bajaban a lo largo de su cuerpo, la pudo acostar con mucho esfuerzo. Ella repetía como una letanía:

—Déjame, desgraciado... Déjame, desgraciado...

Él le levantó la falda pobre de un tirón y quedaron al descubierto los duros muslos de la negra. Pero uno estaba pegado al otro y Pedro Bala intentó separarlos. La negrita seguía rechazándolo, pero como el chico no dejaba de acariciarla y ella sentía la llegada impetuosa del deseo, dejó de protestar y le dijo en un tono angustioso:

—Déjame, que soy virgen. Tú puedes ser bueno y no tomarme. Luego te encuentras otra. Soy virgen y vas a hacerme mal.

Cuando él la miró la vio llorando de miedo y también porque su voluntad se debilitaba, sus pechos estaban endurecidos.

—¿Realmente eres virgen?

—Te lo juro por Nuestro Señor, por la Virgen. —Y se besaba los dedos puestos en cruz.

Pedro Bala dudaba. Los senos de la negrita entumecidos entre sus dedos, los muslos duros, el vello del sexo.

—¿Me estás diciendo la verdad? —dijo, sin dejar de acariciarla.

—Te lo juro. Déjame ir, mi madre me está esperando. Lloraba y a Pedro Bala le daba lástima, pero su deseo se había desatado. Entonces le propuso a la negra en el oído (mientras le hacía cosquillas con la lengua):

—Sólo por atrás.

—No, no.

—No dejas de ser virgen así. No temas nada.

—No. No, que duele.

Pero él la acariciaba y una electricidad le corría por el cuerpo. Empezó a comprender que si no lo satisfacía como él pretendía su virginidad se quedaría allí. Y cuando le prometió (nuevamente la lengua la excitaba en el oído) *si duele la saco...* ella consintió.

—¿Me juras que no lo harás por adelante?

—Te lo juro.

Pero después de que se hubo satisfecho por primera vez (y que ella gritara y se mordiera las manos), viendo que seguía poseído por el deseo, intentó desflorarla. Pero ella lo descubrió y saltó como una loca.

—Maldito, ¿no te alcanza con lo que me hiciste? ¿Quieres destruirme?

Y sollozaba a los gritos, con los brazos en alto. Estaba como loca, toda su defensa eran sus gritos, sus lágrimas, sus insultos contra el jefe de los Capitanes de la Arena. Pero para Pedro el principal obstáculo eran esos ojos despavoridos, ojos de animal débil que ya no tiene fuerzas para defenderse. Y como su deseo principal ya se había satisfecho y como aquella angustia del comienzo de la noche volvía a apoderarse de él, le dijo:

—Si te dejas ir, ¿volverás mañana?

—Sí, vuelvo.

—Sólo te hago lo mismo que hoy. Te dejas virgen.

Ella asintió con la cabeza. Su mirada parecía la de una demente y en aquel momento lo único que sentía era dolor y pánico además de una irrefrenable voluntad de irse de allí. Ahora que las manos, ni los labios ni el sexo de Pedro

le tocaban las carnes, su deseo había desaparecido y sólo pensaba en defender su virginidad. Por eso respiró cuando él le dijo:

—Entonces puedes irte. Pero si no regresas mañana... Cuando te agarres a saber realmente lo qué es una paliza.

Ella comenzó a caminar sin decir palabra. Pero el chico quiso acompañarla.

—Te llevo para que no te agarre ningún crápula. Andaban los dos y ella lloraba. Él quiso tomarle la mano pero ella no lo dejó y se apartó de Pedro. Él volvió a intentarlo y ella nuevamente retiró la mano. Entonces Pedro exclamó:

—¿Qué diablos está pasando?

Y continuaron tomados de la mano. Ella lloraba y aquel llanto terminó por angustiarse a Pedro Bala e hizo que regresara la inquietud del inicio de la noche, la visión de su padre agonizando en la calle, la visión de *Omolu* anunciando venganza. Comenzó a maldecir internamente aquel encuentro con la negrita y apresuró el paso para llegar cuanto antes al comienzo de la calle. Ella sollozaba y él le dijo enfadado:

—¿Qué te pasó? No te pasó nada...

Ella apenas lo miró a los ojos (a pesar de seguir caminando junto a él y de que el miedo no cesaba) y sus ojos estaban llenos de odio y de desprecio. Pedro bajó la cabeza, no sabía qué decir, ya no sentía deseo ni rabia, en su corazón sólo había tristeza. Oyeron la melodía de un samba que cantaba un hombre por la calle. Ahora se sentía más débil que ella y la mano de la negrita en la suya pesaba como si fuera de plomo. Le soltó la mano y ella se alejó de él. Pedro no se quejó. Quería no haberla encontrado y tampoco a João de Adão, y menos aún haber ido al Gantois. Cuando llegaron a la calle, él dijo:

—Ahora puedes irte, nadie te va a hacer nada.

Ella volvió a mirarlo con odio y se largó a correr. Pero al llegar a la esquina se detuvo, se volvió hacia él (que todavía la miraba) y lo maldijo con una voz que lo llenó de miedo:

—Eres una peste, que el hambre y la guerra te acompañen, maldito. Que Dios te castigue, desgraciado. Hijo de puta, maldito, maldito —su voz solitaria cruzaba la calle y aplastaba a Pedro Bala.

Antes de desaparecer por la esquina, ella escupió en el piso como gesto de desprecio y siguió repitiendo:

—Maldito... Maldito...

Primero se quedó quieto, luego se lanzó a correr por el arenal e iba como si los vientos lo empujaran, como si huyera de las maldiciones de la negrita.

Y sintió deseos de arrojarse al mar para lavarse toda esa inquietud, para hacer desaparecer la voluntad de vengarse de los hombres que habían matado a su padre, para borrar el odio que sentía por la ciudad rica que se extendía del otro lado del mar, en la Barra, en Vitória, en Graça, la desesperación de su vida como niño abandonado y perseguido, la lástima que le causaba la pobre negrita, también una niña.

Una niña también, parecía decirle la voz del viento, la melodía del samba, las palabras que le llegaban desde dentro.

Aventura de Ogum

Una noche posterior, una noche oscura de invierno en la cual los *saveiros* no se aventuraban al mar, noche de cólera de *Yemanjá* y de *Xangô*, cuando los relámpagos eran el único brillo en el cielo cargado de nubes negras y densas, Pedro Bala, Sem-Pernas y João Grande iban llevando a Don'Aninha, la *mae-de-santo*, hasta su casa distante. Ella se había acercado por la tarde al trapiche pues necesitaba un favor de ellos y mientras se lo explicaba cayó la noche, espantosa y terrible.

—*Ogum* está enojado —explicó la *mae-de-santo* Don'Aninha.

Fue eso lo que la había llevado hasta allí. Durante una batida a un *candomblé* (que si bien no había sido el suyo, porque ningún policía se atrevía a realizar una batida en el *candomblé* de Aninha, que estaba bajo su protección) la policía había secuestrado a *Ogum*, quien descansaba en su altar. Don'Aninha había empleado todas sus influencias sobre un vigilante para lograr el regreso del santo. Llegó hasta ir a la casa de un profesor de la Facultad de Medicina, amigo suyo y que iba a estudiar la religión negra a su *candomblé*, para pedirle que consiguiera la restitución del dios. El profesor creía con seguridad que la policía le entregaría la imagen. Pero para agregarla a su colección de ídolos negros y no para devolverla a su altar en el lejano *candomblé*. Por eso, por hallarse *Ogum* en una sala de detención de la policía, *Xangô* descarga sus rayos esa noche.

Finalmente, Don'Aninha se acercó a donde estaban los Capitanes de la Arena, amigos suyos hacía ya tiempo, porque son amigos de la gran *mae-de-santo* todos los negros y todos los pobres de Bahía. Tenía para cada uno una palabra amistosa y maternal. Curaba enfermedades, unía amantes, sus hechizos terminaban con los hombres malvados. Le explicó a Pedro Bala lo que había sucedido. El jefe de los Capitanes de la Arena no concurría con frecuencia a los *candomblés*, así como prestaba escasa atención a las lecciones del padre José Pedro. Pero se sentía amigo tanto del cura como de la *mae-de-santo*, y entre los Capitanes de la Arena cuando se es amigo se ayuda al amigo.

Ahora acompañaban a Aninha hasta su casa. La noche se mostraba tormentosa y colérica. La lluvia los hacía doblarse bajo el enorme paraguas blanco de la *mae-de-santo*. Los *candombles* tocaban en desagravio a *Ogum* y

tal vez en muchos de ellos *Omolu* anunciara la venganza del pueblo pobre. Don'Aninha le dijo a los chicos con voz amarga:

—No dejan vivir a los pobres. No dejan en paz ni al dios de los pobres. El pobre no puede bailar, no puede cantarle a su dios, no puede pedirle un favor —su voz sonaba resentida, una voz que no se parecía a la de la *mae-de-santo* Don'Aninha—. No les alcanza con matar de hambre a los pobres. Ahora se roban los santos de los pobres —y levantaba los puños al cielo.

Pedro sintió que dentro de él algo se movía. Los pobres no tenían nada. El padre José Pedro decía que algún día los pobres estarían en el reino de los cielos, donde Dios sería igual para todos. Pero a la inteligencia joven de Pedro Bala aquello no le parecía nada justo. Serían iguales en el reino de los cielos. Pero ya habían sido desiguales en la Tierra, la balanza se inclinaba siempre para el mismo lado.

Las maldiciones de la *mae-de-santo* retumbaban en la noche más que el ruido de los *agogôs* y atabaques que desagradiaban a *Ogum*. Don'Aninha era flaca y alta, un tipo aristocrático de negra, y sabía llevar como ninguna sus ropas de bahiana. Sus facciones eran alegres, aunque le bastaba una mirada para inspirar un absoluto respeto. En eso se parecía al padre José Pedro. Pero ahora su ánimo era terrible y sus maldiciones contra los ricos y la policía llenaban la noche de Bahía y el corazón de Pedro Bala.

Cuando la dejaron, rodeada de sus hijas de santo que le besaban la mano, Pedro Bala prometió:

—Quédate tranquila, *mae* Aninha, que mañana te traigo a *Ogum*.

Ella pasó la mano por su cabeza rubia, sonrió. João Grande y Sem-Pernas besaron a la negra en la mano. Bajaron por la ladera. Resonaban los *agogôs* y atabaques desagradiando a *Ogum*.

Sem-Pernas no creía en nada de eso, pero le debía favores a Don'Aninha.

—¿Qué vamos a hacer? La réplica está en la policía... —preguntó.

João Grande escupió, estaba algo molesto.

—No digas que *Ogum* es una réplica. Te va a castigar.

—Está preso. No puede hacerme nada. —Se rió Sem-Pernas.

João Grande se calló la boca, porque sabía que *Ogum* era demasiado grande, que incluso desde la cárcel podía castigar a Sem-Pernas. Pedro Bala se rascó el cuello y pidió un cigarrillo.

—Deja que lo piense. Tenemos que hacer algo, se lo prometimos a Aninha. Y ahora hay que cumplir.

Bajaron hasta el trapiche. La lluvia entraba por los agujeros del techo y la mayor parte de los niños se amontonaban en los rincones donde todavía no goteaba. El Profesor intentaba encender su vela, pero el viento parecía burlarse de él, porque se la apagaba apenas pasado un minuto. Finalmente desistió de leer aquella noche y se quedó espionando un juego de siete y medio en el que la banca era el Gato, ayudado por Boa-Vida, en un rincón. Caían monedas al suelo, pero ningún rumor distraía a Pirulito de sus oraciones frente a la Virgen y a San Antonio.

En aquellas noches de lluvia nadie podía dormir. Cada tanto la luz de un relámpago iluminaba el trapiche y entonces se veían los rostros delgados y sucios de los Capitanes de la Arena. Algunos eran tan pequeños que aún temían a los dragones y a otros personajes legendarios. Se ponían junto a los más grandes, que apenas sentían el hambre y el frío. Otros, los negros, oían en los truenos la voz de Xangô. Para todos, esas noches de lluvia resultaban tremendas. Hasta para el Gato, quien tenía una mujer en cuyo seno joven apoyar la cabeza, las noches de temporal eran noches diferentes. Porque en esas noches muchos hombres que en la ciudad no tienen donde descansar su cabeza atemorizada, que no ocupan más que una cama de soltero y quieren esconder su miedo en el seno de una mujer, pagaban para dormir con Dalva y pagaban bien. Entonces el Gato se quedaba en el trapiche, dirigiendo juegos con sus barajas marcadas, ayudado en el robo por Boa-Vida. Se quedaban todos juntos, inquietos, más solos todavía, sintiendo que les faltaba algo, no sólo una cama caliente y un cuarto protegido, sino también palabras dulces de madre o de hermana que hicieran desaparecer el miedo. Se quedaban todos amontonados y algunos tiritaban, bajo las camisas y los pantalones harapientos. Otros llevaban un saco robado o tomado de la basura, al que usaban como sobretodo. Incluso el Profesor tenía uno, que arrastraba por el piso de tan grande que le quedaba.

Una vez, y fue durante el verano, un hombre había parado, vestido con un grueso sobretodo, a tomarse un refresco en uno de los bares de la ciudad. Parecía extranjero. Era la mitad de la tarde y el calor pegaba fuerte en el cuerpo. Pero el hombre parecía no sentirlo, vestido con su sobretodo nuevo. Al Profesor el hombre le resultó gracioso y alguien con dinero, así que comenzó a hacer su retrato (con el enorme sobretodo, mayor que el hombre, se trataba claramente de un sobretodo con hombre adentro) a tiza en el paseo. Y se reía de satisfacción, pues, sin dudas, el hombre le daría una moneda de dos mil *reis*. El hombre regresó a la silla y contempló el dibujo casi terminado. El Profesor se reía, el dibujo le parecía bueno, el sobretodo

imponiéndose al hombre, siendo más que el hombre. Pero a él no le gustó, dejó que la rabia lo dominara, se levantó de la silla y empezó a los puntapiés contra el Profesor. Un golpe le dio en los riñones, lo que lo hizo rodar por el suelo gimiendo. Le dio otra patada en la cara, diciendo enfadado al retirarse:

—Toma, imbécil, para que aprendas a no burlarte de un hombre.

Y salió haciendo golpear las monedas en la mano y destruyendo a pisotones el dibujo. La moza se acercó al Profesor y lo ayudó a levantarse. Con lástima miró al niño que se tocaba los riñones doloridos, contempló el dibujo y le dijo:

—¡Qué bruto! Si el retrato estaba bastante parecido ¡Estúpido!

Metió la mano en el bolsillo donde guardaba las propinas, sacó una moneda de mil *reis* y se la quiso dar al Profesor. Pero él la rechazó con la mano, aunque sabía que le vendría bien. Miró el dibujo semidestruido y siguió su camino con las manos en los riñones. Andaba casi sin pensar, con un nudo en la garganta. Había querido agradecerle al hombre, ganarse una moneda. Lo único que consiguió fueron puntapiés y palabras ofensivas. No entendía. ¿Por qué se los odiaba así en la ciudad? Eran pobres niños, sin padre ni madre. ¿Por qué los odiaban tanto aquellos hombres bien vestidos? Siguió con su dolor. Pero ocurrió que durante el camino hacia el trapiche, en el desierto del arenal y bajo el sol, se volvió a encontrar, minutos después, al hombre del sobretodo. Parecía dirigirse hacia uno de los barcos atracados en el puerto y llevaba ahora el sobretodo en el brazo porque el sol era abrasador. El Profesor sacó la navaja (la usaba muy pocas veces) y se aproximó al hombre. El calor había alejado del arenal a todos los hombres y el del sobretodo iba por allí para hacer más corto el camino hacia los muelles. El Profesor avanzó silenciosamente detrás del hombre y cuando estuvo cerca se le puso enfrente con la navaja en la mano. Ver al hombre había transformado la confusión de sus sentimientos en una sola reacción: la venganza. El hombre lo miró aterrado. El Profesor se agigantaba ante él con la navaja abierta. Murmuró entre dientes:

—Sal, *moleque*.

El Profesor avanzó con la navaja y el hombre palideció.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces? —Y miraba hacia todas direcciones con la esperanza de divisar a alguien. Pero únicamente a lo lejos, en las dársenas, aparecían algunas siluetas de hombres. Entonces el del sobretodo se lanzó a correr hasta que el Profesor le saltó encima y le dio un navajazo en la mano. El sobretodo quedó abandonado en el suelo, mientras la sangre de la mano del hombre caía sobre la arena. El Profesor tomó para el otro lado y permaneció

un instante sin saber qué hacer. No tardaría en llegar un vigilante y luego unos cuantos más acompañando al hombre en su persecución. Si el barco del hombre saliera pronto, todo estaría bien, la persecución duraría poco. Pero si se demorase la partida, no había dudas de que el hombre lo perseguiría hasta dar con él y ponerlo en cana. Entonces el Profesor recordó a la camarera. Fue hacia el bar y desde el jardín que estaba enfrente le hizo una seña. Ella la distinguió y comprendió rápido todo cuando lo vio con el sobretodo. El Profesor le avisó:

—Tiene un tajo en la mano. Ella se rió:

—¿Te vengaste, no es cierto?

Se llevó el sobretodo al bar y lo escondió. El Profesor se esfumó hasta que el navío abandonó el puerto. Pero desde donde se hallaba vio la batida de los policías por el arenal y sus alrededores. Fue así como había conseguido el Profesor ese sobretodo, que nunca quiso vender. Había adquirido un sobretodo y mucho odio. Y tiempo después, cuando sus murales fueron admirados en todo el país (eran frescos de niños abandonados, de viejos mendigos, de obreros y estibadores que reventaban cadenas), se señaló que todos los gordos burgueses aparecían siempre vestidos con enormes sobretodos cuya personalidad era mayor que la de sus propios dueños.

Pedro Bala, João Grande y Sem-Pernas habían entrado al trapiche. Se dirigieron a donde estaba el grupo que jugaba alrededor del Gato. Cuando llegaron el juego se detuvo por un instante y el Gato se quedó mirando a los otros tres.

—¿Quieren jugar un siete y medio?

—¿Tengo cara de tonto? —respondió Sem-Pernas.

João Grande se sentó para mirar y Pedro Bala se alejó a un rincón con el Profesor. Quería planear alguna manera de robar la imagen de *Ogum* a la policía. Discutieron parte de la noche y ya eran las once cuando Pedro Bala, antes de salir, le habló a todos los Capitanes de la Arena.

—Les voy a decir algo duro. Si no aparezco hasta la mañana es porque estoy en la policía y no tardará en que me manden al reformatorio hasta que pueda huir. O hasta que ustedes me saquen de ahí.

Y partió. João Grande lo acompañó hasta la puerta. El Profesor se reunió otra vez con el Gato. Los más chicos miraban la partida del jefe con cierto temor. Tenían gran confianza en Pedro Bala y sin él muchos de ellos no sabrían cómo arreglárselas.

Pirulito salió de su rincón dejando una oración por la mitad.

—¿Qué pasó?

—Pedro fue a arreglar un asunto muy complicado. Si no regresa por la mañana, es que está bajo llave.

—Nosotros lo sacaremos de allí —respondió Pirulito con naturalidad y no parecía que minutos antes se hallaba ante un cuadro de la Virgen rezando por la salvación de su pequeña alma de ladrón. Y regresó a sus santos para orar por Pedro Bala.

Se reanudó el juego. En el cielo, lluvia y rayos, truenos y nubes. Y en el trapiche un intenso frío. Gotas de agua caían sobre los niños que jugaban. Pero ahora nadie prestaba demasiada atención a las cartas, hasta el propio Gato se olvidaba de ganar, había una suerte de confusión general que invadía todo el trapiche y que duró hasta que el Profesor dijo:

—Voy a ver las cosas...

João Grande y el Gato se fueron con él. Esa noche fue Pirulito quien durmió en la puerta del trapiche con el puñal bajo la cabeza. Y cerca de él, Volta Seca escudriñaba la noche con su rostro sombrío. Y pensaba en qué lugar de la inmensidad de las *caatingas* se hallaría esa noche de tormenta el grupo de *Lampião*. Tal vez se estuvieran peleando bajo el temporal con la policía al igual que iba a hacer Pedro Bala. Y Volta Seca pensó que cuando Pedro Bala creciera y se volviera hombre sería tan valiente como *Lampião*. *Lampião* era el dueño del sertón, de las interminables *caatingas*. Pedro Bala sería el dueño de la ciudad, del barrio, de las calles, del muelle. Y Volta Seca, quien era del sertón, podría recorrer las *caatingas* y las ciudades. Porque *Lampião* era su padrino y Pedro Bala su amigo. Imitó el llamado del gallo y eso era una señal de que Volta Seca estaba alegre.

Mientras subía la ladera de Montanha, Pedro Bala revisaba mentalmente su plan. Había sido diseñado con ayuda del Profesor y era lo más arriesgado que hubiera intentado hasta entonces. Pero Don'Aninha se merecía realmente que se corriesen riesgos por ella. Cuando alguien estaba enfermo traía remedios hechos con hierbas, lo trataba y muchas veces lo curaba. Y cuando se aparecía en su *terreiro* un Capitán de la Arena ella lo trataba como a un hombre, como a un *ogã*, le daba lo mejor para comer y para beber. El plan era arriesgado y probablemente fracasara, Pedro Bala pasaría unos días en la cárcel y terminaría enviado al reformatorio, donde se vivía peor que un animal. Pero había una posibilidad de éxito, y Pedro Bala se jugaba todo a esa posibilidad.

Llegó a la calle del Teatro. Caía la lluvia y los policías se protegían con sus capas. Comenzó a subir lentamente por la ladera de São Bento. Tomó São Pedro, atravesó el paseo da Piedade, subió al Rosario. Ahora se hallaba en las Mercedes, delante de la Central de Policía, mirando las ventanas, el movimiento de los vigilantes e informantes que entraban y salían. Cada minuto pasaba un tranvía haciendo ruido sobre los rieles e iluminando aún más la calle que ya tenía bastante luz. El policía amigo de Don'Aninha le había dicho que *Ogum* estaba en la sala de detención tirado sobre un armario en medio de otros objetos secuestrados en diversas batidas en casas de ladrones. En aquella sala se agrupaban los que eran apresados durante la noche antes de que el delegado o los comisarios de turno les tomaran declaración y que después eran derivados a las prisiones o devueltos a las calles. Allí, en un rincón, al principio dentro de un armario que pronto quedó lleno, después al lado o sobre él, se colocaban los objetos sin valor secuestrados durante las requisas policiales. El plan de Pedro Bala era pasar la noche o parte de ella en la sala de detención y llevarse consigo al salir (si es que conseguía salir) la imagen de *Ogum*. Contaba con una enorme ventaja: no era conocido por la policía y eran muy pocos los vigilantes que lo conocían como un chico de la calle, si bien todos los policías e incluso algunos investigadores anhelaban ardientemente capturar al jefe de los Capitanes de la Arena. Lo poco que sabían de él era que tenía un tajo en la cara, y Pedro se pasó la mano por la marca. Pero suponían que era de mayor estatura y también se habían hecho la idea de que debía ser mulato y tener más edad. Si llegaran a descubrir que se trataba del jefe de los Capitanes de la Arena tal vez ni siquiera lo mandarían al reformatorio. Iría directo a la penitenciaría. Pues del reformatorio es posible fugarse, y de la prisión es mucho más difícil. Pedro Bala caminó hasta Campo Grande. Pero había perdido ese paso despreocupado de chico de las calles de la ciudad. Ahora iba inclinado como un hijo de marinero, con el gorro hundido por la lluvia, las solapas del saco (debía haber pertenecido a un hombre muy grande) levantadas.

El vigilante se hallaba debajo de un árbol para protegerse de la lluvia. Pedro se le acercó como si le tuviera miedo. Y cuando le habló, su voz era la de un niño tembloroso ante la tormenta que caía sobre la noche de la ciudad.

—Señor policía... El vigilante lo miró.

—¿Qué pasa, muchachito?

—No soy de aquí. Vengo de Mar Grande y llegué hoy con mi papá.

El guarda no lo dejó continuar.

—¿Y qué pasa con eso?

—No tengo adonde dormir. Querría que usted me dejara dormir en la comisaría.

—La comisaría no es un hotel, pillo. Despeja, despeja. —Y le hizo una señal para que Pedro se alejase.

Pedro intentó nuevamente trabar conversación, pero el vigilante lo amenazó con su machete.

—Vete a dormir a una plaza. Sal de aquí.

Pedro se alejó con cara de llanto. El vigilante se quedó mirando al niño. Pedro se detuvo en la parada del tranvía y esperó. Del primero no bajó nadie, pero del segundo descendió una pareja. Pedro se abalanzó sobre ella, el hombre se dio cuenta que quería robarle la cartera y tomó a Pedro por un brazo. Todo fue tan mal hecho que si uno de los Capitanes de la Arena pasara por allí sin dudas no podría reconocer a su jefe. El vigilante, que había asistido a la escena, ya se hallaba junto a ellos.

—¿Cómo era eso de que no vives aquí? Muchachito ladrón.

Se alejó arrastrando a Pedro del brazo. El rostro del chico estaba entre asustado y risueño.

—Sólo lo hice para que usted me detuviera.

—¿Eh?

—Todo lo que le dije antes es cierto. Mi padre es marinero, tiene un *saveiro* en Mar Grande. Hoy me dejó aquí y no volvió por la tormenta. No tengo dónde dormir y pedí dormir en la comisaría. Usted no me dejó, fingí que le iba a robar a la mujer sólo para que me arrestaran. Ahora tengo dónde dormir.

—Y por mucho tiempo —fue la única respuesta del vigilante.

Entraron en la Central. El policía atravesó un corredor y largó a Pedro Bala en la sala de detención. Había allí unos cinco o seis hombres. El vigilante le dijo en tono burlón:

—Ahora puedes dormir, hijo de puta. Y cuando llegue el comisario sabremos cuánto tiempo vas a dormir aquí.

Pedro permaneció en silencio. Los demás presos no le prestaban la menor atención, pues estaban mucho más interesados en hacer bromas con un homosexual que había caído preso y que se hacía llamar *Mariazinha*. Pedro vio que el armario estaba muy cerca. La imagen de *Ogum* se hallaba a un costado, junto a un cesto para papeles. Pedro se adelantó hasta allí, y lanzó el saco encima de la imagen. Y mientras los demás conversaban aprovechó para enrollar a *Ogum* (no era muy grande, había otras imágenes mucho mayores)

en el saco y se acostó en el piso. Puso la cabeza sobre el saco e hizo que dormía.

Los detenidos aquella noche no paraban de hacer bromas con el homosexual, a excepción de un viejo que temblaba en un rincón. Pedro no sabía si lo hacía por el frío o por miedo. Y se oía la voz de un joven negro que le decía a *Mariazinha*:

—¿Quién te sacó el pescadito?

—Vamos, déjame —respondió el homosexual riéndose.

—No, cuenta, cuenta —dijeron los demás.

—¡Ah! Fue Leopoldo...

El viejo seguía temblando. Un delincuente de rostro consumido por la tisis se dio cuenta de la presencia del anciano en el rincón.

—¿Por qué no vas a ver que le pasa a ese viejo? —le preguntaron a *Marizinha*, quien hizo unos mohines.

—¿No ves que no me interesan los viejos? Bueno, basta de hablar por hoy...

Había un vigilante divertido en la puerta y el de cara chupada se dirigió al viejo que optó por hacerse un ovillo.

—Pero, bien que te gustaría que él te atendiera hoy, ¿no, jefe?

—Soy un anciano. No hice nada —murmuró más que dijo el viejo—. No hice nada, mi hija me espera...

Pedro, que seguía con los ojos cerrados, se dio cuenta de que el viejo lloraba, pero siguió fingiendo que dormía. *Ogum* le hacía doler los huesos de la cabeza. Los presos continuaban bromeando con el homosexual, hasta que llegó otro vigilante y le dijo al viejo:

—Usted, viejito. Vamos...

—Yo no hice nada —dijo una vez más el hombre—. Mi hija me está esperando —se dirigía a todos, policías y detenidos. Y temblaba tanto que a todos le dio lástima y hasta el pillo de cara chupada bajó la cabeza. El único que sonreía era el homosexual.

El viejo no regresó. Después llamaron al homosexual, quien tardó mucho. El de cara chupada explicaba que *Mariazinha* era de buena familia. Lógicamente estarían llamando a su casa, pidiendo que lo viniesen a buscar para no tener que volver a arrestarlo aquella noche. De vez en cuando, si tomaba demasiada cocaína, hacía escándalos en la calle y era traído por un policía. Cuando *Mariazinha* volvió, fue sólo para agarrar el sombrero. Entonces vio a Pedro Bala acostado y dijo:

—Tan jovencito, pero es un bombón. Pedro escupió con los ojos cerrados.

—Sal, maricón, antes de que te parta la cara.

Los demás se rieron y sólo entonces se percataron de la presencia de Pedro.

—¿Qué estás haciendo aquí, rata de iglesia?

—Eso que no te interesa, puto —le respondió Pedro Bala al de la cara chupada.

Hasta el policía se rió y explicó a los demás la historia de Pedro. Pero llamaron al joven negro y todos se callaron. Sabían que esa noche había apuñalado a un hombre en un *bleforé*. Cuando regresó, el preso traía las manos hinchadas por los golpes.

—Dijeron que me iban a procesar por heridas leves. Y me dieron dos docenas... —explicó.

No siguió hablando, se buscó un rincón y se arrellanó. Los demás también permanecieron en silencio. Y fueron pasando uno a uno al despacho del comisario. Algunos eran puestos en libertad, otros eran llevados al calabozo, otros regresaban golpeados. La tormenta había parado y se acercaba la madrugada. Pedro fue el último en ser llamado. Dejó el saco donde tenía envuelto a *Ogum*.

El comisario era un joven abogado que lucía un rubí en el dedo y un cigarro en la boca. Cuando Pedro entró junto al policía, estaba pidiendo café a los gritos. Pedro permaneció de pie junto al escritorio. El policía dijo:

—Éste es el niño del robo en el Campo Grande. El comisario hizo una señal con la mano.

—Ve a ver si viene o no ese café.

El policía se retiró. El comisario leyó el parte del agente que había arrestado a Pedro Bala y miró al muchacho.

—¿Qué tienes para decir? Y no quiero mentiras.

Pedro contó con voz amedrentada una extensa historia. Que su padre era *saveirista* en el Mar Grande y que había llegado ese día con el *saveiro* y lo había dejado. Pero volvería pronto para buscar otro cargamento y lo dejaría paseando en la ciudad, pues el *saveiro* regresaría más tarde a Bahía y él podría volver con su padre. Pero con la tormenta su padre no había podido llegar y él no conocía a nadie, por lo que tuvo que quedarse bajo la lluvia sin tener dónde dormir. Le preguntó a un hombre en la calle dónde podría dormir y le habían contestado que en la policía. Entonces le había pedido al agente que lo llevase a dormir a la comisaría, pero el policía no se lo había permitido. Entonces había tenido que robarle a la mujer sólo para que lo llevaran, para poder dormir bajo un techo.

—Tanto que ni robé ni me escapé —concluyó.

El delegado, que bebía el café a pequeños sorbos, dijo como para sí mismo.

—No es posible que un niño de esta edad sea capaz de inventar semejante historia.

Y luego, como tenía veleidades literarias, murmuró:

—He aquí un cuento formidable. —Y sonreía con buen humor.

—¿Cómo se llama tu padre? —le preguntó a Pedro.

—Augusto Santos —respondió el chico, dándole el nombre de un *saveirista* de Mar Grande.

—Si lo que contaste es verdad, voy a soltarte. Pero si pretendes engañarme con esa historia, te vas a arrepentir.

Tocó la campanita para llamar al agente. Pedro tenía los nervios completamente tensos. Llegó el policía, el comisario preguntó si había allí un registro de los *saveiristas* de Mar Grande que anclaban en el muelle del Mercado.

—Sí, hay uno, señor.

—Ve a fijarte si hay un tal Augusto Santos y vuelve para informarme. Y apúrate, que mi turno se está terminando.

Pedro miró el reloj que marcaba las cinco y media de la mañana. El agente se demoró unos minutos, el comisario se desentendió de Pedro que seguía de pie ante su escritorio. Sólo cuando el policía regresó y dijo: «Hay uno, señor... Hoy mismo estuvo en el muelle, pero partió enseguida», el comisario hizo un gesto con la mano y le dijo al vigilante:

—Ponga a ese *moleque* en libertad.

Pedro pidió ir a buscar su saco. Lo acomodó debajo del brazo, nadie pensaría que llevaba la imagen envuelta en él. Volvieron a atravesar el corredor y el policía lo dejó en la puerta. Pedro enfiló hacia el largo de los Aflitos, rodeó el viejo cuartel y desembocó en Gamboa da Cima. Ahora estaba corriendo, pues oyó pasos tras de él. Parecía como si lo estuvieran persiguiendo. Miró. El Profesor, João Grande y el Gato venían detrás. Esperó a que llegasen y preguntó con curiosidad.

—¿Qué están haciendo por estos sitios? El Profesor se rascó la cabeza.

—¿No ves que salimos temprano? Y vinimos por aquí, andando sin tener nada que hacer. Fue cuando nos topamos contigo, que llegabas apuradísimo.

Pedro se abrió el saco y mostró la imagen de *Ogum*. João Grande se rió con placer.

—¿Cómo fue que los engañaste?

Fueron bajando por la ladera por donde corría el agua de la lluvia. Y Pedro Bala iba contando las aventuras de la noche. El Gato preguntó:

—¿No tuviste ni un poquito de miedo?

Primero pensó en contestar que no y luego aceptó:

—Para decir la verdad, tuve un cagazo tremendo.

Y se rió del rostro sorprendido de João Grande. El cielo se había puesto azul, sin nubes, el sol brillaba y desde la ladera veían a los *saveiros* que partían desde el muelle del Mercado.

Dios sonríe como un negrito

El niño era una tentación demasiado grande.

No parecía un mediodía de invierno. El sol dejaba caer sobre las calles una claridad suave, que no abrasaba pero cuyo calor acariciaba como la mano de una mujer. En una plaza cercana las flores estallaban en varios colores. Margaritas y siemprevivas, rosas y claveles, dalias y violetas. Las calles parecían envueltas en un dulce perfume, muy sutil y que Pirulito sentía entrar en sus narices y como que lo embriagaba. Había comido en la puerta de la casa de unos portugueses ricos las sobras de un almuerzo que fueron casi un banquete. La mucama, que le había traído el plato lleno, le dijo mirando las calles, el sol invernal y a los hombres que pasaban sin abrigo:

—Hoy es un día lindo.

Esas palabras siguieron a Pirulito por las calles. Un día lindo, y el niño iba despreocupado, silbando un samba que le había enseñado Querido-de-Deus, recordando que el padre Jos e le había prometido intentarlo todo para conseguirle una vacante en el seminario. El cura le había dicho que toda esa belleza que ca a envolviendo la Tierra y a los hombres era un regalo de Dios y era a él que había que agradecerse. Pirulito contempló el cielo azul en donde debía hallarse Dios, agradeció con una sonrisa y pens  que Dios era realmente bueno. Y al pensar en Dios se le aparecieron también los Capitanes de la Arena. Ellos robaban, se peleaban por las calles, insultaban, volteaban negritas en el arenal, a veces lastimaban con una navaja o un puñal a hombres y policías. Pero, sin embargo, eran buenos, eran amigos los unos de los otros. Si hacían todo aquello era porque no tenían casa, ni padre ni madre, su vida era no tener comida asegurada y dormir en un caserón casi sin techo. Si no hicieran esas cosas se morirían de hambre porque eran pocas las casas que daban de comer a uno o de vestir a otro. Y tampoco la ciudad podría abastecerlos a todos. Pirulito pensó que estaban todos condenados al infierno. Pedro Bala no creía en el infierno, tampoco el Profesor y se reían de eso. João Grande creía pero en *Xang *, en *Omolu*, en los dioses de los negros que provenían del África. Querido-de-Deus, que era un valiente pescador y un *capoeirista* inimitable, también creía en ellos y los mezclaba con los santos de los blancos que provenían de Europa. El padre Jos e Pedro decía que todo aquello era superstición, que estaba mal, pero que la culpa no era de ellos.

Pirulito se sintió triste en medio de la belleza del día. ¿Estarían todos condenados al infierno? El infierno era un lugar de fuegos eternos, en donde los condenados ardían durante una vida que no tenía fin. Y había en el infierno martirios desconocidos incluso en las comisarías y hasta en el reformatorio de menores. Pirulito había escuchado hacía pocos días a un fraile alemán que describía al infierno durante un sermón en la iglesia de la Piedade. En los bancos, hombres y mujeres recibían las palabras encendidas del fraile como si fueran latigazos sobre la espalda. El fraile era colorado y tenía el rostro empapado de sudor. No habla con facilidad y las imágenes que daba del infierno eran aún más terribles, con las llamaradas que lamían los cuerpos que habían sido bellos en la Tierra y que se habían entregado al amor, las manos que fueron ágiles y que se habían entregado al robo, al uso del puñal y de la navaja. En el sermón del fraile Dios se mostraba justiciero y vengativo, no era aquel Dios de los bellos días del padre José Pedro. Después le explicaron a Pirulito que Dios era la bondad suprema, la justicia suprema. Y Pirulito resguardó su amor a Dios bajo una capa de temor a Dios y ahora vivía entre esos dos sentimientos. Llevaba la desgraciada vida de un niño abandonado y por eso debía ser una vida de pecado, de robos casi cotidianos, de mentiras dichas ante las puertas de las casas ricas. Por eso en la belleza del día Pirulito mira al cielo con los ojos abiertos por el temor y pide perdón a Dios tan bueno (pero también no tan justo) por sus pecados y por los pecados de los Capitanes de la Arena. Aun cuando ellos no tuvieran la culpa y la culpa fuera de la vida...

El padre José Pedro decía que la culpa era de la vida y hacía todo lo que podía por remediar la situación, pues sabía que era la única manera de lograr que llevaran una existencia limpia. Sin embargo una tarde en que el cura se hallaba presente junto a João de Adão, el estibador dijo que la culpa era de la sociedad mal organizada, de los ricos. Que hasta tanto eso cambiase, los hombres no podrían convertirse en hombres de bien. Y dijo que el padre José Pedro nunca podría hacer nada por ellos porque los ricos no se lo permitirían. El sacerdote se había sentido muy triste aquel día y cuando Pirulito se acercó a consolarlo, diciéndole que no prestara atención a las palabras de João de Adão, José Pedro respondió moviendo su pequeña cabeza.

—Hay veces que pienso que él tiene razón, que todo está equivocado. Pero Dios es bueno y sabrá cómo solucionar las cosas.

El cura creía que Dios los perdonaría y quería ayudarlos. Y como no encontraba la manera de hacerlo y se hallaba ante terribles obstáculos (todos querían tratar a los Capitanes de la Arena como criminales o como a niños

que hubieran sido criados en un hogar y dentro de una familia), se desesperaba y a veces se quedaba como atontado. Pero esperaba que algún día Dios lo inspirase y mientras tanto acompañaba a los niños, consiguiendo alguna vez evitar ciertos hechos de violencia. Fue incluso uno de los que más colaboró para eliminar la homosexualidad dentro del grupo. Y ésta fue una de sus grandes experiencias en el sentido de cómo actuar para vincularse con los Capitanes de la Arena. Tan pronto les dijo que debían terminar con aquello porque era pecado, algo inmoral y desagradable, los niños se reían a sus espaldas y siguieron durmiendo con los recién llegados y con los más bonitos. Pero el día en que el cura, ayudado por Querido-de-Deus planteó que eso era algo indigno de un hombre, que lo transformaba en mujer, en algo peor que una mujer, Pedro Bala tomó medidas drásticas y expulsó a los pasivos del grupo. Y por más que el sacerdote insistiese no los quiso más por allí.

—Si vuelven, vuelve también el desmadre.

Para explicarlo de alguna manera, Pedro Bala extirpó la homosexualidad de entre los Capitanes de la Arena de la misma manera que un médico extrae un apéndice enfermo del cuerpo de un hombre. Lo difícil para el padre José Pedro era conciliar las cosas. Pero lo estaba intentando y a veces sonreía satisfecho por los resultados. Salvo cuando João de Adão se reía de él y decía que únicamente una revolución resolvería todo aquello. Allí arriba, en la ciudad alta, mujeres y hombres ricos anhelaban que los Capitanes de la Arena fueran llevados a prisión, o al reformatorio, que es peor que una prisión. Allí abajo, en las dársenas, João de Adão quería terminar con los ricos, que todos fueran iguales, que los niños tuvieran educación. El cura quería darles casa, escuela, cariño y comodidades sin una revolución, sin terminar con los ricos. Y en todos lados se topaba con un obstáculo. Estaba como perdido y le pedía a Dios que lo inspirase. Y con cierto pánico veía que cuando pensaba en el problema, sin siquiera darse cuenta, le daba la razón al estibador João de Adão. Entonces el temor se apoderaba de él, porque no era eso lo que le habían enseñado y rezaba por horas para que Dios lo iluminase.

Pirulito había sido el gran logro del padre José Pedro entre los Capitanes de la Arena. Tenía fama de ser uno de los más terribles del grupo, se contaba que una vez le había colocado el puñal en la garganta a un chico que no quería prestarle dinero y que había ido apretando despacito hasta que brotó la sangre y el otro le dio lo que quería. Pero también se decía que en otra oportunidad había tajeado con su navaja a Chico Banha, porque el mulato estaba torturando a un gato que se había aventurado por el trapiche en busca de ratas. El día en que el padre José Pedro empezó a hablar de Dios, del cielo,

de Cristo, de la bondad y la piedad, Pirulito comenzó a cambiar. Dios lo llamaba y él sentía en el trapiche su voz poderosa. Veía a Dios en sus sueños y oía el llamado divino del que le hablaba el padre José Pedro. Y se entregó por completo a Dios, oía su voz, rezaba ante los cuadros que le había regalado el cura. El primer día comenzaron a burlarse de él en el trapiche. Golpeó a uno de los más chicos y los demás se callaron. Al día siguiente el padre José Pedro le dijo que había actuado mal, que era necesario sufrir por Dios, y entonces Pirulito le entregó una navaja casi nueva al chico al que le había pegado. Y no volvió a golpear a nadie, evitaba las peleas y si no prescindía de los hurtos era porque ese era su medio de vida y no disponía de ningún otro. Pirulito sentía de modo intenso el llamado de Dios y estaba dispuesto a sufrir por Él. Se pasaba horas y horas de rodillas en el trapiche, dormía desnudo en el suelo, rezaba aun cuando el sueño lo derribaba, huía de las negritas que ofrecían su amor en la arena caliente del muelle. Y entonces amaba a Dios por su bondad y sufría para pagar así el sufrimiento que había pasado Dios sobre la Tierra. Luego llegó la revelación de Dios justicia (que en Pirulito se transformó en Dios venganza) y el temor lo invadió y se mezcló con el amor a Dios. Rezaba cada vez más tiempo, el terror del infierno se mezclaba con la belleza de Dios. Ayunaba durante días enteros y su rostro palideció como el de un anacoreta. Sus ojos eran los de un místico y pensaba en ver a Dios durante el sueño nocturno. Por eso mantenía la mirada apartada de las nalgas y los senos de las negritas que caminaban como si estuvieran bailando ante los ojos de todos por las calles pobres de la ciudad. Su esperanza era llegar un día a ser sacerdote de su Dios, vivir sólo para contemplarlo, sólo para Él. La bondad de Dios haría que finalmente lo lograra. Y el temor a Dios vengándose de los pecados de Pirulito lo hacían desesperarse.

Y son ese amor y ese miedo lo que han vuelto a Pirulito un ser indeciso ante la vidriera a esa hora del mediodía, plena de belleza. El sol es tibio y claro, las flores brotan en la plaza, de todos lados llega calma y paz. Pero más hermoso que todo aquello es una imagen de la Concepción con el Niño que se ve en el mostrador de ese comercio con una sola puerta. En la vidriera, cuadros de santos, libros de oraciones con lujosas encuadernaciones, tercios de oro, relicarios de plata. Pero adentro, justo en la punta del mostrador que llega hasta la puerta, la imagen de la Virgen de la Concepción extiende el niño en dirección a Pirulito. El chico piensa que la Virgen ha de entregarle a Dios. Dios niño y desnudo, pobre como Pirulito. El escultor imaginó un Jesús enjuto y una Virgen triste por la delgadez de su Niño cuando lo mostraba a los hombros gordos y ricos. Por eso la imagen está allí y no se vende. En las

imágenes el Niño siempre aparece rollizo, con aire de rico, un Dios rico. Allí es un Dios pobre, un niño pobre, igualito a Pirulito, aún más igualito a los más pequeños del grupo, exactamente igual a un niño de pecho, de pocos meses de edad, que quedó abandonado en la calle el día en que su madre murió de un ataque, mientras lo llevaba en brazos y que João Grande había traído al trapiche, donde se quedó hasta el final de la tarde (los niños se acercaban, lo miraban y se reían del Profesor y de Grande desesperados por conseguirle leche y agua al bebé), cuando llegó para llevárselo apoyado en su seno la *mae-de-santo* Don'Aninha. Sólo que aquel niño era negro y el Niño es blanco. En lo demás son absolutamente parecidos. Hasta una expresión de llanto tiene el Niño, flaco y pobre, en los brazos de la Virgen. Y ella se lo ofrece a Pirulito, a sus caricias, al amor de Pirulito. Allí afuera el día es hermoso, el sol está suave, las flores se abren. Sólo el Niño sufre de hambre y frío en ese día. Pirulito se lo llevará consigo al trapiche de los Capitanes de la Arena. Rezará por él, lo cuidará, lo alimentará con su amor. ¿No se dan cuenta de que, al contrario de todas las imágenes, no está atrapado en los brazos de la Virgen, está suelto entre sus manos, que ella se lo está ofreciendo a Pirulito? Avanza un paso. Dentro de la tienda una muchacha espera a los clientes pintándose los labios con una nueva marca de *rouge*. Es muy fácil llevarse al Niño. Pirulito avanza un paso más, pero lo asalta el temor a Dios. Y se queda parado, pensativo.

En su miedo, le había jurado a Dios que sólo robaría para comer y cuando fuese algo impuesto por las leyes del grupo, un asalto para el cual fuera elegido por Pedro Bala. Porque creía que traicionar las leyes (que nunca estuvieron escritas, pero que existían en la conciencia de cada uno de ellos) de los Capitanes de la Arena era también un pecado. Y ahora iba a robar sólo para tener al Niño consigo, para alimentarlo con su cariño. Era un pecado porque no lo hacía para comer ni para matar el frío ni para cumplir con las leyes del grupo. Dios era justo y lo castigaría, lo lanzaría al fuego del infierno. Sus carnes arderían y las manos que se llevasen al niño se quemarían durante una vida que nunca tendría fin. El Niño era del dueño de la tienda. Pero el hombre tenía tantos Niños, y todos gordos y rozagantes, que no iba a darse cuenta de la falta de uno, además flaco y friolento. Los demás estaban con el vientre envuelto en caras telas, siempre telas azules, pero de hechura delicada. Éste estaba completamente desnudo, sentía frío en la panza, era flaco y no había recibido ni siquiera el cariño del escultor. Y la Virgen se lo ofrecía a Pirulito, el Niño estaba suelto entre sus brazos. El dueño de la tienda tenía tantos Niños, tantos... ¿Qué falta le haría éste? Tal vez ni se diera cuenta, tal

vez incluso se riera al saber que se habían robado aquel Niño al que nunca había logrado vender, que estaba suelto entre los brazos de la Virgen, ante el cual las beatas que llegaban para comprar algo decían horrorizadas:

—Éste no, es tan feo. Dios me perdone. Y además suelto en los brazos de Nuestra Señora. Se cae al suelo y se acabó. Éste no...

Y el Niño permanecía allí. La Virgen lo ofrecía al cariño de los que pasaban, pero nadie lo quería. Las beatas no querían llevarlo a sus oratorios, donde había Niños calzados con sandalias de oro, con una corona de oro sobre la cabeza. Sólo Pirulito percibió que el Niño tenía hambre y sed, que también tenía frío y quiso llevárselo. Pero Pirulito no tenía dinero y tampoco el hábito de comprar las cosas. Podía llevárselo con él, podía darle al Niño algo que comer, que beber, vestirlo, todo impulsado por su amor a Dios. Pero si lo hiciera, Dios lo castigaría, lo devoraría el fuego del infierno, durante una vida que no tendría fin, se quemarían las manos que se llevasen al Niño, ardería la cabeza que pensaba en robarlo. Entonces recordó que sólo pensarlo ya era pecado. Que se pecaba con sólo pensar en pecar. El fraile alemán había dicho que muchas veces uno estaba pecando y no lo sabía porque pecaba con el pensamiento. Pirulito estaba pecando, sentía que pecaba, tuvo miedo de Dios y trató de olvidar todo para no seguir en pecado. Pero no se olvidó por mucho tiempo, permaneció en la esquina y sin poder alejarse de la imagen. Miró otras vidrieras para evitar seguir pecando. Se puso las manos en los bolsillos (tomaba las manos...), desvió sus pensamientos. Pero ahora los hombres que regresaban a su trabajo luego del almuerzo pasaban ante él y una idea se apoderó de su mente: dentro de poco volverían los demás empleados de la tienda y sería imposible llevarse al Niño. Totalmente imposible... Y Pirulito regresó a la tienda de objetos religiosos.

Allí estaba el Niño, y la Virgen se lo ofrecía a Pirulito. En un reloj sonó la una de la tarde. No tardarían en llegar los demás empleados. ¿Cuántos serían? Aunque fuera sólo uno, la tienda era tan pequeña que resultaría imposible llevarse al Niño. Pareciera como si fuera eso lo que le estaba diciendo la Virgen. Que si no se llevaba al Niño ahora no podría llevárselo nunca más, pareciera que eso fuera lo que le estaba diciendo. Y por cierto fue ella, sí, fue ella quien hizo que la empleada saliera por la cortina al fondo del negocio y no quedara nadie. Sí, fue la Virgen, que ahora extiende al Niño en dirección a Pirulito tanto como le dan los brazos y lo llama con dulce voz:

—Llévalo y cuida de él. Cuídalo bien...

Pirulito se adelanta. Ve el infierno, el castigo de Dios, sus manos y su cabeza ardiendo por una vida interminable. Pero sacude el cuerpo como para

alejarse de sí esas visiones, recibe al Niño que le entrega la Virgen, lo aprieta contra el pecho y desaparece en la calle.

No mira al Niño. Pero siente que ahora, apretado contra su pecho, el Niño sonríe, ya no tiene hambre ni sed ni frío. Sonríe el Niño como sonreía aquel negrito de pocos meses cuando se encontró en el trapiche y vio que João Grande le hacía tomar leche a cucharadas con esas manos enormes, mientras el Profesor lo sostenía abrigado contra el calor de su pecho.

Así sonríe el Niño.

Familia

Fue Boa-Vida quien le contó a Pedro Bala que en aquella casa de la Graça había algo de oro que era impresionante. Por el aspecto, el dueño de casa parecía coleccionista y Boa-Vida había escuchado a un malandrín decir que en la casa había una habitación repleta de objetos de oro y plata por el que habrían de dar una fortuna en el montepío. Por la tarde, Pedro fue con Boa-Vida a ver la casa. Era una construcción moderna y elegante, con jardín al frente, garaje al fondo, una amplia residencia de gente adinerada. Boa-Vida escupió entre los dientes, dibujando una flor en la calle con la saliva y dijo:

—Y pensar que en semejante caserón sólo viven dos viejos.

—Nada más fácil —comentó Pedro Bala.

Una mucama abrió la puerta del frente y salió al jardín. En el *hall*, que quedó visible, pudieron ver que había cuadros en las paredes y estatuillas sobre las mesas. Pedro Bala se rió.

—Si el Profesor viera eso se volvería loco... Nunca vi tanto fanatismo por los libros y los cuadros.

—Va a hacer un cuadro de mi tamaño. —Y Boa-Vida mostraba las dimensiones del cuadro separando las manos todo lo que podía.

Pedro Bala volvió a mirar la casa y se acercó un poco al jardín mientras silbaba. La mucama recogía flores y se veían sus senos blanquecinos bajo el escote, pues se había agachado. Pedro Bala la espió. Eran senos blancos con unos pezones rojos. Boa-Vida suspiró a su lado.

—Qué barbaridad, Bala.

—Cállate.

Pero la mucama ya los había visto y los miraba como preguntando qué era lo que deseaban. Pedro se sacó la gorra y le dijo:

—¿Nos podría dar un vasito de agua, por favor? El sol está que arde... — Y sonreía limpiándose el sudor que le corría por la frente con la gorra. Estaba enrojecido por el sol, sus largos cabellos rubios le caían sobre las orejas en mechones desperejados y la mucama lo miró con simpatía. A su lado, Boa-Vida fumaba un resto de cigarro con un pie sobre la grada de la entrada al jardín. La muchacha le habló primero y con desprecio a Boa-Vida.

—Saca la pata de allí.

Luego le sonrió a Pedro Bala.

—Ya te traigo el agua.

Regresó con dos vasos y eran vasos tan bellos como nunca habían visto. Bebieron el agua y Pedro Bala agradeció.

—Muchas gracias —y agregó por lo bajo—, hermosura. La empleada respondió también en voz baja:

—Muchachito atrevido...

—¿A qué hora sales?

—Quédate tranquilo. Tengo mi hombre que me espera a las nueve de la noche en aquella esquina.

—Pues hoy voy a estar en la otra.

Se fueron por la calle, Boa-Vida fumando su punta de cigarro y abanicándose la cara con su sombrero. Pedro Bala comentó:

—Soy de verdad simpático. Aquella cayó en la trampa. Boa-Vida volvió a escupir entre dientes.

—También con esa cabellera de mujer, toda llena de rulos...

Pedro Bala se rió y le mostró el puño cerrado a Boa-Vida.

—No me tengas envidia, mulato pachorriento. Boa-Vida cambió de tema.

—¿Y el oro?

—Primero se va a ocupar Sem-Pernas. Mañana va a encontrar un modo de entrar en la casa y quedarse unos días allí. Luego de que sepa dónde está la mejor parte, venimos unos cinco o seis y nos llevamos todo el oro.

—¿Y te pierdes la comida?

—¿La mucama? Me la como hoy mismo. A las nueve estoy firme allí.

Se dio vuelta y miró hacia la casa. La muchacha se inclinaba sobre las escalinatas y Pedro le hizo una señal de adiós. Ella le respondió, y Boa-Vida escupió.

—Nunca vi tanta suerte.

Al día siguiente, alrededor de las once y media de la mañana, Sem-Pernas se apareció frente a la casa. Cuando tocó el timbre, sin duda la mucama seguía pensando en la noche que había pasado con Pedro Bala en su cuarto en lo de Garcia, pues no oyó el sonido. El niño volvió a llamar y de la ventana de un cuarto del primer piso asomó la cabeza encanecida de una mujer, que miró a Sem-Pernas con los ojos apretados.

—¿Qué quieres, hijo?

—Doña, soy un pobre huerfanito...

La mujer le hizo una señal con la mano para que esperase y a los pocos minutos estaba en el portón sin oír siquiera las disculpas de la mucama por no

haber atendido el timbre.

—Puedes hablar, hijito —y miraba los harapos de Sem-Pernas.

—Señora, no tengo paz, hace pocos días mi madre fue llamada al cielo — y mostraba un lazo negro atado al brazo, al que había hecho con la cinta del sombrero negro del Gato, que se había roto. No tengo a nadie en el mundo, estoy inválido, no puedo trabajar demasiado y hace dos días que no tengo nada de comer y no tengo dónde dormir.

Parecía a punto de llorar. La mujer lo contemplaba muy impresionada.

—¿Eres inválido, hijito?

Sem-Pernas le mostró la pierna afectada y caminó ante la mujer exagerando el defecto. La mujer no ocultaba su compasión.

—¿De qué murió tu madre?

—No lo sé exactamente. Le agarró algo extraño, una fiebre de mal agüero, estiró la pata en apenas cinco días. Y me dejó solito en el mundo. Si pudiera sobrellevar el esfuerzo del trabajo, me las arreglaría. Pero con este defecto sólo si vivo en una casa de familia. ¿No precisa un muchacho que le haga las compras, que ayude en el trabajo de la casa? Si pudiera, señora...

Y como Sem-Pernas creía que la mujer estaba aún indecisa, agregó con cinismo una voz llorosa.

—Si quisiera me uniría a esos niños ladrones. Esos Capitanes de la Arena. Pero no soy de éstos, yo quiero trabajar. Sólo que no soporto un trabajo pesado. Soy un pobre huerfanito, tengo hambre...

Pero la mujer no vacilaba. Estaba acordándose de su hijo, que había muerto con la edad de aquél y que al irse había terminado con toda su alegría y con la de su marido. El hombre aún conservaba su colección de obras de arte, pero ella dedicaba toda su vida a recordar a aquel hijo que la había abandonado tan pronto. Por eso miró a Sem-Pernas, mal vestido, con un enorme cariño y cuando le habló su voz tenía una dulzura diferente de la acostumbrada. Había como un poco de alegría en la dulzura de su voz y eso asustó a la mucama.

—Entra, hijo mío. Espérame que ya te conseguiré un trabajito —apoyó su mano aristocrática en la que brillaba un solitario sobre la cabeza sucia de Sem-Pernas y le dijo a la muchacha—: María José, prepara el cuarto de arriba del garaje para este niño. Muéstrale el baño, dale una bata de Raúl y después prepárale algo de comer.

—¿Antes de servir el almuerzo, doña Ester?

—Sí, claro. Hace dos días que no come, pobrecito. Sem-Pernas no decía nada y se limitaba a secarse las lágrimas fingidas con el borde de la mano.

—No llores —dijo la mujer y le acarició el rostro.

—Es usted tan buena. Que Dios le pague...

Luego le preguntó cómo se llamaba y Sem-Pernas le dio el primer nombre que se le pasó por la cabeza:

—Augusto. —Y como se repetía el nombre para sí mismo y para no olvidarlo, no se dio cuenta en un primer momento de la emoción de la mujer, que murmuraba:

—Augusto, el mismo nombre...

Lo dijo en voz alta, porque ahora Sem-Pernas miraba su rostro emocionado:

—Mi hijo también se llamaba Augusto. Murió cuando tenía tu edad. Pero entra, hijo mío, lávate que después vamos a comer.

Doña Ester lo acompañó conmovida. Vio que la mucama le mostraba el baño a Sem-Pernas, le daba una bata y se dirigía al cuarto de arriba del garaje para arreglarlo (el chofer había sido despedido y el lugar estaba desocupado). Doña Ester se acercó y le dijo a Sem-Pernas que esperara en la puerta del baño:

—Puedes dejar esas ropas afuera. María José te traerá luego unas nuevas.

Sem-Pernas miraba ahora a la mujer que se iba y se sentía enojado, pero sin saber si era contra ella o contra sí mismo.

Doña Ester se sentó frente al peinador y se quedó con los ojos fijos. Cualquiera que la viese pensaría que estaba mirando al cielo a través de la ventana. Sin embargo, en realidad nada miraba y nada veía. Contemplaba, sí, dentro suyo, sus recuerdos de tantos años y veía a un niño de la edad de Sem-Pernas, vestido con ropa de marinerito corriendo por el jardín de otra casa, de la cual se habían mudado luego de que él muriese. Era un niño lleno de vida y de alegría al que le complacía saltar y reírse. Cuando se cansaba de correr al gato, de subirse a la hamaca del jardín, de jugar con la pelota de goma en el patio para que el perro la corriera y la trajera, se acercaba y pasaba los brazos en torno del cuello de Doña Ester, le besaba la cara y se quedaba con ella, mirando libros ilustrados, aprendiendo a leer y a dibujar las letras. Para tenerlo consigo el mayor tiempo posible Doña Ester y su marido resolvieron enseñarle a su hijo las primeras letras en casa. Un día (y los ojos de la mujer se llenan de lágrimas) llegó la fiebre. Y luego un pequeño cajón salió por la puerta y ella lo contemplaba con los ojos espantados sin poder comprender que su hijo se hubiese muerto. Hay un retrato ampliado de él en su cuarto,

pero una cortina lo mantiene siempre cubierto, pues ella no quiere volver a ver el rostro de su hijo para no renovar su angustia. También las ropas que usaba estaban guardadas bajo llave dentro de su pequeña maleta y jamás nadie la abrió. Pero ahora Doña Ester saca las llaves de su caja de joyas.

Y lentamente, muy lentamente, marcha hacia donde está la valija. Toma una silla y se sienta. Abre con manos trémulas la valija. Mira los pantalones y las camisas, la ropa de marinero, los pequeños pijamas y camisones con que dormía. Aprieta contra el pecho la ropa de marinero como si abrazara a su hijo. Las lágrimas saltan, incontenibles.

Ahora había golpeado a su puerta un niño pobre y huérfano. Tras la muerte de su hijo no había querido tener otro, le disgustaba mirar y jugar con niños para no avivar el dolor de sus recuerdos. Y ahora una criatura, pobre y huérfana, baldada y triste, que había dicho llamarse Augusto, como su hijo, había llamado a su puerta pidiendo pan, morada y afecto. Por eso tiene la valentía de abrir la maleta donde guarda las ropas que usó su hijo. Por eso saca esas ropas azules de marinero, la ropa que más le gustaba. Porque para Doña Ester su hijo regresó hoy bajo la figura de esta criatura andrajosa y baldada, sin padre ni madre. Su hijo regresó y sus lágrimas no son sólo de dolor. Volvió su hijo macilento y hambriento, con una pierna renga y vestido con harapos. Pero muy pronto será nuevamente el Augusto alegre y feliz de los años pasados y una vez más vendrá y pasará sus brazos alrededor de su cuello y leerá las enormes letras de la cartilla.

Doña Ester se levanta. Lleva consigo la ropa azul de marinero. Y es vestido con ella que Sem-Pernas disfruta del mejor almuerzo de su vida.

Si la ropa de marinero hubiera sido cosida especialmente para él no le habría quedado tan bien. Le caía perfecto y cuando Sem-Pernas se miró en el espejo de la sala casi no se reconoció. Estaba limpio, la mucama lo había peinado con brillantina y le había pasado perfume por la cara. La ropa de marinero era una belleza. Sem-Pernas se miraba al espejo. Se pasó la mano por la cabeza y después por el pecho para alisarse la ropa. Sonrió al pensar en el Gato. Daría lo que fuera para que lo viese tan elegante. Llevaba también zapatos nuevos, pero la verdad era que el calzado no le gustaba demasiado porque tenían un lazo de cinta y parecían los de una mujer. Le parecía de lo más extraño estar vestido de marinero con zapatos de mujer. Se dirigió al jardín pues quería fumar, nunca había dejado su cigarrillo luego del almuerzo. A veces faltaba el almuerzo, pero siempre había un pucho de cigarrillo o de cigarro. Allí debía

tener cuidado, no podía fumar abiertamente. Si lo hubiesen largado en la cocina y se hubiera mezclado con la servidumbre, como pasaba en otras casas en las que había entrado para poder luego robarlas, habría podido fumar y conversar en el idioma de pocas palabras de los Capitanes de la Arena. Pero esta vez lo habían lavado, vestido con ropas nuevas, puesto brillantina y perfumado. Después le habían servido la comida en el salón comedor. Y durante el almuerzo la señora había conversado con él como si fuese un niño de buena familia. Luego le había dicho que se fuera a jugar al jardín, donde se calentaba al sol un gato amarillo de nombre Berloque. Sem-Pernas se acerca a un banco y saca del bolsillo un atado de cigarrillos baratos. No se había olvidado de ellos cuando se cambió de ropa. Enciende uno y empieza a saborear cada bocanada pensando en su nueva vida. Ya había hecho aquello muchas veces: entrar en la casa de una familia como un niño pobre, huérfano y baldado y de esa manera quedarse allí los días necesarios para hacer un reconocimiento completo de la casa, de los lugares donde se guardaban los objetos de valor, de las mejores salidas para escaparse. Luego, una noche los Capitanes de la Arena irrumpían en la casa, se llevaban las cosas de valor y ya en el trapiche Sem-Pernas disfrutaba de una enorme alegría, la alegría de la venganza. Porque si lo acogían, en aquellas casas se le daba comida y lecho como si se tratara de una obligación molesta. Los dueños de casa evitaban acercársele y lo dejaban sucio como lo habían encontrado sin tener nunca una palabra agradable para decirle. Lo miraban siempre como preguntándose cuándo se iría. Y muchas veces la señora que se había conmovido con su historia contada en su puerta con voz llorosa y que lo había acogido muy pronto mostraba señales de arrepentimiento. Para Sem-Pernas, si lo aceptaban era por remordimiento. Porque creía que todos ellos eran culpables de la situación de todos los niños pobres. Y los odiaba a todos con un odio profundo. Su mayor y casi única alegría era imaginar la desesperación de las familias luego del robo, al pensar que ese niño hambriento y a quien habían alimentado había sido el encargado del reconocimiento de la casa y le había indicado a otras criaturas hambrientas dónde se hallaban los objetos de valor.

Pero esta vez parecía diferente. No lo habían dejado en la cocina con sus harapos, no lo habían llevado a dormir al patio. Le habían dado ropa, un cuarto y había comido en el salón comedor. Era como un huésped, alguien bienvenido. Y fumando su cigarrillo a escondidas (se pregunta por qué se esconde para fumar), Sem-Pernas piensa sin comprender. No entiende nada de lo que le pasa. Tiene el entrecejo fruncido. Recuerda los días en la cárcel, la paliza que le dieron, los sueños que nunca cesaron de perseguirlo. Y, de

pronto, siente miedo de que en esa casa sean buenos con él. Sí, un tremendo miedo de que sean buenos con él. No entiende el motivo, pero eso es lo que le pasa. Y se levanta, sale de su escondite y se va a fumar bien debajo de la ventana de la mujer. Así se darán cuenta de que es un niño descarriado, que no merece ni un cuarto, ni ropa nueva, ni que le sirvan la comida en el salón comedor. Así lo enviarán a la cocina y el podrá consumir su obra de venganza, conservar el odio en el corazón. Porque si el odio desaparece, él se morirá, no le quedará ningún motivo para seguir viviendo. Y ante sus ojos pasa la imagen del hombre del chaleco que ve a los soldados zurrar a Sem-Pernas y ríe con una carcajada brutal. Eso ha de impedir siempre que vea el rostro bondadoso de Doña Ester, el gesto protector de las manos del padre José Pedro, la solidaridad de los músculos huelguistas del estibador João de Adão. Se quedará solo y su odio alcanzará para todos, blancos y negros, hombres y mujeres, ricos y pobres. Por eso teme que sean buenos con él.

El dueño de casa, Raúl, llegó por la tarde de su oficina. Era un abogado renombrado, que se había enriquecido en su profesión, catedrático en la Facultad de Derecho, pero ante todo un coleccionista. Poseía una buena galería de cuadros y tenía monedas antiguas y raras obras de arte. Sem-Pernas lo vio cuando entró. En ese momento contemplaba los grabados de un libro para niños y se reía solo de un elefante tonto al que un mono engañaba. Raúl no lo vio y subió las escaleras. Muy pronto entró la empleada a buscar a Sem-Pernas y lo llevó hasta el cuarto de Doña Ester. Raúl estaba allí en mangas de camisa fumando un cigarro y miró al niño con una sonrisa divertida, ya que la expresión de Sem-Pernas en la puerta de la habitación mostraba cuán confundido estaba.

—Entra.

Sem-Pernas entró rengueando y no encontraba qué hacer con las manos. Doña Ester le habló en tono bondadoso:

—Siéntate, hijo mío, no tengas miedo.

Sem-Pernas se sentó en la punta de una silla y se quedó esperando. El abogado lo estudiaba mirándolo al rostro, pero lo hacía con simpatía mientras Sem-Pernas preparaba las respuestas a las inevitables preguntas. Volvió a contar la historia que había inventado por la mañana, pero cuando comenzó a llorar copiosamente, el abogado le ordenó que se detuviese mientras él se ponía de pie y caminaba hacia la ventana. Sem-Pernas comprendió que estaba conmovido y que eso era el resultado de su *arte*, lo que lo hizo sentirse

orgullosos. Sonrió sólo para sí. Pero ahora el abogado se acercaba a Doña Ester y le besaba la frente y luego los labios. Sem-Pernas bajó los ojos. Raúl caminó hasta él, le apoyó la mano en el hombro y dijo:

—Quédate tranquilo, que ya no pasarás hambre. Ve, vete a jugar, a mirar libros. A la noche iremos al cine. ¿Te gusta el cine?

—Sí, señor, me gusta.

El abogado lo despedía con un gesto. Sem-Pernas salió, pero alcanzó a ver a Raúl que se acercaba a Doña Ester y le decía:

—Eres una santa. Vamos a hacer de él un hombre.

Era la hora del crepúsculo, las luces se encendían y Sem-Pernas pensó que a esa hora los Capitanes de la Arena recorrían la ciudad en busca de algo para comer.

Fue una lástima que no pudiese gritar cuando el muchachito golpeaba al villano como hacía cuando lograba colarse en el gallinero del Olímpia o en el cine de Itapagipe. Allí en el lujoso Guarani, con sus cómodas butacas, tenía que escuchar la película en silencio y cuando por un instante no se contuvo y soltó un silbido, Raúl lo miró. Es cierto que se reía pero había hecho también un gesto para que no volviera a silbar.

Luego lo llevaron a tomar un helado en el bar que se hallaba frente al cine. Mientras lo tomaba, Sem-Pernas pensaba que había estado por cometer una tontería irreparable cuando el abogado le había preguntado qué quería. Estuvo a punto de pedir una cerveza bien helada. Pero pudo contenerse y se conformó con un helado.

En el automóvil el abogado fue adelante manejando y Sem-Pernas viajó atrás con Doña Ester, que conversaba con él. Era una charla difícil para el niño, que se veía obligado a controlar su vocabulario que era escaso y estaba repleto de palabrotas. Doña Ester le preguntaba sobre su madre y Sem-Pernas respondía como podía, haciendo un enorme esfuerzo por recordar los detalles que inventaba para no caer luego en contradicciones. Finalmente llegaron a la casa de la Graça y la mujer acompañó a Sem-Pernas hasta el cuarto sobre el garaje.

—¿No tienes miedo de dormir aquí solito?

—No, señora.

—Es por unos pocos días. Luego te ubicaré allí arriba, en el cuarto que era de Augusto.

—No hace falta, Doña Ester, aquí está muy bien. Ella se acercó y le besó la frente.

—Buenas noches, hijo mío.

Salió cerrando la puerta tras de sí. Sem-Pernas se quedó paralizado, sin un gesto, sin responder siquiera al saludo, con la mano apoyada sobre el lugar donde lo había besado Doña Ester. No pensaba en nada y nada veía. Sólo la suave caricia del beso, una caricia como nunca había recibido antes, una caricia de madre. Sólo esa suave caricia en su rostro. Era como si el mundo se hubiese detenido en el momento del beso y todo hubiese cambiado. En el universo entero sólo existía la suave sensación de aquel beso maternal en la frente de Sem-Pernas.

Luego siguió el horror de los sueños del calabozo, el hombre del chaleco que se reía brutalmente, los soldados que castigaban a Sem-Pernas, quien corría con la pierna renga dando vueltas por la sala. Pero de repente entró Doña Ester y el hombre del chaleco y los soldados murieron entre infinitas torturas, porque ahora Sem-Pernas estaba vestido con ropas de marinero y llevaba un látigo en la mano como el muchachito de la película.

Habían pasado ocho días. Pedro Bala ya había pasado varias veces frente a la casa para obtener novedades de Sem-Pernas, quien tardaba en regresar al trapiche. Ya había pasado un tiempo suficiente como para que Sem-Pernas supiese dónde se encontraban todos los objetos fácilmente transportables de la casa y las salidas que podían hacer más simple la fuga. Pero en vez de ver a Sem-Pernas, con quien se encontraba Pedro Bala era con la mucama, que pensaba que él estaba allí por ella. En cierto momento, cuando hablaba con la muchacha, Pedro Bala aludió con mucho tacto al tema de Sem-Pernas.

—La mujer de aquí tiene un hijo, ¿no es cierto?

—Es un niño al que ella está criando. Muy buenito.

Pedro Bala sonrió, pues sabía que cuando se lo proponía Sem-Pernas podía hacerse pasar por el mejor niño del mundo. La empleada continuó:

—Es un poco más chico que tú, pero no deja de ser un niño. No es un perdido como tú, que hasta ya duermes con mujeres —y se reía de Pedro Bala.

—Fuiste tú quien me hizo debutar.

—No digas cosas feas. Además es mentira.

—Lo juro.

A ella le encantaría que fuera así y aunque desconfiase un tanto, le gustaba que él le hablara de esa manera. Se sentía no sólo como la amante del muchacho sino un poco también como su madre.

—Ven hoy, que te voy a enseñar algo muy interesante.

—A la noche en la esquina. Pero dime un poco: ¿no te estarás montando a ese niño?

—Ése no sabe ni de qué se trata. Es un perfecto tontito, un niño mimado. Estás poniéndote estúpido. No ves que no me aprovecho...

En otra oportunidad, Pedro Bala logró ver a Sem-Pernas que estaba tirado en el jardín (con el gato ronroneando a su lado), mirando un libro de ilustraciones. Se quedó espantado al verlo vestido con un pantalón de fino casimir gris y una camisa de seda. Hasta estaba bien peinado, lo que hizo que Pedro Bala se quedara boquiabierto por un momento, sin poder siquiera silbar para llamar su atención. Finalmente se recuperó y pudo silbar. Sem-Pernas se levantó de inmediato y vio a Pedro Bala al otro lado de la calle. Le hizo una señal para que lo esperara, salió por el portón luego de ver que no había nadie de la casa cerca.

Pedro Bala se dirigió hacia la esquina y Sem-Pernas lo siguió. Cuando lo tuvo cerca, el espanto de Pedro fue aun mayor.

—¡Caramba! Hasta hueles a perfume, Sem-Pernas.

La respuesta fue un gesto de molestia, pero Bala continuó.

—Estás diez veces más elegante que el Gato ¡por Dios! Si te apareces así por la cueva —ése era el nombre que daban al trapiche— los demás se te van a tirar encima. Eres realmente un muñequito.

—No embromes. Estoy ocupándome del tema. No falta mucho para que dé la señal y vengas con los demás.

—Esta vez te tomas demasiado tiempo.

—Es que las mejores cosas están bajo llave —mintió Sem-Pernas.

—Fíjate cómo te las arreglas. Después se acordó:

—El Gringo estuvo mal. Casi entrega el equipaje. Faltó muy poco. Si no fuera por Don'Aninha que le dio un brebaje que lo puso de pie, no sabías más de él. Está más flaco que una espada.

Y con esa noticia se despidió, instando una vez más a Sem-Pernas para que se apurara.

Sem-Pernas volvió a acostarse en el jardín. Pero ya no veía las figuras del libro. Lo único que se le aparecía era el Gringo, uno de los más perseguidos por él dentro del grupo. Hijo de árabes, hablaba con una pronunciación extrañísima y eso daba lugar a burlas reiteradas de Sem-Pernas. El Gringo no

era un niño fuerte, lo que le había impedido ganarse un espacio importante entre los Capitanes de la Arena, aun cuando Pedro Bala y el Profesor intentaban darle un lugar. Les gustaba tener entre ellos a un extranjero o a alguien que casi lo fuera. Y el Gringo se conformaba con pequeños robos, evitaba los asaltos arriesgados y soñaba con un baúl lleno de baratijas para venderlas por las calles a las mucamas de las casas ricas. Sem-Pernas lo maltrataba sin piedad, se burlaba de él, de su dificultad para expresarse, de su falta de coraje. Pero ahora, acostado sobre el suave césped de un jardín de ricos, vestido con buenas ropas, peinado y perfumado, con un libro de ilustraciones al lado, Sem-Pernas pensaba en el Gringo al borde de la muerte al mismo tiempo que él comía bien y se vestía mejor. No era sólo el Gringo el que casi se estaba muriendo. Durante aquellos ocho días los Capitanes de la Arena seguían estando mal vestidos, mal alimentados, durmiendo bajo la lluvia en el trapiche o debajo de los puentes. Mientras pasaba todo eso, Sem-Pernas dormía en una buena cama, tenía buena comida, disponía hasta de una señora que lo besaba y lo trataba de hijo. Se sentía como un traidor al grupo. Era igual a aquel estibador del que habla João de Adão escupiendo al piso y pisando con desprecio el escupitajo. Aquel estibador que durante la gran huelga se había cambiado de bando, se había pasado al bando de los ricos y había saboteado la huelga yendo a contratar hombres de afuera para que trabajaran en los muelles. Ningún hombre del muelle volvió a estrecharle la mano ni nadie volvió a tratarlo como se trata a un amigo. Y si para alguien reservaba Sem-Pernas una excepción dentro de su odio, que abarcaba a todo el mundo, era para los niños que integraban los Capitanes de la Arena.

Ellos eran sus compañeros, eran iguales a él, eran víctimas de todos los demás, pensaba Sem-Pernas. Y ahora sentía que los estaba abandonando, que se estaba cambiando de bando. Como este pensamiento lo había sobresaltado, decidió sentarse. No, él no los traicionaría. Los que traicionan son expulsados y nada bueno les esperaba en el mundo. Y nunca nadie los había traicionado del modo en que Sem-Pernas iba a traicionarlos. Todo para transformarse en un niño mimado, en uno de esos chicos que eran eterno motivo de escarnio para ellos. No, no los traicionaría. Habrían bastado tres días para localizar los objetos de valor de la casa. Pero la comida, la ropa, el cuarto, y más que la comida, la ropa y el cuarto, el cariño de Doña Ester habían hecho que transcurrieran ya ocho días. Lo habían comprado con ese cariño, así como el estibador había sido comprado con dinero. No, no traicionaría. Pero en ese momento pensó si entonces no traicionaría a Doña Ester. Ella había confiado en él. También en su casa había una ley como entre los Capitanes de la Arena:

sólo castigaba cuando había una falta, pagaba el bien con el bien. Sem-Pernas habría de traicionar esa ley, iba a pagar el bien con mal. Se acordó de otras oportunidades, cuando daba la orden para que asaltaran una casa y sentía que una enorme alegría se apoderaba de él. Pero esta vez la alegría estaba ausente. Su odio hacia todo el mundo no había desaparecido, es cierto. Pero había abierto una excepción para las personas de aquella casa, porque Doña Ester lo llamaba hijo y lo besaba en la frente. Sem-Pernas lucha consigo mismo. Le gustaría seguir con aquella vida. ¿Pero en que ayudaría eso a los Capitanes de la Arena? Y él era uno de ellos, nunca podría dejar de ser uno de ellos porque una vez lo habían arrestado y castigado los soldados mientras un hombre de chaleco se reía de él brutalmente.

Sem-Pernas tomó su decisión. Contempló con cariño las ventanas del cuarto de Doña Ester y ella, que lo había estado mirando, notó que lloraba.

—¿Estás llorando, hijo mío? —Y desapareció de la ventana para ir a sentarse a su lado.

Sólo entonces Sem-Pernas se dio cuenta de que estaba llorando, se limpió las lágrimas y se mordió la mano. Doña Ester llegaba hasta él.

—¿Estás llorando, Augusto? ¿Te pasó algo?

—No, señora. No estoy llorando.

—No mientas, hijo, me doy cuenta sola. ¿Qué pasó? ¿Tienes nostalgia de tu madre?

Y lo acercó a ella, lo sentó en el banco y apoyó la cabeza de Sem-Pernas en su seno maternal.

—No llores por tu madre. Ahora tienes otra madrecita que te quiere mucho y hará todo para reemplazar a la que perdiste. (Y él haría todo para sustituir al hijo que ella había perdido, pensó Sem-Pernas para sí).

Doña Ester lo besó en las mejillas por donde corrían las lágrimas.

—No llores, que tu mamita se pone triste.

En ese momento, los labios de Sem-Pernas se entreabrieron y sollozó, lloró mucho apretado contra el pecho de su madre. Y mientras la abrazaba y se dejaba besar, sollozaba porque iba a abandonarla y, peor que eso, la iba a robar. Y ella tal vez nunca supiese que Sem-Pernas sentía que se iba a robar a él también. Como ignoraba que ese llanto, que esos sollozos eran un pedido de perdón.

Los acontecimientos se precipitaron, pues Raúl tuvo que viajar a Río de Janeiro por unas importantes cuestiones legales. Y Sem-Pernas pensó que no

habría una mejor ocasión para el asalto.

En la tarde que se fue, miró toda la casa, acarició al gato Berloque, conversó con la mucama y hojeó los libros de grabados. Luego pasó por el cuarto de Doña Ester, le dijo que se iría a pasear a Campo Grande. Ella le contó entonces que Raúl le traería una bicicleta de Río para que recorriera todas las tardes el Campo Grande, en lugar de tener que andar por allí a pie. Sem-Pernas bajó los ojos, pero antes de salir se acercó a Doña Ester y le dio un beso. Era la primera vez que la besaba y la mujer se sintió contenta. Le dijo bajito, arrancando las palabras de dentro de su ser:

—Usted es muy buena. Nunca lo voy a olvidar.

Salió y no regresó. Esa noche durmió en su rincón del trapiche. Pedro Bala se había ido con un grupo en dirección a la casa. Los demás habían rodeado a Sem-Pernas, admirando sus ropas, su cabello aplastado y el perfume que envolvía su cuerpo. Pero Sem-Pernas le pegó un golpe a uno de ellos y se fue rumiando a su rincón. Y allí se quedó mordiéndose las uñas hasta que Pedro Bala regresó con los demás trayendo el producto del asalto. Le informó a Sem-Pernas que había sido lo más simple del mundo, que nadie en la casa se había dado cuenta y que habían seguido durmiendo. Quizá no descubrieran el robo ni siquiera al día siguiente. Y mostraba los objetos de oro y de plata.

—Mañana Gonzales nos da un dineral por todo esto. —Sem-Pernas cerraba los ojos para no ver. Luego de que todos se fueran a dormir se acercó al Gato.

—¿Quieres que hagamos un trato?

—¿De qué se trata?

—Te doy esta ropa y tú me das la tuya.

El Gato lo miró con enorme espanto. Sin dudas su ropa era la mejor del grupo. Pero estaba vieja y estaba muy lejos de valer la buena ropa de casimir que vestía Sem-Pernas. *Está loco*, pensó el Gato mientras respondía.

—¿Si acepto? Ni una pregunta más.

Intercambiaron las ropas. Sem-Pernas regresó a su rincón y trató de dormir.

Por la calle venía el doctor Raúl con dos policías. Eran los mismos que lo habían golpeado en la cárcel. Sem-Pernas corría pero el doctor Raúl lo señalaba y los soldados lo llevaban a la misma sala. La escena era la misma de siempre: los soldados que se divertían en hacerlo correr con su pierna renga, le pegaban y el hombre de chaleco que se reía. Sólo que en la sala estaba también Doña Ester, que lo miraba con ojos tristes y le decía que no

era más su hijo, que era un ladrón. Y los ojos de Doña Ester lo hacían sufrir más que los golpes de los soldados, más que las carcajadas brutales del hombre.

Se despertó empapado de sudor, huyó por la noche del trapiche y la madrugada lo encontró vagando por el arenal.

Durante la noche del otro día, Pedro Bala llegó para traerle su parte del robo. Pero Sem-Pernas lo rechazó sin dar explicaciones. Luego apareció Volta Seca con un diario que traía noticias de *Lampião*. El Profesor le leyó la noticia a Volta Seca y se quedó mirando las demás noticias que traía el periódico. Entonces llamó:

—¡Sem-Pernas! ¡Sem-Pernas!

El niño se acercó. Otros se le sumaron y formaron un círculo alrededor del Profesor quien dijo:

—Esto es contigo, Sem-Pernas. Y leyó una noticia del diario:

Ayer desapareció de la casa número... de la calle..., Graça, un hijo de los dueños de casa, de nombre Augusto. Debe haberse perdido en una ciudad a la que conoce poco. Es inválido de una pierna, tiene trece años, es muy tímido y viste ropas de casimir color gris. La policía lo busca para devolverlo a sus afligidos padres, pero hasta ahora sin resultados. La familia gratificará generosamente a quien diera noticias del pequeño Augusto y lo lleve a su casa.

Sem-Pernas se quedó callado. Se mordía el labio. El Profesor dijo:

—Todavía no descubrieron el robo.

Sem-Pernas asintió con la cabeza. Cuando descubrieran el robo ya no lo buscarían como a un hijo desaparecido. Barandão hizo una mueca divertida y exclamó:

—Tu familia te está buscando, Sem-Pernas. Tu mamita te busca para darte la mamadera...

Pero no pudo decir nada más, pues ya Sem-Pernas estaba encima de él y había levantado el puñal. Y hubiera apuñalado sin dudas al negrito si João Grande y Volta Seca no se hubieran arrojado encima de él. Barandão se retiró amedrentado. Sem-Pernas se fue rumbo a su rincón, con una mirada de odio dirigida a todos. Pedro Bala fue detrás de él y le apoyó la mano en el hombro.

—Tal vez no descubran nunca el robo, Sem-Pernas. Tal vez nunca piensen en ti. No te preocupes.

—Cuando llegue el doctor Raúl van a darse cuenta de todo. Y estalló en sollozos, dejando estupefactos a los Capitanes de la Arena. Los únicos que entendieron lo que pasaba fueron Pedro Bala y el Profesor, quien se estrujaba las manos de pura impotencia. Pedro Bala intentaba una conversación sobre

un tema muy diferente. Allí afuera el viento corría sobre la arena y su rumor era como un lamento.

Una mañana como un cuadro

Mientras sube por la ladera de la montaña. Pedro Bala piensa que no existe nada mejor en el mundo que caminar así, sin rumbo cierto, por las calles de Bahía. Algunas de las calles están asfaltadas y otras adoquinadas con piedras negras. Las muchachas se asoman por las ventanas de los antiguos caserones y nadie puede saber si se trata de una costurerita que espera románticamente casarse con un novio rico o si es una prostituta que nos mira desde un balcón antiquísimo, apenas arreglado con unas pocas flores. A las iglesias entran mujeres con negros velos. El sol golpea contra las piedras o sobre el asfalto del pavimento e ilumina el tejado de las casas. En el balcón de un tejado, las flores languidecen en rotas latas. Son de varios colores y el sol les brinda su diario alimento de luz. Las campanadas de la iglesia de la Conceição da Praia llaman a las mujeres de velo que pasan apuradas. En medio de la ladera hay un negro y un mulato agachados sobre unos dados que el primero acaba de lanzar. Cuando pasa, Pedro Bala saluda al negro:

—¿Cómo estás, Lechuza Blanca?

—¿Y tú, Bala? ¿Cómo está esa labia?

Pero el mulato arroja los dados y el negro regresa al juego. Pedro Bala sigue su camino. El Profesor va con él. Su figura delgada se inclina hacia delante como si le resultara difícil vencer la ladera. Pero sonrío ante la fiesta del día. Pedro Bala gira hacia él y lo sorprende sonriendo. La ciudad está alegre, plena de sol. *Los días de Bahía parecen días de fiesta*, piensa Pedro Bala, quien se siente también invadido por la alegría. Silba con fuerza y golpea entre risas el hombro del Profesor. Y los dos se ríen y luego las risas se convierten en carcajadas plenas. Sin embargo, no tienen más que unas pocas monedas en el bolsillo, van vestidos con harapos y no saben aún si van a comer. Pero están pletóricos con la belleza del día y con la libertad de andar por las calles de la ciudad. Y caminan riéndose sin motivo, con el brazo de Pedro Bala alrededor de los hombros del Profesor. Desde donde se hallan pueden ver el Mercado, el muelle de los *saveiros* e incluso el viejo trapiche en el que duermen. Pedro Bala se recuesta contra el muro de la ladera y le dice al Profesor:

—Deberías pintar esto. Es genial. Los rasgos del Profesor se endurecen.

—Sé que nunca voy a poder.

—¿Qué?

—Hay veces que me descubro pensando. —Y el Profesor mira hacia el muelle allá abajo, con los *saveiros* que parecen de juguete y se ven diminutos los hombres que cargan sacos sobre la espalda.

Y sigue con la voz áspera como si alguien lo hubiese golpeado:

—Un día voy a un tremendo de cuadro con esto.

—Tienes talento, si hubieses estudiado...

—Pero jamás podrá ser un cuadro alegre, no. —El Profesor no parece haber escuchado la interrupción de Pedro Bala. Ahora está con los ojos perdidos y parece aún más delgado.

—¿Por qué? —Pedro Bala está sorprendido.

—¿No ves que todo es belleza? Todo alegre. Pedro Bala apuntó a los tejados de la ciudad baja.

—Hay más colores que en el arco iris.

—Sí, es cierto. Pero si te fijas en los hombres, todo es triste. No estoy hablando de los ricos. Lo sabes. Hablo de los otros, de los de las dársenas, de los del mercado. Lo sabes bien. Todos con cara de hambre, no sé cómo decirlo. Es algo que siento aquí.

Pedro Bala había perdido la sensación de sorpresa.

—Por eso João de Adão hizo semejante huelga en las dársenas. Dice que algún día las cosas se darán vuelta, que todo va a ser al revés.

—También leí eso en un libro, un libro de João de Adão. Si hubiese ido a una escuela, como dices, habría sido bueno. Y algún día pintaría cuadros muy bonitos. Un día bonito, con la gente que caminara alegre, riéndose, enamorándose como aquella gente de Nazaré, ¿entiendes? ¿Pero dónde hay una escuela? Quiero dibujar cosas alegres, un día que sea bello, donde todo sea hermoso, pero los hombres están tristes. No lo sé... Yo querría hacer algo alegre.

—Quién sabe si no es mejor hacer algo como lo que haces. Puede ser que sea aún más bonito, más llamativo.

—¿Qué sabes tú? Y, ¿qué sé yo? Ninguno de los dos fue nunca a la escuela. Quiero dibujar la cara de los hombres, el trazo de las calles, pero nunca tuve quien me enseñara, hay un montón de cosas que no sé.

Hizo una pausa, miró a Pedro Bala quien lo escuchaba, y continuó:

—¿Has entrado alguna vez a la Escuela de Bellas Artes? Qué montón de bellezas que hay. Un día me colé y me metí en un aula. Estaban todos vestidos con blusas y no me vieron. Y estaban pintando a una mujer desnuda. Si algún día yo pudiese... Pedro Bala se quedó pensativo. Miraba al Profesor y reflexionaba. Luego habló con tono muy serio.

—¿Sabes cuánto cuesta?

—¿Lo que cuesta?

—Sí, lo que hay pagar en la escuela. O a un profesor.

—¿De qué hablas?

—Podemos juntar entre todos y pagarte... El Profesor se rió:

—No tienes idea. Son tan complicados. No se puede, déjate de tonterías.

—João de Adão dice que algún día todos iremos a la escuela...

Siguieron caminando. El Profesor parecía haber perdido la alegría del día. Como si se hubiera alejado de repente. Entonces Pedro Bala le dio un leve golpecito.

—Un día vas a presentar unas cuantas pinturas en una sala de la calle Chile, hermano. Sin escuela y sin nada. Ninguno de esos genios de la escuela dibuja una cara como las que haces tú. Tú sí tienes estilo.

El Profesor se rió y Pedro Bala lo siguió.

—Y me haces un retrato. Y pon el nombre abajo, no te me olvides. Capitán Pedro Bala, un macho valiente.

Adoptó una pose de luchador, con un brazo estirado. El Profesor lo festejó, Pedro se rió y muy pronto la risa se convirtió en carcajadas. Y sólo dejaron de reírse para juntarse con un grupo de desocupados que se había reunido alrededor de un guitarrista. El hombre tocaba y cantaba una melodía de la ciudad de Bahía:

Cuando ella dijo adiós...

Mi pecho en cruz se transformó.

Se acercaron más y muy pronto estaban cantando junto al hombre. Y con ellos cantaban todos, *saveiristas*, delincuentes, estibadores y hasta una prostituta. El hombre de la guitarra estaba completamente concentrado en su música y no veía a ninguno de los que lo rodeaban.

Si el hombre no se hubiera levantado para irse, aunque tocando su guitarra y cantando, se hubieran olvidado de seguir con su caminata hacia la ciudad alta. Pero el hombre partió llevándose la alegría de su música. El grupo se dispersó, un vendedor de diarios pasó pregonando los periódicos de la mañana. El Profesor y Pedro Bala siguieron subiendo por la ladera. Del largo del Teatro rumbo a la calle Chile. El Profesor sacó la tiza del bolsillo y se sentó en el paseo. Pedro Bala se ubicó a su lado. Cuando vieron llegar a una pareja, el Profesor comenzó a dibujar. Hizo un esbozo lo más rápido que pudo. La pareja estaba ya muy cerca y el Profesor trabajaba ahora con las

caras. La muchacha sonreía, sin dudas debían ser novios. Pero iban tan distraídos en su conversación que ni siquiera se dieron cuenta del dibujo. Fue preciso que Pedro Bala se les adelantara.

—No pise la cara de la muchacha, señor.

El hombre miró a Pedro Bala y estaba a punto de insultarlo cuando la mujer vio el dibujo del Profesor y llamó su atención.

—¡Qué bueno! —Y batía palmas como una niña a la que le hubieran regalado una muñeca.

El joven la contempló y se rió. Entonces se dirigió a Pedro Bala.

—¿Fuiste tú, chico, el que la dibujó?

—Fue mi compañero, el pintor Profesor.

El Profesor daba los últimos retoques al elegantísimo bigote del hombre. Luego se dedicó a perfeccionar la silueta de la muchacha. Ella se colocó en posición como si estuviera posando. Los dos se rieron y ella se colgaba del brazo de su amado. El hombre abrió el monedero y sacó una pieza de plata de dos mil *reis* que Pedro Bala atrapó en el aire. Siguieron. El dibujo quedó en el medio del paseo. Unas jóvenes que estaban paseando lo vieron y una de ellas dijo:

—Vamos más rápido que aquello parece un anuncio de la nueva película de Barrymore... Dicen que es de amor. Y él es tan fuerte...

Pedro Bala y el Profesor las oyeron y prorrumpieron en una carcajada. Y, abrazados, siguieron juntos por la libertad de las calles.

Volvieron a detenerse casi al llegar al palacio de gobierno. El Profesor se quedó con la tiza en la mano esperando que saliera una víctima de la parada del tranvía. Pedro Bala silbaba a su lado. Muy pronto tendrían el dinero para un buen almuerzo e incluso para llevarle un regalo a Clara, la amante de Querido-de-Deus, que cumplía años ese día.

Una anciana les dio diez *tostoes* por su dibujo. La vieja era fea y el Profesor había conservado esa fealdad en su dibujo. Pedro Bala señaló:

—Si la hubieses hecho más joven y bonita, te hubiera dado más.

El Profesor se rió. De ese modo fueron pasando la mañana. El Profesor dibujando las caras de los que pasaban por la calle y Pedro Bala recogiendo las monedas de níquel o de plata que les arrojaban. Cerca del mediodía pasó un hombre que fumaba una boquilla que parecía cara. Pedro Bala se apuró a avisarle al Profesor.

—Hazle un retrato a éste, que parece tener unos cuantos billetes.

El Profesor comenzó a dibujar la silueta delgada del hombre. La boquilla larga, los cabellos en caracol que aparecían bajo el sombrero. El hombre llevaba un libro en la mano y el Profesor sintió un deseo irresistible de dibujar al hombre leyendo el libro. Al verlo pasar, Pedro Bala reclamó su atención.

—Mire su retrato, señor.

El hombre se quitó la larga boquilla de la boca y le preguntó:

—¿Qué pasa, hijo?

Pedro Bala le mostró el dibujo en el cual trabajaba el Profesor. El hombre aparecía sentado (aunque no hubiese silla ni asiento alguno, estaba sentado en el aire), fumando su boquilla y leyendo su libro. El cabello en caracol volaba bajo el sombrero. El hombre examinó el dibujo con atención, lo contempló desde distintos ángulos pero no decía nada. Cuando el Profesor dio el trabajo por terminado, le preguntó:

—¿Dónde aprendiste, mi querido, a dibujar?

—En ninguna parte.

—¿Cómo en ninguna parte?

—Pues sí, señor.

—¿Y cómo es que dibujas?

—Me sale hacerlo, y voy y dibujo.

El hombre no terminaba de creerle, pero sin dudas trajo del fondo de su memoria otros ejemplos.

—¿Quieres decir que nunca estudiaste dibujo?

—Nunca, señor.

—Se lo puedo asegurar —dijo Pedro Bala—. Vivimos juntos así que lo sé perfectamente.

—Entonces eres un talento nato —murmuró el hombre. Volvió a estudiar el dibujo. Dio una inmensa bocanada a su boquilla. Los dos niños miraban la boquilla extasiados. El hombre le preguntó al Profesor:

—¿Por qué me retrataste sentado y leyendo un libro?

El Profesor se rascó la cabeza como si fuese algo difícil de responder. Pedro Bala hizo el ademán de hablar pero se quedó en silencio, estaba como aturdido. Finalmente el Profesor se explicó:

—Pensé que iba mejor con usted. —Volvió a rascarse la cabeza—. Pero no estoy seguro.

—Eres un talento nato —murmuró el hombre en voz más baja, con el aspecto de quien ha hecho un descubrimiento.

Pedro Bala esperaba las monedas también porque el policía ya los miraba con desconfianza desde la esquina. El Profesor miraba la boquilla del hombre,

larga, trabajada con fuego, una maravilla. Pero el hombre continuó.

—¿Dónde vives?

Pedro Bala no le dio tiempo al Profesor para que respondiese. Fue él quien habló.

—Vivimos en *Cidade de Palha*.

El hombre se metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta.

—¿Sabes leer?

—Sí sabemos, señor —respondió el Profesor.

—Aquí está mi dirección. Quiero que me busques. Tal vez pueda hacer algo por ti.

El Profesor tomó la tarjeta. El policía se dirigía a ellos. Pedro Bala se despidió.

—Hasta pronto, doctor.

El hombre estaba sacando el monedero cuando vio cómo miraba el Profesor la boquilla. Le quitó el cigarrillo y se la dio al niño.

—Esto es por mi retrato. Pasa alguna vez por mi casa.

Y los dos se deslizaron por la calle Chile pues el agente ya estaba casi a su lado. El hombre miraba sin comprender del todo cuando oyó la voz del policía.

—¿Le robaron algo, señor?

—No, ¿por qué?

—Pero como estaban esos ladronzuelos al lado suyo...

—Eran dos niños. Y uno de ellos con un maravilloso talento para la pintura.

—Son ladrones —retrucó el policía—. Son de los Capitanes de la Arena.

—¿Capitanes de la Arena? —comenzó a recordar el hombre. He leído algo sobre ellos. ¿No son niños abandonados?

—Lo que son es ladrones. Tenga cuidado, señor, cuando se le acerquen. Vea si no le falta nada.

El hombre negó con la cabeza y miró hacia la calle. Pero no vio el menor rastro de los niños. El hombre agradeció al policía, afirmando una vez más que no le habían robado nada y bajó por la calle murmurando:

—Así es como se pierden los grandes artistas. ¡Qué gran pintor podría ser!

El policía lo miraba. Y luego les comentó a otros agentes de guardia:

—Bien dicen que estos poetas están todos locos.

El Profesor exhibía la boquilla. Estaba ahora en los fondos de un rascacielos donde había un restaurante muy fino. Pedro Bala sabía como conseguir del chef los restos del menú. Esperaban su almuerzo en la calle desierta. Luego de comer, Pedro Bala ofreció cigarrillos y el Profesor se dispuso a fumar con la boquilla que le había dado el hombre. Trató de limpiarla.

—El tipo era flaco como una espada. Quién sabe si no es maricón.

Como no encontró nada mejor, hizo un tubo con la tarjeta y la metió en la boquilla. Al terminar, arrojó la tarjeta a la calle. Pedro Bala le preguntó:

—¿Por qué no la guardas?

—¿Para qué la quiero? —Y el Profesor se rió y muy pronto lo acompañó Pedro. Por un momento, sus carcajadas invadieron toda la calle. Se reían así, sin motivo, por el placer mismo de la risa.

Pero Pedro Bala se puso serio.

—Me parece que el hombre te podría ayudar a ser un gran pintor —tomó la tarjeta y leyó el nombre escrito en ella—. Deberías guardarla, ¿quién sabe?

El Profesor bajó la cabeza.

—Déjate de estupideces, Bala. Bien sabes que con la vida que llevamos sólo podemos terminar en ladrones. ¿Quién se ocupa de nosotros? ¿Quién? Sólo los ladrones, los ladrones —y su voz subía de tono hasta convertirse en un grito de odio.

Pedro Bala asintió con la cabeza, su mano arrojó la tarjeta que cayó en una canaleta. Ya no reían más y estaban tristes en medio de la alegría de la mañana llena de sol, de esa mañana igual a un cuadro de un pintor de Bellas Artes.

Los obreros pasaban en dirección al trabajo, luego del frugal almuerzo, y era todo lo que veían, todo lo que lograban ver en aquella mañana.

Varicela

Omolu envió la viruela negra a la ciudad. En la parte alta, los ricos pudieron vacunarse y como *Omolu* era un dios de las selvas del África, nada sabía de vacunas. Y la viruela bajó a la ciudad de los pobres y enfermó a la gente, arrojó al lecho a los negros llenos de llagas. Entonces llegaban los hombres de Salud Pública, ponían a los enfermos en una bolsa y los llevaban al lazareto distante. Las mujeres se quedaban llorando, porque sabían que jamás regresarían.

Omolu había enviado la viruela negra a la ciudad alta, a la ciudad de los ricos. *Omolu* no conocía las vacunas. *Omolu* era un dios de las selvas africanas, ¿qué podía saber entonces de vacunas y cuestiones científicas? Pero como ya había sido liberada la viruela (y era la terrible viruela negra), *Omolu* debió permitir que bajara a la ciudad de los pobres. Habiéndola soltado, debía dejar que hiciera su obra. Pero como le habían dado lástima los hijitos de los pobres, le quitó fuerza a la viruela negra y la transformó en varicela que es una viruela blanca y tonta, casi un sarampión. A pesar de esto, llegaban los hombres de Salud Pública para llevarse a los enfermos rumbo al lazareto. Las familias no podían visitarlos en ese lugar y no recibían a nadie salvo al médico. Morían sin que nadie se enterara y cuando alguno lograba regresar era mirado como si fuera un cadáver que hubiera resucitado. Los diarios hablaban de la epidemia de viruela y de la necesidad de vacunación. Los *candomblés* sonaban día y noche en honor a *Omolu* y para aplacar su furia. El *paidesanto* Paim, del Alto do Abacaxi, el preferido de *Omolu*, bordó un mantel blanco con lentejuelas para ofrecérselo al dios y aplacar su ira. Pero *Omolu* lo rechazó, su pelea era contra la vacuna.

En las casas pobres las mujeres lloraban. Por miedo a la varicela y por temor al lazareto.

Almiro fue el primero de los Capitanes de la Arena que cayó por la varicela. Una noche, cuando el negrito Barandão lo fue a buscar a su rincón para hacer el amor (ese tipo de amor que Pedro Bala había prohibido en el trapiche), Almiro le respondió:

—Tengo una picazón infernal.

Le mostró a Barandão los brazos repletos de llagas.

—Me parece que también estoy volando de fiebre. Barandão era un negrito valiente, y todo el grupo lo sabía.

Pero ante la viruela, la dolencia de *Omolu*, sentía un miedo tremendo, un miedo que generaciones de raza africana habían acumulado dentro de él. Y sin preocuparse de que sus relaciones con Almiro quedaran expuestas, salió corriendo entre los grupos:

—Almiro tiene viruela... Oigan todos, Almiro tiene viruela.

Los niños se fueron levantando de a poco y alejándose recelosos del lugar donde se hallaba Almiro, quien comenzó a sollozar. Pedro Bala aún no había llegado. El Profesor, el Gato y João Grande también andaban por las calles. De allí que la situación debió ser manejada por Sem-Pernas. En los últimos tiempos, Sem-Pernas estaba cada vez más retraído y casi no hablaba con nadie. Sometía a todo el mundo a tremendas burlas, hacía de cualquier cosa un motivo de pelea y al único al que realmente respetaba era a Pedro Bala. Pirulito rezaba por él más que por nadie y a veces llegaba a pensar que Satanás se había metido en el cuerpo de Sem-Pernas. El padre José Pedro tenía mucha paciencia con él, pero también se había apartado del cura. No quería tener nada que ver con nadie, y cualquier conversación en la que se metía terminaba en una pelea.

Cuando Sem-Pernas pasaba entre los grupos, todos se apartaban. Le temían casi tanto como a la viruela. Por aquellos días se había agenciado un perro al que se dedicaba por entero. Al principio, cuando el animal se había aparecido por el trapiche, famélico, Sem-Pernas lo maltrató tanto como pudo. Pero terminó por encariñarse con él y se lo quedó. Y vivía por completo para él. Y por eso regresó, sólo para llevar al perro que lo acompañaba lejos de Almiro. Luego caminó hacia donde estaban los niños, quienes rodeaban a la distancia al enfermo. Señalaban las marcas que aparecían en el pecho del niño. Antes de todo, Sem-Pernas se dirigió con su voz gangosa a Barandão:

—Ahora vas a tener viruela en la verga, negro bruto. Barandão lo miró asustado. Luego Sem-Pernas les habló a todos, señalando a Almiro con el dedo.

—Nadie va a terminar pustulento sólo por culpa de este descuido.

Todos lo miraban esperando a ver qué decía. Almiro sollozaba con las manos cubriéndole el rostro y aplastado contra la pared. Sem-Pernas seguía hablando.

—Se va ir de aquí ahora mismo. Que se esconda en cualquier rincón de la calle hasta que la perrera sanitaria lo agarre y se lo lleve al lazareto.

—No, no —exclamó Almiro.

—Sí, así va a ser —afirmó Sem-Pernas—. No vamos a llamar aquí a la perrera para que toda la policía se entere donde nos escondemos. Te irás por las buenas o por las malas y agarra ya tus trapos. Vete al infierno, que no nos vamos a contagiar la viruela por tu culpa. Por amor a ti, maricón...

Almiro gesticulaba que no y sus sollozos abarcaban todo el trapiche. El negrito Barandão temblaba, Pirulito clamaba que era el castigo de Dios por sus pecados y los demás no sabían qué hacer. Sem-Pernas se preparaba para imponer su idea. Pirulito se abrazó al cuadro de Nuestra Señora y dijo:

—Vamos todos a rezar, que éste es un castigo de Dios por nuestros pecados. Pecamos mucho y Dios nos está castigando. Vamos a pedir perdón —y su voz era como un clamor que sonaba anunciando venganzas.

Algunos juntaron las manos y Pirulito alcanzó a comenzar con el Padrenuestro. Pero Sem-Pernas lo apartó de un manotazo.

—Córrete, sacristán...

Pirulito se quedó rezando en voz baja todavía abrazado al santo. Formaban una imagen extraña. Al fondo, Almiro sollozaba y repetía que no. Pirulito rezaba y los demás estaban indecisos, sin saber qué hacer. Barandão temblaba de miedo pensando que se había contagiado. Sem-Pernas volvió a hablar.

—Si no se quiere ir, vamos a sacarlo a patadas. Sino, todos nos vamos a morir de viruela, todos. ¿No se dan cuenta, desgraciados? Debemos dejarlo en una calle donde lo lleven para el lazareto.

—No, no —repetía Almiro. Por amor de Dios.

—Es un castigo... —insistía Pirulito.

—Cállate la boca, hijo de cura —seguía Sem-Pernas. Vamos a llevarlo ya que no quiere irse por las buenas.

Como vio que el resto estaba aún indeciso, se dirigió hacia Almiro y estiró el pie para darle una patada.

—Te vas, apestoso.

Almiro se encogió aún más.

—No. No puedes hacer eso. Soy uno del grupo. Esperemos a que llegue Pedro Bala.

—Es un castigo... es un castigo —la voz de Pirulito irritó aún más a Sem-Pernas, quien descargó un puntapié sobre el cuerpo de Almiro.

—Vete ya, apestoso. Vete de aquí, desgraciado.

Pero esta vez una mano lo agarró y lo arrojó lejos. Volta Seca se plantó entre Almiro y Sem-Pernas. El mulato llevaba un revólver en la mano y sus ojos fulguraban.

—Juro que está cargado y con que alguien toque a Almiro —miró a todos con expresión sombría.

—¿Qué tienes tú que hacer aquí, *cangaçeiro*? —Sem-Pernas quería recuperar el dominio de la situación.

—No es un policía para que lo tratemos de esa manera. Es uno del grupo, tiene razón en lo que dice. Vamos a esperar a que llegue Pedro Bala y que resuelva. Y si alguien lo toca lo quemamos como si fuese uno de esos gorilas de la policía. —Y apretaba el revólver.

Los demás se apartaron unos pasos. Sem-Pernas escupió.

—Todos son unos cobardes —dijo, y se marchó hacia donde lo esperaba el perro. Se acostó a su lado y los que quedaron más cerca de él lo oían murmurar: «cobardes, cobardes». Volta Seca se ubicó delante de Almiro con el revólver en la mano. El niño sollozaba y gritaba con más fuerza al ver las llagas que se extendían por todo su cuerpo. Pirulito rezaba, le pedía a Dios que volviera a ser suprema bondad y no suprema justicia.

Luego a Pirulito se le ocurrió llamar al padre José Pedro. Se escabulló por la puerta del trapiche y se dirigió a la casa del cura. Y por el camino seguía rezando con los ojos dilatados por el temor a Dios.

Pedro Bala entró acompañado del Profesor y de João Grande. Regresaban de un asunto que se había resuelto bien y comentaban el éxito entre carcajadas. El Gato había ido con ellos pero no había vuelto pues se había quedado en lo de Dalva. Al entrar en el trapiche, lo primero que vieron fue a Volta Seca con el revólver en la mano.

—¿Qué es esto? —preguntó Pedro Bala.

Sem-Pernas se levantó de su rincón y el perro fue tras él.

—Este idiota metido a *cangaçeiro* no quiere que hagamos lo que ya está resuelto —dijo, y señalaba a Almiro. Ese imbécil está con viruela.

João Grande se encogió. Pedro Bala contempló a Almiro y el Profesor enfiló hacia donde se hallaba Volta Seca. El mulato no largaba el revólver. Entonces Pedro le preguntó:

—¿Qué pasa, Volta Seca?

—Este está con la maldita... y señaló al niño que sollozaba.

—Y aquel animal como si fuese un policía quiere tirarlo en medio de la calle para que los de sanidad se lo lleven al lazareto. Yo no quería meterme.

Pero él no quería irse. Y todos juntos querían pegarle —escupió— para obligarlo a que se fuera. Fue entonces que dijo que formaba parte del grupo, que esperaran a que tú llegaras. Me pareció que tenía razón y me puse de su lado. No es un policía para que lo traten así.

—Hiciste lo correcto, Volta Seca. —Pedro Bala golpeó el hombro del mulato y luego miró a Almiro. ¿Realmente estás enfermo?

El niño agachó la cabeza y estalló en llanto. Sem-Pernas gritó:

—Lo único que se puede hacer es lo que dije. No podemos hacer que la asistencia venga aquí para que todos sepan dónde nos escondemos. Lo único que hay que hacer es dejarlo en alguna calle donde pase gente. Y es lo que vamos a hacer, te guste o no.

Pedro Bala exclamó:

—¿Quién es el jefe aquí, tú o yo? ¿Quieres que te haga pedazos?

Sem-Pernas se quedó murmurando. El perro se acercó a lamerle los pies pero lo apartó de un puntapié. Pero enseguida se arrepintió y comenzó a acariciar al animal mientras espiaba a los demás.

Pedro Bala se acercó a Almiro. João Grande intentaba dominar el miedo y poder imitarlo. Pero el temor que le producía la viruela lo superaba pues era casi mayor que su bondad. Sólo el Profesor estaba al lado de Pedro Bala, quien le dijo a Almiro:

—Déjame ver.

Almiro le mostró los brazos llenos de llagas.

—Es varicela. La viruela enseguida se pone negra —dijo el Profesor.

Pedro Bala se quedó pensando. Un silencio atravesaba el trapiche. João Grande logró vencer el miedo y se acercó. Pero lo hacía con paso demorado. Parecía que luchaba contra su voluntad para acercarse a Almiro. Fue entonces que entró Pirulito acompañado del padre José Pedro. El cura saludó y preguntó quién era el enfermo. Pirulito señaló a Almiro y el cura fue hacia él, le tomó el brazo y lo examinó. Después le dijo a Pedro Bala:

—Hay que llevarlo a que lo atiendan.

—¿Al lazareto?

—Sí.

—No, no dejaremos que se vaya —respondió Pedro Bala. Sem-Pernas se volvió a levantar y se juntó con ellos.

—Esto es lo que estoy diciendo hace un rato largo. Hay que llevarlo al lazareto.

—No irá —repitió Pedro Bala.

—¿Por qué, hijo mío? —preguntó el padre José Pedro.

—Sabe bien, padre, que nadie regresa del lazareto. Nadie. Y él es uno de nosotros, uno del grupo. No podemos hacer eso.

—Pero es la ley, hijo.

—¿Morirse?

El cura miró a Pedro Bala con los ojos bien abiertos. Aquellos niños vivían dándole sorpresas, con una inteligencia superior siempre a lo que esperaba. Y en el fondo sabía que tenían razón.

—No iré, padre —afirmó Pedro Bala.

—Entonces, ¿qué vas a hacer, hijo?

—Tratarlo aquí.

—Pero ¿cómo?

—Llamamos a Don'Aninha.

—Pero ella no sabe cómo se cura.

Pedro Bala se quedó confundido pero luego de un momento dijo:

—Es mejor que se muera aquí que en el lazareto. Sem-Pernas volvió a intervenir.

—Va a contagiarle la viruela a todo el mundo —y se dirigía al resto—. Va a contagiar a todo el mundo. No podemos dejar que eso pase.

—Cállate la boca, desgraciado, que si no te reviento —dijo Pedro.

Entonces intervino el cura.

—Tiene razón, Bala.

—Padre, no va a ir al lazareto. Usted es bueno y sabe muy bien que no puede ir. Es un desastre, todo el mundo que va allí se muere.

El cura sabía bien que era ésa la verdad y se calló. Fue entonces que habló João Grande:

—Pero ¿no tiene su casa?

—¿Quién, Almiro?

—Sí, tiene su casa.

—No quiero ir allá —sollozó el niño—. Me escapé una vez. —Pedro Bala se le acercó y le habló en tono pausado.

—No te preocupes, Almiro. Primero voy a hablar con tu madre. Y luego te llevamos. Allí vas a estar bien y no tendrás que ir al lazareto. Y el padre te consigue un médico que te cuide, ¿no es así, padre?

—Sí, conseguiré uno —prometió el padre José Pedro.

Había una ley que obligaba a los ciudadanos a denunciar a la Salud Pública todos los casos de viruela que conociesen para que se trasladara de inmediato

a los infectados a los lazaretos. El padre José Pedro sabía de la ley pero una vez más se puso del lado de los Capitanes de la Arena y contra la ley.

Pedro Bala fue hasta la casa de Almiro y la madre del pequeño se puso como loca, era una lavandera que vivía con un pequeño campesino más allá de la *Cidade de Palha*. Fueron a buscar a Almiro, el cura lo visitó y luego llamaron a un médico. Pero ese médico se estaba buscando un lugar en Salud Pública y denunció el caso de viruela. Almiro fue llevado de inmediato al lazareto y el sacerdote quedó en mala situación pues el médico (que se decía librepensador pero era en realidad espiritista) lo denunció por encubrimiento. Las autoridades no operaron contra el sacerdote pero presentaron una queja al arzobispado. Y el padre José Pedro fue llamado a presentarse ante el Canónigo Secretario del Arzobispado, adonde llegó temeroso.

Pesadas cortinas, sillas con altos respaldos, en una pared un retrato de San Ignacio. En la otra, un crucifijo. Una enorme mesa y costosos tapizados. El cura entró en la sala con el corazón que no paraba de latir aceleradamente. No estaba del todo seguro del motivo por el que había recibido aquella comunicación del Canónigo Secretario del Arzobispado para que compareciera al Palacio Episcopal. En un primer momento recordó la parroquia que esperaba inútilmente hacía ya dos años. ¿Tendría su parroquia? Sonrió con alegría. Entonces sí sería un verdadero sacerdote, tendría almas a su cargo y sería su guía. Serviría a Dios. Pero lo embargó cierta tristeza: y sus niños, los niños abandonados de las calles de Bahía, en especial los Capitanes de la Arena, ¿qué sería de ellos? Él era uno de sus escasos amigos. Nunca otro cura se había acercado a esos niños. Se conformaban con presentarse de vez en cuando a celebrar misa en el reformatorio, lo que los volvía aún más antipáticos frente a las criaturas porque retrasaban la frugal merienda. Aunque esperara su parroquia, el padre José Pedro se había dedicado a los niños abandonados. No podía decir que los resultados hubieran sido enormes. Pero había que comprender que estaba emprendiendo una experiencia que muchas veces debía reanudar de cero. Hacía poco tiempo que el cura había logrado ganarse por completo la confianza de los niños. Ellos lo trataban como un amigo, aun cuando no lo tomaban en serio como sacerdote. El cura había tenido que pasar por encima de muchas cuestiones para ganarse la confianza de los Capitanes de la Arena. Pero José Pedro creía que sólo por Pirulito y su vocación el trabajo había valido la pena. El cura había tenido que dejar de lado muchas de las cosas que le habían enseñado. Había aceptado cosas que la

Iglesia realmente condenaría. Entonces el sacerdote recordó que tal vez fuera por eso que lo habían llamado. Debía haber sido por eso. Ya eran muchas las beatas que murmuraban a causa de sus relaciones con esos niños que vivían del robo. Y estaba el caso de Almiro. Debía ser por eso. Lo primero que sintió el padre José Pedro al descubrir el motivo de la citación fue un gran temor. Sin dudas habría de ser castigado, se esfumarían todas sus esperanzas de tener una parroquia. Y el padre José Pedro precisaba una parroquia. Sostenía una madre anciana y una hermana en la escuela normal. Enseguida se puso pensar que todo lo que había hecho estaba equivocado y que sus superiores no lo aprobarían. Y en el Seminario le habían enseñado a obedecer. Pero pensó en los niños. Por su memoria pasaron las figuras de Pirulito, Pedro Bala, el Profesor, Sem-Pernas, Boa-Vida, el Gato. Había que salvar a aquellos pequeños... Los niños eran la mayor ambición de Cristo. Había que hacerlo todo para salvar a aquellos niños. No era su culpa que vivieran en la perdición...

Entró el Canónigo. Sumido en sus pensamientos, el cura ni se había dado cuenta de cuánto tiempo había pasado. Y tampoco percibió la entrada del Canónigo con su paso suave. Era alto y muy delgado, con una sotana impecable y los pocos cabellos que le quedaban muy bien peinados. Los labios trazaban una línea dura y un rosario le bajaba desde el cuello. Aun cuando su figura diera una impresión de pureza, esa impresión no alcanzaba a suavizar sus facciones. No había en su expresión la menor simpatía como tampoco se la hallaba en sus duros rasgos, como si la pureza fuese una coraza que lo distanciara del mundo. Decían que era inteligentísimo, que era un gran orador sagrado, célebre por la rigidez de sus hábitos. Allí estaba parado delante del padre José Pedro mirando con sus ojos indagadores la figura enjuta del cura, su sucia sotana remendada en dos sitios, su actitud temerosa y la falta de inteligencia que se mezclaba con la bondad que destilaba su rostro. Estudió al sacerdote por unos minutos, lo suficiente para penetrar en lo profundo del alma simple del padre José Pedro. Tosió. El cura lo vio, se levantó y le besó la mano con humildad.

—Canónigo.

—Siéntese padre, tenemos que conversar.

Miraba al cura con sus ojos carentes de expresión. Se sentó, cruzó las manos con sumo cuidado y apartó su reluciente sotana de las vestimentas sucias del padre José Pedro. Su voz contrastaba con su figura. Podría decirse que era una voz dulce, casi femenina de no ser por un tono afirmativo que se

notaba en cada palabra. El padre José Pedro bajó la cabeza y esperó que hablase el Canónigo.

—Este arzobispado tiene graves denuncias contra usted, padre — comenzó.

El padre José Pedro quiso fingir que no entendía lo que le decía. Pero la malicia era superior a su inteligencia y en aquel momento pensó en los Capitanes de la Arena. El Canónigo sonrió levemente.

—Creo que ya sabe de qué estamos hablando.

El cura lo miró con los ojos abiertos pero enseguida bajó la cabeza.

—Sólo si se trata de los niños...

—El pecador no puede esconder su pecado, que se hace visible en su conciencia —la voz del Canónigo había perdido su tono suave.

El padre José Pedro lo oyó con pánico. Era lo que temía. Sus superiores, aquellos que tenían la capacidad de comprender los deseos de Dios, no estaban de acuerdo con los métodos que había empleado con los Capitanes de la Arena. Dentro de él se aparecía el miedo, no exactamente al Canónigo, al arzobispo, sino el temor de haber ofendido a Dios. Y hasta las manos le temblaban levemente.

La voz del Canónigo recuperó su suavidad. Era como una voz de mujer, tenue y dulce, pero que negaba sus caricias al hombre.

—Nos han llegado bastantes quejas, padre José Pedro. El arzobispado cerró los ojos con la esperanza de que usted reconociera su error y se enmendase.

Contempló al padre con una mirada dura y José Pedro bajó la cabeza.

—No hace mucho se quejó la viuda Santos. Usted ayudó a una banda de pilluelos a burlarse de ella en una plaza. Más aún, incitó a esos bandidos a que se mofaran de ella. ¿Tiene algo que decir, padre?

—No es verdad, Canónigo.

—¿Quiere usted decir que la viuda mentía?

Y fusiló al cura con la mirada. Pero esta vez José Pedro bajó la cabeza y se limitó a repetir.

—Lo que dijo no es verdad.

—¿Sabe usted acaso que la viuda Santos es una de las mayores protectoras de la religión en Bahía? No sabe las donaciones...

—Puedo contarle los hechos.

—No me interrumpa. ¿No le enseñaron en el Seminario a ser humilde y respetuoso con sus superiores? Aunque usted no ha sido un alumno de los más brillantes.

El padre José Pedro lo sabía. No era necesario que le repitiesen que había sido uno de los peores alumnos del Seminario en lo que a estudios se refería. Por eso mismo tenía tanto miedo de estar equivocado, de haber ofendido a Dios. El Canónigo debía tener razón, era mucho más inteligente y estaba más cerca de Dios, que es la suprema inteligencia.

El Canónigo hizo un gesto con la mano como si alejara aquel episodio de la viuda y su voz volvió a ser suave.

—Sin embargo, ahora hay algo mucho más grave. Por su causa, padre, el arzobispado fue acusado por las autoridades. ¿Sabe usted lo que ha hecho? ¿Lo sabe?

El cura no intentó negarlo.

—¿Fue el caso del niño con varicela?

—El niño con viruela, sí, señor. Usted ocultó el caso a las autoridades sanitarias.

El padre José Pedro confiaba en la bondad de Dios. Muchas veces había pensado que Dios aprobaba lo que estaba haciendo. Y ahora pensaba lo mismo. Aquel pensamiento había ocupado de repente su corazón. Levantó la cabeza y fijó la vista en el Canónigo.

—¿Sabe usted cómo es el leprosario? El hombre no le respondió.

—Pues es raro que un hombre vuelva de allí. Más aún cuando se trata de un niño. Enviar allí a un niño es cometer un asesinato.

—No es un problema nuestro —respondió el Canónigo con voz inexpresiva pero con tono decidido. Es un asunto de la Salud Pública. Nuestro papel es respetar las leyes.

—¿Aun cuando atenten contra la ley de la bondad de Dios?

—¿Qué sabe usted de la bondad de Dios? ¿Tiene usted facultades especiales como para decidir cuál es la voluntad de Dios? ¿Se ha apoderado de usted el demonio de la vanidad?

El padre José Pedro trató de explicarle.

—Sé que soy un cura ignorante e indigno de servir al Señor. Pero estos niños nunca tuvieron a alguien que se ocupara de ellos. Mi intención era...

—Las buenas intenciones no disculpan las malas acciones —interrumpió el Canónigo enunciando la sentencia con voz suave.

El padre José Pedro volvió a sentir que las dudas lo invadían. Pero al elevar los pensamientos a Dios recuperó parte de la confianza.

—¿Habrán sido malas acciones? Eran niños que nunca habían oído hablar seriamente de Dios. Mezclan a Dios con los santos de los negros, no tienen la menor idea acerca de la religión. Quise ver si podía salvar aquellas almas.

—Ya le dije que sus intenciones eran buenas, pero sus acciones no se correspondieron con sus intenciones.

—Es que usted no conoce a esos niños. —El Canónigo le dedicó una mirada endurecida—. Son niños iguales a hombres. Viven como hombres, lo saben todo de la vida. Hay que tratarlos de un modo especial, hacer algunas concesiones.

—Por eso hizo usted lo que ellos querían.

—A veces debo hacerlo para lograr algún resultado.

—Aceptaba los robos, los crímenes de esos delincuentes.

—¿Qué culpa tienen ellos? —El padre recordaba a João de Adão—. ¿Quién se ocupa de ellos? ¿Quién les enseña algo? ¿Quién los ayuda? ¿Qué afecto reciben? —Estaba exaltado y el Canónigo se apartaba aún más de él mientras lo contemplaba con su mirada endurecida—. Roban para comer porque todos esos ricos que tienen para tirar a la basura, para donar a las iglesias, no se acuerdan de que existen criaturas que pasan hambre... ¿Qué culpa...?

—Cállese —la voz del Canónigo era pura autoridad—. Quien lo oyese hablar diría que el que habla es un comunista. Y no es difícil que sea así. En medio de esa gentuza debe de haber aprendido también sus teorías. Usted es un comunista, un enemigo de la Iglesia.

El cura lo miró horrorizado. El Canónigo se levantó y la extendió la mano.

—Ojalá Dios sea lo suficientemente misericordioso para perdonar sus actos y sus palabras. Ha ofendido usted a Dios y a la Iglesia. Ha deshonrado las sagradas vestiduras que lleva. Violó las leyes de la Iglesia y del Estado. Ha actuado como un comunista. Por eso nos vemos obligados a no entregarle demasiado pronto la parroquia que ha solicitado. Vaya —ahora la voz volvía a tornarse suave, pero de una suavidad plena de resolución, una suavidad que no admitía réplicas—, haga penitencia por sus pecados, dedíquese a los fieles de la iglesia en la que trabaja y olvídense de esas ideas comunistas, pues si no deberemos tomar medidas más serias. ¿Piensa que Dios aprueba lo que usted hace? Recuerde que su inteligencia es muy modesta y que no le es dado penetrar los designios de Dios.

Dio la espalda al cura y emprendió la retirada. El padre José Pedro dio dos pasos hacia él y habló con la voz como estrangulada.

—Si tienen a alguien que quiera ser sacerdote... El Canónigo giró sobre sus pasos.

—La entrevista ha terminado, padre José Pedro. Puede retirarse y que Dios lo ayude a pensar mejor.

Sin embargo, el cura permaneció de pie unos minutos como si quisiera decir algo. Pero no lograba pronunciar palabra, estaba como paralizado, mirando hacia la puerta por donde había salido el Canónigo. En ese momento no podía pensar en nada. Estaba gracioso con la mano todavía extendida y el cuerpo inclinado, con la sotana sucia y remendada, los ojos abiertos y los labios temblando como si quisiera hablar. Las pesadas cortinas impedían que la luz entrara en la sala. El cura se quedó un rato más escondido en la oscuridad.

Un comunista... Una orquesta callejera y sin embargo afinada interpretaba un viejo vals:

Perdí la alegría, señor Dios mío...

El padre José Pedro caminaba pegado a la pared. El Canónigo le había dicho que no podía comprender los designios de Dios. Carecía de inteligencia y hablaba como un comunista. Ésa era la palabra que más lo perseguía. Desde todos los púlpitos se había alzado la voz de los sacerdotes contra aquella palabra. Y ahora él... El Canónigo era muy inteligente, su inteligencia lo ponía cerca de Dios, le era fácil oír Su Voz. Era él el que estaba equivocado y había perdido aquellos dos años de tanto trabajo. Pensaba acercarse a tantos niños a Dios... Niños descarriados. ¿Tendrían ellos la culpa? Deja que los niños vengan a mí... Cristo era una figura radiante y joven. También habían dicho de él los sacerdotes que era un revolucionario. Él quería a los niños... Ay de quien le haga daño a una criatura... La viuda Santos era una protectora de la Iglesia... ¿Oiría ella también la voz de Dios? Dos años perdidos... Hacía sus concesiones, por cierto. Si no, ¿cómo vincularse con los Capitanes de la Arena? No eran niños iguales a los demás... Lo sabían todo, hasta los secretos del sexo. Eran como hombres, aunque fuesen niños... No era posible tratarlos como a los chicos que van al colegio de los jesuitas a hacer la primera comunión. Ésos tienen su madre, su padre, hermanas, curas confesores, ropa y comida; todo... Pero no sería él quien le pudiera dar lecciones al Canónigo... Él lo sabía todo, era un hombre muy inteligente. Podía oír la voz de Dios... Estaba cerca de Dios. No había sido uno de los mejores alumnos... sino de los peores... Dios no se comunicaría con un cura ignorante... Oía a João de Adão. Un comunista como João de Adão... Pero los comunistas son malos, quieren destruirlo todo... João de Adão era un hombre bueno... Un comunista... ¿Y Cristo? No, no podía pensar que Cristo fuera un comunista... El Canónigo debía comprender mejor cómo eran las

cosas que un pobre cura con la sotana sucia... El Canónigo era inteligente y Dios es la inteligencia suprema. Pirulito quería ser sacerdote. Sí, quería ser sacerdote, su vocación era sincera. Pero pecaba todos los días, robaba, asaltaba. No era su culpa... Está hablando como un comunista. ¿Por qué va éste en automóvil fumando un habano? Hablando como un comunista. Lo dijo el Canónigo, ¿acaso lo perdonará Dios?

El padre José Pedro camina pegado a la pared. Las últimas notas de la orquesta distante llegan sus oídos. Los ojos del cura están abiertos de par en par.

Sí, padre José Pedro. A veces Dios habla con los más ignorantes... A ellos les habla... Él era ignorante... Pero, Dios, oye... Son unos pobres niños... ¿Qué saben ellos del bien y del mal? Jamás una mano de madre les acarició la cabeza. Ni escucharon la palabra bondadosa de un padre. Señor, no saben lo que hacen. Por eso estuve con ellos, por eso hice muchas veces lo que querían...

El cura se aprieta las manos y las eleva al cielo.

¿Será que un comunista actúa de ese modo? Darles un poco de consuelo a esas pequeñas almas. Salvarlas, mejorar sus destinos... Antes de allí sólo salían ladrones, carteristas, estafadores, los mejores eran los delincuentes... La profesión más digna... Quería que ahora saliesen trabajadores, honestos, dignos... Había que ir de a poco... Del reformatorio salían peores... No es con terribles castigos, oye, Dios... Allí los castigos son brutales... Sólo con paciencia, con bondad... Cristo también pensaba así... ¿Por qué como un comunista?... Dios puede hablarle a un ignorante... ¿Abandonar a los niños? La parroquia está perdida... La madre anciana llorará... ¿Y la carrera de la hermana en la escuela normal? También ella quiere enseñarles a los niños... Pero serán otros niños, niños con libros, con padre y madre... No serán iguales a estos que están abandonados en la calle, que duermen bajo la luna, en los puentes, en los trapiches... No puede abandonarlos. ¿Con quién estará Dios? ¿Con el Canónigo, con el pobre cura? La viuda... No, Dios está con el cura... Está con el padre... Soy demasiado ignorante para oír la voz de Dios... (Se esconde en el portón de una iglesia). Pero a veces Dios les habla a los ignorantes... (Sale del portón y sigue caminando pegado a la pared). Va a seguir, sí. De estar equivocado, Dios lo perdonará. *Las buenas intenciones no disculpan los malos actos.* Pero Dios es la bondad suprema... Seguirá... Tal vez los Capitanes de la Arena no terminen únicamente como ladrones... ¿Y no sería ésa una enorme alegría para Cristo?... Sí, Cristo sonrío. Es una figura radiante. Le sonrío al padre José Pedro. Gracias, mi Dios, gracias.

El cura se arrodilla en la calle y levanta las manos hacia el cielo. Pero ve que la gente sonríe y se pone de pie espantado. Salta a un tranvía invadido por la vergüenza.

Un hombre comenta:

—Miren un cura borracho. Qué desvergonzado... En la parada del tranvía todos se ríen.

Boa-Vida metió la uña negra e hizo estallar la ampolla. Luego se miró el brazo: estaba lleno. Por eso se sentía tan acalorado, esos dolores en el cuerpo. Era la fiebre de la viruela. La ciudad pobre estaba infectada por la viruela. Los médicos decían que la epidemia comenzaba a ceder, pero todavía eran muchos los casos y todos los días llevaban gente al lazareto.

Gente que no regresaba, pensó Boa-Vida. Hasta Almiro, por cuya causa se había armado tanto alboroto en el trapiche, había sido llevado al lazareto. Y no había regresado... Era un niño hermoso. Había quien podría decir que entre él y Barandão... Pero no era malo, no odiaba a nadie. Sem-Pernas había armado un escándalo. Luego de que se había enterado de que había muerto, parecía sentirse culpable de la muerte de Almiro. No hablaba con nadie. Sólo con el perro que se había conseguido.

—Va a terminar loco —pensó Boa-Vida.

Encendió un cigarrillo y se dirigió hacia el trapiche. El único que estaba allí era el Profesor. A esa hora de la tarde era difícil que hubiese alguien en el lugar. El Profesor lo vio cuando entraba.

—Dame un cigarrillo, Boa-Vida.

El muchacho le arrojó uno. Se acercó a su rincón e hizo un paquete con sus harapos. El Profesor se quedó mirando sus movimientos.

—¿Te vas?

Boa-Vida caminó hacia él con el paquete bajo el brazo.

—No se lo digas a nadie. Sólo a Bala.

—¿A dónde te vas? El mulato se rió.

—Al lazareto.

El Profesor vio los brazos y el pecho llenos de ampollas.

—No te vas, Boa-Vida.

—¿Y por qué no, hermanito?

—Sabes bien que de ahí al cementerio.

—¿Crees que voy a quedarme aquí para contagiar a los demás?

—Nos ocuparemos de tu...

—Se morirían todos. Almiro tenía su casa, ¿no? Yo no tengo a nadie.

El Profesor se calló. Quería decirle muchas cosas. Tenía al mulato frente a él con el paquete bajo el brazo y con el cuerpo lleno de ampollas de la viruela. Boa-Vida dijo:

—Cuéntaselo a Pedro Bala. A los demás no hace falta. El Profesor sólo alcanzó a responder:

—¿De verdad te vas?

Boa-Vida asintió y salieron del trapiche. Boa-Vida miró en dirección a la ciudad e hizo un gesto con la mano. Era como un adiós. Boa-Vida era un delincuente y nadie ama a su ciudad como los delincuentes. Miró al Profesor.

—Cuando hagas mi retrato, porque lo vas a hacer, ¿no es cierto?

—Sí, Boa-Vida —deseó decirle palabras afectuosas como a un hermano.

—No me hagas lleno de ampollas.

Su silueta desapareció en el arenal. El Profesor se quedó sin decir palabra y con un nudo en la garganta. Pero también le parecía un hermoso gesto de Boa-Vida el caminar hacia la muerte para no contagiar a los demás. Los hombres así tienen una estrella en lugar de corazón. Y cuando mueren el corazón queda en el cielo, dice Querido-de-Deus. Boa-Vida era un niño y no un hombre. Pero tenía ya una estrella en el lugar del corazón. Su silueta se había desvanecido. Y en ese momento la certeza de que nunca más vería a su amigo invadió el corazón del Profesor. La certeza de que había partido para morir.

En las *macumbas* en honor de *Omolu*, el pueblo negro, castigado por la viruela, cantaba:

*Cabono.
Aziela engoma!
Quiero ver el cuero soná!
Omolu va hacia el sertón.
La viruela lleva como espada.*

Omolu había esparcido la viruela por la ciudad. Era una venganza contra la sociedad de los ricos. Pero los ricos contaban con la vacuna y, ¿qué sabía *Omolu* de vacunas? Era un pobre dios de las selvas del África. Un dios de los negros pobres. ¿Qué podía saber de vacunas? Entonces la viruela bajó y asoló al pueblo de *Omolu*. Todo lo que el dios podía hacer era transformar la viruela negra en varicela. Una viruela blanca e inofensiva. Pero *Omolu* decía que lo que mataba no era la varicela sino el lazareto. *Omolu* sólo quería marcar a sus hijitos negros con la varicela. Lo que los mataba era el lazareto. Y las

macumbas pedían que llevase la viruela de la ciudad rumbo a los ricos latifundistas del sertón. Ellos tenían dinero, leguas y leguas de tierra, pero también ignoraban la vacuna. *Omolu* dice que partirá hacia el sertón. Y los negros, los *ogãs*, las hijas y *paisdesanto* cantan:

*Es en verdad nuestro padre.
Y es quien puede ayudarnos...*

Omolu promete partir. Pero para que sus hijos negros no se olviden de él avisa en su canto de despedida:

*Adiós, mis hijitos.
Que me voy y he de volver...*

Y en una noche en que los atabaques sonaban en las *macumbas*, en una noche de misterio en Bahía, *Omolu* se subió al tren de la Leste Brasileira y partió hacia el sertón del Juazeiro. La viruela se fue con él.

Boa-Vida regresó muy flaco, la ropa le bailaba en el cuerpo. El rostro le había quedado completamente picado. Los demás lo miraron con desconfianza aquella noche en que entró en el trapiche. Pero el Profesor se apuró a recibirlo.

—¿Quedaste bien, mulato?

Boa-Vida se sonrió. Todos le daban la mano y Pedro Bala lo abrazó.

—Mulato bueno. Mulato genial.

Hasta Sem-Pernas se acercó, João Grande se quedó al lado de Boa-Vida. El mulato contempló sus amigos. Pidió un cigarrillo. Las manos estaban descarnadas y el rostro huesudo. Permaneció en silencio mientras contemplaba con amor el viejo trapiche, a los niños, al perro que estaba acostado sobre el regazo de Sem-Pernas. Entonces João Grande preguntó:

—¿Cómo era el lazareto?

Boa-Vida giró con rapidez. Su rostro se transformó en una mueca amarga de disgusto. Tardó un poco en responder. Luego las palabras salieron con dificultades.

—Nadie lo puede decir, nadie. Es algo demasiado... Una mugre. Cuando entras allí es como meterte en el ataúd.

Miró a los demás, que estaban pendientes de sus palabras. Su voz adquirió un tono amargo.

—Igual que entrar en el ataúd para ir al cementerio. Lo mismo.

No supo qué más decir. Sem-Pernas preguntó entre dientes:

—¿Qué más?

—Nada, nada. No sé. Por Dios, no preguntes más —bajó la cabeza que se sacudía para todos lados. La voz resultó muy baja, como si aún temiera algo—. Es lo mismo que ir al cementerio. Todo está ya muerto.

Miró como pidiendo que no le preguntaran nada más. João Grande les dijo a los demás:

—No deberíamos seguir preguntando.

Boa-Vida lo apoyó con un movimiento de su mano. Dijo por lo bajo:

—Nada. Es demasiado horrible...

El Profesor miró el pecho de Boa-Vida. Estaba todo picado de viruela. Pero en el lugar del corazón el Profesor vio una estrella.

Una estrella en el lugar del corazón.

Destino

Luego de que ocuparan la mesa del rincón, el Gato sacó el mazo de cartas. Pero ni Pedro Bala, ni João Grande, ni el Profesor y ni siquiera Boa-Vida demostraron el menor interés. Esperaban a Querido-de-Deus en el Porta do Mar. Las mesas estaban todas ocupadas. Hacía mucho tiempo, el bar se había quedado sin parroquianos. La viruela había sido la causa. Ahora que se había ido, los hombres comentaban los muertos. Alguien habló del lazareto. *Es una desgracia ser pobre*, dijo un marinero.

En una de las mesas pedían *cachaça*. Hubo un movimiento de vasos en el mostrador y fue entonces que un viejo dijo:

—Nadie puede cambiar su destino. Es algo que se decide allí arriba —y apuntaba hacia el cielo.

Pero João de Adão habló desde otra mesa:

—Un día vamos a cambiar el destino de los pobres. Pedro Bala levantó la cabeza y el Profesor acompañó esas palabras con una sonrisa. Pero João Grande y Boa-Vida parecían de acuerdo con las palabras del viejo, quien volvió a decir:

—Nadie puede cambiarlo, no. Está escrito allá arriba.

—Un día lo vamos a cambiar —dijo Pedro Bala, y todos miraron al chico.

—¿Y tú qué sabes, pendejito? —preguntó el viejo.

—Es el hijo del Rubio, habla con la voz del padre —respondió João de Adão, mirándolo con respeto—. Su padre murió para cambiar nuestro destino.

Miró a todos. El viejo se calló y también lo miraba con respeto. De a poco todos se sintieron más a gusto. Allí afuera comenzó a sonar una guitarra.

LA NOCHE DE LA GRAN PAZ, DE LA GRAN PAZ DE TUS OJOS

Hija de la viruela

Se había reanudado la música en el morro. Los pillos volvían a tocar la guitarra, a cantar *modinhas*, a inventar sambas que luego vendían a los compositores célebres de la ciudad. Nuevamente se reunía todas las tardes un grupo en la posada de Deoclécio. Durante un tiempo todo se había suspendido en el morro para dar lugar al llanto y a las lamentaciones de mujeres y niños. Los hombres pasaban con la cabeza baja rumbo a sus casas o sus trabajos. Y los ataúdes negros de los adultos, los ataúdes blancos de las vírgenes y los pequeños ataúdes de los niños bajaban por las ásperas laderas del morro rumbo al lejano cementerio. Eso cuando no eran sacos que descendían con los enfermos aún vivos que eran llevados al lazareto. La familia lloraba como lo haría con un muerto, pues estaban seguros de que no volverían jamás. No se escuchaba siquiera una guitarra. Ni la voz caudalosa de un negro penetraba entonces la tristeza del morro. Sólo las oraciones de los penitentes, el llanto convulsivo de las mujeres.

Así estaba el morro cuando Estêvão fue llevado al lazareto. No regresó y cierta tarde Margarida supo que él había muerto allí, y esa misma tarde le había comenzado la fiebre. Pero la varicela parecía ser de lo más mansa en el cuerpo de aquella mujer, por lo que escondió a todos la novedad evitando así que se la llevaran en un saco. De a poco fue mejorando. Sus dos hijos andaban por la casa haciendo lo que ella les ordenaba. Zé Fuinha era un tanto inútil, con sus seis años todavía no sabía hacer nada. Pero Dora tenía trece, casi catorce, ya bajo el vestido los senos se hacían notar, parecía una mujercita, muy seria, buscaba los remedios para su madre y se ocupaba de ella. Margarida mejoró cuando ya las guitarras comenzaban a sonar en el morro, porque la epidemia de viruela había terminado. La música volvió a dominar las noches del morro y Margarida, aunque no estaba completamente repuesta, se presentó en la casa de algunas clientas en busca de ropa. Volvió con el paquete sobre las espaldas y se dirigió hacia la fuente. Trabajó todo el día, bajo el sol y bajo la lluvia que cayó por la tarde. Al otro día no regresó a trabajar porque tuvo una recaída y las recaídas son siempre terribles. Dos días después bajaba del morro el último ataúd fabricado por la viruela. Dora no lloraba. Le corrían las lágrimas por el rostro, pero mientras bajaba el cajón pensaba más que nada en Zé Fuinha, que pedía algo para comer. Su hermanito

lloraba de dolor y de hambre. Era demasiado pequeño para comprender que se había quedado sin nadie en la inmensidad de la ciudad.

Los vecinos se ocuparon esa tarde de la cena de los huerfanitos. Al día siguiente, el árabe que era el dueño de las barracas del morro ordenó que se desinfectara con alcohol la de Margarida. Y después la alquiló, pues era una barraca bien ubicada, bien en lo alto de la ladera. Y mientras los vecinos discutían el problema de los huerfanitos, Dora tomó a su hermano de la mano y bajó a la ciudad. No se despidió de nadie, fue como una fuga. Zé Fuinha iba sin saber a dónde lo llevaban, arrastrado por su hermana. Dora caminaba tranquila. En la ciudad habrían de encontrar quien les diera de comer, por lo menos alguien que se ocupara de su hermano. Ella conseguiría un empleo de lavandera en alguna casa. Todavía era una niña, pero había casas que las preferían pequeñas porque el jornal era menor. Su madre alguna vez le había hablado de emplearla como lavandera en la casa de una clienta. Dora sabía dónde era y se dirigió hacia allí. Quedaron atrás el morro, la música de las guitarras, el samba que cantaba un negro.

Los pies descalzos de Dora se queman en el asfalto caliente. Zé Fuinha camina alegre, contemplando la ciudad desconocida para él, los tranvías que pasan llenos, los ómnibus que bocinan, la multitud que atraviesa las calles. Cierta vez, Dora había ido con Margarida a la casa de esa clienta. Era en la Barra, y habían viajado en un tranvía con portaequipajes, llevando el paquete de ropa lavada. La dueña de casa había recibido muy bien a Dora, preguntándole si le gustaría ir a trabajar allí. Margarida había quedado en traerla cuando creciera un poco más. Era hacia allí donde se dirigía Dora. Y preguntando a unos y otros tomó el camino de la Barra. La caminata era extensa, el sol sobre el asfalto le quemaba los pies descalzos. Zé Fuinha comenzó a pedirle de comer y a quejarse del cansancio. Dora lo calmó con promesas y continuaron su caminata. Pero al llegar al Campo Grande, Zé Fuinha no pudo más. El trayecto era demasiado para sus seis años. Entonces Dora entró en una panadería, cambió los únicos quinientos *reis* que tenía, compró dos panes del día anterior y dejó a Zé Fuinha sentado en un banco con los panes.

—Come y espérame, ¿escuchaste? Voy hasta allí y vuelvo enseguida. Pero no te muevas de este lugar porque te vas a perder.

Zé Fuinha lo prometió con expresión seria, mientras le pegaba mordiscones a los duros panes. Ella le dio un beso y se fue.

El policía que le dio la información echó una ojeada a sus nacientes senos. Su maltratado cabello rubio volaba con el viento. Sentía quemazones en la

planta de los pies y un cansancio por todo el cuerpo. Pero continuó. El número era el 611. Cuando llegó al 53 se detuvo un poco para descansar y pensar en lo que le diría a la dueña de la casa. Luego retomó su paso. Ahora el hambre le debilitaba el cuerpo, esa hambre terrible de los niños a los trece años, un hambre que exige ser saciada de inmediato. Dora sentía ganas de llorar, de dejarse caer en la calle, bajo el sol, y quedarse allí inmóvil. La invadió la nostalgia de sus padres muertos. Pero pudo sobreponerse a todo y siguió.

El 611 era una casa grande, casi un palacete, con árboles al frente. En una *mangueira*, una hamaca en la que se balanceaba una niña de la edad de Dora. Un muchachote de unos diecisiete años la hamacaba y los dos se reían. Eran los hijos del dueño de casa. Dora se quedó allí unos minutos mirándolos con envidia. Luego tocó el timbre. El muchacho la miró, pero siguió hamacando a su hermana. Dora volvió a tocar y esta vez vino la mucama. Le explicó que quería hablar con doña Laura, la patrona. La mucama la miró con desconfianza. Pero el muchachote dejó de hamacar a la hermana y se dirigió hacia el portón. Miraba los senos mal desarrollados de Dora, los muslos que se dejaban entrever bajo el vestido.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

—Quería hablar con doña Laura. Soy la hija de Margarida, que le lavaba ropa. Y ahora ella se murió.

El muchacho no despegababa los ojos de los senos de Dora. Era linda la pequeña, con ojos grandes, el cabello muy rubio, nieta de italiano con una mulata. Margarida decía que había salido al abuelo, que también tenía el cabello muy rubio y un enorme bigote muy cuidado. Dora bajó los ojos porque el chico no sacaba los suyos de sus pechos. Él también se sintió incómodo y le dijo a la mucama:

—Ve a llamar a mamá.

—Sí, señor.

El muchacho sacó un cigarrillo y lo prendió. Jugó con el humo ascendente y extendiendo los labios dio una nueva mirada a los pechos de Dora.

—¿Estás buscando trabajo?

—Sí, señor.

El viento le levantó un poco el vestido. Él tuvo algunos pensamientos sucios cuando vio una parte de su muslo. Ya soñaba estar en la cama y las cosas que ocurrirían cuando Dora le trajera el desayuno.

—Voy a ver si mamá te hace algún lugar.

Ella agradeció. Pero estaba un poco asustada, aun cuando se le hubiese escapado mucho de la malicia de sus miradas. Llegó doña Laura, con sus cabellos grises, con su hija atrás, espiondo a Dora con los ojos bien abiertos. Era pecosa, pero tenía una cierta gracia.

Dora le contó que su madre había muerto.

—Usted me había prometido un empleo.

—¿De qué murió Margarida?

—De viruela, señora.

Dora no se dio cuenta que al decir eso acababa de perder el empleo.

—¿De viruela?

La muchacha se alejó recelosa. Hasta el muchacho se puso a cierta distancia y pensó en los pequeños senos de Dora marcados de viruela. Escupió con asco. Doña Laura puso una expresión triste.

—Es que ya tomé otra empleada. Ahora no preciso a nadie. Dora pensó en Zé Fuinha:

—¿No necesita usted un niño pequeño que le haga las compras, algún recado, esas cosas? Es mi hermano...

—No, hija, no necesito.

—¿No sabe de alguien?

—No, si supiera te recomendaría.

Quería ponerle fin a la conversación. Se volvió al hijo.

—¿Tienes ahí dos mil *reis*, Emanuel?

—¿Para qué, mamá?

—Dámelos.

Al recibirlos, los apoyó sobre los escalones. Le daba miedo tocar a Dora, quería que se fuese antes de contagiar la casa.

—Toma esto para ti. Que Dios te ayude.

Dora volvió a bajar a la calle. El muchacho siguió mirándole las nalgas que aparecían redondas bajo el vestido apretado. Pero la voz de doña Laura lo interrumpió. Hablaba con la mucama.

—Dos Reis, pasa un trapo con alcohol en la puerta, donde se apoyó la chica. No hay que descuidarse con la viruela.

El muchacho volvió a hamacar a la hermana en las *mangueiras*. Pero de vez en cuando suspiraba para sí: *tenía unos pechos muy bonitos*.

Zé Fuinha no estaba en el banco. Dora se pegó un gran susto. Tal vez su hermano hubiera salido por la ciudad y se hubiese perdido. ¿Y cómo lo iba a encontrar, ella que conocía tan poco la ciudad? Además la invadía el cansancio, el desaliento, la nostalgia por su madre muerta, el deseo de llorar.

Le dolían los pies y tenía hambre. Pensó en comprar algo de pan (ahora tenía dos mil cuatrocientos) pero en cambio salió en busca de su hermano. Terminó por encontrarlo bajo los árboles de una plaza comiendo ciruelas verdes. Dora le pegó en la mano.

—¿No sabes que eso te da dolor de barriga?

—Tengo hambre.

Ella compró pan y comieron. La tarde se pasó en caminar de un lugar a otro en busca de trabajo. En todas las casas le decían que no, el miedo a la viruela superaba a la bondad. Al llegar la noche, Zé Fuinha no podía más del cansancio. Dora estaba triste y pensaba en regresar al morro. Resultaría una carga para los vecinos pobres. No quería volver. Su madre había salido en un ataúd de aquel morro y su padre en un saco. Una vez más dejó a Zé Fuinha en una plaza para comprar algo de comer en alguna panadería antes de que cerrase. Gastó sus últimas monedas. Cuando se encendieron las luces todo le pareció al principio muy bonito. Pero muy pronto sintió que la ciudad era su enemiga, que lo único que había hecho era quemarle los pies y agotarla. Aquellas casas bonitas la habían rechazado. Volvió encorvada, apartándose las lágrimas con el borde de las manos. Y no encontró otra vez a Zé Fuinha. Luego de dar una vuelta por la plaza halló a su hermano que miraba un juego de canicas entre dos chicos: un negro fuerte y un blanco flaquito. Dora se sentó en un banco y llamó al hermano. También los niños que jugaban se levantaron. Ella quitó el envoltorio de los panes y le dio uno a Zé Fuinha. Los niños la miraban. Se dio cuenta enseguida de que el negro tenía hambre. Les ofreció algo de pan. Se quedaron los cuatro comiendo el pan del día anterior (era más barato) en silencio. Cuando terminaron, el negro batió palmas y dijo:

—Tu hermano dice que tu madre murió de viruela.

—Papá también.

—Allí también murió uno.

—¿Tu padre?

—No. Almiro, uno del grupo.

El flaquito blanco, que había estado callado, preguntó:

—¿Encontraste un lugar para trabajar?

—Nadie quiere a la hija de un apestado.

Ahora lloraba. Zé Fuinha jugaba en el suelo con las canicas que los otros habían dejado cerca de los árboles. El negro se rascaba la cabeza. El flaquito lo miró y luego se fijó en Dora.

—¿Tienes dónde dormir?

—No.

El flaquito habló con el negro.

—Vamos a llevarla al trapiche.

—Una chica, ¿qué va a decir Bala?

—Está llorando —dijo el flaquito en voz muy baja.

El negro la miró. Evidentemente vacilaba. El blanco se rascó el cuello espantando una mosca. Puso muy despacito la mano sobre el hombro de Dora, como si tuviera miedo de tocarla.

—Ven con nosotros. Dormimos en un trapiche. El negro hizo un esfuerzo para sonreír.

—No es un palacete, pero es mejor que la calle. Emprendieron camino con João Grande y el Profesor adelante. Los dos tenían ganas de conversar con Dora, pero ninguno sabía qué decir y jamás habían pasado por una situación semejante. La luz de los faroles pegaba contra sus cabellos rubios. El negro dijo:

—Es una belleza.

—Hermosa —agregó el Profesor.

Pero no le miraban ni los senos ni los muslos. Contemplaban el cabello rubio golpeado por la luz de las lamparillas eléctricas.

Al llegar al arenal, Zé Fuinha no pudo seguir andando. El negro João Grande alzó al niño (a pesar de ser él también un niño) y lo subió a babucha. El Profesor iba junto a Dora, pero permanecían callados en medio de la noche.

Entraron al trapiche un tanto recelosos. João Grande depositó a Zé Fuinha en el piso y se detuvo esperando a que el Profesor y Dora entrasen. Todos se dirigieron hacia el rincón del Profesor, quien encendió una vela. Los demás los miraban sorprendidos. El perro de Sem-Pernas ladró.

—Gente nueva —murmuró el Gato que estaba por salir. El Gato enfiló hacia donde se hallaban.

—¿Quién es, Profesor?

—Su madre y su padre murieron de viruela. Estaban en la calle sin lugar para dormir.

Gato miró a Dora ensayando su mejor sonrisa. Hizo una especie de reverencia (había visto en el cine que un galán hacía lo mismo) con el cuerpo y probó con una frase que había oído alguna vez.

—Bienvenida, *madame*.

No sé acordó cómo seguía, se quedó un tanto trabado y salió para ver a Dalva. Pero los demás ya se acercaban. Sem-Pernas y Boa-Vida venían adelante. Dora miraba asustada. Zé Fuinha dormía, víctima del cansancio. João Grande se puso delante de Dora. La luz de la vela iluminaba los cabellos rubios de la niña y de vez en cuando se posaba en sus senos. El Profesor se puso de pie y se apoyó en la pared. Ahora entraba la luz por los agujeros del techo.

Boa-Vida se hallaba delante de ellos. Sem-Pernas se acercaba rengueando y los demás lo seguían con los ojos fijos sobre Dora. Boa-Vida dijo:

—¿Quién es esta muñequita? El Profesor se adelantó.

—Estaba con hambre. Ella y su hermano. La viruela mató a su padre y a su madre.

Boa-Vida dio una larga carcajada e inclinó el cuerpo.

—Es una putita.

Sem-Pernas lanzó su risa burlona y apuntó a los demás.

—Todos están como *urubús* sobre la carroña.

Dora se puso al lado de Zé Fuinha, que se había despertado y temblaba de miedo. Surgió una voz de entre los niños.

—¿Piensas, Profesor, que es algo para que se coman sólo tú y João Grande? Deja una porción para nosotros.

Otro gritó:

—Ya estoy con la lanza preparada.

Fueron muchos los que se rieron. Uno se adelantó exhibiendo su sexo a João Grande.

—Mira como está el muñeco, enloquecido.

João Grande se puso ante Dora. No decía nada, pero agarró el puñal. Sem-Pernas gritó:

—Así no arreglas nada. Ella tiene que ser para todos. El Profesor respondió.

—¿No ves que es una niña?

—¡Ya tiene pechos! —exclamó una voz.

Volta Seca salió de entre el grupo. Su mirada delataba excitación y traía una sonrisa en el rostro sombrío.

—*Lampião* tampoco respeta a ninguna. Entrégala, Grande. Sabían que el Profesor era débil y no soportaba los golpes.

Estaban locamente excitados, pero seguían temiendo a João Grande, que sostenía su puñal. Volta Seca se imaginaba dentro del grupo de *Lampião*,

dispuesto a desflorar junto a todos los demás a la hija de un *fazendeiro*. La vela iluminaba los cabellos rubios de Dora y el pánico le surcaba el rostro.

João Grande no decía nada pero apretaba el puñal. El Profesor abrió su navaja y se puso al lado del negro. Entonces Volta Seca también sacó su puñal y avanzó. Los demás iban detrás de él, mientras el perro no dejaba de ladrar. Boa-Vida volvió a hablar:

—Ponte a un lado, Grande. Es mejor...

El Profesor pensaba que si el Gato estuviera allí se pondría de su lado, porque ya tenía su propia mujer. Pero el Gato se había ido.

Dora vio avanzar al grupo. El miedo fue venciendo al desaliento y al cansancio en que estaba sumida. Zé Fuinha lloraba. Dora no le quitaba los ojos de encima a Volta Seca. La cara sombría del mulato estaba atravesada por el deseo mientras lo sacudía una risa nerviosa. Vio también las marcas de la viruela en el rostro de Boa-Vida cuando éste pasó ante la vela y entonces recordó a su madre muerta. La sacudió un sollozo que detuvo por un momento a los niños. El Profesor dijo:

—No ven que está llorando.

Se habían parado un instante. Pero Volta Seca dijo:

—¿Y qué nos importa? Una concha es siempre una concha. Siguieron avanzando. Se movían lentamente, con los ojos fijos en Dora y en el puñal que João Grande llevaba en la mano. De repente aceleraron y estaban ya muy cerca. João Grande habló por primera vez:

—Al primero que se acerque lo corto...

Boa-Vida se rió y Volta Seca hizo girar su puñal. Zé Fuinha lloraba, Dora lo miraba con los ojos despavoridos. Se abrazó a él y vio a João Grande derribar a Boa-Vida. La voz de Pedro Bala, quien estaba entrando, hizo que todos se detuvieran.

—¿Qué diablos es esto?

El Profesor se levantó. Volta Seca lo soltó, pero ya lo había herido en el brazo. Boa-Vida se quedó acostado con un tajo en la cara. João Grande continuó en guardia delante de Dora. Pedro Bala se adelantó.

—¿Qué es esto?

Boa-Vida habló desde el suelo.

—Estos vivos se consiguieron una buena comida y quieren que sea para ellos solos. Tenemos derecho...

—También yo. Por lo menos quiero comérmela hoy —chilló Sem-Pernas.

Pedro Bala contempló a Dora. Vio el cabello rubio, los pechos.

—Tienen derecho —dijo—. Retrocede, João Grande.

El negro miró espantado a Pedro Bala. El grupo volvía a avanzar, esta vez encabezado por Pedro Bala. João Grande extendió los brazos y exclamó:

—Bala, me cargo al primero que llegue hasta aquí. Pedro Bala se adelantó un paso más.

—Córrete, Grande.

—¿No ves que es una niña? ¿No te das cuenta?

Pedro Bala se detuvo y el grupo hizo lo mismo detrás de él. Ahora Pedro Bala miraba a Dora con otros ojos. Veía el terror en su rostro, las lágrimas que caían de sus ojos. Oyó el llanto de Zé Fuinha. João Grande hablaba:

—Siempre estuve contigo, Bala. Soy tu amigo pero ella es una niña, fui yo con el Profesor quienes la trajimos. Soy tu amigo, pero si te acercas te mato. Es una niña y nadie le va a hacer daño.

—Te sacamos y después... —dijo Volta Seca.

—Cállate la boca —gritó Pedro Bala.

João Grande prosiguió:

—Su padre, su madre, murieron por la viruela. Nosotros la encontramos, no tenía dónde dormir y la trajimos. No es una puta, es una niña, ¿no ves que es una niña? Nadie la toca, Bala.

Pedro Bala dijo bajito:

—Es una niña...

Saltó del lado de João Grande y del Profesor.

—Eres un negro bueno. Estás en lo justo. —Se volvió hacia los demás. Quien quiera venir, que venga.

—No puedes hacer esto, Bala —y Boa-Vida se pasaba la mano por el tajo—. Ahora quieres comértela tú solo junto a Grande y al Profesor.

—Juro que no quiero comérmela, ni ellos tampoco. Es una niña. Y nadie va a tocarla. Quien quiera venir, que venga.

Los más chicos y los más miedosos se fueron alejando. Boa-Vida se levantó, fue hasta su rincón limpiándose la sangre. Volta Seca le habló despacio a Pedro Bala:

—No es que no vaya por miedo. Es porque dijiste que era una niña.

Pedro Bala se acercó a Dora.

—No tengas miedo. Nadie va a tocarle.

Salía de su rincón, arrancó un trozo de tela de la falda y comenzó a vendarle la herida al Profesor. Luego se acercó a donde estaba Boa-Vida (que se había encogido todo), mojó la herida del pillo y le puso un trapo encima. Todo el temor y todo el cansancio habían desaparecido, porque confiaba en Pedro Bala. Después le preguntó a Volta Seca:

—¿También estás herido?

—No —contestó el mulato sin comprender. Y se escapó hacia su rincón. Parecía como si Dora le causara miedo.

Sem-Pernas miraba. El perro se levantó de su regazo y fue a lamerle los pies a la muchacha. Ella lo acarició y le preguntó a Sem-Pernas:

—¿Es tuyo?

—Sí, pero puedes quedarte con él.

Ella sonrió. Pedro Bala recorrió al descuido el trapiche y luego les dijo a todos:

—Mañana ella se va. No quiero niñas aquí.

—No —dijo Dora. Me quedo, los puedo ayudar. Sé cocinar, coser, lavar la ropa.

—Por mí puede quedarse —dijo Volta Seca. Dora miró a Pedro Bala.

—¿No dijiste que nadie me haría daño?

Pedro Bala contempló los cabellos rubios. La luna entraba por el trapiche.

Dora, madre

El Gato llegaba balanceando el cuerpo con su característica manera de caminar. Había estado tratando durante un largo rato de enhebrar el hilo en la aguja. Dora había hecho dormir a Zé Fuinha y ahora se preparaba para oír al Profesor que le leería aquella historia tan bonita del libro de tapas azules. El Gato se acercó lentamente balanceando el cuerpo.

—Dora...

—¿Qué quieres, Gato?

—¿Quieres hacer algo?

Miraba la aguja y el hilo que tenía en la mano. Parecía estar ante de un problema complicadísimo. No sabía cómo arreglarlo. El Profesor detuvo la lectura y el Gato cambió de conversación.

—Vas a quedarte ciego de tanto leer, Profesor. Si por lo menos fuera luz eléctrica. —Y miró a Dora sin decidirse.

—¿Qué quieres, Gato?

—Esta porquería de hilo. Nunca he visto nada tan difícil. Meter esto en el ojo de la aguja.

—Dámelo.

Enhebró el hilo e hizo un nudo en una de las puntas. El Gato le dijo al Profesor:

—Sólo una mujer puede hacer semejante cosa.

Extendió la mano para recibir la aguja, pero Dora no se la dio. Le preguntó al Gato qué tenía que coser. El muchacho le mostró el bolsillo roto del saco. Era aquel traje de casimir que había pertenecido a Sem-Pernas cuando había sido un niño rico que vivía en aquella casa de la Graça.

—¡Es una ropa estupenda! —dijo el Gato.

—Es realmente buena —estuvo de acuerdo Dora—. Quítate la chaqueta.

El Profesor y el Gato se quedaron viéndola coser. En verdad no era una maravilla para la costura pero ellos jamás habían tenido a alguien que les remendara las ropas, y sólo el Gato y Pirulito tenían el hábito de remendar las suyas. Gato por sus pretensiones de ser elegante y porque tenía su amante. Pirulito, porque le gustaba andar prolijo. Los demás dejaban que los harapos que conseguían se deshicieran aún más hasta que se convertían en trapos que no servían para nada. Entonces mendigaban o se robaban otros pantalones y algún saco. Dora terminó su trabajo.

—¿Tienes más?

Gato se alisó el cabello lleno de brillantina.

—La espalda de la camisa.

Se dio vuelta. La camisa estaba rasgada de arriba abajo. Dora le dijo que se sentase y comenzó a coser sobre el propio cuerpo del Gato. Cuando sus dedos tocaron por primera vez la espalda del muchacho, él sintió como un escalofrío. Como cuando Dalva le pasaba sus uñas largas y cuidadas, arañándole la espalda y diciéndole:

—La gatita araña al gatito.

Pero Dalva no le cosía la ropa, tal vez ni siquiera supiese enhebrar un hilo en el ojo de una aguja. Lo que le gustaba era trenzarse con él en la cama, arañarle la espalda, pero a propósito para estremecerlo y excitarlo, para que el amor resultase aún mejor. Pero con Dora era distinto. No era adrede. Sus manos (uñas maltratadas y sucias, roídas a dentelladas) no pretendían excitarlo ni estremecerlo. La pasaba como si fuera la mano de una madre que le remendara las camisas al hijo. La madre del Gato había muerto joven. Era una mujer frágil y bonita. También tenía las manos maltratadas, pues la esposa de un obrero no va a la manicura. Y tenía también esa manera de remendar las camisas del Gato sobre sus espaldas. La mano de Dora vuelve a tocarlo. Ahora la sensación es diferente. Ya no se trata de un estremecimiento de deseo. Es esa sensación de un afecto sano, de seguridad que brindan las manos de una madre. Dora está detrás de él, no lo ve. Entonces se imagina que es su madre que ha vuelto. El Gato vuelve a ser pequeño de nuevo, vestido con una blusa bordada y en sus travesuras por las laderas la ha roto toda. Y su madre llega, hace que se siente frente a ella y sus manos ágiles manejan la aguja y de vez en cuando lo tocan y le dan esa sensación de felicidad absoluta. Ningún deseo. Sólo felicidad. Ella ha vuelto y remienda las camisas del Gato. Un anhelo de acostarse en la falda de Dora y dejar que ella le cante para que se duerma, como cuando era pequeñito. Recuerda que aún es un niño. Pero sólo por la edad, porque en lo demás es igual a un hombre, que roba para vivir, que duerme todas las noches con una mujer de la vida, que recibe dinero de ella. Pero esta noche es completamente niño, se olvida de Dalva, de sus manos que lo arañan, de los labios que se aprietan con los suyos en larguísimos besos, del sexo que lo absorbe. Olvida su vida de pequeño carterista, de poseedor de un mazo de barajas marcadas, de jugador deshonesto. Lo olvida todo, es apenas un niño de catorce años con su madrecita que le remienda las camisas. Quisiera que ella le cantara para dormirse. Una de aquellas nanas que hablan de un bicho hablador. Dora

muerde el hilo y se inclina hacia él. Sus cabellos rubios le tocan el hombro al Gato. Pero su único deseo es que ella siga siendo su madrecita. En aquel momento, su felicidad es casi absurda. Es como si hubiese desaparecido la vida que siguió a la muerte de su madre. Y es como si hubiese seguido siendo un niño como los demás, pues esta noche su madre ha vuelto. Y la voz que le dice *hasta pronto, Gato*, suena en sus oídos exactamente como la voz dulce y musical de su madre que le cantaba, con su cabeza recostada en el pecho, esas canciones para dormirse.

Se levanta y mira agradecido a Dora.

—Eres ahora nuestra madrecita. —Pero le da vergüenza lo que dice, piensa que Dora no entenderá lo que le dice porque ella se ríe con su rostro serio de casi mujercita. Pero el Profesor lo comprende y la escena del Gato, frente a Dora, hablando con voz feliz, pero sin deseo, tratándola de madre y ella sonriendo con aire maternal de casi mujercita, queda grabada en la mente del Profesor como un cuadro.

El Gato se pone el saco sobre el hombro y sale caminando con su paso torcido. Siente que hay algo nuevo en el trapiche, que han encontrado una madre. Dalva lo encuentra extraño esa noche.

—¿Qué le pasa a mi Gatito? ¿Qué le pasó?

Pero él guarda su secreto. Es algo demasiado grande encontrarse con una madre que ya ha muerto. Dalva no lo entendería.

Cuando el Profesor estaba empezando su historia, llegó João Grande y se sentó a su lado. La noche estaba lluviosa. También llovía durante la noche de la historia que contaba el Profesor y el navío se hallaba en un tremendo peligro. Los marineros recibían latigazos, el capitán era un malvado. El barco a vela parecía a punto de zozobrar a cada momento, el látigo de los oficiales caía sobre las espaldas desnudas de los marineros. João Grande tenía una expresión de dolor en el rostro. Volta Seca entró con un diario pero se quedó oyendo sin interrumpir el relato. Ahora el marinero John recibía latigazos porque se había resbalado y caído en medio del temporal. Volta Seca intervino.

—Si *Lampião* estuviese allí ya se hubiera fusilado a ese capitán.

Fue lo que hizo el marinero James, un hombre con todas las letras. Se arrojó sobre el capitán y estalló la revuelta en el buque. Afuera llovía. También llovía en la historia, era la historia de un temporal y de una revuelta. Uno de los oficiales se pasó del lado de los marineros.

—Es de lo mejor —dijo João Grande.

Adoraban los actos heroicos. Volta Seca miró a Dora. Sus ojos brillaban, ella también adoraba los actos heroicos. Eso le gustó al *sertanejo*. Después el marinero James mantuvo una lucha feroz. Volta Seca silbó como un pájaro impulsado por la alegría. Dora, satisfecha, se rió también. Se rieron los dos juntos y luego fue una carcajada de los cuatro como era habitual entre los Capitanes de la Arena. Se rieron unos minutos y otros se acercaron a tiempo para escuchar el final de la historia. Miraban el rostro serio de Dora, las facciones de una casi mujercita que los contemplaba con cariño de madre. Sonreían y cuando el marinero James arrojó al capitán del navío a un bote salvavidas y lo trató de *cobra sin veneno*, todos se rieron junto a Dora y la miraron con amor, como niños que contemplan a una madre muy amada.

Cuando el relato terminó volvieron a sus rincones entre comentarios:

—Genial.

—Un macho de verdad. —También sabía pelear.

—El capitán era un tremendo hijo de puta, ¿no?

Volta Seca le alcanzó el diario al Profesor. Dora lo miró y él se sintió un tanto confundido.

—Es que trae noticias de *Lampião* —su rostro sombrío se aclaraba—. ¿Sabes que *Lampião* es mi padrino?

—¿Padrino?

—Exacto. Fue mi madre quien lo eligió, porque *Lampião* es un macho de verdad, que no respeta autoridad. Mi madre fue una mujer valiente, una mujer capaz de llevar un fusil. Un día hizo escaparse a dos soldados que se pasaron de vivos. Era flor de mujer. Valía tanto como un hombre.

Dora lo escuchaba fascinada. Su rostro serio miraba con la mayor simpatía las facciones sombrías del mulato. Volta Seca se quedó callado, pero con la actitud de quien quiere decir algo. Finalmente habló.

—Tú también eres valiente, ¿lo sabes? Mi madre era una gran mujer. Era mulata, no tenía el cabello rubio, tenía una tremenda cabellera enrulada. No era para nada una niña, podría ser tu abuela, pero te pareces a ella.

Miró a Dora, pero bajó la cabeza.

—Parece mentira pero me la recuerdas. Parece mentira, pero te le pareces.

El Profesor miró con ojos de miope. Volta Seca casi gritaba, su rostro sombrío mostraba la alegría de un descubrimiento. *También él descubrió a su madre*, pensó el Profesor. Dora estaba seria, pero su mirada era afectuosa. Volta Seca se rió, ella se rió con una risa que muy pronto se transformó en carcajadas. Comenzó a leer con rapidez la noticia del diario.

Lampião había sido emboscado al entrar en un poblado. El chofer de un camión que lo había visto en la carretera junto a su grupo se había comunicado con la aldea para avisarles. Hubo tiempo para que pidieran refuerzos a los poblados cercanos y también se reunió con ellos la columna volante. Cuando entró *Lampião* se encontró con una balacera que no esperaba. El tiroteo duró mucho, sólo *Lampião* logró escapar a la *caatinga*, que es su casa. Uno de los hombres de la banda quedó tirado con una bala en el pecho. Le cortaron la cabeza y la enviaron a Bahía como muestra de triunfo. El diario publicaba la foto. La boca abierta, con los ojos arrancados, un hombre que sostenía la cabeza por la cabellera rala. Le habían cortado el cuello con un cuchillo. Dora comentó:

—¡Pobrecito! ¡Qué maltrato!

Volta Seca la miró agradecido. Sus ojos estaban inyectados en sangre y su rostro se mostraba aún más sombrío. Dolorosamente sombrío.

—Hijo de una yegua —dijo bajito—. Hijo de una yegua de alquiler. Si un día te agarro.

La noticia suponía que había otros hombres de *Lampião* heridos, pues la retirada del grupo fue muy rápida. Volta Seca habló en sordina, como si hablase para sí mismo.

—Es tiempo de que vaya.

—¿A dónde?

—A unirme a mi padrino. Me está necesitando. Ella lo miró con tristeza.

—¿Realmente te vas, Volta Seca?

—Sí, me voy.

—¿Y si la policía te mata? ¿Y si te cortan la cabeza?

—Te juro que no me van a atrapar vivo. Me llevo alguno conmigo, pero no me atrapan vivo. No tengo miedo, para nada.

Le aseguraba a su madre, mulata *sertaneja* fuerte y valiente, capaz de pelearse con los soldados, comadre de *Lampião*, amante de *cangaçeiro*, que podía confiar en él, que no lo atraparían vivo, que lucharía hasta morir. Dora lo escuchaba con orgullo.

El Profesor apretó los ojos y vio también, en el lugar de Dora, a una *sertaneja* fuerte, defendiendo su pedazo de tierra contra los coroneles, con la ayuda amiga de los *cangaçeiros*. Vio a la madre de Volta Seca. Eso era lo que veía el mulato. Los cabellos rubios eran una cabellera rala, los ojos dulces eran los ojos achinados de la *sertaneja*, el rostro grave era el rostro sombrío de la campesina explotada. Y la sonrisa era la misma sonrisa del orgullo de una madre por su hijo.

Pirulito la vio llegar con desconfianza. Para él, Dora era el pecado. Hacía bastante tiempo que había renunciado a las negritas del arenal y al calor de los cuerpos revolcándose en la arena. Expiaba sus pocos pecados para aparecer puro a los ojos de Dios y poder merecer la gracia de ponerse las vestimentas de sacerdote. Había pensado incluso en conseguirse un puesto de vendedor de diarios para huir del pecado cotidiano del robo.

Miraba a Dora con recelo; las mujeres eran el pecado. En verdad era apenas una niña, una criatura abandonada como lo eran ellos. No se reía de manera insolente, como incitándolo, como las negritas del arenal, con los dientes apretados por el deseo. Sus facciones eran serias, parecía el rostro de una mujercita muy digna. Pero sus pequeños senos empujaban el vestido, el pedazo de muslo que dejaba ver era blanco y redondo. Pirulito tenía miedo, no tanto de la tentación de Dora. Ella no parecía ser de aquellas que provocaban, era una niña, era muy pronto para eso. En cambio le producía temor la tentación que venía desde adentro, esa que empujaba el demonio en su interior. Y se ponía a rezar en voz baja cada vez que ella se acercaba.

Dora se puso a mirar los cuadros de los santos. El Profesor se paró detrás de ella y también los miraba. Había flores sobre la imagen del Niño Dios que Pirulito se había robado cierto día. Dora se acercó más.

—Es una belleza.

El miedo comenzó a desvanecerse en el corazón de Pirulito. Ella se interesaba por sus santos, santos a los que nadie prestaba atención en el trapiche. Dora preguntó:

—¿Todo esto es tuyo?

Pirulito asintió con la cabeza y sonrió. Se adelantó y le mostró todo lo que poseía. Los cuadros, el catecismo, el tercio, todo. Ella miraba con satisfacción. Sonreía también cuando descubría al Profesor mirándola con sus ojos miopes. Pirulito contaba la historia de San Antonio, que había estado en dos lugares al mismo tiempo. Eso para salvar a su padre de la horca, a la cual había sido condenado injustamente. Contaba esas historias del mismo modo en que el Profesor leía relatos heroicos de marineros corajudos y rebeldes. Dora escuchaba con la misma atención y la misma simpatía. Los dos conversaban y el Profesor los escuchaba en silencio. Pirulito contó cosas de su religión, milagros de santos, habló de la bondad del padre José Pedro.

—Cuando lo conozcas, te va a caer muy bien.

Ella contestó que seguramente así sería. Ya se había olvidado que ella podría traer la tentación en sus senos de niña, en las caderas gordas, en la

cabellera rubia, ahora hablaba como una mujer mayor que lo escuchaba con cariño. Como una madre. Sólo entonces comprendió. Porque en aquel momento sintió un tremendo deseo de contarle que quería ser sacerdote, que lo impulsaba esa vocación, que sentía el llamado de Dios. Sólo a su madre se atrevería a contarle eso. Y ella estaba frente a él.

—¿Sabes que quiero ser cura? —dijo.

—¡Qué bueno! —le respondió ella.

El rostro de Pirulito se iluminó. Miró a Dora y le dijo con la voz exaltada.

—¿Piensas que me lo merezco? Dios es bueno, pero también suele castigar...

—¿Por qué? —había pánico en la pregunta de Dora.

—¿No te das cuenta de que nuestra vida está llena de pecado? Todos los días.

—La culpa no es nuestra —aclaró Dora—. No tenemos a nadie.

Pero ahora Pirulito la tenía a ella. A su madre. Se rió satisfecho.

—El padre José Pedro también decía lo mismo. Y tal vez... Volvió a reírse y ella también sonrió animándolo.

—Y tal vez un día pueda ser cura.

—Sí, lo serás.

—¿Quieres ese Niño Dios para ti? —preguntó él de repente. Era como un niño que entregara parte de sus golosinas a su madre, quien le había dado la moneda para que se las comprase.

Y Dora aceptó, como acepta una madre parte de las golosinas de su querido hijo para que se sienta feliz.

El Profesor veía a la madre de Pirulito sin saber cómo era ni cómo había sido. Pero la veía allí en lugar de Dora. Sintió envidia de la felicidad de Pirulito.

Encontraron a Pedro Bala extendido sobre la arena. El jefe de los Capitanes de la Arena no había entrado esa noche al trapiche. Se había quedado contemplando la luna, acostado sobre el reconfortante calor de la arena. La lluvia había cesado y corría una brisa suave. El Profesor también se acostó y Dora se sentó entre ambos. Pedro Bala la miró por el rabillo del ojo y empujó la gorra más a la cara. Dora se dirigió a él:

—Ayer fuiste bueno conmigo y con mi hermano.

—Deberías irte —respondió Bala.

Ella no dijo nada, pero se quedó triste. Entonces el Profesor tomó la palabra.

—No, Bala. Es como una madre. Como una madre... Y repetía:

—Es como una madre. Como una madre...

Pedro Bala los miró a los dos. Se sacó la gorra y se sentó en la arena. Y Dora lo miraba con cariño. Para él, lo era todo: esposa, hermana y madre. Le sonrió a Dora, confundido.

—Pensé que ibas a ser una tentación para todos. Ella negó con la cabeza y él prosiguió.

—Y podían aprovechar algún momento en que no estuviéramos.

Se rieron. Y el Profesor siguió insistiendo:

—No. Es como una madrecita...

—Te puedes quedar —dijo Pedro Bala y Dora le sonrió, era su héroe, un personaje al que nunca había imaginado y que un día tendría que imaginar. Lo amaba como a un hijo desamparado, como a un hermano corajudo y como a un amado tan hermoso como no habría igual.

Pero el Profesor vio sus sonrisas. Y dijo una vez más con voz sombría:

—¡Es como una madre!

Lo dijo con tono socarrón, porque para él ella tampoco era una madre. También para el Profesor era la Amada.

Dora, hermana y novia

Como el vestido le dificultaba los movimientos y como quería ser uno más de los Capitanes de la Arena, lo cambió por unos pantalones que Barandão se había robado en la ciudad alta. Los pantalones le habían resultado enormes al negrito y entonces se los ofreció a Dora. También eran grandes para ella y tuvo que cortarles las piernas para que quedaran bien. Los ató con un cordón, siguiendo el ejemplo de todos, y el vestido le servía de blusa. De no ser por el cabello rubio y los senos nacientes, todos podrían confundirla con un niño, con uno más de los Capitanes de la Arena.

El día en que, vestida como un chico, se apareció ante Pedro Bala, el jefe se puso a reír. Daba vueltas en el piso de tanta gracia que le causó. Luego logró pronunciar alguna palabra.

—Estás ridícula.

Ella permaneció triste, mientras Pedro no dejaba de reírse.

—No es correcto que me den de comer todos los días.

Ahora voy a participar de lo que hacen. Su asombro no tuvo límites.

—Quieres decir...

Y lo escuchaba tranquila, esperando que él terminase la frase.

—... que vas a ir con nosotros por la calle, y robarás cosas.

—Exactamente —su voz estaba llena de resolución.

—Has enloquecido.

—No sé por qué.

—¿No te das cuenta de que no se puede? No son cosas para una chica. Son cosas de hombres.

—Como si ustedes fueran todos hombres de verdad. Todos no son más que niños.

Pedro Bala buscó qué responder.

—Pero nosotros usamos pantalones, no falda.

—Yo también —y mostraba su nueva adquisición.

Por un momento él se quedó sin nada que decir. La miró pensativo, se le habían ido las ganas de reírse. Pasado un rato, dijo:

—Si la policía nos atrapa no pasa nada. Pero ¿si te agarran a ti?

—Es lo mismo.

—Te meten en el orfanato. No te imaginas...

—No me importa. Voy a ir con ustedes.

Él se encogió de hombros como diciendo que no se hacía responsable. Ya le había avisado. Pero ella se daba cuenta de que él se había quedado preocupado. Por eso agregó:

—Ya vas a ver que seré igual a cualquiera de los demás.

—¿Has visto alguna vez a una mujer que haga lo mismo que un hombre? No aguantas un empujón.

—Puedo hacer otras cosas.

Pedro Bala se dio por satisfecho. En el fondo le gustaba su actitud, aun cuando le dieran miedo las consecuencias.

Iba con ellos por las calles, como un Capitán de la Arena más. Ya no sentía que la ciudad fuera su enemiga. Ahora también la amaba, aprendía a andar por los callejones, por las laderas, a treparse a los tranvías, a los automóviles en movimiento. Era tan ágil como el más ágil de todos. Andaba siempre con Pedro Bala, João Grande y el Profesor. João Grande no la soltaba, era como la sombra de Dora y se babeaba de satisfacción cuando ella lo trataba de *mi hermano* con voz afectuosa. El negro la seguía como un perro y se dedicaba por completo a ella. Vivía asombrado por las habilidades de Dora. La encontraba casi tan valiente como Pedro Bala. Le decía asombrado al Profesor:

—Es valiente como un hombre.

El Profesor hubiera preferido que no fuese así. Soñaba con una mirada de cariño en los ojos de Dora. Pero no ese cariño maternal que reservaba para los más chicos y para los más tristes, Volta Seca, o Pirulito. Tampoco una mirada fraternal, como la que dirigía a João Grande, a Sem-Pernas, al Gato, a él mismo. Aspiraba a una de esas miradas de amor que le lanzaba a Pedro Bala cuando lo veía corriendo, huyendo de la policía o de algún hombre gritando en la puerta de una tienda:

—¡Ladrones! ¡Ladrones! Me robaron...

Esas miradas sólo estaban reservadas a Pedro Bala, quien no se daba cuenta de ellas. El Profesor oye los elogios de João Grande pero no sonrío.

Aquella noche Pedro Bala llegó al trapiche con un ojo hinchado y el labio morado y sangrando. Se había topado con Ezequiel, jefe de otro grupo de niños mendigos y ladrones, que era mucho menor y bastante más caótico que los Capitanes de la Arena. Ezequiel venía con tres del grupo, inclusive uno

que había sido expulsado de los Capitanes de la Arena por haber sido descubierto robándole a un compañero. Pedro había ido a dejar a Dora y a Zé Fuinha al pie de la ladera del Taboao para que de allí fueran hasta el trapiche. João Grande tenía algo que hacer y no había podido acompañar a Dora. Pedro pensó en ir con ella y no dejarla sola en el arenal, pero como todavía no había caído la noche no había peligro de que algún negro la atacara. Además debía ir a recibir un poco de dinero de manos de Gonzales del 14, dinero que provenía del robo de unos objetos de oro de un árabe rico.

Mientras se dirigía al 14, Pedro Bala pensaba en Dora. En el cabello rubio que le caía por el cuello, en sus miradas. Era bonita, era como una novia. Novia. No podía siquiera pensar en eso. No quería que los demás del grupo se sintieran con derecho a pensar groserías respecto de ella. Y si le dijera a Dora que ella era como una novia para él, cualquier otro se sentiría con derecho a decir lo mismo. Y entonces no habría más leyes ni obligaciones entre los Capitanes de la Arena. Pedro Bala recordó que era el jefe.

Va tan distraído que casi se tropieza con Ezequiel. Los cuatro están parados delante de él. Ezequiel es un mulato alto, fuma la punta de un cigarro. Pedro Bala también se queda parado, esperando. Ezequiel escupe.

—¿No ves por dónde andas? ¿Estás ciego acaso?

—¿Y tú que quieres?

El niño que había pertenecido a los Capitanes de la Arena pregunta:

—¿Cómo están esos desgraciados?

—¿Recuerdas todavía la paliza que recibiste? Todavía te deben quedar las marcas.

El niño rechina los dientes y quiere avanzar. Pero Ezequiel hace un gesto con la mano y le avisa a Pedro Bala.

—Un día de éstos voy a hacerles una visita.

—¿Una visita? —preguntó Pedro Bala con desconfianza.

—Dicen que ahora tienen una putita para todo el mundo.

—Córtate la lengua, hijo de tu madre.

Con el puñetazo, Ezequiel cayó. Pero los otros tres ya estaban encima de Pedro Bala. Ezequiel apoyó su pie en la cara de Pedro. El exintegrante de los Capitanes de la Arena exclamó:

—Sostenlo bien. —Y le pegó un puñetazo en la cara a Bala. Ezequiel le dio dos puntapiés en el rostro.

—Ten en claro que soy tu patrón.

—Cuatro —comenzó a desafiar Pedro Bala, pero un puñetazo lo hizo callar.

Un policía se iba acercando, por lo que se desbandaron. Pedro Bala tomó su gorra y las lágrimas de rabia se mezclaban con la sangre. Extendió el puño cerrado hacia el lugar por donde habían desaparecido Ezequiel y los suyos. El policía le dijo:

—Lárgate, pillo. Esfúmate antes de que te lleve a la comisaría.

Pedro Bala escupió y era pura sangre. Bajó despacio por la ladera y ni pensó en ir a buscar el dinero de Gonzales. Caminaba rumiando consigo: *Sólo son cuatro hombres contra uno*. Y se imaginaba la venganza.

Entró en el trapiche, Dora estaba sola con su hermano, que dormía. Los últimos rayos de Sol entraban por el techo, dando una extraña claridad al caserón. Dora lo vio entrar y se dirigió hacia él.

—¿Tienes el dinero?

Pero se dio cuenta de que Pedro traía el ojo hinchado y el labio partido.

—¿Qué te pasó hermanito?

—Fueron Ezequiel y otros tres. Sólo son hombres si vienen de a cuatro. Y cometí la estupidez de pensar que Ezequiel estaba solo. Pero eran cuatro.

Ella lo hizo sentar, fue hasta el rincón de Pirulito y trajo agua. Con un trapo le limpió las heridas. Pedro armaba sus planes de venganza. Ella estuvo de acuerdo.

—Vamos a terminar con ellos esta vez. Pedro se rió.

—¿Tú también?

—Si voy...

Ahora le limpiaba los labios, agachada ante él con el rostro muy cercano al de Bala, con los cabellos rubios mezclados con los de él.

—¿Por qué fue la pelea?

—Por nada.

—Cuéntame.

—Dijo ciertas cosas.

—Fue por mi culpa, ¿no?

Él bajó la cabeza diciendo que sí. Entonces ella posó sus labios sobre los de Pedro, lo besó y salió corriendo. Él fue detrás de ella, pero la chica se escondía y no se dejaba agarrar. Al poco tiempo fueron llegando los demás. De lejos, ella le sonreía a Pedro Bala. En su sonrisa no se adivinaba la menor malicia. Pero su mirada era diferente de esa mirada de hermana que reservaba para los demás. Era una dulce mirada de novia, de novia ingenua y tímida. Tal vez ni siquiera supieran que aquello era amor. A pesar de que no era una noche de Luna, ocurría una novela romántica en el caserón colonial. Ella sonreía y bajaba los ojos y a veces daba un guiño porque pensaba que eso era

cortejar. Y su corazón se aceleraba cada vez que lo miraba. No sabía que eso era amor. Por fin apareció la luna y extendió su luz amarilla por el trapiche. Pedro Bala se acostó en la arena pero seguía viendo a Dora, aun con los ojos cerrados. La sintió llegar y acostarse a su lado.

—Ahora eres mi novia. Algún día nos casaremos —dijo. Siguió con los ojos cerrados. Ella dijo bajito.

—Eres mi novio.

Aun sin saber que era amor, sentían que era algo bueno.

Cuando llegaron Sem-Pernas y João Grande, Pedro Bala se levantó de la arena y reunió a los jefes. Se dirigieron hacia la luz de la vela del Profesor. Dora fue también y se sentó entre João Grande y Boa-Vida. El malandro encendió un cigarrillo y le dijo a Dora:

—Estoy aprendiendo a tocar un samba genial. Y le estoy sacando la vuelta a la guitarra, hermana.

—Estás tocando realmente bien, hermano.

—Y es un éxito cuando hay una fiesta.

Pedro Bala interrumpió la charla. Le miraron el labio, el ojo hinchado. Él contó lo que había pasado.

—Cuatro contra uno...

—Necesita una buena lección —dijo Sem-Pernas riéndose—. No me cae nada bien ese tipo.

Armaron un plan de batalla. Y hacia la mitad de la noche salieron unos treinta. El grupo de Ezequiel dormía hacia las bandas del Porto da Lenha, en unos barcos encallados y en el puente. Dora iba junto a Pedro Bala y llevaba también una navaja. Sem-Pernas dijo:

—Hasta se parece a Rosa Palmeirao.

Nunca hubo una mujer tan valiente como Rosa Palmeirao. Había enfrentado ella sola a seis soldados. Todo marino conoce su *ABC* en el muelle de Bahía. Por eso Dora disfruta de la comparación y sonrío.

—Gracias, hermano.

Hermano... Es una palabra buena y amistosa. Se acostumbraron a tratarla de hermana. Ella también les dice mano, hermano. Para los más chicos es como una madrecita. Y como una madrecita se ocupa de ellos. Para los mayores es como una hermana que dice palabras bonitas, juega inocentemente con ellos y con ellos comparte los peligros de la vida aventurera que llevan. Pero nadie sabe que para Pedro Bala es la novia. Ni

siquiera lo sabe el Profesor, quien dentro de su corazón también la llama su novia.

El perro que se consiguió Sem-Pernas viene ladrando. Volta Seca imita un ladrido y todos se ríen. João Grande silba un samba y Boa-Vida empieza a cantarlo en voz alta:

La mulata me abandonó...

Van alegres. Llevan puñales y navajas en los pantalones. Pero sólo los usarán si los otros sacan los suyos. Porque los niños abandonados tienen también una ley y una moral, comprenden bien el sentido de la dignidad humana.

De repente, João Grande grita:

—Es allí.

Con el alboroto que arman, Ezequiel sale de debajo de un barco.

—¿Quién está allí?

—Los Capitanes de la Arena, que no se tragan a los cobardes —respondió Pedro Bala.

Y arrancaron contra los demás.

El regreso fue triunfal. A pesar de que Sem-Pernas tenía un tajo y de que Barandão debió ser traído casi en brazos por los golpes que había recibido (un grandote del grupo de Ezequiel le pegó hasta que Volta Seca se ocupó de él), volvían todos alegres, comentando la victoria. Los que habían quedado en el trapiche dieron las hurras. Siguieron conversando durante mucho tiempo, haciendo comentarios sobre lo ocurrido. Hablaban del coraje de Dora, que peleaba como si fuera un varón. *Igualito a un hombre*, decía João Grande. Era como una hermana, exactamente igual a una hermana.

Igual a una novia, exactamente igual a una novia, pensaba Pedro Bala acostado sobre la arena. La luz teñía de amarillo el arenal y las estrellas se reflejaban sobre el mar azul de Bahía. Ella fue y se acostó a su lado. Y comenzaron a hablar de cosas banales. Igual a una novia. No se besaron ni se abrazaron, no era el sexo lo que los convocaba en ese momento. Sólo su cabello rubio rozaba apenas a Pedro Bala.

—Tienes un lindo cabello —dijo él. Ella se rió y miró el cabello de él.

—Tú también.

Los dos rieron y muy pronto comenzaron las carcajadas.

Era una costumbre entre los Capitanes de la Arena. Ella comenzó a contarle cosas del morro, historias de los vecinos y él recordaba hechos de la agitada vida del grupo.

—Comencé a andar por la calle a los cinco años. Menos que tu hermano.

Reían inocentemente, felices de estar el uno junto al otro. Luego llegó el sueño. Estaban separados, Pedro le tomó la mano y la apretó. Durmieron como dos hermanos.

Reformatorio

El *Jornal da Tarde* trajo las noticias en tamaño catástrofe. Había un título que atravesaba toda la portada:

FUE APRESADO EL JEFE DE LOS «CAPITANES DE LA ARENA»

Luego venían los textos que iban sobre las fotos, donde se veía a Pedro Bala, Dora, João Grande, Sem-Pernas y el Gato rodeados de policías y oficiales.

UNA NIÑA EN EL GRUPO — SU HISTORIA — RECOGIDA EN UN ORFANATO — EL JEFE DE LOS «CAPITANES DE LA ARENA» ES HIJO DE UN HUELGUISTA — LOS DEMÁS LOGRAN HUIR — «EL REFORMATARIO LOS ENDEREZARÁ», NOS ASEGURA EL DIRECTOR.

Sobre la imagen, se leía este epígrafe:

Tras ser impresas estas líneas el jefe de los bandidos armó una discusión y un alboroto que dio lugar a que los demás moleques presos pudieran huir. El jefe es el que está marcado con una cruz y a su lado se ve a Dora, la nueva estrella de los moleques bahianos.

Luego estaba la noticia:

Ayer la policía bahiana marcó un hito. Logró atrapar al jefe del grupo de menores delincuentes conocido por el nombre de «Capitanes de la Arena». Más de una vez este diario se ocupó del problema de los menores que vivían en las calles de la ciudad dedicados al robo.

Varias veces también informamos de los asaltos llevados a cabo por este mismo grupo. Realmente la ciudad vivía bajo el

temor constante de estos niños. Nadie sabía dónde vivían y nadie conocía a su jefe. Hace algunos meses hemos tenido la oportunidad de publicar cartas del Sr. Jefe de Policía, del Juez de Menores y del Director del Reformatorio Bahiano sobre este problema. Todos ellos prometieron incentivar la campaña contra los menores delincuentes y en particular contra los «Capitanes de la Arena».

Esta campaña tan meritoria dio sus primeros frutos ayer con la detención del jefe de esta banda y de varios integrantes del grupo, inclusive una niña. Desgraciadamente, merced a una astuta burla de Pedro Bala, el jefe, los demás consiguieron escapar de manos de los guardias. En todo caso, la policía ya logró bastante al apresar al jefe y a la romántica inspiradora de los robos: Dora, una llamativa figura de menor delincuente. Hechos estos comentarios, nos remitimos a los hechos:

LA TENTATIVA DE ROBO

Ayer, a última hora de la tarde, cinco niños y una niña se escabulleron en el palacete del Dr. Alcibíades Menezes, en la ladera de São Bento. Sin embargo, fueron descubiertos por el hijo del dueño de casa, estudiante de medicina, quien dejó que penetraran en un cuarto, donde los encerró. Entonces llamó a los policías y oficiales a quienes los entregó.

El reportero del Jornal da Tarde, informado del hecho, partió hacia la casa del Dr. Alcibíades. Al llegar allí, encontró a los menores que eran llevados a la Jefatura de Policía. Entonces pedimos que se nos permitiera sacar una fotografía del grupo. Muy gentilmente, la policía accedió. Pero en el momento en que el fotógrafo acababa de hacer funcionar el magnesio y abrir el disparador, Pedro Bala, el temible jefe de los «Capitanes de la Arena», facilitó la

EVASIÓN

Demostrando una agilidad fuera de lo común Pedro Bala se libró de los brazos del oficial que lo sostenía y lo derribó con un golpe de capoeirista. Sin embargo, no escapó. Lo que sucedió fue que los demás policías y oficiales se lanzaron sobre él para impedir que se fugara. Sólo entonces fue posible comprender el plan del jefe de los «Capitanes de la Arena», pues éste les gritó a sus compañeros presos:

—Adelante, muchachos.

Había quedado un solo policía al cuidado de los demás y uno de ellos, muy ágil, lo derribó también con un golpe de capoeira. Y salieron por la ladera de la Montanha.

EN LA POLICÍA

En la Jefatura de Policía quisimos escuchar a Pedro Bala. Pero él nada nos dijo, como tampoco quiso declarar ante las autoridades el lugar donde dormían y guardaban el producto de sus robos los «Capitanes de la Arena». Sólo declaró su nombre, dijo que era hijo de un antiguo huelguista que fue muerto durante un «meeting» en la célebre huelga de las dárseñas de 191..., que no tenía a nadie en el mundo. En cuanto a Dora, es hija de una lavandera que murió de viruela durante la epidemia que asoló la ciudad. No hace más de cuatro meses que está con los «Capitanes de la Arena» pero ya participó de varios asaltos. Y parece sentirse muy orgullosa por eso.

NOVIOS

Dora declaró a nuestro reportero que era la novia de Pedro Bala y que van a casarse. Es una niña aún ingenua, más digna de lástima que de castigo. Habla de su novio con la mayor de las ingenuidades. No tiene más de catorce años, mientras que Pedro Bala anda por los dieciséis. Dora fue llevada al orfanato Nuestra Señora de la Piedad. En ese santo ambiente no tardará

en olvidar a Pedro Bala, el romántico noviobandido y a su vida criminal entre los «Capitanes de la Arena».

En cuanto a Pedro Bala, será remitido al Reformatorio de Menores luego de que la policía logre que declare cuál es el sitio en donde se esconde el grupo. La policía tiene grandes expectativas de conseguir ese dato en lo que queda de hoy.

OYENDO AL DIRECTOR DEL REFORMATARIO

El director del Reformatorio Bahiano de Menores Abandonados y Delincuentes es un viejo amigo del Jornal da Tarde. En una oportunidad, un artículo nuestro deshizo un círculo de calumnias arrojadas contra ese establecimiento educativo y contra su director. Hoy se encontraba en la comisaría esperando poder llevarse consigo al menor Pedro Bala. Ante una pregunta nuestra, esto es lo que respondió:

—Va a regenerarse. Tenga en cuenta el nombre de la casa que dirijo: «Reformatorio». Va a reformarse.

Y ante la siguiente pregunta, contestó:

—¿Huir? No es nada fácil escapar del Reformatorio. Puedo garantizarle que no lo hará.

Por la noche, el Profesor leyó la noticia para todos. Sem-Pernas dijo:

—Ya está en el Reformatorio. Lo vi cuando salía de la comisaría.

—Y ella en el orfanato —completó João Grande.

—Vamos a liberarlos —afirmó el Profesor. Luego se dirigió a Sem-Pernas. Hasta que llegue Pedro Bala vas a quedarte como jefe.

João Grande extendió los brazos hacia los demás y dijo:

—Hasta que vuelva Bala, Sem-Pernas será el jefe. Sem-Pernas dijo:

—Él se quedó para que nosotros quedáramos libres. Hoy tenemos que liberarlo a él. ¿No es lo que corresponde?

Todos estuvieron de acuerdo.

Cuando lo llevaron a aquella sala Pedro Bala se imaginó lo que le esperaba. No vio ningún agente. Se acercaron dos oficiales, un detective y el director del reformatorio. Cerraron la sala. El detective dijo con tono divertido:

—Ahora los periodistas ya se fueron, *moleque*. Ahora vas a decirnos lo que sabes, lo quieras o no.

El director del reformatorio se rió.

—Es hora de que hables.

El detective preguntó:

—¿Dónde duermen ustedes? Pedro Bala lo miró con odio.

—Si cree que le voy a decir algo...

—Vas a hacerlo.

—Puede esperar sentado.

Les dio la espalda. El detective hizo una señal a los oficiales. Pedro Bala sintió dos latigazos al mismo tiempo. Y también el pie del detective sobre la cara. Rodó por el suelo, tropezando.

—¿Vas a seguir sin hablar? —preguntó el director del reformatorio—. Esto es sólo el comienzo.

—No —fue toda la respuesta de Pedro.

Ahora le pegaban de todos lados. Bofetadas, puñetazos y puntapiés. El director del reformatorio se levantó, lo pateó y Pedro Bala cayó del otro lado de la sala. Ni siquiera intentó levantarse. Los oficiales hicieron restallar sus látigos. Él veía a João Grande, al Profesor, a Volta Seca, a Sem-Pernas, al Gato. Todos dependían de él. La seguridad de todos estaba en sus manos y en su coraje. Era el jefe, no podía traicionarlos. Recordó la escena de la tarde. Había logrado que los demás se fugaran a pesar de estar también preso. El pecho se le hinchó de orgullo. No hablaría, huiría del reformatorio y liberaría a Dora. Y se vengaría, se vengaría.

Grita de dolor. Pero ni una palabra sale de sus labios. Para él va comenzando la noche. Ahora ya no se siente ningún dolor, en realidad no siente nada. Mientras tanto, los policías lo siguen golpeando y el detective lo abofetea. Pero ya no siente nada.

—Se desmayó —dice el detective.

—Déjalo por mi cuenta —agrega el director del reformatorio. Me lo llevo al reformatorio y allí va a abrir la boca. Te lo garantizo. Y ahí les aviso.

El detective aceptó la propuesta. Con la promesa de mandar a buscar a Pedro Bala al día siguiente, el director se retiró de la sala.

A la madrugada, cuando Pedro se despertó, los presos cantaban. Era una melodía triste. Hablaba del sol que bañaba las calles, de cuán grande y bella es la libertad.

El bedel Ranulfo, quien lo había ido a buscar a la comisaría, lo llevó ante la presencia del director. A Pedro Bala le dolía todo el cuerpo por los golpes del día anterior. Pero estaba satisfecho por no haber dicho nada, por no haber revelado el lugar donde vivían los Capitanes de la Arena. Se acordaba de la canción que cantaban los presos cuando nacía la madrugada. Decía que la libertad es el mayor de los bienes que hay en el mundo. Que en las calles había sol y luz mientras que en las celdas la oscuridad era eterna pues allí la libertad era algo desconocido. Libertad, João de Adão que estaba en las calles, bajo el sol, también hablaba de ella. Decía que no era sólo por el salario que había hecho aquellas huelgas y que haría otras en las dársenas. Era por esa libertad tan escasa entre los estibadores, por la libertad por la que había muerto el padre de Pedro Bala. Por la libertad —pensaba Pedro— de sus amigos, era que había recibido una paliza en la comisaría. Ahora su cuerpo estaba débil y dolorido y sus oídos invadidos por la melodía que cantaban los presos. Allí afuera, decía la vieja canción, está el sol, la libertad, la vida. Por la ventana, Pedro Bala ve el sol. La ruta pasa por delante del enorme portón del reformatorio. Allí dentro es como si todo fuese una eterna oscuridad. Allí fuera están la libertad y la vida. *Y la venganza*, piensa Pedro Bala.

El director entra. El bedel Ranulfo lo felicita y señala en dirección a Bala. El funcionario sonrío, se refriega las manos y se sienta ante un alto escritorio. Mira a Pedro por unos minutos.

—Por fin... Hace bastante tiempo que espero a este pájaro, Ranulfo.

El bedel sonrió aprobando las palabras del director.

—Es el jefe de esos Capitanes de la Arena. Vea, el tipo del criminal nato. Es verdad que no has leído a Lombroso, pero si lo hubieras hecho, lo reconocerías. Trae en el rostro todos los estigmas del crimen. Ya a esta edad tiene una cicatriz. Mírale los ojos. No se lo puede tratar como si fuera uno más. Vamos a darle un tratamiento de honor.

Pedro Bala lo contempla con los ojos inyectados en sangre. Se siente cansado y tiene un deseo enloquecido de dormir. El bedel Ranulfo aventura una pregunta:

—¿Lo llevo con los demás?

—¿Qué? No. Para comenzar, ponlo en la celda especial. Vamos a ver si sale un poco más regenerado de allí.

El bedel saluda y va saliendo con Pedro Bala. El director encuentra tiempo para una última recomendación.

—Régimen número 3.

—Agua y frijoles —murmura Ranulfo. Le echa una mirada a Pedro Bala y sacude la cabeza. Va a salir bastante más flaco.

Allí afuera están la libertad y el sol. La cárcel, los presos en la cárcel, las palizas le enseñaron a Pedro Bala que la libertad es el mayor bien del mundo. Ahora sabe que no fue sólo para que se contase su historia en el muelle, en el Mercado, en el Porta do Mar que había muerto su padre por la libertad. La libertad es como el sol, el más valioso de los bienes.

Oyó al bedel Ranulfo cerrar el candado por fuera. Lo arrojaron dentro del calabozo. Era un cuarto pequeño, debajo de la escalera, donde no se podía estar de pie, por que no tenía la altura suficiente, ni tampoco permanecer acostado y estirado porque lo estrecho del lugar lo impedía. O se quedaba sentado, o acostado con las piernas sobre el cuerpo en una posición de lo más incómoda. Fue así como se acostó Pedro Bala. Su cuerpo daba una vuelta y la primera idea que se le ocurrió era que el único que podía estar en ese calabozo era el hombre-serpiente que había visto alguna vez en el circo. El cuarto estaba completamente cerrado y la oscuridad era absoluta. El aire entraba por las rajaduras estrechas y escasas de los escalones. Acostado como estaba, no podía hacer el menor movimiento. Las paredes se lo impedían. Le dolían los miembros, tenía un deseo desesperado de estirar las piernas. Su rostro estaba lleno de marcas de los golpes de la policía y esa vez no estaba allí Dora para venir con un paño frío y ocuparse de su rostro herido. La libertad era también Dora. No era únicamente el sol, el andar libre por las calles, hacer resonar en los muelles las tremendas carcajadas de los Capitanes de la Arena. Era también sentir a su lado el cabello rubio de Dora, escucharla contar historias del morro, sentir sus labios sobre los suyos heridos. También ella había perdido la libertad. El dolor de los miembros ha llegado a la cabeza. Dora está como él, sin sol y sin libertad. Fue llevada a un orfanato. Novia. Antes que ella apareciese nunca había pensado en esa palabra: novia. Le gustaba voltearse negritas en el arenal. Juntar pecho con pecho, cabeza con cabeza, piernas con piernas, sexo con sexo. Pero nunca había pensado en acostarse en la arena con una muchachita, tan niña como él, y hablar de cosas banales y correr carreras como los demás chicos, sin derribarla para hacerle el amor. Era otra manera de amor, pensaba en medio de la confusión. Nunca había tenido una idea acabada de lo que era el amor. ¿Qué era él sino un niño abandonado en las calles, que a base de fuerza, habilidad y coraje había logrado dirigir el grupo más valiente de niños abandonados, los Capitanes de

la Arena? ¿Qué podía saber del amor? Siempre había pensado que el amor era un momento agradable en que una negrita o una mulata gemía bajo su cuerpo en el arenal del puerto. Esto lo aprendió muy pronto, cuando aún no había llegado a los trece años. Eso lo conocían todos los Capitanes de la Arena, incluso los más pequeños, los que todavía no tenían fuerzas como para voltearse una muchachita. Pero ya lo conocían y pensaban con alegría en el día en que lo harían. Le duelen los miembros y la cabeza. Tiene sed, ese día aún no ha comido ni bebido. Con Dora fue diferente. Enseguida llegó, tanto él como todos los que se hallaban en el trapiche habían pensado en voltearla, en poseerla, en practicar con ella, que era realmente bonita, la única forma de amor que conocían. Pero como era apenas una niña, la habían respetado. Después ella se transformó para todos en una madre. Y también en una hermana, en eso tenía razón João Grande. Pero desde el primer momento para él había sido alguien diferente. Había sido también una compañera de juegos como para los demás, una querida hermana. Pero también un placer diferente al de una hermana. Novia. Eso le gustaba. Aun cuando pretenda negar lo que siente, no lo logra. Es verdad que no hace nada para que suceda, que se conforma con conversar con ella, con oír su voz, con tomarle tímidamente la mano. Pero también le gustaría poseerla, verla gemir de amor. Sin embargo, no quería que fuera algo de una sola noche. Que durara todas las noches de toda una vida. Como otros que tienen esposa, esposa que es madre, hermana y amiga. Ella era madre, hermana y amiga de los Capitanes de la Arena. Para Pedro Bala es novia y un día será esposa. No la pueden encerrar en un orfanato como una niña que no tiene a nadie. Ella tiene su novio, una legión de hermanos e hijos a los que cuidar. El cansancio desaparece de los miembros de Pedro Bala. Necesita poder moverse, caminar, correr y así podrá imaginar un plan para liberar a Dora. En medio de esa oscuridad no hay manera. No le sirve para nada pensar que tal vez ella esté también encerrada en un calabozo. Se sienta como puede. Las ratas andan por el calabozo. Pero él está demasiado acostumbrado a las ratas y no les presta la menor atención. Pero Dora tendría miedo de ese ruido permanente. Enloquecería a cualquiera que no sea el jefe de los Capitanes de la Arena. Más tratándose de una niña. Es verdad que Dora es la más valiente de cuantas mujeres nacieron en Bahía, que es la tierra de las mujeres valientes. Incluso más valiente que Rosa Palmeirao, que mató a seis soldados, que Maria Cabaçu que no respetaba hombre alguno, que la compañera de *Lampião*, quien maneja un fusil como lo hace un *cangaçeiro*. Más valiente porque es apenas una niña, apenas está comenzando a vivir. Pedro Bala sonrío con orgullo, a pesar de los dolores, del

cansancio, de la sed que comienza a apretar. ¡Qué bueno sería un vaso de agua! Delante del arenal del trapiche se extiende el mar, un sinfín de agua. Mar que Querido-de-Deus, el gran *capoeirista*, corta con su *saveiro* rumbo a los pesqueros de los mares del Sur. Querido-de-Deus es un buen tipo. Si Pedro Bala no hubiese aprendido con él el juego de la *capoeira* de Angola, la lucha más hermosa del mundo, por ser también una danza, no podría haber ayudado a que se fugaran João Grande, el Gato y Sem-Pernas. Ahora allí, en el calabozo, sin poder darse vuelta, la *capoeira* no ha de servirle de nada. Lo que le vendría bien es tomar agua. ¿Estará también Dora sufriendo de sed en ese mismo momento? Debe hallarse en algún calabozo. Pedro Bala se imagina que el orfanato es idéntico al reformatorio. La sed es peor que una víbora de cascabel. Produce más miedo que la viruela. Porque nos aprieta la garganta y hace que los pensamientos sean cada vez más confusos. Un poco de agua. Un poco de luz, también. Porque de haber un poco de luz, tal vez pueda ver el rostro de Dora sonriendo. Así, en la oscuridad, se le aparece dominado por el sufrimiento y por el dolor. Crece en su interior una rabia sorda, impotente. Se levanta un poco y la cabeza choca contra los peldaños de la escalera que le sirven de techo. Golpea la puerta del calabozo. Pero no parece que allí afuera haya alguien que lo oiga. Ve el rostro maligno del director. Enterraría su puñal hasta el fondo del corazón del director. Con placer, sin que le tiemblen las manos, sin remordimientos. La policía le había quitado su puñal. Pero Volta Seca le dará el suyo, pues tiene una pistola. Volta Seca quiere unirse a la banda de *Lampião*, que es su padrino. *Lampião* mata soldados, mata a las personas ruines. En ese momento, Pedro Bala ama a *Lampião* como su héroe, su vengador. Es el brazo armado de los pobres del sertón. Un día también podrá formar parte del grupo de *Lampião*. Y quién sabe si no podrían invadir la ciudad de Bahía y abrirle la cabeza al director. Qué cara pondría cuando viese a Pedro Bala entrar en el reformatorio al frente de unos *cangaçeiros*. Dejaría caer la botella de aguardiente, regalo de un amigo de Santo Amaro y Pedro Bala le partiría la crisma. No. Antes lo pondría en aquel calabozo, sin nada que comer, sin nada que beber. Sed. La sed lo tortura. Lo lleva a ver en la oscuridad de la pared el rostro triste y dolorido de Dora. Está seguro de que ella sufre... Cierra los ojos. Intenta pensar en el Profesor, en Volta Seca, João Grande, en el Gato, en Sem-Pernas, en Boa-Vida, en todos los del trapiche salvo en Dora. Pero no lo consigue. Aun con los ojos cerrados ve su rostro, agriado por la sed. Vuelve a sacudir la puerta.

Grita, insulta. Nadie responde, nadie lo ve, nadie lo oye. Así debe de ser el infierno. Pirulito tiene razón en temer así el infierno. Es demasiado terrible. Soportar la sed y la oscuridad. La canción de los presos decía que allí afuera estaban el sol y la libertad. Y también el agua, los ríos corriendo transparentes sobre las piedras, las cascadas cayendo, el mar enorme y misterioso. El Profesor, que sabe muchas cosas, porque por las noches lee libros robados a la luz de una vela (que se está quedando con sus ojos), le dijo una vez que en el mundo hay más agua que tierra. Lo había leído en un libro. Pero ni la menor gota de agua en su calabozo. Tampoco habría agua en el calabozo de Dora. ¿Para qué sacudir la puerta como está haciendo ahora? Nadie le responde, ya le duelen las manos. El día anterior lo habían golpeado en la comisaría. Tiene las espaldas amoratadas, el pecho herido y el rostro hinchado. Por eso había dicho el director que tenía cara de criminal. Pero no es así. Lo que quiere es libertad. Un día un viejo había dicho que no se cambiaba el destino de nadie. João de Adão había contestado que sí, que se podía cambiar y él le había creído. Su padre había muerto para cambiar el destino de los estibadores. Cuando saliera, también sería estibador, lucharía por la libertad, por el sol, para que todos tuvieran agua y alimento. Su escupitajo es espeso. La sed le aprieta la garganta. Pirulito quiere ser cura para huir de aquel infierno. El padre José Pedro sabía que el reformatorio era así, estaba en contra de que metieran a los niños allí. ¿Pero qué podía un pobre cura sin parroquia contra todo el mundo? Porque todo el mundo odia a los niños pobres, piensa Pedro Bala. Cuando salga le pedirá a la *mae-de-santo* Don'Aninha que haga un hechizo tan fuerte que mate al director. Ella tiene influencia sobre *Ogum* y él alguna vez había recuperado al dios de la comisaría. Había hecho muchas cosas para su edad. Dora también había hecho muchas cosas en los meses que había pasado con ellos. Ahora sufrían la sed. Pedro Bala sacude en vano la puerta. La sed lo roe por dentro como una legión de ratas. Cae de rodillas al suelo y el cansancio lo vence. Se duerme a pesar de la sed. Pero sus sueños son terribles, con ratas que roen el bello rostro de Dora.

Se despierta porque alguien da golpecitos en uno de los peldaños de la escalera. Se levanta de cuclillas, no puede ponerse completamente de pie porque la escalera no se lo permite. Pregunta en voz baja:

—¿Hay alguien allí?

Lo invade una alegría incontrolable cuando le responden.

—¿Quién está allí?

—Pedro Bala.

—¿Tú eres el jefe de los Capitanes de la Arena?

—Sí.

Oye un silbido. La voz prosigue, ahora con más rapidez.

—Tengo un recado para ti, alguien trajo hoy...

—Dímelo ya.

—Ahora viene gente. Vuelvo después.

Pedro Bala oye los pasos que se alejan. Pero está más animado. Piensa enseguida que el recado es de Dora pero se da cuenta que está pensando una tontería. ¿Cómo podría Dora enviarle un recado? Debe de ser del grupo. Deben estar tratando de sacarlo de allí. Pero primero tiene que salir del calabozo. Mientras esté allí, los Capitanes de la Arena nada podrán hacer. Luego de que se instale en el reformatorio, la huida será fácil. Pedro Bala se sienta y piensa. ¿Qué hora será, qué día será? Allí siempre es de noche, nunca brilla la luz del Sol. Espera impaciente a que vuelva su informante. Pero éste tarda y se intranquiliza. ¿Qué estarán haciendo los demás sin él? El Profesor imaginará un plan para sacarlo de allí. Pero mientras esté en prisión será inútil. Mientras no lo saquen, el no podrá liberar a Dora del orfanato. Abren la puerta. Pedro Bala enfila hacia delante pensando que lo van a soltar, pero una mano lo empuja.

—Eh, calma.

Ve al bedel Ranulfo en la puerta. Trae un cuenco con agua, que Pedro le arranca de las manos y bebe a grandes tragos. Pero es tan poca... No alcanza para matar la sed. El bedel le entrega un plato de barro con un líquido en el que flotan algunos pocos porotos negros. Pedro Bala pide:

—¿Me puede dar un poco más de agua?

—Mañana. —Se ríe el bedel.

—Sólo un poco más.

—Mañana habrá más. Y si sigues golpeando la puerta y gritando en vez de ocho días estarás aquí quince días —empuja la puerta en la cara de Pedro Bala.

Oye el ruido de la llave. Tantea en la oscuridad hasta encontrar el plato. Bebe el caldo oscuro de los porotos. Ni se da cuenta de lo salado que está. Luego come los granos duros. Pero vuelve a sentir sed. El poroto muy salado le ha provocado esa sed. Pero ¿qué es un cuenco de agua para esa sed que exigía un balde lleno hasta el borde? Acuéstate. No pienses ya en nada. Las horas se suceden. Lo único que ve en la oscuridad es el rostro triste de Dora. Y siente que le duele todo el cuerpo.

Mucho después escucha de nuevo los golpes en la escalera.

—¿Estás ahí? —pregunta.

—Un chico desesperado me ordenó que te diga que te van a sacar de aquí.
En cuanto salgas del calabozo.

—¿Ya es de noche?

—Está comenzando.

—Me muero de sed.

La voz no contesta. Pedro piensa con desesperación que tal vez el niño se haya ido. Sin embargo, no oyó pasos en la escalera. Y la voz regresó.

—Agua no puedo. No hay como dártela, pero ¿quieres un cigarrillo?

—Sí.

—Entonces espera.

Minutos después, los leves golpecitos en la puerta y la voz por debajo.

—Voy a pasarte un cigarrillo por aquí. Pon las manos abajo, bien en el medio de la grieta de la puerta.

Pedro Bala hizo lo que le decían. Llega a sus manos un cigarrillo aplastado. Lo termina de retirar de debajo de la puerta. Enseguida recibe un fósforo que viene sobre un pedazo de caja, el lugar para raspar.

—Gracias —dijo Pedro Bala.

Pero en ese momento oye un ruido que llega de afuera. El sonido de una bofetada, un cuerpo que rueda. Y una vez que no reconoce dice:

—Si tratas de comunicarte con los de afuera, vamos a aumentarte el castigo.

Pedro se encoge. Ahora hay alguien que será castigado por su culpa. Cuando huya, se lo va a llevar junto a los Capitanes de la Arena. Rumbo al sol y a la libertad. Enciende el cigarrillo. Tiene mucho cuidado para no perder el único fósforo de que dispone. Esconde la brasa del cigarrillo bajo la mano para nadie pueda verlo entre las grietas de la escalera. Vuelve a envolverlo el silencio y con él los pensamientos y las visiones.

Al terminar de fumar, se arrodilla en el suelo. Si pudiese dormir... Así al menos se evitaría seguir contemplando el rostro sufriente de Dora.

¿Cuántas horas? ¿Cuántos días? La oscuridad es siempre la misma, la sed siempre es igual. Ya le trajeron tres veces agua y porotos. Aprendió a no tomar el caldo de los porotos pues su sed aumenta. Ahora está mucho más flaco, la debilidad se ha extendido a todo el cuerpo. El barril donde hace sus necesidades emana un olor espantoso. Aún no lo han retirado. Y le duele la

barriga y debe hacer enormes esfuerzos para poder defecar. Como si sus tripas se les fuesen a salir. Las piernas no lo ayudan. Lo que lo mantiene en pie es el odio que envuelve su corazón.

—Hijos de mala madre... Desgraciados...

Es todo lo que logra decir. Y en voz muy baja. Ya no siente fuerzas para gritar, para sacudir la puerta. Ahora está seguro de que se morirá en ese lugar. Cada vez son mayores los dolores que sufre al defecar. Ve a Dora tendida en el piso, muriendo de sed, llamándolo. João Grande está a su lado, pero separado por escalones. El Profesor y Pirulito lloran.

Le trajeron agua y porotos por cuarta vez. Bebe el agua, pero demora en comerse los porotos. Sólo puede repetir en voz baja:

—Hijos de mala madre... Hijos de mala madre...

Antes de que llegase la comida (¿se podría llamar aquello comida?) en ese día (para Pedro siempre era de noche), volvió la voz a llamarlo desde la escalera. Preguntó sin siquiera levantarse:

—¿Cuántos días hace que estoy aquí?

—Cinco.

—Dame otro cigarrillo.

El tabaco lo reanima un poco. Puede pensar que con otros cinco días morirá. Ése es un castigo para un hombre, no para un niño. El odio deja de crecer en su corazón. Ya alcanzó su punto máximo.

Es siempre de noche. Dora muere lentamente ante sus ojos, con João Grande a su lado y separado por los escalones. El Profesor y Pirulito lloran. ¿Duerme o está despierto? La barriga le duele tremendamente.

¿Cuánto tiempo durará todavía la oscuridad? ¿Y la agonía de Dora? El olor del barril es insoportable. Dora agoniza ante sus ojos. ¿Será que él también está agonizando?

La cara del director aparece al lado de la de Dora. ¿Viene a torturar aún más su agonía? Cuánto tiempo le está llevando morir... Pedro Bala pide morir rápido, rápido... Será mejor. Ahora llegó el director, llegó para aumentar la tortura. Oye su voz.

—Levántate. —Y un pie lo toca.

Abre más los ojos. Ahora ya no ve a Dora. Sólo la cara del director, quien sonríe.

—Vamos a ver si ahora resultas más mansito.

No puede soportar la claridad que entra por las ventanas. Apenas se sostiene en sus piernas. Cae en medio del corredor. ¿Habrá muerto o no Dora?, piensa mientras se derrumba.

Vuelve a estar en la oficina del director, quien lo mira sonriente.

—¿Te gustó el apartamento? ¿Sigues teniendo muchas ganas de robar? Sé como enseñar y quebrar a los *moleques*.

Pedro Bala está irreconocible de tan flaco. Los huesos parecen una continuación de la piel. Su rostro está verduoso por las complicaciones intestinales. Está a su lado el bedel Fausto, el dueño de aquella voz que había oído cierta vez en la puerta del calabozo. Es un tipo fuerte y tiene fama de ser tan malvado como el director.

—¿En el taller del herrero? —pregunta.

—Creo que será mejor la plantación de caña. Que labre la tierra. —Se ríe. Fausto contesta que está bien y el director recomienda:

—Cuidado con éste. Es un pájaro peligroso. Pero voy a enseñarte...

Pedro Bala le sostiene la mirada. El bedel lo empuja. Ahora puede ver detenidamente el caserón. En medio del patio el peluquero lo rapa con una máquina cero. Ve su cabellera rubia rodar por el suelo. Le dan un pantalón y una camisa de mezclilla azul. Se viste ahí mismo. El bedel lo lleva al taller del herrero.

—¿Tienes un machete? ¿Y una hoz?

Le entrega los objetos a Pedro Bala. Se dirigen al cañaveral, donde hay otros niños trabajando. Ese día, de tan débil, Pedro Bala apenas puede sostener el machete. Por eso los bedeles lo abofetean. Él no dice nada.

Por la noche, en la fila, mira a todos queriendo descubrir a aquel que le hablaba y le daba cigarrillos. Suben las escaleras y se dirigen al dormitorio,

que queda en el tercer piso para desalentar cualquier idea de fuga. Se cierra la puerta. El bedel Fausto dice:

—Graça, organiza los rezos.

El niño pelirrojo hace la señal de la cruz. Todos repiten sus palabras y sus gestos. Luego viene un padrenuestro y un avemaría, dichos con voz fuerte a pesar del cansancio. Pedro se arroja sobre la cama. Lo espera una colcha roja. Cambian la ropa de cama cada quince días. Y la ropa de cama se compone apenas de una colcha y una funda para una almohada dura como una piedra.

Ya está dormido cuando alguien le toca el hombro.

—Tú eres Pedro Bala, ¿no?

—Sí.

—Fui yo quien te llevó el recado.

Pedro mira al mulato que tiene al lado. Debe tener unos diez años.

—¿Volvieron?

—Todos los días. Sólo querían saber cuándo saldrías del calabozo.

—Diles que estoy en el cañaveral.

—¿No quieres comerte un ladroncito hoy? Hay unos aquí, los de la noche.

—Estoy muerto de sueño. ¿Cuánto tiempo estuve encerrado?

—Ocho días. Ya se murió uno ahí adentro.

El niño se retiró. Pedro ni siquiera se enteró de su nombre. Todo lo que quería era dormir. Pero los que se pasaban a la cama de los homosexuales hacían mucho ruido. El bedel Fausto salió de su cuarto detrás de un biombo.

—¿Qué es este barullo? Silencio. Golpea las manos.

—Todos de pie. Relojea a todos.

—¿Nadie va a hablar?

Silencio. El bedel se refriega los ojos, camina entre las camas. Un enorme reloj en la pared anuncia las diez.

—¿Nadie va a hablar?

Silencio. El bedel rechina los dientes.

—Entonces se van a pasar una hora parados. Hasta las once. Y el primero que trate de acostarse termina en el calabozo. Ahora está desocupado...

Una voz de niño rompe el silencio.

—Señor bedel.

Es un petiso, un tanto amarillento.

—Habla, Henrique.

—Sé qué pasó.

Todas las miradas están fijas en él. Fausto lo anima a delatar.

—Di lo que sabes.

—Fue Jeremías que se dirigía a la cama de Berto a hacer cosas feas.

—¡Señor Jeremías, señor Berto! Los dos salen de sus camas.

De pie en la puerta. Hasta la medianoche. Los demás pueden acostarse.

—Mira a todos una vez más. Los castigados permanecen de pie en la puerta.

Cuando el bedel se retira, Jeremías amenaza a Henrique. Los demás comentan. Pedro Bala duerme.

En el refectorio, mientras bebían un café aguachento y masticaban una dura galleta, su vecino de mesa le habla.

—¿Tú eres el jefe de los Capitanes de la Arena?

—Sí.

—Vi tu retrato en el diario. ¡Eres un macho! Pero te hicieron bolsa. — Mira el rostro enflaquecido de Bala.

Mastica la galleta y continúa:

—¿Te vas a quedar aquí?

—Voy a salir...

—Yo también. Tengo un plan. Cuando levante vuelo, ¿puedo unirme a tu grupo?

—Claro que sí.

—¿Dónde queda el escondite? Pedro Bala mira con desconfianza.

—Nos encuentras en Campo Grande todas las tardes.

—¿Piensas que los voy a delatar?

El bedel Campos golpea las manos. Todos se levantan y se dirigen a los diferentes talleres o a los terrenos de cultivo.

Hacia la mitad de la tarde, Pedro Bala ve a Sem-Pernas que pasa por la carretera. También ve a un bedel que lo persigue.

Castigos, castigos... es la palabra que más escucha Pedro Bala en el reformatorio. Se los golpea por cualquier cosa, por nada se los castiga. El odio se acumula en cada uno de ellos.

En el extremo del cañaveral le llega una nota de Sem-Pernas. Al día siguiente encuentra una cuerda entre los matorrales de caña. Seguramente la pusieron allí durante la noche. Es un rollo de cuerda fina y resistente. Está nuevita. Y

en medio venía un puñal que Pedro esconde en el pantalón. La dificultad es llevar el rollo al dormitorio. Huir durante el día es imposible, por la vigilancia de los bedeles. No puede llevarse el rollo entre las ropas, pues lo descubrirían.

De pronto, se produce una refriega. Jeremías se arroja sobre el bedel Fausto con un machete en la mano. Otros niños hacen lo mismo, pero ven llegar un grupo de bedeles con rebenques en la mano. Están sujetando a Jeremías. Pedro mete el rollo de cuerda bajo la camisa y corre hacia el dormitorio. Un bedel viene bajando por las escaleras con un revólver en la mano. Pedro se esconde detrás de una puerta. El bedel, que pasa apurado, no lo ve.

Empuja la cuerda bajo el colchón y regresa al cañaveral. Jeremías fue llevado al calabozo. Los bedeles se dedican a juntar a los niños. Ranulfo y Campos salieron en persecución de Agostinho, quien saltó la cerca aprovechando la confusión de la pelea. El bedel Fausto, con un tajo en el hombro, salió rumbo a la enfermería. El director está entre ellos, con los ojos fulminantes por la rabia. Un bedel cuenta a los niños y le pregunta a Pedro Bala:

—¿Dónde estabas metido?

—Salí para no mezclarme en este lío.

El bedel lo mira desconfiado, pero sigue su camino. Ranulfo y Campos regresan con Agostinho. El niño es golpeado delante de todos. Luego, el director dice: —Métnlo en el calabozo.

—Ya está Jeremías —dice Ranulfo.

—Que se queden los dos. Así pueden conversar.

Pedro Bala se estremece. ¿Cómo soportarían los dos pequeños la estrechez del calabozo?

Esa noche hay mucha vigilancia y no intenta nada. Los niños rechinan los dientes de rabia.

Dos noches después, cuando el bedel Fausto hacía mucho que se había retirado a su cuarto de biombos y cuando todos dormían, Pedro Bala se levantó y sacó la cuerda de debajo del colchón. Su cama se hallaba junto a una ventana. La abrió. Ató la cuerda a uno de los armadores de red que había en la pared. Dejó que la cuerda se deslizase bajo la ventana. Era corta. Faltaba

todavía mucho. La recogió. Trataba de hacer el menor ruido posible, pero aun así uno de sus vecinos de cama se despertó.

—¿Vas a levantar vuelo?

Ése no tenía buena fama. Acostumbraba a delatar. Por ese motivo lo habían ubicado cerca de Pedro Bala, quien tomó el puñal y se lo mostró.

—Mira, alcahuete, trata de dormir. Si te atreves a hablar, te abro la garganta, palabra de Pedro Bala. Y si dices algo después de que me vaya... ¿has oído hablar de los Capitanes de la Arena?

—Sí.

—Pues ellos me van a vengar.

Pone el puñal al alcance de la mano. Recoge completamente la cuerda y ata la sábana en la punta con uno de esos nudos que le había enseñado Querido-de-Deus. Amenaza una vez más al niño, arroja la cuerda, pasa el cuerpo por la ventana y comienza el descenso. El salto es grande, pero ya ha empezado a correr. Salta la cerca luego de evitar a los perros de policía que andan sueltos. Corre por la carretera. Lleva algunos minutos de ventaja. El tiempo para que los bedeles se vistieran, salieran tras de él y soltaran a los perros. Pedro Bala muerde el cuchillo entre los dientes y se saca la ropa. Así los perros no lo reconocerán por el olor. Y desnudo, en la fría madrugada, inicia la carrera rumbo al sol, rumbo a la libertad.

El Profesor lee la portada del *Jornal da Tarde*.

«*EL JEFE DE LOS “CAPITANES DE LA ARENA” LOGRA HUIR DEL REFORMATARIO*»

Incluía una extensa entrevista al furioso director. Todo el trapiche se ríe. Hasta el padre José Pedro, que está con ellos, estalla en carcajadas, como si fuese uno más de los Capitanes de la Arena.

Orfanato

Un mes de orfanato bastó para acabar con la alegría y la salud de Dora. Había nacido en el morro y su infancia había transcurrido corriendo por todo ese lugar. Luego la libertad de las calles de la ciudad, la vida aventurera entre los Capitanes de la Arena. No era una flor de invernadero. Amaba el sol, la calle, la libertad.

Le hicieron dos trenzas en el cabello y las ataron con cintas. Cintas de color rosa. Le dieron un vestido de tela azul y un delantal de un color azul más oscuro. La llevaban a escuchar clase junto a niñas de cinco y seis años. La comida era mala y tampoco faltaba el castigo. Pasar ayunos, perderse el recreo. Tuvo fiebre y fue llevada a la enfermería. Cuando volvió estaba pálida. Siempre tenía fiebre, pero no decía nada porque odiaba el silencio de la enfermería, donde el sol no entraba nunca y todas las horas se parecían a la hora agonizante del crepúsculo. Cuando podía se acercaba a las rejas pues a veces veía al Profesor o a João Grande que pasaban por allí. Un día le pasaron una nota. Pedro Bala se había escapado del reformatorio. Vendría a sacarla de allí. Ni siquiera se dio cuenta cuán afiebrada estaba.

Le avisaron por otra nota, escrita y arrojada por el Profesor, que encontrase alguna manera de que la llevaran a la enfermería. Pero no fue siquiera necesario, porque una de las monjas notó que sus mejillas estaban muy enrojecidas. Le apoyó la mano en la frente.

—Estás quemando de fiebre.

Siempre era crepúsculo en la enfermería. Era como la antesala de una bóveda, con esas pesadas cortinas que impedían la entrada de la luz. El médico que la había revisado movía la cabeza con tristeza.

Pero la luz entró con ellos. Qué flaco está Pedro Bala, pensó Dora al ponerse a su lado. Con él estaban João Grande, el Gato, el Profesor. El Profesor le mostró su navaja a la monja, quien lanzó un grito. La niña que estaba con varicela en la otra cama temblaba bajo las sábanas. Dora volaba de fiebre y apenas podía sostenerse en pie. La monja murmuró:

—Está muy enferma.

Dora respondió:

—Ya voy, Pedro.

Salieron por la puerta. Volta Seca sujetaba a un enorme perro por el cuello. Habían traído un gran pedazo de carne. El Gato abrió el portón. En la

calle dijo:

—Fue simple.

El Profesor alertó:

—Vamos antes de que den la alarma.

Se lanzaron por una ladera. Dora ni siquiera sentía la fiebre porque iba al lado de Pedro Bala, tomándole la mano.

Volta Seca cerraba la marcha, con su puñal en la mano y una sonrisa en el rostro sombrío.

Noche de gran paz

Los Capitanes de la Arena miran a la madrecita Dora, a la hermanita Dora, a la novia Dora, el Profesor ve a Dora, su amada. Los Capitanes de la Arena miran en silencio. La *mae de santo* Don'Aninha reza una poderosa oración para que desaparezca la fiebre que consume a Dora. Con un gallo *sabugueiro* ordena que la fiebre se vaya. Los ojos afiebrados de Dora sonrían. Pareciera como si la gran paz de la noche de Bahía habitara también sus ojos.

Los Capitanes de la Arena miran en silencio a su madre, hermana y novia. No acababan de recuperarla y la fiebre la había tumbado. ¿Dónde quedó su alegría, por qué ya no corre carreras con sus hijitos menores, por qué no emprende la aventura de las calles junto a sus hermanos negros, blancos y mulatos? ¿Dónde está la alegría de sus ojos? Sólo una enorme paz, la gran paz de la noche. Porque Pedro Bala le aprieta la mano con calor.

La paz de la noche de Bahía no ha llegado al corazón de los Capitanes de la Arena. Tiemblan ante la idea de perder a Dora. Pero la enorme paz de la noche habita los ojos de la muchacha. Ojos que se cierran dulcemente, mientras la *mae-de-santo* Aninha conjura la fiebre que la devora.

La paz de la noche cubre el trapiche.

Dora, esposa

En la arena, un perro le ladra a la luna. Sem-Pernas sale del trapiche y acompaña a Don'Aninha a través del arenal. Dice que la fiebre no tardará en irse. También sale Pirulito, pero a buscar al padre José Pedro. Confía en que el cura pueda conocer algún remedio para ella.

Dentro del trapiche, los Capitanes de la Arena están en silencio. Dora les pidió que se fuesen a dormir. Se acostaron en el piso, pero son muy pocos los que duermen. En la inmensa paz de la noche piensan en la fiebre que consume a Dora. Ella le dio un beso a Zé Fuinha y lo mandó a dormir. Él no comprende bien. Sabe que ella está enferma, pero no piensa siquiera por un instante que ella pueda abandonarlo. Pero los Capitanes de la Arena temen que sea eso lo que ocurra. Entonces se quedarán una vez más sin madre, sin hermana, sin novia.

Sólo quedan a su lado João Grande y Pedro Bala. El negro sonríe, pero Dora se da cuenta de que es una sonrisa forzada que trata de disimular la tristeza que siente. Pedro Bala le sostiene la mano. Más alejado, el Profesor está doblado sobre sí mismo, con la cabeza enterrada entre las manos.

—¿Pedro? —dice Dora.

—¿Qué quieres?

—Acércate.

Él se aproxima. Ella está en un hilo de voz. Pedro le habla cariñosamente.

—¿Quieres algo?

—¿Te gusto?

—Lo sabes bien.

—Acuéstate aquí.

Pedro se ubica a su lado. João Grande se aparta y se ubica cerca del Profesor. Pero no hablan y se entregan a su tristeza. Mientras tanto, la noche que envuelve el trapiche es pura paz. Y la paz de la noche habita también los ojos enfermos de Dora.

—Más cerca...

Él se pega más a ella, los cuerpos están juntos. Ella le toma la mano y se la lleva al pecho. Arde de fiebre. La mano de Pedro está sobre su seno de niña. Ella la mueve para que se lo acaricie.

—¿Sabes que ya soy mujercita?

La mano de él posada en sus senos, los cuerpos juntos. Una enorme paz en los ojos de Dora.

—Fue en el orfanato. Ahora puedo ser tu mujer. Él la mira espantado.

—No, que estás enferma.

—Antes de que me muera. Ven.

—No vas a morir.

—Si lo hacemos, no.

Se abrazan. El deseo es abrupto e irresistible. Pedro no quiere lastimarla y ella no muestra señales de dolor. Una enorme paz en todo su ser.

—Eres mía ahora —dice con voz agitada.

Ella parecía no sentir el dolor de la penetración. Su rostro encendido por la fiebre se llena de alegría. Ahora la paz sólo le pertenece a la noche, a Dora le queda la alegría. Los cuerpos se separan. Dora murmura:

—Pues bien, ya soy tu mujer.

Él la besa. La paz ha regresado a su rostro. Mira a Pedro Bala con amor.

—Ahora me voy a dormir —dice.

Se acuesta al lado de ella y sostiene su mano ardiente. Esposa.

La paz de la noche envuelve a los esposos. El amor es siempre dulce y bueno, aun cuando la muerte esté tan cercana. Los cuerpos ya no se hamacan al ritmo del amor. Pero en los corazones de las dos criaturas ya no existe el miedo. Sólo la paz, la paz de la noche de Bahía.

Por la madrugada, Pedro apoya la mano sobre la frente de Dora. Fría. El pulso se ha ido y el corazón ya no late. Sus alaridos atraviesan el trapiche y despiertan a los niños. João Grande lo mira con los ojos abiertos y le dice a Pedro Bala:

—No deberías haberlo hecho.

—Fue ella la que quiso —explica y sale para no prorrumpir en llanto.

El Profesor se acerca y se queda mirando. No tiene coraje para tocar su cuerpo. Pero siente que para él se terminó la vida en el trapiche, nada le queda por hacer allí. Pirulito entra con el padre José Pedro. El cura controla el pulso de Dora, le apoya la mano en la frente.

—Está muerta.

Comienza una oración. Y casi todos rezan en voz alta.

—*Padre nuestro que estás en los cielos...*

Pedro Bala se acuerda de los rezos en las noches del reformatorio. Sus hombros se encogen y se tapa los oídos. Gira, ve el cuerpo de Dora. Pirulito le

pone una flor violeta entre los dedos. Pedro Bala rompe en sollozos.

Llegó la *mae-de-santo* Don'Aninha y también se acercó Querido-de-Deus. Pedro Bala no participa de la conversación.

—Fue como una sombra en nuestra vida —dice Aninha—. Y será una santa en la otra. Zumbi dos Palmares es santo de los *candomblés* de caboclo, Rosa Palmeirao también. Los hombres y las mujeres valientes terminan siendo santos para los negros.

—Fue como una sombra —repite João Grande.

Fue como una sombra para todos, un acontecimiento que no puede explicarse. Menos para Pedro Bala, que la hizo suya. Menos para el Profesor, quien la amó.

—Va rumbo al cielo, no conoció el pecado —dice el padre José Pedro. No sabía lo que era el pecado...

Pirulito reza. Querido-de-Deus sabe lo que esperan de él. Que lleve el cadáver en su *saveiro* y lo arroje al mar, frente al fuerte antiguo. ¿Cómo podrá salir un entierro del trapiche? Es difícil explicarle todo eso al padre José Pedro. Sem-Pernas lo hace con tono presuroso. Al principio, el cura se horroriza. Es pecado, no puede aceptar un pecado. Pero consiente y no va a denunciar dónde viven los Capitanes de la Arena. Pedro Bala permanece en silencio.

Alrededor transcurre la paz de la noche. En los ojos muertos de Dora, ojos de madre, de hermana, de novia y de esposa, hay una enorme paz. Algunos de los niños lloran. Volta Seca y João Grande van a llevar el cuerpo. Pero, de pie ante él, se encuentra inmóvil Pedro Bala. Volta Seca no puede extender los brazos. João Grande llora como una mujer. Don'Aninha toma del brazo a Pedro, lo saca de allí y envuelve el cuerpo de Dora en un lienzo blanco de bolillas.

—Va hacia *Yemanjá* —dice. Ella también será santa. Pero nadie puede llevarse el cadáver. Porque Pedro Bala lo tiene abrazado y no lo suelta. El Profesor lo llama.

—Basta. Yo también la quería. Ahora...

La llevan hacia la paz de la noche, rumbo al misterio del mar. El cura reza, es una extraña procesión la que se dirige en la noche hacia el *saveiro* de Querido-de-Deus. Desde el arenal, Pedro Bala ve el navío que se aleja. Se muerde las manos, extiende los brazos.

Regresan al trapiche. La vela blanca del *saveiro* se pierde en el mar. La luna ilumina el arenal, se ven estrellas tanto en el cielo como en el mar. Hay paz en la noche. Una paz surgida de los ojos de Dora.

Como una estrella de rubia cabellera

Cuentan en los muelles de Bahía que cuando muere un hombre valiente ocupa el lugar de una estrella en el cielo. Así ocurrió con Zumbi, con Lucas da Feira, con Besouro, con todos esos negros valientes. Pero nunca se había conocido el caso de una mujer, por más valiente que fuese, que se transformase en estrella después de muerta. Algunas, como Rosa Palmeirao, como Maria Cabaçu, se habían convertido en santas de *candomblés* de *caboclo*. Pero ninguna se había transformado en estrella.

Pedro Bala se arroja al agua. No puede quedarse en el trapiche, entre los sollozos y los lamentos. Quiere acompañar a Dora, quiere irse con ella, reunirse con ella en las Tierras del Sinfín de *Yemanjá*. Nada siempre hacia delante. Sigue la ruta del *saveiro* de Querido-de-Deus. Nada, nada todo el tiempo. Ve a Dora delante de él. Dora, su esposa, con los brazos extendidos hacia él. Nada hasta quedarse sin fuerzas. Entonces flota, con los ojos vueltos hacia las estrellas y hacia la enorme Luna amarilla en el centro del cielo. ¿Qué importa morir cuando se va en busca de la amada, cuando nos espera el amor?

¿Qué importa si los astrónomos afirman que lo que pasó sobre Bahía aquella noche fue un cometa? Lo que Pedro Bala vio fue a Dora transformada en estrella, rumbo al cielo. Había sido más valiente que cualquier otra mujer, más valiente que Rosa Palmeirao, que Maria Cabaçu. Tan valiente que antes de morir, aún siendo una niña, se había entregado al amor. Por eso se transformó en una estrella. Una estrella con una larga cabellera rubia, una estrella como nunca se había visto igual en la noche de paz de Bahía.

La felicidad ilumina el rostro de Pedro Bala. También llegó hasta él la paz de la noche. Porque ahora sabe que ella brillará para él entre mil estrellas del cielo sin igual de la ciudad negra.

El *saveiro* de Querido-de-Deus lo recoge.

CANCIÓN DE BAHÍA, CANCIÓN DE LA LIBERTAD

Vocaciones

No había pasado mucho tiempo desde la muerte de Dora, pero la imagen de su presencia, tan fugaz y sin embargo tan intensa, también de su muerte, todavía llenaba de visiones las noches del trapiche. Cuando entraban, algunos seguían mirando hacia el rincón donde ella acostumbraba a sentarse junto al Profesor y a João Grande, todavía con la esperanza de encontrarla. Había sido un acontecimiento sin explicación. Algo totalmente inesperado en su vida, la aparición de una madre, de una hermana. Ése era el motivo por el cual aún la buscaban a pesar de haber visto a Querido-de-Deus cuando la llevaba en su *saveiro* para arrojarla al fondo del mar. Sólo Pedro Bala no la buscaba en el trapiche. Trataba de divisar, en ese cielo con tantas estrellas, una que mostrase una cabellera larga y rubia.

Un día el Profesor entró en el trapiche y no encendió su vela, no abrió ningún libro de cuentos y no habló con nadie. Para él toda esa vida se había terminado desde que la fiebre se había llevado a Dora. Tras su llegada, el trapiche se había llenado con su presencia. Para el Profesor todo había adquirido una nueva significación. El trapiche se había transformado en algo así como el marco de un cuadro: por momentos los cabellos rubios que caían sobre el Gato, que veía en ella a su madre, por otros los labios que besaban a Zé Fuinha para que se durmiera. O la boca que entonaba canciones de cuna. También esas sonrisas de orgullo ante el coraje de Volta Seca, como si fuese una valiente mulata *sertaneja*. O su entrada al trapiche, los cabellos al viento, la risa invadiéndole el rostro, al regreso de la aventura del día por las calles de la ciudad. O los ojos llenos de amor, la fiebre ardiendo en su rostro, las manos llamando al amado para que la poseyera por primera y última vez. Ahora el Profesor contemplaba el trapiche como si fuera un marco sin cuadro. Algo inútil. Para él había dejado de tener significado, o ese significado resultaba demasiado terrible. Había cambiado mucho en esos últimos meses tras la muerte de Dora, andaba callado, con el rostro adusto y había contactado a aquel señor que cierta vez, en un paseo de la calle Chile, había conversado con él y le había regalado una boquilla tras entregarle su tarjeta.

Aquella noche el Profesor no encendió su vela, no abrió su libro de cuentos. Permaneció en silencio cuando João Grande se ubicó a su lado. Ordenaba sus cosas en un paquete. Casi todo eran libros. João Grande miraba sin decir nada, pero entendía perfectamente, aunque todos dijeran que no

había un negro más burro que él. Pero cuando llegó Pedro Bala y se sentó también a su lado ofreciéndole un cigarrillo, el Profesor se decidió a hablar:

—Me voy, Bala.

—¿A dónde, hermano?

El Profesor contempló el trapiche, los niños que allí andaban, que reían y se movían como sombras entre las ratas.

—¿Qué nos espera en la vida? Sólo palizas de la policía cuando nos atrapan. Todo el mundo dice que esto un día va a cambiar. El padre José Pedro, João de Adão, tú mismo. Ahora voy a cambiar mi vida.

Pedro Bala no dijo nada, pero la pregunta estaba en sus ojos. João Grande no preguntaba porque lo comprendía todo.

—Voy a estudiar con un pintor de Río. El doctor Dantas, el de la boquilla, le escribió y le mandó algunos de mis dibujos. Y dijo que me enviase con él. Un día voy a mostrar cómo es nuestra vida. Haré los retratos de todos. Lo dijiste una vez, ¿te acuerdas? Eso es lo que haré.

La voz de Pedro Bala lo alentó.

—Tú también vas a ayudar mucho a que cambie nuestra vida.

—¿Cómo? —preguntó João Grande.

El Profesor tampoco entendió. Y Pedro no sabía cómo explicarlo. Pero confiaba en el Profesor, en los dibujos que haría, en la marca del odio que llevaba en el corazón, en la marca de amor a la justicia y a la libertad que llevaba dentro de sí. No se vive inútilmente una infancia entre los Capitanes de la Arena. Aun cuando luego se sea un artista y no un ladrón, un asesino o un proxeneta. Pero Pedro Bala no podía explicarlo. Apenas pudo decir:

—Nunca te vamos a olvidar, hermano. Nos leías historias, eras el más genial de todos. El más inteligente...

El Profesor bajó la cabeza. João Grande se levantó, su voz era un llamado, y también un grito de despedida.

—¡Vengan! ¡Vengan!

Se acercaron todos y los rodearon. João Grande extendió los brazos.

—Muchachos, el Profesor se va. Va a ser un pintor en Río de Janeiro. ¡Que viva el Profesor!

Los hurras estrujaron el corazón del niño. Contempló el trapiche. No era como un cuadro sin marco. Era como el marco de innumerables cuadros. Como cuadros de una película. Vidas de lucha y de coraje. También de miseria. Sentía ganas de quedarse. Pero ¿para qué servía que se quedara? Al irse sería de mucha mayor ayuda. Mostraría esas vidas. Le estrechan la mano,

lo abrazan. Volta Seca estaba triste, tan triste como si se hubiera muerto un *cangaçeiro* del grupo de *Lampião*.

En la noche del muelle, el hombre de la boquilla, que era un poeta, le entrega una carta y dinero al Profesor.

—Él te esperará en el desembarcadero. Ya le telegrafíé. Espero que no traiciones la confianza que deposité en tu talento.

Nunca un pasajero de tercera clase tuvo tanta gente para despedirlo. Volta Seca le regala un puñal. Pedro Bala se esfuerza por reír, por decir cosas divertidas. Pero João Grande no esconde la tristeza que lo invade.

Desde lejos, el Profesor sigue viendo la gorra de Pedro, que se sacude en el muelle. Y en medio de aquellos hombres desconocidos, oficiales uniformados, comerciantes y damiselas, se descubre tímido, no sabe qué hacer, siente que todo su coraje se quedó junto a los Capitanes de la Arena. Pero dentro de su pecho viaja una marca de amor a la libertad. Marca que lo haría abandonar al viejo pintor que le enseña cosas académicas para irse a pintar por su cuenta cuadros que, en lugar de causar admiración, sacuden a todo el país.

Luego vino el invierno, después el verano y nuevamente el invierno, pero esta vez con lluvias constantes y un viento que no dejó de silbar una sola noche en el arenal. Ahora Pirulito vendía diarios, lustraba zapatos, cargaba el equipaje de los viajeros. Había dejado de robar para mantenerse. Pedro Bala había aceptado que siguiera en el trapiche pese a que no llevaba la misma vida que los demás. Pedro no comprendía qué sucedía dentro de Pirulito. Sabía que quería ser cura, que quería escapar de esa vida. Pero creía que aquello no solucionaría nada, no mejoraría en lo más mínimo la vida de todos ellos. El padre José Pedro intentaba lo que fuera para cambiarles la vida. Pero él era el único, pues los demás no creían que lo que hacía estuviera bien. ¿Qué había logrado? Únicamente si se unieran todos, como decía João de Adão.

Pero Dios llamaba a Pirulito. En las noches del trapiche, el niño oía el llamado divino. Era una voz poderosa que resonaba dentro de él. Una voz tan poderosa como el sonido del mar, como el silbido del viento que corre en torno del caserón. Una voz que no le habla al sentido del oído, que va directamente a su corazón. Una voz que lo llama, que lo alegra y lo amedrenta al mismo tiempo. Una voz que le exige todo para darle la felicidad de que la pueda servir. Dios lo llama. Y el llamado de Dios dentro de Pirulito es poderoso como la voz del viento, como el potente bramido del mar. Pirulito

quiere vivir para Dios, enteramente dedicado a Dios, una vida de recogimiento y de penitencia, una vida que lo limpie de pecado, que lo haga digno de la contemplación de Dios. Dios lo llama y Pirulito piensa en su salvación. Será un penitente y ya no se detendrá a contemplar el espectáculo del mundo. No quiere ver nada de lo que ocurre en el mundo para que sus ojos estén lo suficientemente limpios y puedan mirar de frente a Dios. Porque para aquellos que no tienen los ojos completamente limpios de todo pecado, el rostro de Dios es terrible como el mar enfurecido. Pero para quienes tienen los ojos y el corazón limpios de todo pecado, el rostro de Dios es manso como las olas del mar en una mañana de sol y de bonanza.

Pirulito está marcado por Dios. Pero también por la vida junto a los Capitanes de la Arena. Renuncia a su libertad de ver y oír el espectáculo del mundo, a la marca de la aventura de los Capitanes de la Arena para escuchar el llamado de Dios. Porque la voz de Dios que habla en su corazón es tan poderosa que no admite comparación. Rezará por los Capitanes de la Arena en su celda de penitente. Porque debe escuchar y seguir a la voz que lo llama. Es una voz que le transfigura el rostro en la noche invernal del trapiche. Como si allí afuera hubiera llegado la primavera.

El padre José Pedro volvió a ser citado por el arzobispado. Esta vez el canónigo se halla acompañado por el superior de los capuchinos. El padre José Pedro tiembla, pensando que lo han de llamar al orden otra vez, que le van a hablar de sus pecados. Hizo algo en contra de las leyes para ayudar a los Capitanes de la Arena. Teme haber fracasado, pues no han logrado mejorar en casi nada su vida. Pero en algunos momentos muy difíciles había llevado un poco de consuelo a esos pequeños corazones. Y estaba Pirulito. Era una conquista para Dios. Si no había conseguido todo, si no había transformado aquellas vidas como se había propuesto, tampoco había sido completamente en vano. Algo había allí para Dios. Se alegraba, a pesar de la tristeza por lo poco que les había dado a los Capitanes de la Arena. Aun así, en ciertos momentos había sido la familia que no tenían. Algunas veces había hecho de madre y de padre. Ahora los jefes ya eran adolescentes, casi hombres. El Profesor ya se había ido y otros no tardarían en seguir sus pasos. Aunque fuesen ladrones, aunque llevaran una vida de pecado, en algunas circunstancias el cura había conseguido atenuar el espectáculo de miseria de sus vidas con un poco de consuelo y de cariño. Y de solidaridad.

Pero esta vez el canónigo no lo amonesta. Le anuncia que el arzobispado ha resuelto entregarle una parroquia.

—Usted nos dio mucho trabajo, padre, con sus ideas equivocadas acerca de la educación. Espero que la bondad del señor arzobispo al darle esta parroquia haga que se ponga a pensar en sus obligaciones y desista de todas esas innovaciones soviéticas —concluyó.

La parroquia nunca había tenido un cura porque el arzobispo nunca encontró un sacerdote dispuesto a instalarse en medio de los *cangaçeiros* en un poblado perdido del sertón. Pero el nombre del lugar alegró al padre José Pedro. Iba a estar en medio de los *cangaçeiros*, que son como niños grandes. Agradeció e intentó decir algo, pero el superior de los capuchinos se lo impidió.

—El señor canónigo me dice que entre esos pequeños hay uno que tiene vocación de sacerdote.

—Justo iba a hablarle de eso —dijo el cura. Nunca vi una vocación tan firme.

El misionero sonrió.

—Porque nos falta un hermano. Sé que no es lo mismo que ser sacerdote. Pero se le parece bastante. Y si su vocación es sincera la orden puede hacerlo estudiar e incluso que se ordene.

—Se va a poner loco de alegría.

—¿Responde usted por él?

Pirulito habría de ser fraile. Un día tal vez se ordenase. El cura se fue dando gracias a Dios.

Llevan al cura a la estación. El silbido del tren es como un lamento. Allí se hallan varios de los Capitanes de la Arena. El padre José Pedro los contempla con amor.

—Usted fue muy bueno con nosotros. Un hombre bueno. No nos vamos a olvidar de usted —dice Pedro Bala.

No reconocen a Pirulito cuando llega vestido con una sotana de fraile, atada por un largo cordón que le cuelga a un costado.

—¿Conocen al hermano Francisco de la Sagrada Familia? —pregunta el padre José Pedro.

Miran a Pirulito con una cierta vergüenza. Pero él les sonríe. Está mucho más delgado y tiene aspecto de asceta. El hábito de capuchino lo hace parecer más alto.

—Él rezará por ustedes —dice el cura.

Se despide. Entra en el vagón. El tren resopla, es como una despedida. Desde la ventana, el cura ve a los niños agitar manos y gorras, viejos sombreros, trapos que sirven de pañuelos. Una anciana que viaja delante de él, desesperada por entablar conversación, se asombra de que el cura esté llorando.

Boa-Vida aparece poco por el trapiche. Tiene una guitarra, compone sambas, está enorme y es un pillo más de las calles de Bahía. Nadie lleva una vida parecida a la de los pillos. Se pasa el día conversando en los muelles, en el mercado, va a las fiestas de los morros y por las noches a la *Cidade de Palha* o a las *macumbas*. Toca su guitarra, come y bebe de lo mejor y enamora a las muchachas bonitas con su voz y sus canciones. Arma líos en las fiestas y cuando lo persigue la policía llega hasta el trapiche para esconderse entre los Capitanes de la Arena.

Entonces toca para ellos, se ríe a carcajadas como si todavía formara parte del grupo. Boa-Vida se va apartando de a poco a medida que va creciendo. Al llegar a los diecinueve ya no regresará. Será un pillo completo, uno de esos mulatos que aman a Bahía por sobre cualquier otra cosa, que llevan la mejor de las vidas en las calles de la ciudad. Enemigo de la riqueza y del trabajo, amigo de las fiestas, de la música, del cuerpo de las muchachas. Pillo. Armador de batifondos. Jugador de *capoeira*, experto con la navaja, ladrón cuando hace falta. De buen corazón, como canta un *ABC* que Boa-Vida compuso acerca de otro pillo. Prometiendo a las muchachas que va a regenerarse y que se pondrá a trabajar, siendo siempre pillo. Uno de los tantos valentones de la ciudad. Figura a la que los futuros Capitanes de la Arena amarán y admirarán, así como Boa-Vida amó y admiró a Querido-de-Deus.

Cierto día, luego de pasado mucho tiempo, Pedro Bala caminaba por las calles junto a Sem-Pernas. Habían entrado en una iglesia de la Piedade, pues les gustaba mirar las cosas y resultaba fácil hacerse de la cartera de una señora que estuviera rezando. Pero no había mujeres en la iglesia a esa hora. Únicamente un grupo de niños pobres y un capuchino que les enseñaba el catecismo.

—Es Pirulito —dijo Sem-Pernas.

Pedro Bala se detuvo a mirar y después encogió los hombros.

—¿Para qué sirve? —Sem-Pernas miró.

—No da de comer.

—Un día también va a ser cura. Tiene que serlo y muy pronto.

Sem-Pernas dice:

—Con la bondad no alcanza —y agregó—: Sólo el odio. Pirulito no los veía. Con una paciencia y una bondad extremas les daba a esos niños revoltosos sus lecciones de catecismo. Los dos Capitanes de la Arena salieron moviendo la cabeza. Pedro Bala apoyó la mano en el hombro de Sem-Pernas.

—Ni el odio ni la bondad. Sólo la lucha.

La voz bondadosa de Pirulito atraviesa la iglesia. La voz de odio de Sem-Pernas permaneció junto a Pedro Bala. Pero éste no oía ninguna de las dos. Lo que sonaba en él era la voz de João de Adão, el estibador, la voz de su padre muriendo en la lucha.

Canción de amor de una solterona

El Gato contó que la solterona estaba llena de plata. Era la última descendiente de una rica familia, andaría por los cuarenta y cinco, era fea y vivía siempre nerviosa. Se corría el rumor de que tenía un cuarto repleto de objetos de oro, de brillantes y de joyas acumuladas por la familia durante generaciones. Pedro Bala pensó que de allí podían sacar un buen dinero, pues Gonzales, el dueño de la casa empeños 14, pagaba bien esas cosas.

—¿Eres capaz de entrar allí? —le preguntó a Sem-Pernas.

—Claro.

—Luego nos metemos nosotros.

Se rieron en el trapiche. El Gato salió para ver a Dalva.

—Mañana voy para allá —anunció Sem-Pernas.

La solterona abrió la puerta. Sólo tenía una criada, una negra vieja, que parecía formar parte de la herencia, pues acompañaba a la familia desde hacía cincuenta años. Le dedicó una mirada orgullosa a Sem-Pernas.

—¿Quieres algo?

—Soy un pobre huérfano y estoy baldado. —Mostraba la pierna coja. No quiero vivir del robo ni de pedir limosna. ¿Tiene algún trabajo para mí? Puedo ocuparme de las compras.

La solterona no le quitaba los ojos de encima. Un niño. No era la bondad lo que se movía en su interior. Era la voz del sexo en sus últimos estertores. No faltaba poco para que su sexo se jubilara y los médicos decían que entonces sus nervios se aplacarían. Mucho tiempo atrás, cuando era jovencita, había un niño que se ocupaba de las compras. Había sido bueno. Pero su hermano los había descubierto y el niño había sido expulsado. Ahora el hermano había muerto y otro niño venía a proponerse para hacer las compras.

—Está bien.

Le ordenó que se bañara. Por la tarde le dio dinero para las compras y para que se comprara algo de ropa. Sem-Pernas logró quedarse con mil doscientos de las cuentas.

—Aquí voy a hacer dinero —pensó.

En la cocina la negra contaba viejas historias en su lengua enrevesada. Sem-Pernas la oía demostrando un interés excesivo para ganarse la confianza de la mujer. Pero cuando le preguntó por las cosas de oro no hubo respuesta. Sem-Pernas no insistió. Sabía ser paciente, estaba acostumbrado a ese trabajo. En la sala la solterona hacía punto cruz en un mantel y a través de la puerta miraba con interés al muchacho. Era fea de cara, pero el cuerpo avejentado todavía mantenía algún atractivo. Llamó a Sem-Pernas para que viera el trabajo que estaba haciendo y mientras él lo miraba se agachó y Sem-Pernas pudo darle una ojeada a esos grandes pechos. Pero no se le ocurrió que ella se estuviera mostrando. El bordado le pareció muy bonito.

—Usted es muy inteligente.

Llegaba a parecer que era un niño bien educado. A pesar de su pierna coja y su feo rostro, a la solterona le pareció lindo. Sería mejor si fuese un poco menos desarrollado. Pero incluso así... Volvió a agacharse y le mostró los senos a Sem-Pernas, quien desvió la mirada pues no pensaba que ella lo hiciese adrede. Cuando volvió a elogiar sus labores, ella le acarició el rostro.

—Gracias, hijo mío. —Y su voz se puso lánguida.

La negra puso un colchón en el comedor para que allí durmiera Sem-Pernas. Lo cubrió con una sábana y le acomodó una almohada. La solterona estaba de gran charla en la casa de una amiga que vivía en la misma cuadra y cuando regresó Sem-Pernas ya estaba acostado. Oyó que ella se despedía de alguien:

—Disculpe las molestias de traer una solterona a la casa.

—Doña Joana, no diga eso.

Entró, cerró la puerta de calle y sacó la llave. La negra ya se había ido a dormir a su cuarto junto a la cocina. La solterona se acercó hasta el comedor, espió por un momento a Sem-Pernas, quien fingía haberse dormido. Suspiró y se encaminó a su cuarto.

Todas las luces de la casa estaban apagadas. A pesar de ser muy temprano en relación con la hora en que solían acostarse en el trapiche, Sem-Pernas se entregó al sueño.

Por eso no sabe a qué hora vino la solterona. Sintió que una mano le acariciaba los cabellos. Pensó que se trataba de un buen sueño. La mano se deslizaba, pasaba por su pecho, por el estómago, ahora sostenía su sexo manso. Sem-Pernas se terminó de despertar pero permaneció con los ojos cerrados. La solterona empujaba su sexo, se apoyaba sobre él. Estaba en camión, se lo subió y puso la mano de Sem-Pernas sobre su cuerpo. El

muchacho se apoyó sobre ella. Quiso hablar, pero le tapó la boca con la mano apuntando hacia la cocina.

—Puede oírnos.

Dice en voz aún más baja:

—¿Vas a ser bueno conmigo, no es cierto?

Se apretaba contra él. Le quitó los pantalones. Después se taparon con las sábanas. Pero cuando Sem-Pernas pidió más, ella contestó:

—No. Sólo arriba.

Era algo incompleto que irritaba a Sem-Pernas.

La solterona gemía suavemente. Apretaba la cabeza del muchacho contra sus enormes senos, con el sexo de él contra sus muslos y con su mano en su sexo.

Sem-Pernas se levanta entumecido. Un enorme cansancio le abate los miembros. Esas noches son como batallas. Nunca el goce es pleno, nunca se llega a una satisfacción completa. La solterona sólo aspira a una migaja de amor. Le teme al amor completo, al escándalo de un hijo. Pero Sem-Pernas quiere hacer el amor de manera plena y eso lo irrita, hace que su odio aumente. Al mismo tiempo se siente preso del cuerpo de la solterona, de las caricias trucas en medio de la noche. Hay algo que lo retiene en la casa. Si bien al despertarse siente odio hacia Joana, una rabia impotente, un anhelo de estrangularla ya que no puede poseerla por completo, aunque le parece vieja y fea, cuando la noche se acerca lo ponen nervioso las caricias de la solterona, la mano que sacude su sexo de niño, los pechos en los que recuesta la cabeza, sus enormes muslos. Imagina estrategias para poseerla, pero la solterona las frustra, escapándose a último momento y lo reprende en voz baja. Una rabia sorda invade a Sem-Pernas. Pero la mano de la mujer alcanza nuevamente su sexo y él ya no puede luchar contra el deseo. Y vuelve esa lucha tremenda de la que se retira nervioso y agotado.

Durante el día le responde mal a Joana, le dice groserías, la mujer llora. La trata de solterona, le dice que se va. Ella le entrega dinero, le pide que se quede. Pero él se queda no por el dinero, sino porque el deseo lo retiene. Ya sabe cuál es la llave que abre la sala donde Joana guarda sus objetos de oro. Sabe cómo apoderarse de la llave y llevársela a los Capitanes de la Arena. Pero el deseo lo retiene allí, junto a los senos y los muslos de la mujer. Junto a la mano de la solterona.

Nunca había tenido suerte con las mujeres. Cuando conseguía una negrita en el arenal era con la ayuda de los demás, por la fuerza. Ninguna se fijaba en él ni lo invitaba con la mirada. Los demás eran feos, pero él resultaba repulsivo con su pierna lisiada, con su caminar de cangrejo. Además había terminado por hacerse antipático y se había acostumbrado a poseer a las negritas por la fuerza. Y ahora llegaba una mujer blanca con dinero, vieja y feúcha, es verdad, pero todavía apetecible, y se acostaba con él. Le acariciaba el sexo, juntaba muslo con muslo, apoyaba su cabeza en esos enormes senos. Sem-Pernas no podía salir de allí, aún cuando cada día se sentía más estúpido y vivía más inquieto. Su deseo reclamaba poseerla plenamente. Pero la solterona se conformaba con recoger las migajas del amor.

Durante el día, Sem-Pernas la odia, se odia, odia a todo el mundo.

Pedro Bala le protestó por la demora. Ya era tiempo de que supiera los secretos de la casa. Sem-Pernas le contestó que tenía razón y que no tardaría más tiempo. Y esa noche la batalla del amor es aún más intensa. La solterona gime de amor recogiendo las migajas del amor. Pero no cede *su honra*. Eso le da coraje a Sem-Pernas para hacerse con la llave al día siguiente.

La solterona lo espera para el amor. Se siente como una esposa a la que hubiese abandonado su marido. Lloro y se lamenta. Su amor no viene, ella también precisa amor, como todas esas muchachas que pasan con sus bonitos vestidos por la calle.

Y el robo la enfurece. Porque piensa que Sem-Pernas la amó en esas largas noches de vicio sólo para poder robarle. Su sed de amor se siente humillada. Es como si le hubiesen escupido en la cara, diciendo que toda la culpa era de su fealdad. Lloro, y no gime más su canción de amor. Se siente con el coraje necesario para estrangular a Sem-Pernas si se topara con él. Porque se había burlado de su amor, de la sed de amor que le recorre la sangre. Su desgracia resulta más completa pues durante una semana fue plenamente feliz con esas migajas de amor. Rueda por el suelo en un ataque de furia.

En el trapiche, Sem-Pernas cuenta su aventura y se ríe. Pero en el fondo sabe que la solterona lo volvió alguien todavía peor, el odio que vivía latente dentro de su corazón había aumentado con su viciosa relación. Ahora sus noches están llenas de deseos insatisfechos. Deseos que le impiden dormir, que le producen rabia.

Detrás de un tren

Los navíos llegan a Ilhéus cargados de mujeres. Mujeres que vienen de Bahía, de Aracaju, todo ese mujerío de Recife, incluso de Río de Janeiro. Los robustos coroneles miran desde los puentes la llegada de las mujeres. Morenas, rubias y mulatas vienen en su busca. Porque la noticia del alza del cacao recorrió todo el país. La noticia de que en una ciudad relativamente pequeña como Ilhéus se habían abierto cuatro cabarés. Que los coroneles quemaban billetes de quinientos mil *reis* durante las noches de juego y de champán. Que por las madrugadas salían desnudos por las calles de la ciudad, formando el llamado *terno do Y*. La noticia corría por las calles de mujeres perdidas. Los viajeros transmitían la novedad. El cabaré de Brama, en Aracaju, se quedó sin mujeres. Se mudaron a El Dorado, un cabaré de Ilhéus. Las mujeres de Recife se bajaron todas de un navío del Lloyd brasileiro. Los pernambucanos se quedaron sin mujeres, se fueron todas al cabaré Bataclan, bautizado por los estudiantes en vacaciones como la *Escola*. Llegaron algunas de Río de Janeiro y otras se fueron al Trianon, ex Vesúvio, el más lujoso de los cuatro cabarés de la ciudad del cacao. Incluso Rita Tanajura, célebre por sus enormes nalgas bamboleantes, abandonó la paz de su ciudad de Estância, donde era la reina entre las mujeres de vida fácil y donde se relacionaba con todo el mundo, y llegó para transformarse en la reina del FarWest, el cabaré de la calle del Sapo, donde los besos y el ruido de las botellas de champán descorchadas se mezclaban con los tiros y con el escándalo de las peleas. Porque el FarWest era el cabaré de los capataces, de los pequeños hacendados de pronto enriquecidos.

En la calle de Dalva, en la zona de las mujeres perdidas de Bahía, las casas se despoblaron. Fueron mujeres al Bataclan, otras rumbo a El Dorado, hubo mujeres para el FarWest. Unas pocas eligieron el Trianon, donde bailaban con los coroneles. En el Bataclan, las mujeres pernambucanas y del sertón entregaban parte del dinero que sacaban de los coroneles, que era mucho, a los estudiantes que en compensación les entregaban su amor. Los viajeros llenaban El Dorado, y hasta en el FarWest las mujeres recibían joyas como regalo. Y a veces recibían también algún tiro, como una extraña joya rojiza en medio del pecho. Rita Tanajura bailaba el charlestón encima de una mesa, entre champán y disparos. Todo eso ocurría durante aquel auge del cacao de hace unos años.

Cuando Dalva se enteró de que Isabel tenía collares y un anillo de brillantes y, sin embargo, no estaba en el Trianon, que era el más lujoso de los cabarés, sino en el Bataclan, ya no pudo resistirse. Preparó las valijas. ¿Qué no haría ella en el Trianon, ella que era la mejor de las mujeres de la calle? Vistió al Gato con un elegantísimo traje de casimir hecho a medida y de repente el Gato ya no era un niño sino que era el más joven de los truhanes de Bahía.

La noche en que se apareció en el trapiche con su traje nuevo, zapatos negros de charol, moñito, sombrero de paja, João Grande soltó una exclamación de asombro.

—Pero ¿seguro que es el Gato?

El Gato aún no había cumplido los dieciocho. Hacía cuatro años que amaba a Dalva. Se dirigió a João Grande.

—Ahora comienza mi vida.

Ofreció unos cigarrillos que traía en una cigarrera cara y se acomodó el cabello bien cortado. Apoyó la mano sobre el hombro de Pedro Bala.

—Hermano, me voy a Ilhéus. La señora va a establecerse. Y me voy con ella. Tal vez me vuelva rico. Cuando llegue a hacendado voy a organizar una fiesta de aquellas.

Pedro sonrió. Era otro que se iba. No serían niños toda la vida. Tenía en claro que nunca habían parecido niños. Desde pequeños, en la arriesgada vida de las calles, los Capitanes de la Arena eran como hombres, iguales a los hombres. Toda la diferencia estaba en el tamaño. En lo demás eran iguales: amaban y volteaban negras en el arenal desde temprano, robaban para vivir como hacen los ladrones de la ciudad. Cuando los detenían, se los golpeaba como si fuesen hombres. Algunas veces realizaban asaltos a mano armada como los bandidos más temidos de Bahía. Tampoco mantenían conversaciones de niños, hablaban del mismo modo que los hombres. Incluso su manera de sentir era propia de hombres. Mientras otros niños sólo se preocupaban por jugar, por estudiar para aprender a leer libros, ellos se veían envueltos en asuntos que sólo los hombres pueden resolver. Siempre habían sido hombres, en su vida de miseria y de aventura nunca habían sido acabadamente niños. Porque lo que hace al niño es el ambiente de su casa, el padre, la madre, el carecer de responsabilidades. En la vida de la calle nunca tuvieron ni padre ni madre. Y debieron siempre cuidar de sí mismos, siempre fueron responsables por su vida. Habían sido siempre iguales a hombres. Ahora los de mayor edad, los que eran desde hacía años los jefes del grupo, eran muchachitos y comenzaban a encontrarse con su destino. El Profesor ya

se había ido, pintaba cuadros en Río de Janeiro. Boa-Vida se había apartado hacía poco del trapiche, tocaba la guitarra en las fiestas, iba a los *candomblés* y armaba líos en las quermeses. Es un tahúr más de la ciudad. Su nombre es conocido hasta por los diarios. Como los demás vagabundos, es famoso entre los investigadores de la policía, que siempre están vigilando a los pillos. Pirulito es fraile en un convento. Dios lo llamó y nunca sabrán más de él. Ahora es el Gato quien parte, va a sacarles dinero a los coroneles de Ilhéus. Cierta vez, Querido-de-Deus dijo que el Gato se haría rico. Porque la vida en la calle y el abandono habían hecho del Gato un jugador deshonesto, un estafador, un proxeneta. No pasará mucho antes de que sean otros los que partan. Únicamente Pedro Bala ignora qué rumbo tomar. Dentro de poco será más que un muchacho, se habrá convertido en un hombre y tendrá que dejarle a otro el mando de los Capitanes de la Arena. ¿A dónde se marchará? No podrá ser un intelectual, como el Profesor, cuyas manos sólo servían para pintar, no nació para delincuente como Boa-Vida, que no siente el espectáculo de la lucha cotidiana de los hombres y a quien sólo le gusta participar de las fiestas del morro. Pedro siente el espectáculo de los hombres, piensa que esa libertad no es suficiente para esa sed de libertad que vibra en su interior. Tampoco siente el llamado de Dios como Pirulito. Para él los sermones del padre José Pedro nunca significaron nada. Le gustaba el cura porque era un hombre bueno. Sólo las palabras de João de Adão encontraban acogida en su corazón. Pero hasta João de Adão sabe bastante poco. Lo suyo son esos músculos potentes y la voz firme y sin embargo amistosa, como para dirigir una huelga. Tampoco quiere seguir el camino del Gato y engañar a los coroneles de Ilhéus para quitarles su dinero. Quiere al go que todavía no sabe qué es y es por eso que sigue entre los Capitanes de la Arena.

El trapiche grita despidiendo al Gato. Vestido con sus ropas harapientas, agitando su gorra, se siente muy lejos del Gato, que al lado de Dalva parece un hombre hecho, alguien que se viste con la ropa adecuada. Pedro siente tristeza, un gran deseo de huir, de partir hacia cualquier lugar en un navío o en el furgón de un tren.

Pero quien viaja en el furgón de un tren es Volta Seca. Una tarde lo atrapó la policía cuando el mulato despojaba de su billetera a un comerciante. Volta Seca tenía entonces dieciséis años. Lo llevaron a la comisaría, lo golpearon porque él se burlaba de todos, agentes y oficiales, con aquel inmenso desprecio que sienten los *sertanejos* por la policía. No soltó un solo grito

cuando lo golpeaban. Ocho días después lo lanzaron a la calle y él salió casi alegre, porque ahora tenía una misión en la vida: matar soldados y policías.

Pasó unos días en el trapiche, con el rostro sombrío y ensimismado en sus pensamientos. Lo llamaba el sertón, lo convocaba la lucha del *cangaço*. Un día le dijo a Pedro Bala:

—Voy a pasar un tiempo con los Maloqueiros en Aracaju. Los Indios Maloqueiros eran los Capitanes de la Arena de Aracaju. Vivían bajo los puentes, robaban y peleaban en las calles. El juez de menores Olímpio Mendonça era un hombre bueno, trataba de resolver los conflictos de la mejor manera y se sorprendía con la inteligencia de esos niños iguales a hombres. Comprendía que era imposible resolver el problema. Le contaba a los novelistas hechos de los niños, a quienes amaba. Pero se afligía porque no podía resolverles los problemas. Cuando aparecía alguien nuevo entre los Indios Maloqueiros, él ya sabía que era un bahiano que había llegado en el furgón de un tren. Y cuando alguno desaparecía, sabía que se había ido con los Capitanes de la Arena de Bahía.

Una madrugada el tren de Sergipe hizo sonar su silbato en la estación de Calçada. Nadie había ido a buscar a Volta Seca porque sólo iba a pasarse unos pocos días entre los Indios Maloqueiros y olvidar a la policía bahiana que lo tenía marcado. Volta Seca se metió en un vagón de carga que estaba abierto y se escondió entre unos fardos. Al poco tiempo, el tren abandona la estación. Luego está la carretera del sertón, India nordestina. Aparecen mujeres y niñas en las casas de barro. Los hombres semidesnudos labran la tierra. Por el camino de los animales que corre paralelo a los rieles pasan manadas de bueyes. Los vaqueros gritan y golpean a los animales. En las estaciones venden confituras de choclo, natillas, *mungunzá*, *pamonha* y *canjica*. El sertón va entrando por la nariz y por los ojos de Volta Seca. Quesos y rapaduras pasaban en los tableros en las pequeñas estaciones, los paisajes agrestes jamás olvidados llenan nuevamente los ojos del *sertanejo*. Los muchos años pasados en la ciudad no le habían quitado su amor al sertón miserable y bello. Nunca había sido un niño de ciudad como Pedro Bala, Boa-Vida o el Gato. Siempre había sido como un exiliado, con su manera de hablar diferente, aludiendo a *Lampião*, llamándolo *mi padrino*, imitando los sonidos de los animales *sertanejos*. Con su madre habían ocupado en otros tiempos un pedazo de tierra. Ella era comadre de *Lampião* y los coroneles la respetaban. Pero cuando *Lampião* se internó en el sertón de Pernambuco, los coroneles se quedaron con las tierras de la madre de Volta Seca. Ella bajó a la ciudad a pedir justicia, pero murió en el camino. Volta Seca continuó el

periplo con su rostro sombrío. Aprendió muchas cosas en la ciudad entre los Capitanes de la Arena. Supo que no sólo en el sertón los hombres ricos trataban mal a los pobres. En la ciudad también. Aprendió que los niños pobres son desdichados en todas partes, que los ricos los persiguen y mandan en todos lados. A veces sonreía, pero nunca dejó de odiar. En la figura de José Pedro descubrió el motivo por el cual *Lampião* respetaba a los curas. Si ya *Lampião* era para él un héroe, su experiencia en la ciudad, el odio que adquirió entre sus calles, hizo que amase la figura de su padrino por encima de todo. Incluso por encima de Pedro Bala.

Ahora ya están en el sertón. El perfume de las flores del sertón. Campos amigos, aves amigas, perros flacos en las puertas de las casas. Ancianos que parecen misioneros indios, negros con largos rosarios colgados del cuello. El buen aroma de las comidas hechas con maíz y con mandioca. Hombres flacos que labran el suelo por los mil quinientos que les pagan los dueños de la tierra. Sólo la *caatinga* es de todos, porque fue liberada por *Lampião*, expulsó de allí a los ricos e hizo de la *caatinga* la tierra de los *cangaçeiros* que luchan contra los hacendados. El héroe *Lampião*, héroe de todo el sertón de cinco estados. Dicen que es un criminal, un *cangaçeiro* sin corazón, asesino, violador, ladrón. Pero para Volta Seca, para los hombres, las mujeres y los niños del sertón es un nuevo Zumbi dos Palmares, es un libertador, el capitán de un nuevo ejército. Porque la libertad es como el sol, el mayor bien que hay en el mundo. Y *Lampião* lucha, mata, desflora y roba por la libertad. Por la libertad y por la justicia para los hombres explotados del sertón inmenso que abarca cinco estados. Pernambuco, Paraíba, Alagoas, Sergipe y Bahía.

El sertón conmueve la mirada de Volta Seca. El tren no corre, se mueve lentamente, cortando las tierras del sertón. Aquí todo es lírico, pobre y bello. Lo único terrible es la miseria de los hombres. Pero esos hombres son tan fuertes que logran crear belleza en medio de esta miseria. ¿Qué no harán cuando *Lampião* libere toda la *caatinga* e imponga la justicia y la libertad?

Pasan guitarristas e improvisadores de versos. Pasan vaqueros que azuzan el ganado, hombres que plantan mandioca y maíz. En las estaciones bajan los coroneles a estirar las piernas. Tienen enormes revólveres. Los guitarristas ciegos cantan pidiendo limosna. Un negro de *camisu* y rosario atraviesa la estación diciendo cosas extrañas en una lengua desconocida. Fue esclavo, hoy vaga demente por la estación. Todos le tienen miedo, pues temen sus maldiciones. Porque ha sufrido mucho, el látigo del prefecto le destrozó la espalda. También el rebenque de la policía, prefecto de los ricos, lastimó las espaldas de Volta Seca. Y también llegará el día en que todos lo teman.

Caatinga del sertón, olor de las flores *sertanejas*, el manso andar del tren *sertanejo*. Hombres en alpargatas y con sombrero de cuero. Niños que estudian para *cangaçeiro* en la escuela de la miseria y de la explotación del hombre.

El tren se detiene en medio de la *caatinga*. Volta Seca salta del vagón. Los *cangaçeiros* apuntan con sus fusiles, el camión que los transportó se encuentra del otro lado de la carretera y han cortado los hilos del telégrafo. No se ve a nadie en la *caatinga* agreste. Una muchacha se desmaya en uno de los vagones, un viajante esconde su billetera con dinero. Un coronel gordo sale del vagón.

—Capitán Virgulino —dice.

El *cangaçeiro* de anteojos apunta su fusil.

—Métase adentro.

Volta Seca cree que el corazón le va a estallar de alegría. Encontró a su padrino, Virgulino Ferreira *Lampião*, héroe de los niños *sertanejos*. Se le acerca, otro *cangaçeiro* quiere apartarlo, pero alcanza a decir:

—Padrino...

—¿Quién eres tú?

—Soy Volta Seca, hijo de tu comadre.

Lampião lo reconoce y sonrío. Los *cangaçeiros* van entrando en los vagones de primera clase. No son muchos, unos doce.

—Padrino, déjeme quedarme con usted. Deme un fusil —pide Volta Seca.

—Todavía eres un niño —*Lampião* lo mira con sus anteojos oscuros.

—Ya no soy más un niño, ya me peleé con un policía.

Lampião grita:

—Zé Baiano, dale un fusil a Volta Seca. Mira a su ahijado.

—Tú vigila esta salida. Si alguien quiere entrar, dispárale. Entra en el vagón. Hay gritos y desmayos allí adentro, suena un disparo. Luego el grupo regresa a la carretera. Traen a dos agentes de policía que viajaban en el tren. *Lampião* divide el dinero entre los *cangaçeiros*. Volta Seca también recibe su parte. De un vagón corre un hilo de sangre. El buen aroma del sertón invade las narices de Volta Seca. Los policías son apoyados contra unos árboles. Zé Baiano prepara el fusil, pero la voz de Volta Seca hace un pedido:

—Déjeme a mí, padrino. Ellos me golpearon en la comisaría, les pegaron a muchos chicos.

Levanta el fusil, ¿hay algún *sertanejo* que no tenga buena puntería?

En su rostro sombrío aparece una sonrisa que lo invade todo. Cae el primero, el segundo intenta huir pero un disparo lo alcanza por la espalda.

Luego Volta Seca corre hacia él con su puñal y termina su venganza.

—Este niño es de los buenos —dice Zé Baiano.

—Su madre era muy especial, mi comadre —recuerda con orgullo *Lampião*.

—Una verdadera fiera —piensa el viajante mientras el tren se mueve lentamente luego de que los empleados apartaran los troncos que había sobre los rieles. El grupo de *cangaçeiros* se pierde en la *caatinga*. El aire del sertón llena el pecho de Volta Seca, quien se detiene y hace con el puñal dos marcas en la empuñadura del fusil. Los dos primeros... A lo lejos el tren lanza un silbido angustioso.

Como un trapecista de circo

Había sido demasiado audaz asaltar aquella casa de la calle Rui Barbosa. Cerca de allí, en la Plaza del Palacio, había muchos policías, detectives y guardias. Pero pudo más la sed de aventuras. Eran cada vez mayores y por lo tanto se atrevían a más. Sin embargo, había mucha gente en la casa, dieron la señal de alarma y llegó la policía. Pedro Bala y João Grande huyeron por la ladera de la Plaza. Barandão pudo escapar también. Pero Sem-Pernas quedó rodeado en la calle. Jugaba a las escondidas con los guardias, quienes se habían despreocupado de los demás y se conformaban con arrestar a ese rengo. Sem-Pernas corría de un lado al otro de la calle mientras los guardias avanzaban. Amagó con escaparse por un lado, eludió a uno de los guardias y salió por la ladera. Pero en lugar de bajar y tomar por la Baixa dos Sapateiros, se dirigió hacia la Plaza del Palacio. Porque sabía que si corría por la calle sin dudas lo atraparían. Eran hombres, sus piernas eran más largas y además era rengo y no podía correr mucho. Lo que quería evitar ante todo era que lo atrapasen. Se acordaba de aquella vez que fue llevado a la comisaría. Y, además, de los sueños que poblaban sus noches. No lo atraparían y mientras corre es éste su único pensamiento. Los policías le pisan los talones. Sem-Pernas sabe que les gustaría atraparlo, que la captura de un Capitán de la Arena es un galardón para un agente. Ésa será su venganza. No dejará que lo atrapen, no le pondrán una mano encima. Sem-Pernas los odia como odia a todo el mundo, porque nunca recibió algo de cariño. Y el día en que se vio obligado a abandonarlo fue porque la vida ya lo había marcado demasiado. Nunca había tenido alegrías infantiles. Se había hecho hombre antes de cumplir diez años para tener que luchar por la más miserable de las vidas: la vida del niño abandonado. Nunca podrá amar a nadie, a no ser al perro que lo sigue. Cuando los corazones de los demás niños todavía albergan sentimientos puros, el de Sem-Pernas estaba ya rebosante de odio. Odiaba la ciudad, la vida, los hombres. Amaba únicamente a su odio, sentimiento que le permitía ser fuerte y corajudo a pesar de su defecto físico. Una vez una mujer había sido buena con él. Pero en verdad no fue por él sino por el hijo que había perdido y que creía de regreso. En otra oportunidad una mujer se había acostado con él en la cama, le había acariciado el sexo, se había aprovechado de él para disfrutar las migajas de un amor que nunca había experimentado. Nunca lo habían amado por lo que era, un niño abandonado, lisiado y triste.

Mucha gente lo había odiado y él los había odiado a todos. Apresado por la policía, un hombre se había reído de él mientras lo golpeaban. Cree ver a ese hombre representado en los policías que lo persiguen. Si lo apresaran, el hombre volverá a reírse. No lo atraparán. Le pisan los talones, pero no se lo llevarán. Piensan que va a detenerse junto al gran ascensor. Pero Sem-Pernas no para su carrera. Se sube al pequeño muro, vuelve el rostro en dirección a los policías que siguen corriendo, se ríe con toda la fuerza de su odio, le escupe en la cara a uno que se acerca extendiendo los brazos y se tira de espaldas al vacío como si fuese un trapealista de circo.

Toda la plaza se queda en suspenso por un momento. *Se tiró*, dice una mujer antes de desmayarse. Sem-Pernas se estrella contra la montaña como un trapealista que no hubiera llegado al próximo trapecio. El perro ladra entre las escalinatas del muro.

Noticias en el diario

El *Jornal da Tarde* publica un cable de Río que da cuenta del éxito de la exposición de un joven pintor hasta entonces desconocido. Días después reproduce una crítica de arte publicada en un periódico de Río de Janeiro, pues el pintor es bahiano y el *Jornal da Tarde* es muy cuidadoso con las glorias de la ciudad. Un fragmento de la crítica, luego de referirse a las cualidades y defectos del nuevo pintor social, de usar y abusar de expresiones como clima, luz, color, ángulos, fuerza y otras más, dice:

... Un detalle que notaron todos aquellos que asistieron a esta exposición de escenas y retratos de niños pobres. Todos los sentimientos buenos están siempre representados en la figura de una niña delgada de cabellos rubios y expresión febril. Y todos los malos sentimientos están representados por un hombre de sobretodo negro y aspecto de viajante. ¿Qué significará para un psicoanalista la repetición casi inconsciente de estas figuras en todos los cuadros? Se sabe que el pintor João José tiene una historia...

Y luego seguía el abuso de palabras como color, fuerza, clima, luz, ángulos y otras más complicadas.

Meses después un artículo informaba a los lectores del *Jornal da tarde* con el siguiente título:

UN PRESENTE GRIEGO

LA POLICÍA DE BELMONTE DEVUELVE AL TAHÚR GATO

que la policía de Belmonte había recibido de sus colegas de Ilhéus un verdadero presente griego. Un conocido y joven tahúr que actuaba en Ilhéus bajo el nombre del «Gato», tras haberse quedado con sus buenos billetes de hacendados y comerciantes, fue enviado a Belmonte. Allí siguió haciendo cuentos del tío, en los que era un verdadero maestro. Consiguió vender una inmensidad de terrenos, óptimos para el cultivo del cacao, a muchos hacendados. Cuando éstos fueron a ver sus nuevas tierras, descubrieron que se trataba del lecho sobre el cual corría el río Cachoeira. La policía de Belmonte había conseguido echarle mano al temible estafador y lo regresaba a Ilhéus.

Los ilhenses son más ricos que nosotros, concluía con cierta ironía el corresponsal que firmaba el artículo, pueden brindarle mejores condiciones al elegante Gato que los hijos de la bella Belmonte, la Princesa del Sur. Porque si Belmonte es la Princesa, con mucha mayor justicia Ilhéus podría aspirar al título de Reina del Sur.

Entre hechos policiales sin importancia, el *Jornal da Tarde* informaba que un pillo conocido con el nombre de Boa-Vida había armado un tremendo batifondo durante una fiesta en la *Cidade da Palha*, le había abierto la cabeza al dueño de casa con una botella de cerveza y estaba siendo buscado por la policía.

Cerca de la Navidad, el *Jornal da Tarde* apareció con títulos en tamaño catástrofe. Una noticia tan espectacular como aquella que diera a conocer la historia de la mujer que acompañaba a la banda de *Lampião*, la amante del *cangaçeiro*. Porque la población de los cinco estados, Bahía, Sergipe, Alagoas, Paraíba y Pernambuco, vive con los ojos puestos en *Lampião*. Con odio o con amor, pero nunca con indiferencia. El titular decía con letras enormes:

UN NIÑO DE 16 AÑOS EN EL GRUPO DE LAMPIAO

El tipo de letra elegido para los títulos del artículo también era gigantesco.

*ES UNO DE LOS CANGAÇEIROS MÁS TEMIBLES — TREINTA Y CINCO MARCAS EN SU FUSIL
— PERTENECIÓ A LOS «CAPITANES DE LA ARENA» — LA MUERTE DE MACHADAO
ADJUDICADA A VOLTA SECA*

El artículo era extenso. Contaba que las aldeas saqueadas venían notando entre la banda de *Lampião* a un niño de unos dieciséis años, que usaba el nombre de Volta Seca. A pesar de su edad, el joven *cangaçeiro* era ya temido en todo el sertón como uno de los más crueles del grupo. Se había

comprobado que su fusil tenía treinta y cinco marcas. Y cada marca en la empuñadura del arma de un *cangaçeiro* representa un hombre muerto. Luego se contaba la muerte de Machado, uno de los más antiguos integrantes del grupo de *Lampião*.

El grupo había atrapado a un viejo sargento de policía en la carretera. Y *Lampião* se lo había entregado a Volta Seca para que lo *despachara*. Volta Seca lo había *despachado* despacito, a punta de puñal, cortando los pedacitos con evidente satisfacción. Fue tanta la crueldad que Machado, horrorizado, levantó su fusil para terminar con Volta Seca. Pero antes de que lograra disparar, *Lampião* que se sentía muy orgulloso de Volta Seca, le tiró a Machado. Volta Seca siguió con su tarea.

El artículo se extendía narrando otros crímenes del *cangaçeiro* de dieciséis años. Luego recordaba que entre los Capitanes de la Arena había un niño con el nombre de Volta Seca y que era posible que se tratara de la misma persona. A esto seguían varias consideraciones de orden moral.

La edición se agotó.

Meses después, la tirada volvió a agotarse porque traía la noticia del arresto de Volta Seca mientras dormía, llevado a cabo por la columna encargada de dar caza a *Lampião*. Anunciaba que el *cangaçeiro* llegaría al día siguiente a Bahía. Había varias ilustraciones en los que Volta Seca aparecía con su rostro sombrío. El *Jornal da Tarde* decía que era el *rostro de un criminal nato*.

Algo que no era cierto, como informó el propio *Jornal da Tarde* tiempo después, al relatar en ediciones extraordinarias y sucesivas el juicio que condenó a Volta Seca a treinta años de prisión por quince muertes conocidas y probadas. Para entonces, su fusil llevaba sesenta marcas. Y el diario señalaba ese hecho, repitiendo que cada marca era un hombre muerto. Y publicaba también parte del informe del médico legista, caballero de honestidad y cultura reconocidas, ya por entonces uno de los grandes sociólogos y etnógrafos del país, informe que probaba que Volta Seca era un tipo absolutamente normal y que si se había transformado en *cangaçeiro* y había matado a tantos hombres no había sido por una tendencia de nacimiento. Era culpa del ambiente, a lo que seguían las necesarias consideraciones científicas.

Lo que por otra parte no despertó tanta curiosidad entre el público como la descripción del bellissimo, vibrantísimo y apasionadísimo discurso del Procurador Público, que había hecho llorar a los jurados y hasta el propio juez se había enjugado las lágrimas cuando el fiscal describió, con sublime fuerza oratoria, el sufrimiento de las víctimas del feroz *cangaçeroniño*.

El público se indignó porque Volta Seca no lloró nunca durante el juicio. Su rostro sombrío mostraba una extraña calma.

Compañeros

Hay un nuevo movimiento en la ciudad. Pedro Bala sale del trapiche con João Grande y Barandão. El muelle está desierto, pareciera que todos lo hubiesen abandonado. Sólo agentes de policía que cuidan los grandes galpones. Ese día no descargarán ningún barco, porque los estibadores, con João de Adão a la cabeza, decidieron solidarizarse con los conductores de tranvías que están en huelga. Parece como si la ciudad estuviera de fiesta, pero una fiesta diferente de todas las demás. Pasan grupos de hombres que conversan, los automóviles atraviesan las calles llevando gente a su trabajo, los empleados de los comercios se ríen, la ladera de la Montanha está repleta de personas que suben y descienden, pues los ascensores tampoco funcionan. Los ómnibus están repletos y la gente se cae de las puertas. Los grupos de huelguistas pasan silenciosos rumbo a la sede del sindicato, donde se va a dar lectura al manifiesto de los estibadores, que lleva João de Adão en sus manos grandes. En la puerta del sindicato los grupos conversan y los policías montan guardia.

Pedro Bala camina junto a João Grande y Barandão por las calles.

—Está lindo —dice.

João Grande también sonríe.

—Hoy va a haber lío —dice el negrito Barandão.

—Lo que yo no quisiera ser es conductor de tranvías, ni motorista. Ganan una miseria. Hacen bien... —dice João Grande.

—¿Vamos a ver? —propone Pedro Bala.

Se dirigen a la puerta del sindicato. Entran hombres negros, mulatos, españoles y portugueses. Miran cuando João de Adão y los demás estibadores aparecen entre vivas de los trabajadores de las empresas de tranvías. Ellos también los viven. João Grande y Barandão porque les cae bien el estibador João de Adão. Pedro Bala no tanto por eso como porque le parece hermoso el espectáculo de la huelga, es como alguna de las más bellas aventuras de los Capitanes de la Arena.

Un grupo de hombres bien vestidos entra al sindicato. Desde la puerta oyen una voz que habla y otra que la interrumpe: *Vendido, carnero*.

—Está bueno —repite Pedro Bala.

Tiene ganas de entrar, de mezclarse con los huelguistas, de gritar y luchar al lado de ellos.

La ciudad se durmió temprano. La luna ilumina el cielo, llega la voz de un negro desde el mar. Canta la amargura de su vida desde que se fue su amada. En el trapiche los niños ya se han dormido. Hasta el negro João Grande ronca en la puerta con el puñal al alcance de la mano. Sólo sigue despierto Pedro Bala, estirado sobre la arena, mirando a la luna y escuchando al negro que canta su nostalgia por la mulata que se fue. El viento trae fragmentos de canción y hace que Pedro Bala busque a Dora entre las estrellas del cielo. Ella también se transformó en estrella, una extraña estrella de cabellera rubia. Los hombres valientes tienen una estrella en el lugar del corazón. Pero jamás se supo de una mujer que llevase en el pecho una estrella, como si fuese una flor. Al morir, las mujeres más valientes de la tierra y del mar de Bahía se transformaban en santas de los negros, como ocurría con los delincuentes que hubieran sido muy valientes. Rosa Palmeirao se transformó en santa de un *candomblé* de *caboclo*, le dedican oraciones en *nagô*, Maria Cabaçus es santa en un *candomblé* de Itabuna, pues fue en aquella ciudad donde demostró por primera vez su coraje. Fueron dos mujeres grandes y fuertes. De brazos musculosos, como los de los hombres, como los de los huelguistas. Rosa Palmeirao era bonita, caminaba chueca como los marineros, era una mujer de mar que alguna vez había tenido un *saveiro* que cortaba las olas en la entrada de la barra. Los hombres del muelle la amaban no sólo por su coraje sino también por su cuerpo. Maria Cabaçu era fea, una mulata oscura, hija de negro e india, gorda y siempre enojada. Les pegaba a los hombres que la consideraban fea. Pero se entregó a un *cearense* pálido y flaco que la amó como si fuese una hermosa mujer, de bello cuerpo y ojos sensuales. Habían sido valientes, se convirtieron en santas de *camdomblés* de *caboclo*, que son *candomblés* que de tanto en tanto inventan nuevos santos y carecen de esa pureza del rito de los *candomblés nagôs* de los negros. Son *candomblés* de mulatos. Pero Dora había sido más valiente que ellas. Era apenas una niña y había vivido como si fuera una más de los Capitanes de la Arena y todos saben que decir Capitán de la Arena es decir hombre valiente. Dora había vivido con ellos y había sido una madre para todos. Pero también había sido su hermana, había corrido con ellos por las calles, había ingresado en casas, había robado billeteras y había peleado contra el grupo de Ezequiel. Luego, para Pedro Bala, fue novia y esposa, esposa cuando la fiebre la devoraba, cuando la muerte ya rondaba en aquella noche con tanta paz. Una paz que partía desde sus ojos a la noche que la rodeaba. Había estado en el orfanato de donde había huido, igual que Pedro Bala del reformatorio. Había sido valiente a la hora de morir, consolando a los Capitanes de la Arena, sus hijos,

hermanos, novios y esposo. La *mae-de-santo* Don'Aninha la había envuelto en una sábana blanca bordada como si fuera para una santa. Querido-de-Deus la había llevado en su *saveiro* junto a *Yemanjá*. El padre José Pedro rezaba. Todos la querían. Pero el único que quiso ir con ella fue Pedro Bala. El Profesor se escapó del trapiche porque no pudo soportar más el caserón luego de que ella hubo partido. Pero sólo Pedro Bala se arrojó al agua para seguir el destino de Dora, para hacer junto a ella ese maravilloso viaje que los valientes hacen con *Yemanjá* en el fondo verde del mar. Por eso fue el único que vio cuando se transformó en estrella y atravesó el cielo. Ella vino sólo para él, con su larga cabellera rubia. Brilló sobre su cabeza de casi ahogado y casi suicida. Le dio nuevas fuerzas y el *saveiro* de Querido-de-Deus que regresaba lo pudo recoger. Ahora mira hacia el cielo buscando la estrella de Dora. Es una estrella de larga cabellera rubia, una estrella como no existe otra igual. Porque nunca existió una mujer como Dora, que era una niña. La noche está tachonada de estrellas que se reflejan en el mar en calma. La voz del negro parece dirigirse a las estrellas, pues hay mucho pesar en su voz plena. Él también busca a su amada que huyó en la noche de Bahía. Pedro Bala piensa que la estrella que es Dora tal vez ande ahora corriendo por las calles, callejones y laderas de la ciudad buscándolo. Tal vez piense que está embarcado en una aventura en las laderas. Pero no son hoy los Capitanes de la Arena los que están embarcados en una bella aventura. Son los conductores de tranvía, negros fuertes, mulatos risueños, españoles y portugueses que llegaron de lugares remotos. Son ellos quienes levantan los brazos y gritan de la misma manera que los Capitanes de la Arena. La huelga comenzó en la ciudad. Es algo bello una huelga, la más bella de las aventuras. Pedro Bala siente ganas de incorporarse a la huelga, de gritar con toda la fuerza de sus pulmones, de interrumpir los discursos. Su padre daba discursos en las huelgas y una bala lo derribó. Tenía sangre de huelguista. Por otra parte, la vida en la calle le había enseñado a amar la libertad. La canción de aquellos presos decía que la libertad es como el sol: el mayor entre los bienes del mundo. Sabe que los huelguistas luchan por la libertad, por un poco más de pan, por un poco más de libertad. Esa lucha es como una fiesta.

Los tipos que se aproximan lo hacen levantar desconfiado. Pero enseguida reconoce la enorme figura del estibador João de Adão. Junto a él viene un muchacho bien vestido, pero con los cabellos despeinados. Pedro Bala se quita la gorra y se dirige a João de Adão.

—¿Te han vivado hoy, no es cierto?

João de Adão se ríe. Estira los músculos, su rostro se abre en una sonrisa destinada al jefe de los Capitanes de la Arena.

—Capitán Pedro, quiero presentarte al compañero Alberto. El muchacho le extiende la mano a Pedro Bala. El jefe de los Capitanes de la Arena primero se limpia la mano en la camisa rasgada y luego aprieta la diestra del estudiante. João de Adão le explica:

—Estudia en la Facultad, pero es nuestro compañero. Pedro Bala lo mira sin desconfianza. El estudiante se sonríe.

—He oído hablar mucho de ti en el grupo. Eres un genio...

—Somos machos, es verdad —responde Pedro Bala. João de Adão se acerca un poco más.

—Capitán, tenemos que hablar contigo. Es algo que tiene que ver con tu persona. Un asunto serio. Aquí el compañero Alberto...

—¿Entramos? —dice Pedro Bala.

Despiertan a João Grande cuando pasan. El negro mira con desconfianza al estudiante, cree que es un policía y levanta un poco el puñal por encima del brazo. El único que lo ve es Pedro Bala:

—Es un amigo de João de Adão. Ven con nosotros, Grande —lo invita.

Se marchan los cuatro. Se sientan en un rincón. Algunos de los Capitanes de la Arena se despiertan y espían al grupo. El estudiante observa el trapiche y a los niños que duermen. Tiembla como si hubiese pasado un viento por su cuerpo.

—¡Qué horror!

Y Pedro Bala le está diciendo a João de Adão:

—¡Qué cosa maravillosa la huelga! Nunca vi algo tan espectacular. Es como una fiesta.

—La huelga es la fiesta de los pobres —dice el estudiante. La voz de Alberto es tranquila y reconfortante. Pedro Bala lo escucha arrobado, como si fuese la voz de un negro entonando una canción marinera.

—Mi padre murió durante una huelga, ¿lo sabías? Si no me crees, pregúntale a João de Adão.

—Fue una muerte con gloria —dice el estudiante—. Fue un campeón de su clase. ¿No era el Rubio?

El estudiante conoce el nombre de su padre. Su padre fue un campeón... Todos los conocen. Tuve una muerte gloriosa, murió durante una huelga, la huelga es la fiesta de los pobres. Escucha la voz del estudiante.

—¿Piensas que es maravillosa esta huelga, Pedro?

—Compañero, éste es un tipo especial —dice João de Adão—. No conoces a los Capitanes de la Arena ni al Capitán Pedro. Es un compañero.

Compañero... Compañero... A Pedro le parece la palabra más hermosa del mundo. El estudiante la pronuncia del mismo modo en que pronunciaba Dora la palabra hermano.

—Pues, compañero Pedro, te necesitamos a ti y a tu grupo.

—¿Para qué? —pregunta intrigado João Grande.

Pedro Bala los presenta.

—Este negro es João Grande, un negro bueno. Cualquiera que sea bueno es igual a João Grande, no hay nadie que sea mejor.

Alberto le extiende la mano al negro. João Grande vacila por un momento, no está acostumbrado a estrechar manos. Pero muy pronto está estrechando esa mano, medio avergonzado. El estudiante vuelve a hablar.

—Ustedes son geniales.

De pronto, con mirada aguda, pregunta:

—¿Es verdad que Volta Seca era de los suyos?

—Un día lo vamos a sacar de la cárcel —es la respuesta de Bala.

El estudiante los mira un tanto asustado. Da una ojeada al trapiche, João de Adão le hace una señal como diciendo: *¿no te había avisado?*

Pedro Bala quiere hablar de la huelga, saber qué pretenden de él.

—¿Y para qué nos precisa la huelga?

—¿Para qué?

—Si es para ayudar a los huelguistas, estoy decidido. Puedes contar con nosotros —se levanta, ya es un muchachote con el rostro dispuesto para la lucha.

—No lo ves... —comienza a explicar João de Adão. Pero se calla, pues el estudiante sigue hablando.

—La huelga se está desarrollando con mucho orden. Queremos hacer las cosas bien ordenadas porque así venceremos y los obreros conseguirán su aumento. No queremos crear líos, queremos mostrar que los obreros pueden mantener una disciplina (*una pena*, piensa Pedro Bala, que adora los líos). Pero sucede que los directores de la compañía están contratando rompeshuelgas para que trabajen mañana. Si los obreros disolvieran los grupos de rompeshuelgas, darán margen para que intervenga la policía y todo el trabajo se habrá perdido. Entonces el compañero João de Adão se acordó de ustedes.

—¿Para desbandar a los rompeshuelgas? Tiene razón —dice Bala en el colmo de la alegría.

El estudiante piensa en la discusión de aquella noche en la organización. Cuando João de Adão hizo la propuesta de llamar a los Capitanes de la Arena, muchos compañeros se habían declarado en contra. Sonreían ante la idea. João de Adão no dejaba de repetir:

—Ustedes no conocen a los Capitanes de la Arena. Semejante confianza había impresionado a Alberto y a algunos más. Por fin se impuso la idea, pues nada perderían con intentarlo. Ahora estaba contento de haber venido. Y en su cabeza ya trazaba planes para aprovechar a los Capitanes de la Arena en la lucha. ¿Para cuántas cosas serían útiles aquellos niños hambrientos y mal vestidos? Se acordaba de otros ejemplos, de la lucha antifascista en Italia, los niños de Lusso. Le sonreía a Pedro Bala. Explicó su plan: los rompehuelgas se dirigirían en la madrugada a los tres grandes depósitos de tranvías para ocupar los vehículos. Los Capitanes de la Arena debían dividirse en tres grupos y vigilar las entradas de cada uno de los depósitos. E impedir, fuera como fuera, que los rompehuelgas lograran poner en marcha los tranvías. Pedro Bala asentía con la cabeza. Se dirigió a João de Adão.

—Si Sem-Pernas estuviese vivo y el Gato estuviera entre nosotros...

Luego se acuerda del Profesor.

—El Profesor hubiera imaginado un buen plan en un minuto. Y luego haría un dibujo de la pelea. Ahora está en Río.

—¿Quién es? —pregunta el estudiante.

—Uno que se llama João José, al que llamábamos Profesor. Ahora pinta cuadros en Río.

—¿Es el pintor João José?

—El mismo —respondió Bala.

—Siempre creí que esa historia era inventada. ¿Sabes que es un compañero excelente?

—Siempre fue un compañero excelente —enfatisa Pedro Bala.

El estudiante hacía planes para los Capitanes de la Arena. Ahora Pedro Bala despertaba a todos y explicaba lo que tenían que hacer. El estudiante estaba entusiasmado con las palabras del *moleque*. Cuando terminó con sus explicaciones, Bala lo resumió todo con las siguientes palabras:

—La huelga es la fiesta de los pobres. Los pobres son todos compañeros, nuestros compañeros.

—Eres genial —dice el estudiante.

—Ya vas a ver cómo terminamos con los traidores. Iré con un grupo al depósito más grande —le explicaba a Alberto—. João Grande se va a ubicar

en el otro y Barandão irá con otro grupo al tercero. No va a entrar nadie. Sabemos cómo hacerlo, ya lo vas a ver.

—Allí estaré para verlo —respondió el estudiante—. ¿Quedamos entonces para las cuatro de la mañana?

—Así es.

El estudiante hace un gesto.

—Hasta luego, compañeros.

Compañeros... Es una palabra bonita, piensa Pedro Bala. Nadie duerme en el trapiche. Preparan las armas más variadas.

Las estrellas comienzan a desaparecer del cielo con la madrugada que nace. Pero Pedro Bala cree ver en una estrella fugaz la estrella de Dora y se alegra. Compañera... También había sido ella una buena compañera. La palabra le juega dentro de la boca, es la palabra más bonita que haya conocido. Le pedirá a Boa-Vida que componga un samba con ella, un samba que un negro pueda cantar en el mar por las noches. Salen como si fuesen a una fiesta. Llevan las armas más diversas: navajas, puñales, pedazos de palo. Van a una fiesta, porque la huelga es la fiesta de los pobres, repite Pedro Bala para sí mismo.

Al pie de la ladera de la Montanha se dividen en tres grupos. João Grande dirige uno, Barandão va con el otro y el más nutrido sigue a Pedro Bala. Van a una fiesta. La primera fiesta verdadera en que participan aquellos niños. Aún así se trata de una fiesta de hombres. Es una fiesta de pobres, de pobres como ellos.

La madrugada es fría. Alberto se aproxima a la esquina del depósito cuando Pedro está ubicando a los niños. Pedro se da vuelta con una sonrisa amplia en el rostro.

—Ya vienen, compañero —dice el estudiante.

—Espera y verás lo que pasa.

Ahora el que sonríe es el estudiante. Es claro que está entusiasmado con los niños. Le pedirá a la organización que lo deje trabajar con ellos. Habrán de hacer muchas cosas juntos.

Los rompehuelgas vienen en un grupo cerrado. Los encabeza un norteamericano de rostro impertérrito. Se dirigen todos hacia la entrada. De las sombras, de los callejones, nadie sabe bien de dónde, como demonios

escapados del infierno, surgen niños harapientos y con armas en la mano. Puñales, navajas, palos. Ocupan la puerta y el grupo de los rompehuelgas se detiene. Enseguida los atacan los demonios, como un solo cuerpo. Superan en número al grupo de rompehuelgas, que caen con los golpes de *capoeira*, reciben palazos y algunos se lanzan ya a la fuga. Pedro Bala derriba al norteamericano y con la ayuda de algunos de sus compañeros lo golpea. Los rompehuelgas creen que se trata de demonios salidos del infierno.

En la madrugada resuena la carcajada enorme y libre de los Capitanes de la Arena. La huelga no pudo ser quebrada.

João Grande y Barandão también terminan victoriosos. El estudiante se suma a la carcajada típica de los Capitanes de la Arena y al llegar al trapiche dice para alegría de los niños:

—Ustedes son los tipos más geniales que haya visto nunca.

—Compañeros, compañeros —dice João de Adão.

Lo dice el viento que pasa, lo dice la voz del corazón de Pedro Bala. Es como la melodía de una canción cantada por un negro:

—Compañeros.

Los atabaques resuenan como clarines de guerra

Después de terminada la huelga el estudiante sigue visitando el trapiche, donde mantiene largas conversaciones con Pedro Bala. Transforma a los Capitanes de la Arena en una brigada de choque.

Un día Pedro Bala camina por la calle Chile con el gorro caído sobre los ojos y silbando mientras arrastra los pies sobre el suelo. Una voz exclama:

—¡Bala!

Se da vuelta. El Gato está frente a él, elegantísimo. Una perla en la corbata, un anillo en el dedo meñique, traje azul y sombrero de fieltro volcado en un modo truhán.

—¿Eres tú, Gato?

—Vayámonos de aquí.

Se retiran a una calle tranquila. El Gato le explica que llegó de Ilhéus pocos días atrás. Se trajo de allí una buena porción de dinero. Está hecho todo un hombre, perfumado y elegante.

—Casi no te conozco —dice Pedro Bala—. ¿Y Dalva?

—Se puso de novia con un coronel. Pero yo ya la había dejado. Ahora tengo una morenita hermosísima.

—¿Y ese tremendo anillo del que se burlaba Sem-Pernas? El Gato se ríe.

—Se lo vendí en unos quinientos a un coronel repleto de billetes. Se creyó que era una joya y ni chistó.

Conversan y se ríen. El Gato pide noticias de los demás. Cuenta que al día siguiente se embarcará con la morena hacia Aracaju, pues el azúcar empieza a dar dinero. Pedro Bala lo ve irse muy elegante. Piensa que si se hubiese quedado un poco más en el trapiche, tal vez no sería un ladrón. Aprendería junto a Alberto, el estudiante, lo que nadie supo enseñarle. Aquello que parecía que el Profesor había adivinado.

La revolución llama a Pedro Bala como llamaba Dios a Pirulito en las noches del trapiche. Es una voz poderosa dentro de él, poderosa como la voz del mar, como la voz del viento, una voz poderosa como no se ha conocido ninguna. Como la voz de un negro que canta en un *saveiro* el samba compuesto por Boa-Vida.

La voz lo llama. Una voz que lo alegra, que hace latir su corazón.

Ayudar a cambiar el destino de todos los pobres. Una voz que atraviesa la ciudad, que parece provenir de los atabaques que resuenan en las *macumbas* de la religión ilegal de los negros. Una voz que llega junto al ruido de los tranvías donde viajan los conductores y los motoristas que hicieron la huelga. Una voz que proviene del muelle, del pecho de los estibadores, de João de Adão, de su padre muriendo durante un mitin, de los marineros de los barcos, de los *saveiristas* y de los canoeros. Una voz que llega del grupo que juega a la lucha de la *capoeira*, que proviene de los golpes que asesta Querido-de-Deus. Una voz que llega incluso del padre José Pedro, cura pobre que mira espantado el terrible destino de los Capitanes de la Arena. Una voz que llega de las *hijasdesanto* del *candomblé* de Don'Aninha, en la noche en que la policía se llevó a *Ogum*. Voz que llega del trapiche de los Capitanes de la Arena. Que llega desde el reformatorio y desde el orfanato. Que llega desde el odio de Sem-Pernas arrojándose del ascensor para no entregarse. Que llega en el tren de la Leste Brasileira, a través del sertón, del grupo de *Lampião* pidiendo justicia para los *sertanejos*. Que llega de Alberto, el estudiante que pide escuelas y libertad para la cultura. Que llega de los cuadros del Profesor, en los que niños harapientos luchan en aquella exposición de la calle Chile. Que llega de Boa-Vida y de los truhanes de la ciudad, de la caja de sus guitarras, de las tristes sambas que cantan. Una voz que llega de todos los pobres, del pecho de todos los pobres. Una voz que pronuncia una hermosa palabra de solidaridad y de amistad: *compañeros*. Una voz que invita a la fiesta de la lucha. Que es como un samba alegre de los negros, como el sonido de los atabaques en las *macumbas*. Voz que llega del recuerdo de Dora, valiente luchadora. Voz que llama a Pedro Bala. Como llamaba la voz de Dios a Pirulito, la voz del odio a Sem-Pernas, como llamaba la voz de los *sertanejos* a Volta Seca para que se uniera al grupo de *Lampião*. Voz poderosa como ninguna otra. Porque es una voz que llama a luchar por todos, por el destino de todos, sin excepciones. Voz poderosa como ninguna otra. Voz que atraviesa la ciudad y llega de todos lados. Voz que trae con ella una fiesta, que pone fin al invierno y hace nacer la primavera. La primavera de la lucha. Voz que llama a Pedro Bala, que lo impulsa a la lucha. Voz que llega desde todos los pechos hambrientos de la ciudad, de todos los pechos explotados de la ciudad. Voz que trae el mayor de los bienes del mundo, un bien que es como el sol, incluso superior al sol: la libertad. En el día de la primavera, la ciudad está deslumbradoramente bella. Una voz de mujer canta

la canción de Bahía. Canción de la belleza de Bahía. Ciudad negra y vieja, campanas de iglesia, calles empedradas de adoquines. Canción de Bahía que canta una mujer. Dentro de Pedro Bala una voz lo llama: voz que lo lleva a la canción de Bahía, la canción de la libertad. Voz poderosa que lo llama. Voz de toda la ciudad pobre de Bahía, voz de la libertad. La revolución llama a Pedro Bala.

Pedro Bala fue aceptado en la organización el mismo día en que João Grande se embarcó como marinero en un barco carguero de la Lloyd. En el muelle se despide del negro, que parte en su primer viaje. Pero no es un adiós como el que dio a los demás que partieron antes. No es una despedida más. Es un saludo al compañero que parte.

—Adiós, compañero.

Ahora dirige una brigada de choque compuesta por los Capitanes de la Arena. Su destino ha cambiado, ahora todo es distinto. Participan de mitines, de huelgas, están presentes en las luchas obreras. Su destino es diferente. La lucha cambió su futuro.

Llegan órdenes desde lo más alto de la organización. Que Alberto permaneciese con los Capitanes de la Arena y que Pedro Bala fuese a organizar a los Indios Maloqueiros de Aracaju para que formaran también una brigada de choque. Y que después siguiese cambiando el destino de otros niños abandonados del país.

Pedro Bala entra al trapiche. La noche ya cubrió la ciudad. La voz del negro canta junto al mar. La estrella de Dora brilla casi tanto como la luna en medio del cielo más hermoso del mundo. Pedro Bala entra, mira a los niños. Barandão se le acerca. El negrito tiene ya quince años.

Pedro Bala mira. Están acostados, algunos ya duermen, otros conversan, fuman, se ríen con esa enorme carcajada de los Capitanes de la Arena. Pedro los reúne a todos y ubica a Barandão a su lado.

—Bueno, me estoy yendo, los dejo. Me voy y ahora Barandão queda como jefe. Alberto va a venir siempre a verlos y tienen que hacer lo que él les

diga. Y que nadie se haga el sordo: ahora el jefe es Barandão.

—Pedro Bala se va. ¡Viva Pedro Bala! —dice el negrito Barandão.

Los Capitanes de la Arena levantan sus puños cerrados.

—¡Bala! ¡Bala! —gritan como despedida.

Los gritos llenan la noche y callan la voz del negro que canta junto al mar, estremecen el cielo y el corazón de Pedro. Puños cerrados de niños que se levantan. Bocas que gritan despidiendo al jefe: ¡Bala! ¡Bala!

Barandão está delante de todos. Ahora él es el jefe. Pedro Bala cree ver entre ellos a Volta Seca, a Sem-Pernas, al Gato, al Profesor, a Pirulito, a Boa-Vida, a João Grande y a Dora, todos al mismo tiempo. Ahora su destino ha cambiado. La voz del negro junto al mar canta el samba de Boa-Vida:

Compañeros, vamos a la lucha...

Con los puños levantados, los niños saludan a Pedro Bala, quien parte a cambiar el destino de otros niños. Barandão grita al frente de ellos, es ahora el nuevo jefe.

Desde lejos, Pedro Bala sigue viendo a los Capitanes de la Arena. Bajo la luna, en un viejo trapiche abandonado, levantan los brazos. Están de pie, su destino ha cambiado.

En la noche misteriosa de las *macumbas*, los atabaques resuenan como clarines de guerra.

... Una patria y una familia

Años después los periódicos obreros, pequeñas publicaciones, de los cuales muchos no tenían existencia legal y eran impresos en tipografías clandestinas, periódicos que circulaban en las fábricas y eran pasados de mano en mano y que eran leídos a la luz de los faroles, publicaban siempre noticias de un militante proletario, el camarada Pedro Bala, quien era perseguido por la policía de cinco estados por organizador de huelgas, como dirigente de partidos ilegales, como enemigo peligroso del orden establecido.

En el año en que se impidió a todas las bocas que hablaran, ese año que fue en su totalidad una noche de terror, esos periódicos (las únicas bocas que seguían hablando) clamaban por la libertad de Pedro Bala, líder de su clase, que estaba preso en una colonia penitenciaria.

Y el día en que pudo fugarse, en innumerables hogares, a la hora de la cena frugal, los rostros se iluminaban al conocer la noticia. Y a pesar de que allí afuera reinaba el terror, cualquiera de esos hogares era un refugio que se abriría para Pedro Bala, fugitivo de la policía. Porque la revolución es una patria y una familia.

FIN

Escrito en la casa encantada de Doninha Quaresma (había allí tesoros enterrados y el alma de Doninha), hoy del Capitán, en la paz de Estância. Sergipe, marzo de 1937.

Y a bordo del *Rakuyo Maru*, subiendo la costa de América del Sur por el Pacífico, en camino a México, junio de 1937.

Glosario

ABC:

Literatura de cordel en la que se relataba la historia de héroes populares y que solía leerse en lugares públicos para oyentes generalmente analfabetos. El propio Jorge Amado escribió el *ABC de Castro Alves* dedicado al poeta antiesclavista bahiano.

AGOGÔS:

Instrumento de percusión consistente en dos o más campanas de metal unidas por el extremo y que se golpean con un palo de madera.

ALUÁ:

bebida no alcohólica preparada a base de jugo de ananá, jengibre y azúcar.

BAIXA DO SAPATEIRO:

Calle de Bahía que en los tiempos de la novela era ocupada sobre todo por inmigrantes nordestinos. Dio lugar a una exitosísima canción de Ary Barroso.

BLEFORÉ:

Palabra que se usa en Bahía para ciertas fiestas con mucho despliegue.

CAATINGA:

Matorral típico del nordeste brasileño, que también sirve para designar a toda la región.

CABOCLO:

Mulato descendiente de indio y de piel cobriza.

CACHAÇA:

Aguardiente muy popular en todo Brasil que se prepara con la melaza de la caña de azúcar.

CAMISU:

especie de blusa o camisa sin faldones usada por los pescadores negros de Bahía.

CANGAÇO – CANGAÇEIRO:

Bandido popular del nordeste brasileño. Si bien la acepción primigenia de *cangaço* es diferente, termina por denominar al oficio de *cangaçeiro*.

CANDOMBLÉ:

Religión de culto de los orixás (dioses africanos) instalada en Brasil desde tiempos de la esclavitud. Pese a las persecuciones y prohibiciones sigue funcionando hasta hoy. Se estiman

en tres millones los brasileños adherentes.

CANJICA:

Plato típico elaborado con choclo, canela y leche de coco.

CAPOEIRA:

Juego atlético, sistema de ataque y defensa, surgido entre los esclavos bantos procedentes de Angola.

CIDADE DA PALHA:

Uno de los barrios pobres de Bahía.

COCADA:

Postre hecho a base de leche de coco, azúcar y leche.

FAZENDEIRO:

Hacendado. Latifundistas, a los que también se nombra como «coroneles».

FEIJOADA:

Plato típico del Brasil. Un guiso a base de porotos negros, carne de cerdo y legumbres.

LAMPIÃO:

Sobrenombre (que en portugués significa «lámpara de aceite») de Virgulino Ferreira da Silva (18 981 938), quien fue el líder de las bandas de *cangaçeiros* en el *sertão* del nordeste brasileño en las décadas de 1920 y 1930. Su figura dio lugar a innumerables relatos y leyendas, entre los que se destaca los que hablan de su romance con Maria Bonita.

MACUMBA:

La palabra se usa con más de una acepción. En principio nombra una religión de origen africano y también al lugar donde se realizan sus rituales. También se refiere a un género musical.

MAE DE SANTO:

Sacerdotisa en los diversos cultos afrobrasileños. Se comunica con los dioses (orixás), suele actuar como curandera y encabeza algunos oficios religiosos.

MANGUEIRA:

Árbol del mango.

MODINHA:

Se considera el primer género dentro de la historia musical brasileña. Se ejecuta con guitarra, es de ritmo marcado y las letras suelen ser de tono picaresco.

MOLEQUES:

Denominación que se da a los niños y negritos y que tiene un cierto tono discriminatorio.

MUNGUNZÁ:

Postre preparado a base de maíz, leche de coco, azúcar y canela.

NAGÔ:

Una de las religiones afrobrasileñas, también conocida como yoruba.

OGUM:

Dios de la mitología yoruba, protector de todos los que trabajan con metales (herrereros, agricultores), de espíritu guerrero.

OMOLU:

Deidad afrobrasileña, al que se considera dios de la muerte pues se encarga del paso de las almas. Además es el señor de las enfermedades.

PAI DE SANTO:

Sacerdote en los diversos cultos afrobrasileños.

PAMONHA:

bollo hecho a base de harina de maíz y leche.

REIS – CONTO DE REIS:

Moneda en circulación en Brasil a principios del siglo XX. Su valor es un tanto impreciso. El *conto* equivale a diez mil reis.

SABUGUEIRO:

El sabugo es un árbol, al que muchos relacionan con el saúco. Hay una superstición por la cual se exorcisan los malos espíritus colgando un gallo de cera de las ramas de un sabugo.

SARAPATEL:

Plato típico preparado con entrañas de cerdo. Es muy picante.

SAVEIRO:

Tipo de barco pesquero muy usado en el nordeste brasileño, de velas generalmente cuadrangulares.

SERTANEJO:

Nativo del Sertão [Sertón], zona poco poblada del interior del país, interior semiárido del Nordeste, donde se explota la cría de ganado y prevalecen costumbres y tradiciones antiguas.

TABULEIRO:

Literalmente, tablero. Refiere a las bandejas que suelen cargar sobre su cabeza las bahianas con sus comidas y que luego apoyan en el suelo para venderlas.

TERREIRO:

Templo donde se realizan los diversos rituales de las religiones afrobrasileñas.

URUBÚ:

Ave de rapiña parecida al buitre y que se alimenta de carroña.

XANGÔ:

Dios de la justicia en la religión umbanda.

YEMANJÁ:

Diosa de las aguas.



JORGE AMADO (Bahía 10 de agosto de 1912 - Salvador 6 de agosto de 2001) es uno de los escritores más conocidos de la literatura brasileña. Hijo de un plantador de cacao, estudió Derecho en Río de Janeiro. Diputado comunista, tuvo que exiliarse en varias ocasiones en los años cuarenta y cincuenta, lo que le llevó a vivir en Argentina, Uruguay, Francia y Checoslovaquia. En 1955 se retiró de la política para dedicarse por entero a la literatura. Seis años después fue nombrado miembro de la Academia de las Letras brasileña. Amado fue un escritor comprometido cuya obra se caracteriza, sobre todo en su etapa inicial, por la crítica social y el testimonio moral. Fabulador inagotable, imaginativo y fecundo.

Fue incinerado de acuerdo a su deseo, y sus cenizas fueron enterradas en el jardín de su residencia en Alagoinhas Street, el día en que cumpliría 89 años.

La obra de Jorge Amado recibió varios premios nacionales e internacionales, entre las que destacan: Stalin de la Paz (URSS, 1951), Latinidad (Francia, 1971), Nonino (Italia, 1982), Dimitrov (Bulgaria, 1989), Pablo Neruda (Rusia, 1989), Literatura Etruria (Italia, 1989), Cino Del Duca (Francia, 1990), el Mediterráneo (Italia, 1990), Vitaliano Brancatti (Italia, 1995), Luis de Camões (Brasil, Portugal, 1995), Tortuga (Brasil, 1959, 1995) y el Ministerio de Cultura (Brasil, 1997).

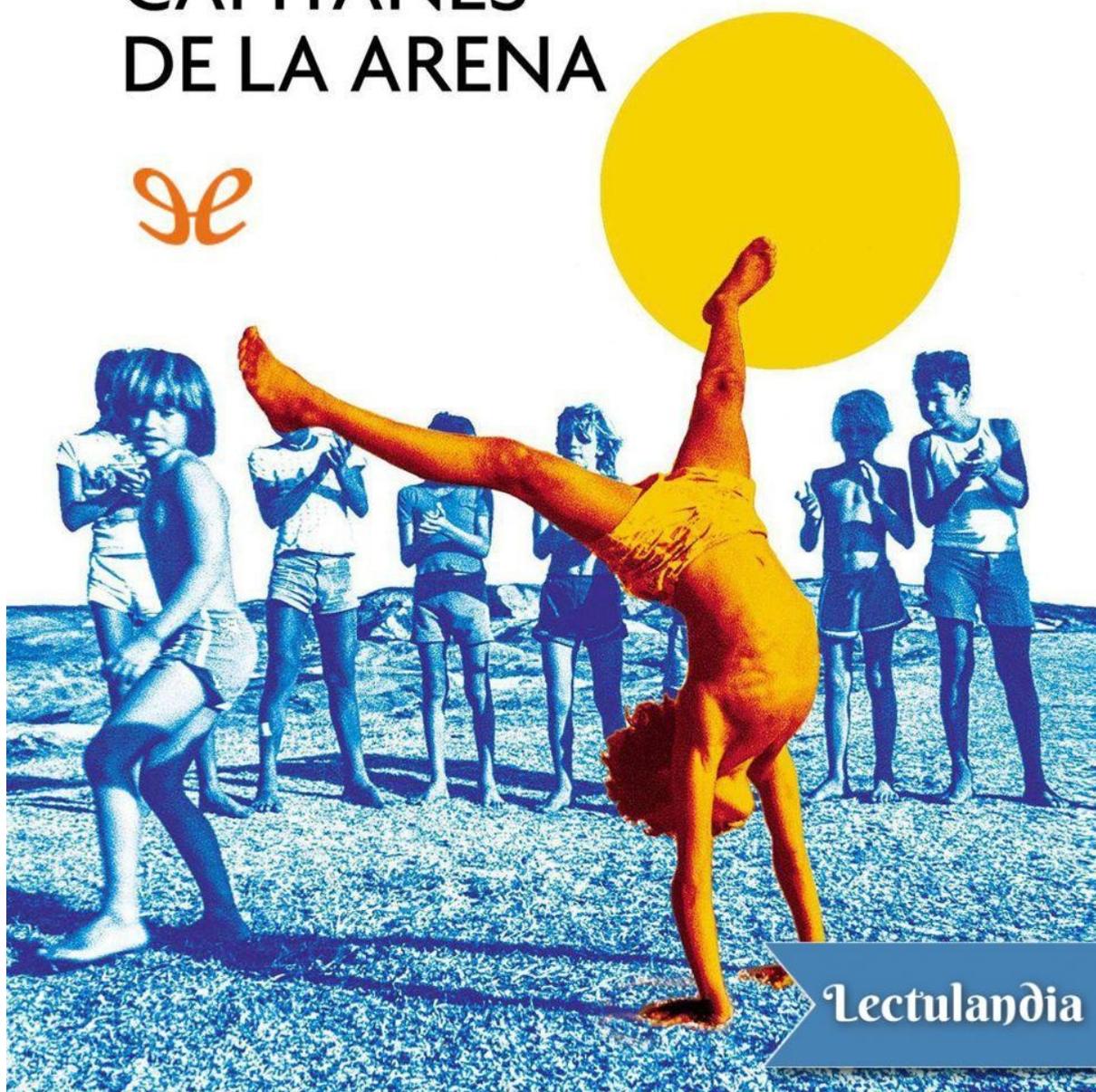
Su obra se compone principalmente de novelas, aunque incluye también cuentos, relatos e incluso una obra de teatro.

Notas

[1] Las voces en cursiva aparecen en el Glosario (*N. del E.*). <<

JORGE
AMADO

CAPITANES
DE LA ARENA



Lectulandia